

Selecta

*Un lord
acomodado*



CHRISTINE CROSS

Un lord acomodado

Serie Familia Marston 2

Christine Cross

Selecta

SÍGUENOS EN

megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

Prólogo

Londres, 1747

El grito agónico y desgarrador rasgó el aire viciado de la habitación, y sus ecos flotaron hasta la silenciosa biblioteca donde el conde aguardaba nervioso.

Su esposa se encontraba en esos momentos dando a luz a su primogénito, y no había dejado de sudar desde que ella había comenzado con los dolores. De tanto en tanto, alcanzaba a oír los espantosos sonidos que llegaban desde la habitación de la condesa; unos gritos que le helaban la sangre y le hacían repetir en su interior, como una letanía, «nunca más, nunca más», mientras apuraba otra copa de coñac.

Sabía que debía aguardar pacientemente hasta que alguien viniera a avisarle del nacimiento de su hijo pero, tras el último grito, se levantó de nuevo y abrió la puerta de la biblioteca. Una criada atravesó presurosa el vestíbulo y subió la gran escalinata de mármol hasta la primera planta, donde se situaban los aposentos de su esposa. El estómago se le encogió de aprensión. Diana había tenido molestias en la última etapa de su embarazo, por eso el médico de la familia, Sir Joseph Garrod, le había recomendado reposo. A pesar de haber seguido la prescripción pautada, eso no impidió que el nacimiento ocurriese un mes antes de lo previsto.

Sin importarle las convenciones sociales, y preocupado tan solo de la suerte de su esposa y de su hijo, el conde abandonó su refugio. Subió de dos en dos las escaleras y prosiguió por el largo pasillo hasta la habitación que ocupaba la condesa. Un quedo murmullo llegó hasta sus oídos, aunque no alcanzó a distinguir lo que las voces decían. Sin embargo, sí pudo a oír el suave gemido femenino que hizo que el corazón se le encogiera. Apoyó la frente y las palmas de sus manos contra la fría madera de la puerta, y se preguntó cuánto más duraría aquel infierno.

Theodore William Cavendish, conde de Rothwell, se había casado por amor. Conocía a Diana casi desde que eran niños, y siempre había sabido que se casaría con ella. La fortuna había querido que, siendo ambos unos adolescentes, ella le revelase que sus sentimientos eran correspondidos. Después de un casto y dulce beso otorgado tras los grandes rosales del jardín de Rothwell House, se comprometieron en secreto. Él, dos años mayor que Diana, le aseguró que se desposarían apenas ella cumpliera los dieciocho, y después de haber disfrutado de su primera temporada social. Este resultó un periodo duro para Theodore, reconcomido por unos celos negros, pues Diana se había convertido en una mujer muy hermosa. Sus ojos verdes hechizaban a jóvenes, y no tan jóvenes, en cada baile al que asistía, y su espesa cabellera negra que enmarcaba

en unos delicados tirabuzones su rostro en forma de corazón, le atraía pretendientes como moscas a la miel. Sin embargo, le bastaba cruzar la mirada con ella para saber que su corazón y su amor por él seguían intactos. No en vano, él se había convertido también en un joven apuesto, de cabello rubio cobrizo que se ondulaba rebelde otorgándole un aire de pillo, y unos ojos de un azul tan claro que evocaban una apacible tarde de verano. Al término de la temporada, y cumpliendo su promesa, se casaron en la iglesia de Saint James rodeados de sus familiares. Desde entonces, hacía ya dos años, habían sido muy felices... hasta ese momento.

Un suave clic le hizo retroceder mientras la puerta se abría apenas para permitir el paso de una joven criada, que dio un respingo al encontrarse a su señor tan cerca. Él no le dijo nada y ella titubeó unos momentos sobre la conveniencia de cerrar o no la puerta. Al final, optó por dejarla entreabierta y realizar una reverencia antes de seguir su camino en busca de más agua caliente.

El murmullo de voces que había escuchado en el interior se volvió más nítido y alcanzó a escuchar la voz de Sir Joseph.

—No lo soportaré —susurró con tono grave—. Ha perdido demasiada sangre y se encuentra muy débil.

—Entonces, ¿qué hacemos? —preguntó una voz femenina colmada de ansiedad.

Theodore reconoció el timbre tan particular de su ama de llaves, la señora MacIntyre, una escocesa de carácter decidido y voluntad férrea que había demostrado una gran lealtad y un excelente manejo de la casa en los dos años que llevaba con ellos.

—Habrà que decírselo al conde.

El tono ominoso con el que el galeno pronunció esas palabras le hizo temer lo peor. Diana no podía morir; él no soportaría una vida sin ella. Empujó con suavidad la puerta y avanzó unos pasos hasta situarse bajo el dintel de la misma. La pareja que cuchicheaba se volvió hacia él, sorprendida, pero no les prestó atención. Su mirada se dirigió hacia la gran cama con dosel en la que yacía inmóvil su esposa. Una gran mancha de color rojizo se extendía sobre la blancura de seda de las sábanas mientras una mujer colocaba más paños intentando contener la hemorragia. La habitación olía a sudor, a sangre y a muerte. La palidez en el rostro de Diana hizo que el corazón se le detuviera en el pecho, y se volvió hacia el médico con una muda interrogación en la mirada.

—Solo está inconsciente —respondió este como si le hubiese hecho la pregunta—; el parto ha sido difícil y ha perdido mucha sangre.

El conde asintió con la cabeza al tiempo que el alivio lo inundaba. Tragó saliva para deshacer el nudo que le apretaba la garganta antes de volver a preguntar.

—¿Y el niño?

Sir Joseph intercambió una mirada con el ama de llaves, a la que esta respondió con un casi

imperceptible asentimiento. Entonces el hombre le hizo un gesto para que abandonasen la habitación.

—¿Hay algún lugar en el que podamos hablar? —le dijo apenas salieron al corredor—. Necesito explicarle algo.

El conde encabezó la pequeña comitiva hasta una coqueta salita que la condesa solía usar como despacho.

Cuando la puerta se cerró tras ellos, el conde se giró y clavó sus ojos azules en el médico, con tal expresión de ansiedad que este apartó, incómodo, su mirada. Las oscuras ojeras que rodeaban sus párpados daban fe de la difícil situación a la que llevaba enfrentándose desde hacía varias horas; sin embargo, su preocupación no se debía al duro trabajo, sino a la noticia que estaba a punto de dar.

Sir Joseph se frotó el puente de la nariz con gesto cansado. Tenía cincuenta y seis años, y llevaba la mayor parte de ellos ejerciendo como médico de la familia Rothwell. Había asistido en el parto a la condesa anterior, y había ayudado a traer al mundo al actual conde. Lo había atendido cuando, de niño, se rompió un brazo, y cuando padeció aquellas fiebres malignas que casi lo consumieron. Conocía muy bien a Theodore y lo consideraba casi un hijo, más aún desde que sus padres fallecieron, por eso sabía el dolor que sus palabras le iban a provocar. Prefirió no andarse con rodeos.

—El bebé ha muerto. Era una niña.

Un silencio denso se cernió sobre la lujosa estancia que conservaba un delicado aroma a jazmines, las flores favoritas de la condesa.

El conde no varió la expresión de su rostro, pero apretó los puños con fuerza para controlar sus emociones. Sir Joseph notó el gesto y sintió una pena profunda. Lo peor estaba por venir.

—Comprendo. Podremos... —Hizo una inspiración profunda—. Podremos tener otros.

—Theodore —le dijo, imprimiendo en aquel nombre todo el cariño y la compasión que sentía por él—, Diana no podrá tener más hijos. Era lo único que podíamos hacer para salvarla.

—¡Dios mío! —exclamó con dolor al pensar en su mujer, y su semblante palideció—. Ella está bien, ¿verdad? Va a estar bien, ¿no es así?

—No te voy a mentir, hijo, ha perdido mucha sangre. La recuperación será lenta, pero hay una cosa que me preocupa. —Volvió su mirada hacia el ama de llaves y esta hizo un gesto para animarlo a continuar—. Diana hizo un esfuerzo enorme para traer a su hija al mundo, y creo que ha sido el amor por ella lo que la ha mantenido viva. Se desmayó antes de saber que la pequeña había muerto. Me temo que la condesa morirá de pena si se entera; dejará de luchar por su vida.

El conde cerró los ojos y los apretó con fuerza. Cuando volvió a abrirlos, en el azul intenso de

su mirada brillaba una decisión.

—No lo sabrá —sentenció con la voz enronquecida—. Nunca se enterará de que nuestra hija ha muerto.

Sir Joseph parpadeó confuso.

—Pero...

—Usted ocúpese de que mi esposa se recupere. La señora MacIntyre me acompañará a un orfanato.

—¿Qué va a hacer? —le preguntó el médico, algo sorprendido.

—Voy a traerle a Diana una niña, su hija —aseguró con una rotundidad que no admitía réplica—. Este secreto jamás debe salir de estas cuatro paredes, ¿queda claro?

Tanto el ama de llaves como el galeno asintieron. Este último comprendió que no era el joven Theodore el que hablaba, sino el conde de Rothwell, que en el espacio de unos pocos minutos parecía haber envejecido prematuramente.

El médico suspiró con pesar al verlo abandonar la habitación seguido de cerca por la escocesa. Esperaba fervientemente que el conde no tuviese que arrepentirse más tarde de su decisión. Los orfanatos de Londres estaban atestados de huérfanos, en su mayoría hijos de campesinos pobres, soldados, mercaderes, prostitutas e, incluso, de nobles que no aceptaban la bastardía. La vida de esos niños en aquellos establecimientos era un infierno. Maltratados, desnutridos y explotados como mano de obra, no tardaban en morir. No le sería fácil a lord Rothwell conseguir un recién nacido. De cada doce niños que fallecían en aquellos lugares abandonados de la mano de Dios y de los hombres, once eran bebés de pocos días. Sin embargo, por el bien de la condesa, y aun a riesgo de los problemas que podrían derivarse de aquella decisión, sir Joseph deseó de todo corazón que lo consiguiera.

Las calles de Londres a aquellas horas de la noche se hallaban prácticamente vacías, salvo por los borrachos y las prostitutas que pululaban como luciérnagas desvaídas por los rincones más oscuros del peor barrio de la ciudad.

El ruido que provocaba el traqueteo del carruaje sobre los sucios adoquines contrastaba de forma ominosa con el silencio que imperaba en el interior del mismo. La señora MacIntyre lanzó una mirada de reojo al conde y sintió una profunda compasión por él al notar la desesperación que lo embargaba. Habían visitado ya más de cinco orfanatos sin resultado. Cuando se detuvieron frente al destartado edificio de Saint Michael, rogó al cielo para que allí pudiesen encontrar lo que buscaban.

El cochero, un hombre de confianza del conde, descendió del pescante y abrió la portezuela

para ayudar a bajar al ama de llaves. La mujer había tenido que insistir mucho para convencer al conde de que no se dejase ver en ninguno de los establecimientos hasta que ella no le hubiese confirmado que tenían una niña para él; de otro modo, los rumores podrían extenderse y sería fatídico para sus propósitos.

Se acercó a la puerta e hizo resonar con fuerza la aldaba. Cuando, transcurridos más de cinco minutos de espera, alguien acudió a su llamada, apareció ante sus ojos una mujer de mediana edad, entrada en carnes y con el rostro avinagrado.

—Vengo en busca de un recién nacido. Una niña.

—Estas no son horas —replicó la gobernanta con dureza al tiempo que se arrebujaba un poco más en el chal que cubría su blanco camisón.

La escocesa no se amilanó por la respuesta cortante. Una esperanza se había encendido en su pecho cuando la mujer no negó que hubiese recién nacidos en la institución.

—Tiene que ser ahora —insistió con determinación mientras ponía una mano sobre la puerta para evitar que la mujer la cerrase. Esta entrecerró los ojos y evaluó al ama de llaves y el carruaje que esperaba detrás de ella. Los ojillos le brillaron con codicia.

—Le costará una buena suma de dinero.

—¿Tiene una niña recién nacida?

—Puede ser —repuso la mujer con expresión taimada.

—¿La tiene o no? —la presionó la señora MacIntyre perdiendo la paciencia.

—Sí, nos ha llegado una hoy —le espetó con acidez—, pero no pensará que le voy a dar a la criatura así como así.

—Prepárela para que me la lleve —le ordenó.

—Tendrá que pagarme mil libras por ella.

Sara MacIntyre hizo un esfuerzo por controlar su genio. De otro modo, habría abofeteado a la mujer.

—Le pagaré —respondió entre dientes—, pero la quiero aquí en cinco minutos.

La gobernanta desapareció en el oscuro interior del edificio y no tardó en reaparecer con un pequeño bulto entre los brazos envuelto en burda tela. Abrió los ojos sorprendida al ver al caballero, bien vestido, que acompañaba a la escocesa. Maldijo para sus adentros al percatarse de que podría haber pedido más dinero. Tal vez todavía pudiera hacerlo. Apretó el bulto contra su pecho, como si temiese que se lo fueran a arrebatar.

—Serán dos mil libras.

El conde dio un paso amenazante en dirección a la mujer, que reculó atemorizada.

—Usted ha dicho mil libras, y eso es todo lo que conseguirá, a menos que prefiera que la acuse ante los jueces de vender a los niños por sumas elevadas.

La gobernanta intentó defenderse.

—Yo no vendo... —Cerró la boca al comprender que sería inútil y, quizás, hasta perjudicial. Aquel hombre era un aristócrata. Tenía poder suficiente como para que la mandara ahorcar. Se tragó el amargo sabor de la bilis y cabeceó para manifestar su acuerdo.

—Deme a la niña —le ordenó el conde.

Ella lo miró con desconfianza.

—¿Y el dinero?

—Tendrá su maldito dinero cuando me haya entregado a la niña y haya firmado este documento —le dijo, mostrándole unos papeles.

De mala gana y murmurando por lo bajo, entregó la niña. El ama de llaves se apresuró a tomarla para que la mujer pudiera firmar el documento que el conde había preparado, en el cual se dejaba constancia de la transacción realizada y del deber de cualquier miembro de la institución de guardar el secreto al respecto. La gobernanta lo firmó, y luego aferró con codiciosa avidez el pagaré que el conde le extendió.

—Si alguna vez me entero de que usted revela algo de lo sucedido aquí esta noche, tenga por seguro que se lo haré pagar de una forma lenta y dolorosa. ¿Me ha comprendido?

El tono calmado en el que el hombre había pronunciado su amenaza imprimió más miedo en su cuerpo que sus palabras. Asintió temblorosa y contempló cómo la pareja subía al carruaje y desaparecía en la mal iluminada noche londinense.

Capítulo 1

Londres, junio de 1769

El conde de Rothwell desvió la mirada hacia su hija, Victoria. Estaba preciosa, con aquel vestido de seda verde que destacaba la blancura de su piel sin mancha y el llamativo color cobrizo de su abundante cabello, que llevaba recogido en un elaborado peinado entrelazado con diminutas esmeraldas. De su cuello esbelto pendía un collar con una única esmeralda que rivalizaba en belleza con sus imponentes ojos verdes.

Era, sin duda, la mujer más hermosa de todas las que había allí reunidas, con excepción de la novia, por supuesto.

Arabella había lucido radiante ese día mientras se aproximaba al altar del brazo del orgulloso duque de Westmount. Para desesperación del nerviosísimo novio, había avanzado despacio por el largo pasillo mientras saludaba a los presentes con una cálida sonrisa. Rothwell la había mirado con cariño al llegar junto a él, y Arabella se había desprendido del brazo de su padre para besar a su tío, que había suspirado con una mezcla de satisfacción y tristeza, porque algún día sería él quien acompañaría hacia ese mismo altar a su hija. Claro, que él no tenía ninguna prisa y, al parecer, Victoria tampoco.

Al verla conversar con los invitados en la recepción de bodas, pensó, no sin cierta sorpresa, que ya habían transcurrido veintidós años desde que la había tenido por primera vez en sus brazos. Recordó perfectamente aquella noche en la que el carruaje avanzaba por las oscuras calles de Londres de regreso a Rothwell House. La señora MacIntyre acunaba en sus brazos aquel bulto deforme que él ni siquiera había podido mirar. Dentro de su corazón se amalgamaban el dolor y la rabia por la pérdida de su inocente niña, por el sufrimiento de su esposa, y aunque sabía que la pequeña que dormía en brazos del ama de llaves no tenía la culpa, no podía evitar que le royese las entrañas el hecho de que fuese a disfrutar de lo que hubiese debido pertenecer a su propia hija, carne de su carne.

Cuando entraron en el vestíbulo de la mansión, el conde se detuvo y apretó los puños. «Lo hago por Diana», se dijo. Sin mediar palabra, extendió los brazos y la mujer depositó en ellos al bebé. Inhaló una profunda bocanada de aire y retiró la burda tela que cubría el rostro de la niña. Apretó con fuerza la mandíbula al contemplar aquel rostro rojizo y arrugado de nariz respingona. La pequeña tenía los puños apretados, como si estuviera dispuesta a pelearse con el mundo y con la vida misma. Incapaz de contener su curiosidad, alargó un dedo y lo pasó por la pelusilla rala

que cubría aquella cabecita. Le sorprendió la suavidad y el calor que desprendía su piel. La niña se removió y abrió los ojos con un repetido parpadeo. Algo se quebró en el interior del conde cuando recibió el impacto de aquellos enormes ojos de un color indefinido, y un sollozo trepó por su pecho. Tragó saliva y buscó la mirada del ama de llaves.

—Esta es mi hija —declaró con firmeza—. Ha nacido hoy en Rothwell House, y todos en esta casa lo jurarán, si es necesario.

La mujer asintió con gesto serio.

—¿Qué nombre le pondrá a la pequeña, milord?

El conde volvió a mirar a la niña, pero esa vez había en sus ojos un brillo de ternura.

—Se llamará Victoria —respondió. «Porque le ha ganado la batalla a mi corazón», añadió para sí mismo.

Abandonó sus recuerdos cuando un aplauso, al entrar los recién casados en el jardín, barrió los murmullos de las conversaciones de los presentes.

Sí, su pequeña Victoria se había transformado en una hermosa mujer, decidida y tenaz, pensó mientras la miraba con orgullo. Ella se giró y le sonrió. Era una pena que Diana no hubiese vivido lo suficiente para verla crecer. La recuperación del parto había sido lenta, y a pesar del empeño que puso en vivir, falleció cuando la niña contaba tan solo tres años. Una nube de tristeza ensombreció su semblante. Diana había sido el gran amor de su vida, pero, tras su muerte, Victoria había llenado sus días de alegría, convirtiéndose en el centro de su existencia.

—¿No es una novia preciosa? —le comentó su hija acercándose y entrelazando su brazo con el de él.

—Algún día tú también lo serás —respondió palmeando su mano con cariño—, y yo me sentiré orgulloso de acompañarte al altar.

Victoria Cavendish hizo un esfuerzo por sonreír a su padre. No estaba tan segura de que ese día fuese a llegar. Sus ojos volaron hacia la figura de James Marston, marqués de Blackbourne y hermano de Arabella, que saludaba en aquel momento al conde de Thornway, su amigo y ahora también cuñado. Se veía realmente atractivo enfundado en aquel traje de color gris, con su cabello rubio peinado hacia atrás. El corazón se le encogió un poco al contemplarlo, y un dolor profundo la atravesó. ¿Por qué había tenido que enamorarse de él cuando tenía tantos pretendientes deseosos de desposarla? Caballeros nobles y dignos. Podría haber escogido a cualquiera de ellos, pero su corazón no latía al ritmo de la lógica, y solo se aceleraba ante la presencia de su primo.

Cerró los ojos un momento para calmar la opresión que sentía en el pecho, y volvió a decirse, una vez más, que aquel amor era un sinsentido. Había tomado una decisión y la mantendría. Le había dicho a Arabella que iba a olvidarse de James y, aunque le costase la misma vida, cumpliría

su palabra. Ya había sufrido demasiado inútilmente esperando que él se fijase en ella como mujer. A partir de ese momento, se esforzaría por prestar más atención a sus pretendientes y aceptaría a alguno de ellos. Tal vez no encontrase el amor, pero quizás sí que podría llegar a ser feliz.

Se limpió con discreción las lágrimas que brotaron de sus ojos y se unió al brindis de los presentes por la feliz pareja que acababa de completar sus esponsales. La mirada de adoración que lord Thornway dirigió a Arabella, su esposa, conmovió a Victoria. Amaba a su prima profundamente, era para ella como una hermana, y solo deseaba que fuese feliz. Quizás, algún día, también ella alcanzaría su propia felicidad.

Su padre tomó una copa de la bandeja y se la ofreció con una sonrisa dichosa. Ella le devolvió el mismo gesto de forzada alegría que había estampado en su rostro desde la mañana. No deseaba entristecer a su padre con su propia pena, nacida no solo de la separación de Arabella —pues estaba convencida de que desde ese momento en adelante se verían menos—, sino también porque ya no tendría tantos motivos para visitar la mansión... «ni para ver a James», pensó al contemplar los hermosos jardines de Westmount Hall.

Lady Eloise Westmount los había mandado engalanar con farolillos de colores y había dispuesto mesas con abundantes viandas. Todo para deleite de los invitados al desayuno de bodas, que reían y bebían a la salud de los recién casados, quienes parecían no poder separarse el uno del otro. Victoria miró a su prima, y esta la saludó desde lejos.

Arabella recibía agradecida las felicitaciones de todos, aunque era consciente de que Alex deseaba marcharse cuanto antes para estar a solas con ella. Sin embargo, no podrían hacerlo antes de las cuatro de la tarde, cuando un carruaje los llevaría a una de las propiedades de su esposo en el norte; además, antes de irse necesitaba hablar con Victoria. Aprovechó que Alex se hallaba inmerso en una conversación con el duque para hacerle un gesto indicándole que no tardaría.

Su prima se hallaba rodeada, como siempre, de galantes caballeros. Se abrió paso como pudo entre aquella muralla de anchas espaldas masculinas.

—Discúlpenme, caballeros, pero puesto que es el día de mi boda, se me permite abusar de mis deseos —les dijo con una sonrisa esplendorosa ante la que más de uno parpadeó, como si solo en aquel momento captasen toda la belleza escondida tras aquel menudo rostro—, y mi deseo ahora es quedarme un momento a solas con mi prima.

Los caballeros se apresuraron a expresar su acuerdo y a efectuar sus reverencias antes de marcharse.

—Desde luego, cuando quieres puedes ser muy convincente —comentó Victoria con una sonrisa maliciosa.

Arabella inclinó ligeramente la cabeza y se quedó un momento pensativa.

—Creo que lo he aprendido de ti —repuso finalmente.

Victoria dejó escapar una carcajada divertida y sacudió la cabeza.

—¡Cuánto te voy a echar de menos, Arabella! —le confesó, al tiempo que enlazaba su brazo con el de su prima y la arrastraba hacia un lugar más apartado del bullicio—. ¿Eres feliz?

—¡Ay, Vic!, soy muy feliz. Alex es... —suspiró sin saber cómo poner en palabras todo lo que sentía hacia aquel hombre que se había ganado su corazón.

—Eso me basta por ahora porque, si en algún momento me entero de que te hace infeliz, soy capaz de ir a por él y arrancarle las entrañas —le espetó con una fiereza nacida del amor.

Arabella sacudió la cabeza y esbozó una sonrisa divertida. Sin embargo, sabía que Victoria lo haría, que sería capaz de batirse en duelo con Alex —a pesar de que este la sobrepasaba en altura por unos quince centímetros y de que ella, aun siendo una excelente tiradora, jamás le dispararía a un hombre—, o con cualquiera que hiciese daño a su familia. Su lealtad no conocía límites, y por eso la quería todavía más.

—¿Tú cómo estás, Vic?

Victoria le devolvió la mirada a su prima. Se conocían demasiado bien como para no saber a qué se refería. Se encogió de hombros en un gesto que pretendía mostrar indiferencia, pero que no engañó a Arabella.

—Pronto terminará la Temporada y quizás nos traslademos al campo —le respondió. Luego titubeó antes de proseguir—: cuando regresemos, voy a aceptar... que me cortejen.

El dolor se reflejó en los ojos dorados de Arabella.

—¡Oh, Vic, no puedes...!

Ella alzó la mano para detener sus palabras.

—¿Rendirme? —preguntó. Una sonrisa triste y resignada se dibujó en sus labios—. Este amor duele demasiado. Tú conoces a James mejor que yo; sabes que nunca me mirará como a las demás mujeres, para él solo soy esa prima fastidiosa que no deja de molestar con la insistencia de que puede transformarse en un hombre mejor —señaló con tono amargo.

Arabella nunca había visto a Victoria tan derrotada, pero, aunque le doliese reconocerlo, tenía que darle la razón. Amaba a James, lo mismo que a sus otros dos hermanos, y sabía que este se había acomodado a su papel de primogénito y heredero, y no veía más allá de su propia comodidad y de la satisfacción del momento. Aunque sería capaz de dar la vida por su familia, como había demostrado cuando ella misma había sido secuestrada, no percibiría el inmenso amor que Victoria sentía por él ni aunque la misma Arabella lo plasmase en un lienzo y se lo pusiera ante los ojos. Dejó escapar un suspiro de desaliento.

—Lo siento, Vic. Me hubiese gustado que...

Victoria la abrazó con fuerza, porque temía que si su prima seguía hablando, se echaría a llorar. Había sido una ilusa al pensar que podría disfrutar de un amor como el que sus padres habían vivido. La realidad era que Cupido había errado al disparar sus flechas, y lo único que le había dejado era un corazón malherido.

—No te preocupes, cariño, voy a estar bien —le aseguró.

—¿No os habéis separado y ya os estáis echando de menos?

La voz burlona de James hizo que todo su cuerpo se tensase. ¡Dios, qué difícil iba a ser aquello! Pero, costara lo que costase, iba a ganar la batalla. Arrancaría a James de su corazón.

—¡James!

—No me regañes, hermanita, vengo a reclamarte en nombre de tu esposo, que está desesperado. —Arabella miró hacia donde se encontraba Alex y vio el gesto de agobio de su rostro. No pudo evitar sonreír—. Más vale que acudas pronto a su lado o será capaz de hacer alguna absurda tontería.

—Eso se llama amor, James, y deberías aprender a reconocerlo o se te escapará de las manos cuando lo tengas delante —le espetó su hermana con cierta acritud.

James alzó las dos manos a modo de defensa.

—Está bien, me rindo —declaró con una sonrisa pícaro antes de plantarle un beso en la mejilla—. Sabes que me siento muy feliz por ti. No podrías haber encontrado un hombre mejor.

—Estoy segura de ello —repuso Arabella, a quien le resultaba difícil mantenerse enfadada con sus hermanos durante mucho tiempo—. Me voy con mi esposo. Nos veremos antes de partir.

Victoria y James observaron a la joven mientras se perdía entre los invitados hasta alcanzar al conde. A Victoria no se le escapó que Alex aferraba la mano de su esposa como si no desease soltarla nunca más. Un suspiro melancólico brotó de sus labios. James se volvió a mirarla.

—No te preocupes, Vic, la siguiente serás tú —le dijo con cierta galantería a modo de consuelo; sin embargo, ella lo conocía bien y sabía que no se conformaría solo con esas palabras. Inmediatamente lo vio sonreír con esa sonrisa torcida que le hacía parecer un bribón y añadió—: claro que eso solo será si alguno de tus pretendientes logra sobrevivir a tus rechazos.

Se llevó la mano al corazón como si él mismo lo hubiese sufrido en carne propia.

Victoria apretó los labios y se esforzó por recomponer los trocitos rotos de su corazón. Necesitaba alejarse, ya no era inmune a sus bromas, ni a sus palabras, ni siquiera al sonido de su voz. Le dolía demasiado, y no estaba preparada para afrontarlo una vez más. Temía que, de continuar así, explotaría y le contaría lo que sentía por él, y no deseaba ver ni el rechazo ni la compasión pintados en aquel hermoso rostro que poblaba sus sueños.

—No te preocupes por ello, James —repuso con una seriedad poco propia de ella—. Sé cuál es mi deber, y te aseguro que el año que viene, para estas fechas, podrás sentirte orgulloso de mí por haberlo cumplido.

Él frunció el ceño, algo perplejo por sus palabras y por su actitud contenida. Al mirar su rostro de tez marfileña en el que sus ojos brillaban como dos esmeraldas, volvió a maravillarse de la belleza de su prima. Era, sin duda, una de las mujeres más hermosas de la recepción. Aunque siempre había contado con una corte numerosa de pretendientes, por una u otra razón, los había rechazado. Sin embargo, no debía extrañarle que deseara casarse y formar una familia, ni que el hecho de que Arabella hubiese dado ya ese primer paso, la impulsase a ella a imitarla. A pesar de todo, aquella posibilidad no le gustó en absoluto.

—¿Tienes algún pretendiente nuevo del que no me haya enterado? —Trató de hacer el comentario con ligereza, pero en el fondo de sus palabras se apreció un filo de dureza que, por suerte, Victoria no notó.

—No sabía que debía rendirte cuentas de las propuestas que recibo —repuso con sequedad.

James observó cómo ella lo miraba entrecerrando sus preciosos ojos verdes. Le recordó a un felino, uno de esos animales exóticos de piel suave y garras afiladas. Hermoso, pero peligroso al mismo tiempo.

—Victoria... —la amonestó.

—No, James. Tú no eres mi padre, ni siquiera mi hermano. Eres solo mi primo, y no tengo por qué darte explicaciones sobre mi vida y, mucho menos, sobre mi corazón —declaró con tono firme—. Pero, para que te quedes tranquilo, te diré que sí, que tengo un nuevo pretendiente.

Tras esas palabras, su prima se marchó en medio de un remolino de seda verde, dejándolo perplejo y confundido. ¿Qué demonios le pasaba a Victoria? ¿Y quién era ese nuevo pretendiente? Ella tenía razón en que no le correspondía el papel de protector ni de guardián, pero, de alguna forma, se había acostumbrado a ello, igual que lo había hecho con Arabella, y no pensaba mantenerse de brazos cruzados por mucho que ella se lo exigiera.

Desde su altura de casi un metro noventa, oteó los jardines en busca del conde de Rothwell. Lo localizó junto a una de las fuentes charlando con un par de caballeros. Se acercó a ellos justo en el momento en que los hombres se despedían.

—James, muchacho, ¿cómo estás? —lo saludó cariñosamente el conde—. Hace tiempo que no sé nada de ti. ¿Cómo te va?

James le sonrió.

—Hola, tío William. —A pesar de que su primer nombre era Theodore, los trillizos Marston siempre se habían empeñado en llamarlo William, porque de niños les había parecido un nombre

más fácil de recordar—. Me encuentro bien y, por lo que puedo ver, usted también.

—Así es, muchacho. Acabo de hablar con tu padre sobre lo feliz que estoy por la boda de Arabella —comentó—. Sé que Victoria la va a echar mucho de menos, pero, al fin y al cabo, ella también se casará pronto.

El estómago le dio un desagradable vuelco al escuchar esas palabras y el nudo que se le hizo en la garganta lo empujó a toser.

—¿Victoria ha recibido alguna propuesta de matrimonio? —le preguntó cuando se le calmó la tos.

—De hecho, ha recibido varias y, aunque algunas las ha rechazado, estoy seguro de que pronto se decidirá. En realidad, yo creo que ya se ha decidido —le confesó. Luego bajó la voz a un susurro y prosiguió—: Soy su padre y la conozco. Victoria está enamorada.

La confesión de aquel secreto lo dejó completamente anonadado. Por algún motivo incomprensible, nunca se había imaginado que su prima pudiera enamorarse de alguien. Y aquello le dolió. «Es porque Victoria no ha confiado en mí para contármelo», se dijo. Siempre habían sido muy cercanos y se habían llevado bien, a pesar de que solían discutir a menudo, sobre todo porque a él le encantaba molestarla y ella estaba empeñada en reformarlo. Por eso, la idea de que aquella cercanía y complicidad se acabara, y que Victoria pudiera tenerla con otro hombre que no fuera él, lo sacudió por dentro.

Se removió inquieto en su sitio y buscó con la mirada a su prima. La localizó enseguida, sonriendo con amabilidad a un joven conde a quien escuchaba atentamente.

—¿Usted sabe quién es el... afortunado?

El conde de Rothwell se sorprendió un poco por el tono brusco de James, pero sacudió la cabeza como respuesta.

—No, pero estoy convencido de que, cuando esté preparada, me lo dirá —le aseguró confiado.

«Y yo, ¿cuándo voy a enterarme?», pensó James enfadado. ¿Cuando ya fuese demasiado tarde? *Demasiado tarde, ¿para qué?*, le susurró una voz interior. No quiso ahondar en la respuesta, así que cambió de tema de conversación y, después de un rato, se despidió de su tío con un sabor amargo en la boca.

Con un gesto un tanto huraño, tomó una de las copas de champán y se retiró a un lado del jardín, bajo uno de los frondosos árboles, desde donde podía observar a los invitados. Su mirada volaba una y otra vez hacia su prima, que esbozaba una sonrisa —aunque él podría jurar que era forzada— cada vez que un caballero le dirigía la palabra. Supuso que estarían regalándole los oídos con galanterías sobre su belleza, y frunció el ceño. Victoria era mucho más que su hermoso

rostro y su deliciosa figura; poseía un corazón bondadoso y noble, era inteligente y buena conversadora, y su lealtad era incuestionable. El hombre al que ella amase sería, sin duda, un caballero afortunado.

Agobiado por una presión interior, se bebió la copa de un trago mientras murmuraba palabras sin sentido y clavaba una mirada airada sobre la responsable de su malhumor.

—Me pregunto qué te ha hecho.

La voz lo tomó desprevenido, y se giró hacia ella.

—Discúlpeme, tía Margaret.

—No, muchacho, solo me preguntaba qué te había hecho esa pobre copa para que desees estrangularla. —James parpadeó confundido y bajó la mirada hacia su mano. Apretaba con tanta fuerza el pie de la copa, que sus dedos se habían vuelto blancos. Se esforzó por relajarse—. ¿O tal vez es otra la causa de tu estado de ánimo?

Lady Margaret Cavendish era una mujer inteligente y observadora, con un gran poder entre la sociedad, a la que desafiaba constantemente con sus excentricidades, y era, además, una de las mejores amigas de su madre. Aunque no eran parientes, los conocía desde que eran niños y siempre había insistido en que la llamasen tía.

—Lo siento, tía Margaret, estaba pensando en unos asuntos —respondió con la intención de evadir el tema.

La mujer, ataviada con un elegante vestido gris cuyo corpiño estaba bordado con diminutas perlas, golpeó con su bastón en el suelo, como si no le hubiese gustado la respuesta. Luego, se giró a mirar a los invitados, y James observó que su mirada se detenía en Victoria.

—James, acepta un consejo de una anciana que ha vivido y experimentado mucho en la vida. A veces pensar demasiado sobre un asunto hace que no actuemos, y que, cuando queramos hacerlo, ya hayamos perdido la oportunidad —declaró la mujer mirándolo con una comprensión en sus ojos azules que lo sorprendió—. Y créeme, hay pérdidas de las que el corazón no se recupera.

Diciendo eso, dio media vuelta y se alejó. James se preguntó qué habría querido decir la mujer exactamente. Buscó con la mirada a Victoria, pero no halló a su prima.

Un sentimiento de aprensión estremeció su corazón.

Capítulo 2

Victoria descendió las escaleras y se dirigió por el corredor hacia el despacho de su padre. La había mandado llamar, y suponía que se debía al hecho de que pronto se trasladarían al campo para pasar el verano. Londres se volvía insoportable durante los meses de calor y, además, una vez terminadas las sesiones en el Parlamento, la ciudad prácticamente se vaciaba.

Suspiró aliviada. Deseaba marcharse cuanto antes, pues, aunque desde la boda de Arabella no había vuelto a ver a James, sabía que un encuentro con él sería inevitable en alguna de las fiestas o veladas a las que asistía, y mientras continuase viéndolo no podría olvidarse de él.

Llamó con suavidad a la puerta y esperó a entrar hasta oír la voz desde el interior. Le encantaba aquel despacho tan masculino, con sus muebles de madera oscura y aquel olor a madera y cuero con el que asociaba a su padre. De niña, sobre todo después de la muerte de su madre, solía ir muchas veces allí. Se sentaba en las rodillas del conde y él le daba caramelos que tenía guardados en un cajón; luego, se acurrucaba contra su pecho hasta que el dolor por la ausencia de su madre desaparecía. La verdad era que casi no la recordaba ya, ni su voz, ni ese olor especial que solo tienen las madres.

«El tiempo cura un corazón roto», pensó con tristeza.

Contempló a su padre, sentado tras el enorme escritorio de nogal, enfrascado en unos documentos, y la sonrisa volvió a su rostro. Seguía siendo un hombre apuesto, aunque las arrugas de su rostro y algunas canas blancas en el cabello delataban el paso de los años. Pero sus ojos azules, cuando alzó la mirada hacia ella, mostraban todavía la viveza de la juventud.

—Buenos días, padre. —Se acercó y le dio un beso en la mejilla, luego saludó al secretario del conde—. Buenos días, señor Lipton.

El joven, que debía rondar los treinta años, era hijo de un caballero, y llevaba casi cuatro trabajando para su padre. Se trataba de un hombre muy eficiente, serio y responsable, al que su padre tenía en gran consideración. También era bastante tímido, pues solía sonrojarse cuando Victoria lo saludaba, y en esa ocasión no fue diferente.

Hizo una torpe reverencia y le devolvió un educado saludo apenas audible.

—Buenos días, milady.

La voz fuerte del conde, en cambio, llenó la estancia.

—Buenos días, preciosa. Permíteme un momento, que enseguida termino con estos asuntos — le aseguró mientras terminaba de revisar los papeles. Luego se volvió hacia el secretario—. Thomas, estos documentos ponlos en la caja fuerte, por favor, y ocúpate de enviar respuesta al señor Fisher según lo acordado. Eso es todo por ahora. Muchas gracias, Thomas.

El joven tomó los documentos y asintió con la cabeza.

—Enseguida, milord.

Se giró para salir y su mirada se posó sobre Victoria. Abrió la boca como si fuese a decir algo, pero al final la cerró y se marchó sin una palabra. El conde suspiró. Había visto ese mismo comportamiento en otros caballeros cada vez que se hallaban en presencia de su hija. Victoria parecía hechizar a los hombres sin proponérselo, y lo peor era que ella parecía no darse cuenta de ello o, simplemente, no le importaba. Frunció el ceño, pensativo. «Tal vez lady Eloise tiene razón», pensó mientras observaba a su hija que, en ese momento, contemplaba el retrato de Diana que había sobre la chimenea.

—Era tan hermosa —suspiró.

El conde dirigió su mirada al retrato y el corazón se le embriagó de nostalgia, aunque ya no había dolor.

Se sobresaltó un momento al darse cuenta de que segundos antes había estado mirando los papeles del orfanato de Saint Michael, que solía guardar en un cajón de su despacho, y que los había mezclado con los documentos que le había entregado a Thomas. Supuso que en la caja fuerte estarían tan seguros como en su despacho, pero cuando regresase de su viaje, los quemaría. Victoria era, a todos los efectos, su hija legítima. Se volvió hacia ella con cariño.

—Es cierto —admitió—, y tú te pareces mucho a ella.

Victoria se giró hacia él.

—En los ojos —convino—, y quizás en la figura, pero creo que en el carácter me parezco más a ti.

Lord Rothwell se llevó una mano al pecho en actitud teatral, y compuso una mueca mezcla de dolor y ofensa.

—¿Quieres decir que soy terco, obstinado y algo distraído?

La carcajada de Victoria caldeó el corazón del hombre y se esforzó por mantenerse serio cuando ella le rodeó el cuello con sus brazos y depositó un beso en su mejilla.

—Quiero decir que somos encantadores, inteligentes y leales, y...

—... y tenemos un gusto exquisito para elegir sombreros —la interrumpió él con una marcada sonrisa en el rostro.

Victoria no pudo evitar volver a reír. Su padre siempre bromeaba con ella diciéndole que la causa de su ruina iban a ser los horrendos sombreros que Victoria adquiriría de vez en cuando. Lo cierto era que solo los compraba cuando se hallaba de mal humor, y en ese caso, cuanto peor era el humor, más feo era el sombrero. Por suerte para el conde, Victoria poseía un carácter alegre.

—Eres un cielo, papá.

—Y tú la niña de mis ojos —replicó con una amplia sonrisa—, y bien que te aprovechas de ello.

—Eso es solo porque te quiero y sé que me quieres.

—Pues entonces, compadezco a tu futuro esposo —comentó con alegre despreocupación—; más vale que sea rico para que pueda surtirte de sombreros cada vez que lo necesites.

Al conde no le pasó desapercibida la sombra de tristeza que nubló los límpidos ojos verdes de su hija. Así que la duquesa tenía razón. Bueno, él estaba de acuerdo con el plan de lady Eloise, siempre y cuando la decisión final fuese única y exclusivamente de Victoria.

—Claro —respondió esta al tiempo que le daba la espalda para rodear el escritorio y, supuso el conde, para evitar que él se diese cuenta de su desasosiego.

Aquella sola palabra carecía de la vivacidad y el entusiasmo que caracterizaban a su hija. Le dolió el corazón por ella, por eso deseó con sinceridad que todo saliese bien.

—Necesitaba hablar contigo, Victoria —le dijo aprovechando el momento para cambiar de tema—. Tengo unos negocios en el norte que requieren mi atención.

—Muy bien —aceptó ella—. ¿Cuándo partiremos?

Lord Rothwell negó con la cabeza.

—Yo partiré, tú te quedarás aquí.

Victoria arqueó las cejas, sorprendida. Su padre no solía viajar mucho, pero cuando lo hacía, ella siempre lo acompañaba.

—¿Por qué? ¿Y cuánto tiempo será? —La perspectiva de pasar sola el verano en la enorme y solitaria casa de campo, no la entusiasmaba en absoluto.

—Esta vez no se trata de un problema en alguna de mis propiedades, más bien estaré moviéndome de un lado a otro —le explicó—, y no deseo que tu verano transcurra de posada en posada. Hay un problema con algunas casas de El hogar de los ángeles.

—¡Oh!

El ceño de Victoria reflejó su preocupación. Sabía cuánto amaba su padre aquella fundación y deseaba, de todo corazón, que los problemas se pudieran solucionar. Desde que ella tenía

memoria, el conde había dedicado parte de su dinero a la fundación de hospicios para niños huérfanos y abandonados. Su abogado se ocupaba de las cuestiones legales, y había contratado gobernantas adecuadas para el manejo de las casas. En ellas, los niños, aquellos pequeños ángeles, como su padre los llamaba, recibían educación y aprendían un oficio que pudiera servirles luego en la vida.

Victoria solo había visitado uno de los hogares, el más cercano a Londres, en diversas ocasiones, pero admiraba profundamente a su padre por ese gesto de amor para con los más desfavorecidos. Recordaba haberle preguntado por qué lo hacía, qué lo había movido a fundar El hogar de los ángeles; pero él siempre la había mirado con una expresión de infinita ternura antes de responderle que todos los niños merecían tener una oportunidad de alcanzar la felicidad.

—Así es, por eso he decidido que puedes quedarte durante el verano aquí, en Londres...

—Pero, padre, sabes que la ciudad...

El conde alzó una mano para detener su respuesta.

—... en Westmount Hall.

Victoria parpadeó y el corazón le dio un desagradable vuelco.

—¿En... Westmount Hall? —repitió balbuceante.

—Sí —convino el conde, que no perdía detalle de las expresiones de su hija—. Tu tía Eloise me ha preguntado si podías quedarte con ella y ayudarla con lady Gabriella. Además, teniéndote a ti a su lado, no echará tanto de menos a Arabella.

Victoria pensó que aquello, probablemente, fuese cierto. Aunque lady Eloise no era en realidad tía directa suya, puesto que era prima de su padre en segundo o tercer grado, Victoria había pasado tanto tiempo de niña con Arabella y la duquesa, que esta la consideraba casi como una hija. A pesar de ello, la perspectiva de tener que vivir en la misma casa con James, donde lo vería todos los días, desbarataba todas sus buenas intenciones de olvidarlo.

—Pe...pero...

El conde alzó una ceja ante aquel ligero titubeo.

—¿No te parece bien? —le preguntó con un estudiado tono neutro—. Hasta ahora nunca te había visto quejarte por tener que ir a la mansión.

—No, claro... quiero decir, sí, me parece bien. Es solo que...

Se interrumpió al no encontrar ninguna excusa lo suficientemente creíble, pues su padre la conocía demasiado bien. Dejó escapar un suspiro de resignación aceptando lo inevitable.

El conde sonrió para sus adentros y se frotó las manos con satisfacción.

—Muy bien.

Victoria miró a su padre con los ojos entrecerrados y el ceño fruncido.

—Parece que estuvieras deseando que me fuese —manifestó con voz enfurruñada.

Lord William tragó saliva, tosió y compuso su mejor semblante de inocencia. Había olvidado que su hija también lo conocía muy bien a él.

—Por supuesto que no es así, querida —le aseguró con firmeza—. Lo que ocurre es que tu tía Eloise parecía bastante, eh... desesperada. Y sabes cómo se pone cuando tiene que organizar algo. Así que, creo que lo mejor sería que te trasladases a la mansión mañana mismo.

—¿Mañana?

El timbre de su voz había sonado tan agudo como el de la más profesional cantante de ópera, y Victoria se sonrojó. «¡Dios mío!», pensó, aquello iba de mal en peor.

—Sí, mañana. Tu tía enviará un carruaje a buscarte.

Al ver el rostro compungido de su hija, el conde sintió pena. Se levantó de su sillón de cuero, rodeó el escritorio y extendió una mano hacia Victoria. Cuando se la tomó, tiró de ella hasta ponerla de pie y la abrazó con cariño.

—Volveré lo antes posible —le aseguró—, y pasaremos juntos el resto del verano. Te voy a echar mucho de menos, mi pequeña.

—Y yo a ti, padre —repuso ella, y se dejó abrazar por él mientras aspiraba el olor a cuero y a madera que lo envolvía.

Cuando Victoria abandonó el despacho del conde, se sentía abatida. El corazón le pesaba como plomo en el pecho. ¿Cómo, en nombre del cielo, iba a aguantar siquiera un día aquella tortura? Ver su rostro, su sonrisa maliciosa, sus hipnotizadores ojos; escuchar su voz ronca cuando pronunciaba su nombre; y contemplar aquellos labios tentadores que deseaba probar. Había recibido besos de otros caballeros, pero estaba convencida de que nada podría compararse a los besos de James, ¡si sus piernas parecían volverse de gelatina cuando la besaba en la mejilla!

Sacudió la cabeza con pesar mientras se decía a sí misma que tendría que hacer un esfuerzo doble para no cruzarse con el marqués de Blackbourne en su propia casa.

La distracción en la que se hallaba inmersa hizo que, al doblar la esquina del corredor, chocase con un cuerpo fornido.

—Discúlpeme, milady —le dijo el secretario visiblemente azorado. La había agarrado con rapidez por los brazos; de otro modo, el empujón la habría enviado al suelo—. No me fijé por dónde andaba.

—No se preocupe, señor Lipton, la culpa ha sido enteramente mía. Andaba distraída —

comentó con la voz algo tensa al ver que él no la soltaba inmediatamente, sino que la miraba de un modo especial—. Creo que ya no hay peligro de que me caiga —añadió con una sonrisa educada.

Thomas se ruborizó y enseguida la soltó, dando un paso atrás.

—Lo siento, milady.

Victoria sintió lástima por el hombre. Sabía que había desarrollado alguna clase de afecto por ella —hacía tiempo que había aprendido a leer en las miradas masculinas tanto el cariño sincero como el deseo—, y a pesar de que era un joven atractivo, con su espeso cabello negro y unos preciosos y brillantes ojos marrones, no despertaba en su corazón ningún sentimiento.

—No me ha ofendido —le aseguró, consciente de que el pobre hombre se veía mortificado. Tal vez pensaba que se lo diría al conde y este lo despediría.

El secretario asintió con la cabeza, pero no se movió de su lugar. Parecía pensativo. Victoria se hizo a un lado para pasar y continuar su camino hacia su dormitorio, pero la voz del señor Lipton la detuvo.

—Perdone mi atrevimiento, milady, pero ¿tiene usted algún problema? ¿Puedo ayudarla en algo? Se ve... triste.

Aquellas palabras la sorprendieron, sobre todo por lo que revelaban acerca del joven. Su mente voló, sin quererlo, hacia James. Él, por supuesto, no parecía darse cuenta de sus estados de ánimo, y se burlaba de ella en toda ocasión. De hecho, la culpa de que tuviese tantos sombreros extravagantes era, sobre todo, suya. Resultaba obvio que no le interesaba como mujer, ya que estaba convencida de que no trataba así a sus amantes. Dejó escapar un suspiro de pesadumbre y dedicó al secretario una mirada agradecida.

—No es nada —le aseguró—. Se trata tan solo de un ligero dolor de cabeza.

El hombre titubeó, como si no se decidiera a continuar, pero finalmente volvió a hablar.

—Lady Victoria, sabe bien que haría cualquier cosa por usted. —Aquella declaración, y la intensidad con que la miraba, la asustó un tanto. Hizo ademán de levantar la mano como para acallar sus palabras, pero el secretario parecía decidido a hablar—. Yo... le profeso un gran cariño, lady Victoria. Sé que soy tan solo el hijo de un baronet, pero puedo asegurarle que a mi lado no le faltaría nada, y...

No pudo oír nada más. Los oídos comenzaron a zumbarle y creyó que se desmayaría allí mismo. ¿Thomas Lipton se le estaba declarando? «¡Ay, Dios!», gimió para sus adentros. Siempre había evitado, por todos los medios, que ningún caballero le hablase de amor, pues no era una mujer dada al coqueteo y le costaba mucho rechazar a los pretendientes. Aquellos que habían pedido su mano habían hablado directamente con su padre, y ella no se había visto obligada a intervenir ni a decir que no. En ese momento se encontraba en una posición horrorosa y no sabía

muy bien cómo salir de ella.

—Señor Lipton, por favor —le rogó interrumpiendo su perorata—, yo... no puedo.

No estaba segura de si el hombre le había propuesto algo o no, pero, de cualquier forma, aquello era imposible. Hacía tiempo que había perdido la posesión de su corazón y, aunque intentase recuperarla, creía que nunca sería capaz de volver a amar.

Cuando vio la decepción en sus ojos y las líneas duras que se dibujaron en su boca, casi se arrepintió de sus palabras. Le había dicho a Arabella que aceptaría el cortejo de otros hombres, y estaba dispuesta incluso a contraer matrimonio para buscar, si no amor, al menos sí una cierta satisfacción... y también hijos. Quería muchos hijos. Sin embargo, no podía aceptar al secretario de su padre. Si ella hubiese estado realmente enamorada de él, sabía que su padre no se opondría al enlace, pues deseaba ante todo su felicidad y, además, el joven provenía de una buena familia, aunque fuese el hijo segundo. Pero, sin amor...

—Comprendo.

Aquella única palabra, pronunciada en tono grave y demasiado serio, parecía condensar un inmenso dolor y algo más que no supo descifrar, pero que le provocó un regusto amargo. Conocía de primera mano el sufrimiento de un amor no correspondido; sin embargo, no podía dejarse llevar por la conmiseración. Ella amaba a James más que a nada en el mundo, pero jamás, jamás se casaría con él si la aceptaba como esposa solo por compasión.

Quiso decir algo más, lo propio de aquellas ocasiones, que se sentía halagada y otras cosas por el estilo, pero le fue imposible. El hombre endureció la mandíbula, le dedicó una escueta inclinación de cabeza y se alejó a grandes zancadas.

Victoria soltó el aire que había estado conteniendo y sacudió la cabeza. El día parecía que iba de mal en peor.

Subió a su dormitorio y cerró la puerta tras ella. Se sorprendió al encontrar en el interior a su doncella, que había sacado ya varios de sus vestidos y preparaba el equipaje. Ellie llevaba con ella unos cinco años. Era una joven de carácter alegre y práctico, con el cabello tan rubio que casi parecía blanco, y unos ojos azules algo saltones, y desde que se había enamorado de Mathew, uno de los lacayos, andaba suspirando por los rincones de la casa.

La muchacha se volvió al oír el ruido.

—Buenos días, milady —la saludó con una sonrisa—. El conde me dijo que mañana se trasladará a la mansión de los duques, y me pidió que le preparase el equipaje.

—Así es, Ellie —repuso con tono resignado. Luego observó la cantidad de vestidos que la muchacha había sacado y frunció el ceño—. ¿Te dijo mi padre cuánto tiempo nos vamos a quedar?

—Oh, no, milady, yo no iré con usted.

Victoria arqueó las cejas sorprendida.

—¿Te dijo el conde que no me acompañarás?

Ellie asintió.

—Su Excelencia, la duquesa, le dijo que no sería necesario, puesto que Lucy, la doncella de lady Arabella, estará disponible para atenderla —le explicó.

—Es cierto —convino—, no había pensado en eso. Seguramente la echará mucho de menos.

—Terriblemente —le aseguró la muchacha, con esa costumbre que tenía de usar palabras grandilocuentes para magnificar las cosas—. De cualquier forma, está contentísima porque podrá seguir sirviendo a su señora, aunque ahora sea condesa.

Victoria sonrió mientras observaba a su doncella sacar más ropa del vestidor, pero enseguida frunció el ceño.

—Ellie, no creo que esos vestidos sean necesarios —musitó al ver cómo tomaba la blanca túnica griega con bordados de oro de su disfraz de Diana cazadora, y algunos otros que había usado en diferentes bailes de máscaras.

La muchacha dirigió una mirada dudosa a los vestidos.

—¿Tal vez milady desea algo más magnificante?

Victoria sacudió la cabeza con una sonrisa.

—Lo que quiero decir es que no tendré oportunidad de participar en ninguna velada de disfraces. La temporada está terminando y... —se interrumpió al ver que Ellie asentía.

—Lady Eloise mandó decir que iba a celebrar un baile de máscaras en los jardines de Westmount Hall.

Se estremeció ligeramente. Había pensado que, como mucho, acompañaría a lady Eloise y a lady Gabriella a algunas veladas musicales, quizás una visita al museo y asistir a alguna de las fiestas más importantes que solían celebrar las matronas más reputadas de Londres. De ese modo se aseguraba de no coincidir con James, quien solo acudía a las recepciones más selectas y a las de aquellas personas con las que tenía un compromiso.

Nunca imaginó que la duquesa deseara organizar un baile de máscaras en su propia casa. Gimió para sus adentros y apretó los labios con disgusto. Por lo visto, su día sí podía empeorar.

—Ellie, si el conde te pregunta por mí, dile que he salido a comprarme un nuevo sombrero.

Capítulo 3

James llevaba varios días de un humor de perros.

El licor que caía ardiente por su garganta no hizo gran cosa por aliviar su estado de ánimo, pero era lo único que podía hacer en aquel momento. En honor a la verdad, no comprendía qué le sucedía ni por qué motivo se hallaba sumido en aquella negra oscuridad.

Cerró los ojos y dejó caer la cabeza sobre el respaldo del sillón de cuero marrón. Quizás el problema provenía de su conciencia. La boda de su hermana Arabella le había hecho reflexionar sobre la cuestión de que tenía casi treinta años y no había hecho nada con su vida, aparte de disfrutarla, claro. Como heredero del ducado de Westmount, le habían dado todo desde la cuna, y no había tenido que preocuparse por nada. Su padre atendía todo lo referente al cuidado de las propiedades, y él no había considerado necesario involucrarse. Ciertamente no despilfarraba el dinero, aunque le gustaba apostar en juegos de vez en cuando, adquirir caballos nuevos y disfrutar de la buena compañía femenina.

Esa palabra le evocó el recuerdo de su prima, y frunció el ceño. Llevaba varios días sin verla. Victoria siempre lo había acicateado con el absurdo convencimiento de que podía convertirse en un hombre mejor, y quizás tanta insistencia, por fin, había dado fruto. ¿Era aquella idea lo que le hacía sentirse así?

La puerta de la biblioteca de Westmount Hall se abrió y entraron sus dos hermanos. A ojos de alguien que no los conociese, podrían parecer iguales, pero en realidad Robert y Edward diferían en muchos aspectos. Edward tenía una sonrisa burlona perpetuamente estampada en su rostro, mientras que Robert era más serio y reflexivo.

—Así que, ¿aquí era donde te escondías, James? —comentó Edward, mientras servía una copa para Robert y otra para sí mismo antes de acomodarse en otro sillón junto a James.

Robert también se sentó. Tomó un sorbo de su coñac y observó a su hermano mayor.

—¿Te encuentras bien?

James asintió.

De los tres, Robert siempre había sido el más perceptivo. Sus ojos de color aguamarina lo estudiaban y lo analizaban todo, con una mezcla de inteligencia e intuición que lo habían convertido en un valioso elemento para el gobierno inglés. Aunque no sabía con exactitud a qué se

dedicaba, James tenía una ligera idea de lo que podía ser, y admiraba a su hermano por ello. Al menos él sí tenía un sentido en su vida.

—Debe ser que no ha visitado últimamente a Theresa —terció Edward, con la intención de procurar una explicación para el estado de ánimo del marqués.

James esbozó una mueca de disgusto al oír mentar a su última amante. Se trataba de una hermosa viuda de cabello como la medianoche, ojos oscuros y misteriosos, y unos generosos senos.

—Theresa y yo lo hemos dejado —aclaró.

Habían disfrutado mucho juntos y habían compartido buenos momentos, hasta que a la mujer se le había metido en la cabeza la idea de que, tal vez, podía convertirse en marquesa. Entonces James había considerado que era hora de dejar la relación. Le había regalado un hermoso collar de rubíes y se había marchado haciendo oídos sordos a las súplicas y a las falsas lágrimas de la mujer.

—Vaya, entonces eso lo explica todo —sentenció Edward—. Lo que tú necesitas es otra amante, alguien que te mantenga contento, y así los demás no sufriremos tus gruñidos ni tu mal humor. Si quieres, puedo ayudarte a buscar alguna. Solo necesito que me digas cuáles son los requisitos. —Se rascó la barbilla y frunció el ceño como si la idea le resultase curiosa—. Ahora que lo pienso, hermano, no conozco tus gustos; lo único que sé es que no te gustan las mujeres pelirrojas.

James tensó la mandíbula y dejó escapar un gruñido desde el fondo de su garganta.

—Nunca he dicho que no me gusten las pelirrojas —le espetó con sequedad.

—Puede ser —convino Edward, que escondió el brillo burlón de su mirada tras un sorbo de su copa de coñac—, pero nunca has tenido una amante con ese color de pelo.

El marqués tuvo que admitir para sus adentros que aquella declaración era cierta. La verdad era que cada vez que conocía a una mujer atractiva con ese color de pelo, no podía evitar compararla con su prima Victoria, y, por algún motivo, terminaba rechazando las invitaciones para pasar un buen rato. No, nunca había tenido una amante pelirroja. ¿Sería cierto lo que comentaban de que en la cama se volvían todo fuego y pasión? En su mente se insinuó una imagen de su prima, con la cabellera suelta cayéndole por la espalda en espesos bucles, y vestida con una ligera negligé que revelaba cada una de sus abundantes curvas. La reacción que experimentó su cuerpo lo sobresaltó y se quedó horrorizado. ¡Por Dios, era su prima! Y, además, la conocía desde niña. Sin embargo, tal parecía que la parte inferior de su cuerpo no entendía de parentescos. Se removió incómodo en el asiento y casi se acabó la copa de un trago.

—Bueno, ¿qué me dices? —insistió Edward ajeno al estado de su hermano—, ¿te busco a alguien?

—Creo —intervino Robert, que se había mantenido en silencio hasta aquel momento— que deberías casarte.

James se atragantó con el último sorbo del excelente coñac que degustaba y comenzó a toser. Luego miró a su hermano como si le hubiesen brotado dos cabezas, aunque a este no pareció importarle. Mantuvo su rostro serio e imperturbable, como si fuese una poderosa deidad del norte, con aquel cabello rubio recogido en una coleta, la mandíbula firme, y los fuertes músculos que se adivinaban bajo la chaqueta de seda azul de exquisita manufactura.

—¿Por qué demonios piensas eso? —le espetó, molesto, cuando hubo dejado de toser.

Robert se encogió de hombros con displicencia.

—Tal vez porque tienes casi treinta años, eres marqués y heredero de un ducado que algún día tendrás que legar a tus propios hijos, y porque la vida ha comenzado a aburrirte.

Edward dejó escapar un silbido de admiración.

—Si querías una respuesta clarita, ahí la tienes, James. Menos mal que yo solo soy el segundo en la lista de sucesión.

El marqués lo fulminó con la mirada.

—Te recuerdo, hermano, que, a pesar de ser el segundo, ostentas también un título, el de vizconde Leighton, por si lo habías olvidado.

—Cierto —convino, al tiempo que se reclinaba más sobre el asiento como si estuviera relajándose para echar una cabezadita—. Aquí el único que no tiene título es Robert, aunque yo le cedería el mío con gusto.

—Dudo que sin un título pudieras apañártelas tan bien como él —gruñó James.

Edward esbozó una sonrisa impenitente.

—Eso también es cierto —admitió. Volvió su mirada hacia Robert y levantó su copa a modo de brindis.

James observó cómo se elevaba la comisura de la boca de Robert en una media sonrisa, y supo que se estaba divirtiendo. Sacudió la cabeza. Reconocía que era maravilloso tenerlo de regreso en casa, poder encontrarse otra vez los tres juntos. Echaba de menos aquellos tiempos de su adolescencia en que les gustaba meterse en líos y correr aventuras. Estaban muy unidos. Sin embargo, de alguna manera, los tres habían cambiado. Quizás Robert era el que más había madurado, y se preguntó, no por primera vez, qué habría visto o vivido su hermano, o qué se habría visto obligado a hacer, para convertirse en el hombre serio y circunspecto que ahora era. Y, en ese momento, lamentó no haber estado ahí para él, para apoyarlo y ayudarlo. El secuestro que había sufrido Arabella, y el hecho de haber estado a punto de perderla, le había hecho valorar aún

más a su familia.

—No creo que esté preparado para eso —le contestó a su hermano Robert.

—A mí me parece que nadie está nunca preparado para asumir semejante compromiso, pero, al fin y al cabo, es lo que se espera de nosotros.

James alzó las cejas y miró a su hermano, sorprendido. Aunque Edward había usado un tono jocoso, sus palabras no dejaban de tener un punto de sabiduría.

—¿Tú te casarías ahora?

Edward se encogió de hombros con indiferencia.

—No veo por qué no, si encuentro a la mujer adecuada...

—Para eso hay que tener bien abiertos los ojos... y el corazón —señaló Robert.

James se quedó pensativo mientras escuchaba a medias la conversación entre sus dos hermanos. Las palabras de su hermano menor le habían recordado a las que le había dirigido lady Margaret en la boda de Arabella. ¿Acaso había perdido él alguna oportunidad por tener cerrado el corazón?

Si quería ser sincero consigo mismo, tenía que reconocer que parte de ese acomodamiento en su vida, que Victoria le reprochaba, provenía de su miedo a mirar en lo profundo de su corazón. Era mucho más cómodo vivir en la superficie.

El sonido de la puerta al abrirse lo sacó de sus pensamientos e interrumpió la conversación de sus hermanos. Su madre entró con un revuelo de seda y dejando tras de sí un delicado aroma a jazmín.

Sonrió sin poder evitarlo. El duque era un hombre tranquilo y sosegado, todo lo contrario que la duquesa, y muchas veces se había preguntado cómo podían congeniar tan bien.

—Qué bien que estéis los tres aquí, queridos, tengo algo que deciros —comentó al tiempo que les hacía un gesto para que se sentasen, pues los tres se habían puesto de pie en cuanto ella había entrado en la estancia.

—Como siempre, madre, estamos a tu entera disposición —replicó Edward, con una sonrisa que acentuó las pequeñas arrugas alrededor de sus ojos.

La duquesa lo miró con los ojos entrecerrados, como si sopesase la sinceridad de sus palabras. Al fin y al cabo, había dado a luz a los tres —una hazaña nada desdeñable dado el tamaño de sus tres vástagos—, y se jactaba de conocerlos bien. Cuando hubo considerado que no había burla, asintió a modo de agradecimiento, y prosiguió.

—Veréis, el conde de Rothwell me ha dicho que Victoria se ha quedado muy deprimida tras la partida de Arabella —les explicó mientras observaba la reacción de sus hijos. James frunció el

ceño con preocupación, y ella tuvo que contenerse para no esbozar una sonrisa triunfante; Edward asintió, comprensivo; y Robert le dedicó una mirada con los ojos entrecerrados que hizo que se removiese algo incómoda en su asiento—. El caso es que me preguntó si podía quedarse con nosotros algunos días. Para mí será de gran ayuda con lady Gabriella.

—Madre, por supuesto que Victoria puede venir cuando quiera —señaló Edward—, es nuestra prima. Pero, a nosotros ¿qué?

La duquesa pareció molesta con esas palabras. Su menudo cuerpo se tensó, y enderezó la columna de tal manera que parecía que pudiese romperse de un momento al otro.

—Querido, está claro que no os estoy pidiendo permiso. Todavía sigo siendo la señora de esta casa, creo yo.

—Madre, Edward no pretendía ofenderte —intercedió James—, lo que pasa es que es un bocazas —añadió con tono seco mientras miraba al interpelado.

Este tuvo la decencia de bajar la cabeza un tanto abochornado.

—Espero que algún día aprendas a pensar antes de hablar, hijo mío; de lo contrario, estoy convencida de que te meterás en muchos problemas —lo amonestó—. En fin, os he contado esto para que lo supierais, pero también, ciertamente, porque necesitaré la ayuda de uno de vosotros como acompañante para Victoria. —Un silencio solemne se extendió entre los presentes, como el de una víctima que espera su sentencia de la boca de un juez—. Robert, he pensado que podrías ser tú. Te hará bien frecuentar de nuevo la sociedad.

Robert no dijo nada, pero clavó su mirada cristalina en el rostro de su madre, mientras la estudiaba. Se preguntó qué estaría tramando. Ella lo conocía bien y sabía que detestaba asistir a las veladas y a las fiestas; no era hombre dado a conversaciones banales ni a coqueteos vanos. Miró de reojo a sus hermanos. Edward parecía aliviado, pero James mantenía el ceño fruncido y la mandíbula tensa. Su madre también aguardaba su respuesta con cierto nerviosismo que, estaba seguro, no se debía a la posibilidad de una negativa por su parte. Decidió jugar sus cartas.

—Por supuesto, madre, será un placer acompañar a mi bella prima. No tengo duda de que muchos caballeros envidiarán mi suerte —comentó añadiendo leña al fuego en el que veía se estaba cociendo James—. Sin embargo, ¿no crees que sería mejor que la acompañase James? Al fin y al cabo, es el mayor, y con quien tiene mejor relación.

La sonrisa de la duquesa fue tan amplia que casi desbordó su rostro. A Robert le costó un enorme esfuerzo no soltar una carcajada. ¿Así que ella también se había dado cuenta de por dónde iban los sentimientos de la muchacha? Solo esperaba que su hermano no tardase en percatarse de lo que había en su propio corazón.

Lady Eloise desechó con un gesto de la mano su sugerencia.

—James siempre anda ocupado —repuso—. Además, es demasiado exigente.

A Robert le dio la sensación de estar interpretando un papel en una obra de teatro y, como si supiese lo que el guion exigía en aquel momento, preguntó:

—Demasiado exigente, ¿para qué?

—Oh, pues para permitir a los pretendientes de Victoria que la cortejen —respondió su madre con una risilla satisfecha.

James se giró con rapidez hacia su madre.

—¿Qué pretendientes? —espetó con cierta brusquedad.

La duquesa lo ignoró y siguió conversando con su hijo menor.

—¿Ves a lo que me refiero? Es demasiado protector con ella, como lo fue con su hermana. Así será casi imposible lograr que nuestra querida Victoria se case.

—¿Casarse? —repitió el marqués con un tono más elevado que recordó al graznido de un cuervo.

Robert ocultó una sonrisa. Su madre estaba apostando alto, esperaba que no se descubriese pronto su farol.

—Sí, querido, eso he dicho —comentó su madre mirando a James en aquel momento como si fuese algo lento de entendederas—. ¿No pensarás que la muchacha desea permanecer soltera?

—Sí... quiero decir, no, por supuesto que no, pero...

—Ahora que lo dices, madre —intervino Edward, colaborando, sin saberlo, con el plan de la duquesa—, el otro día escuché decir a lord Meadow que iba a pedir la mano de Victoria.

—Lord Meadow es un redomado idiota —gruñó el marqués.

—¡James! —lo reconvino su madre, aunque, a decir de Robert, se veía encantada.

—La verdad es que, aunque tenga mucho dinero y esté bien considerado en la sociedad, James no deja de tener razón acerca del hombre, madre —lo secundó Edward.

—Sois imposibles —se quejó la duquesa—. Por eso creo que tú, Robert, estás más capacitado para juzgar a las personas.

—Mi hermano no conoce ni a la mitad de los caballeros de la alta sociedad, madre —señaló James, mientras le dedicaba a este una mirada elocuente—. Se ha pasado la mayor parte de su adultez evitando este tipo de eventos, y la otra parte trabajando en Dios sabe dónde para nuestro Gobierno.

Robert, encantado con el giro que estaba tomando la situación, apoyó al marqués.

—En eso debo darle la razón a James, madre.

El semblante de la duquesa cambió para manifestar una profunda decepción, y Robert no pudo dejar de admirar la magistral actuación de su madre. Nunca había visto a nadie que manipulase a otra persona con tanta habilidad como lo hacía ella. Enseguida pareció reponerse, como si acabase de encontrar una solución a un problema difícil.

—Pues entonces, Robert acompañará a Victoria y comentará contigo los posibles candidatos para que tú le aconsejes.

James, cuyo mal humor había empeorado exponencialmente al ritmo de la conversación, decidió atajar el problema de raíz.

—Yo seré su acompañante —sentenció con contundencia.

Una luz de triunfo brilló en los ojos aguamarina de la duquesa, aunque su rostro solo mostró indecisión.

—Pero, no me parece...

El marqués apretó los puños con fuerza, hasta que los nudillos se le pusieron blancos, y tensó la mandíbula.

—Te prometo, madre, que me esforzaré por no golpear a ninguno de sus pretendientes —declaró, con tan poco convencimiento que lady Eloise se hubiese echado a reír si no hubiese habido tanto en juego.

Dejó escapar un fingido suspiro de resignación y miró a su hijo mayor con su mejor máscara de pena.

—En fin, si no hay más remedio, sea, pero te estaré vigilando, James Marston, y como vea que haces llorar a nuestra pequeña Victoria, te las verás conmigo. —Y esto lo dijo con toda la sinceridad de su corazón.

—Yo nunca he hecho llorar a Victoria —se defendió. Sin embargo, algo en su corazón se removió. ¿Alguna vez sus palabras o su comportamiento habían provocado lágrimas en su prima? Pensar en esa posibilidad le hizo sentirse enfermo.

—Bien. Entonces, todo resuelto —exclamó la duquesa. Se levantó con ímpetu del cómodo asiento que había ocupado en la magnífica biblioteca del duque, en la que descansaban cientos de volúmenes encuadernados, la mayoría desgastados por el uso. Luego se volvió hacia su hijo menor, que se había puesto en pie, al igual que sus hermanos—. Robert, querido, ¿me harías el favor de acompañarme al jardín?

—Será un placer, madre.

Edward aprovechó la marcha de la duquesa y de su hermano menor para despedirse también

de James.

—Creo que iré a Tattersall's y después al club —comentó al tiempo que echaba una ojeada a su reloj de bolsillo—. ¿Quieres venir?

James sacudió la cabeza.

—No tengo ganas. Me quedaré aquí.

Edward se encogió de hombros y se dirigió hacia la puerta. Al llegar, se giró hacia James, que continuaba sentado en el sillón, con semblante pensativo, y alzó una ceja socarrona.

—Es una pena que los planes de madre hayan desbaratado los tuyos de tener una aventura con alguna dama pelirroja. Supongo que tendremos que seguir soportando tu mal humor.

Abandonó la estancia con una sonrisa burlona en los labios de la que James no fue consciente. Las últimas palabras de Edward daban vueltas en su mente. En realidad, la perspectiva de ser el acompañante de su prima, en lugar de empeorar su mal humor, se lo había mejorado. Sí, con toda seguridad, disfrutaría de sus encuentros dialécticos, además de su compañía. En cuanto al asunto de los pretendientes... Era consciente de que había hecho una promesa a la duquesa, pero, ciertamente, no permitiría que cualquier hombre se acercase a Victoria. Se merecía ser feliz, no acabar unida de por vida a un caballero que no valorase el tesoro que ella suponía.

Se reclinó una vez más contra el respaldo del sillón y cerró los ojos. Una sonrisa satisfecha se dibujó en su rostro. Parecía que el día mejoraba por momentos, al igual que su humor. Ahora solo le quedaba por resolver el asunto de su nueva amante.

«Una aventura con una dama pelirroja», le había dicho su hermano.

Capítulo 4

Victoria no tenía ni idea de a qué hora llegaría el carruaje de los duques a buscarla, así que se encontraba lista para partir desde muy temprano en la mañana. Además, tampoco había podido dormir bien a causa del desasosiego que le provocaba el traslado a Westmount Hall.

Bajó al vestíbulo y suspiró al ver su equipaje preparado que uno de los criados se había encargado de traer. Su padre partiría también ese mismo día, así que se apresuró a dirigirse hacia el comedor para desayunar con él. Lo iba a echar de menos, y esperaba que pronto arreglase los asuntos de la fundación y regresase. Así podrían irse al campo y ella olvidaría a James.

Cuando abrió la puerta del comedor familiar, el conde se hallaba sentado a la mesa leyendo el periódico.

—Buenos días, padre —lo saludó con una sonrisa.

Él levantó la vista de su lectura y la observó con atención.

—No parece que hayas pasado una buena noche —le comentó preocupado cuando se acercó a darle un beso en la mejilla.

—Ha sido culpa del calor —le aseguró Victoria, que procuró enseguida cambiar de tema—. ¿Crees que solucionarás pronto el problema en El hogar de los ángeles?

El conde frunció el ceño.

—Espero que sí. Primero tengo que ir a la casa de Chelmsford. La señora Becher me ha dicho que el pequeño Jimmy ha vuelto a dar problemas. Se escapó de nuevo al pueblo y causó varios desastres en los gallineros de los vecinos. —Se frotó la frente con preocupación—. La gente se ha quejado otra vez. No me importa pagar la multa, pero me inquieta que quieran que se marche.

Victoria extendió su mano y aferró con fuerza la de su padre en un gesto de consuelo. Jimmy era un pequeño de diez años que habían abandonado en la puerta del hogar con apenas unos meses de vida. El conde le profesaba un cariño especial, y el niño lo adoraba. Era un afecto mutuo. Sin embargo, conforme Jimmy había ido creciendo, había comenzado a dar problemas. La señora Becher, la gobernanta, decía que solo trataba de llamar la atención del conde, ya que lo echaba de menos ahora que no viajaba tanto para visitarlos.

—Sería muy cruel que hiciesen eso, solo tiene diez años.

Lord Rothwell sacudió la cabeza con tristeza.

—Hay gente muy cruel, querida, y a la mayoría de ellos no les importan nada los niños abandonados ni los huérfanos.

—Pero ¿y el Parlamento? ¿No puede hacer nada al respecto?

—Habría que reformar la Ley de Pobres, es cierto —admitió el conde—. Apenas ha cambiado desde que se promulgó en tiempos de Isabel, y la situación para los pobres ha ido empeorando cada vez más. Algunos miembros de la Cámara de los Lores estamos presionando para que se revise la ley, pero me parece que no resultará fácil cambiar esa mentalidad de que ser pobre es un delito —comentó con resignación.

—Sin embargo, tú ya estás haciendo algo.

—Sí, cariño, una gota en un océano —repuso con una sonrisa triste—, pero seguiré luchando por ello. En cuanto a Jimmy, hablaré con él. El otro problema es un poco más serio. Uno de los terratenientes del norte nos ha acusado de usurpar parte de sus tierras, donde hemos situado el nuevo molino, lo que me recuerda... —Hizo sonar la campanilla que tenía al lado, y enseguida apareció el mayordomo—. Perkins, ¿sería tan amable de decirle al señor Lipton que venga un momento?

—Por supuesto, milord.

Cuando se cerró la puerta, el conde observó a su hija y frunció el ceño.

—Todavía no has desayunado nada.

Victoria miró su plato, que continuaba vacío.

—La verdad es que no tengo hambre, padre.

—¿No estarás enferma? —le preguntó con inquietud.

—Sabes que casi nunca me enfermo —repuso ella con una sonrisa tranquilizadora.

—¿Entonces? ¿Se trata de tu estancia en Westmount Hall?

Victoria conocía bien a su padre. Sabía que, si le decía que no quería trasladarse a la mansión, él no la obligaría. Estaba tentada de hacerlo, pero el conde tenía ya suficientes problemas como para añadirle la preocupación por ella. Iba a responderle cuando una llamada a la puerta los interrumpió.

—Buenos días, milord..., lady Victoria. —El secretario efectuó una leve reverencia dirigida principalmente a su padre, pues evitó la mirada de ella. Victoria volvió a sentirse mal por él, pero supuso que con el tiempo se le pasaría—. ¿Necesitaba algo, milord?

—Sí, Thomas. ¿Podrías buscar entre los documentos de la caja fuerte la escritura de propiedad de la casa de Yorkshire?

—¿La de El hogar de los ángeles?

—Sí, esa misma.

—Enseguida, milord.

El conde observó a su secretario mientras se marchaba.

—A lo mejor estoy exigiéndole demasiado a Thomas —murmuró pensativo—. Estos últimos días lo he notado más serio que de costumbre.

Victoria esbozó una mueca de culpabilidad ante el comentario, pero no dijo nada.

Cuando la puerta volvió a sonar, entró el señor Lipton, seguido de Perkins.

—Aquí tiene, milord —le dijo el secretario al tiempo que le tendía unos papeles.

—Muchas gracias, Thomas, espero que ahora que estaré fuera unos días, pueda usted descansar algo.

El hombre asintió.

—Gracias, milord. Le deseo buen viaje.

El secretario se marchó sin dirigirle siquiera una mirada a Victoria y esta suspiró con pesar.

—Milord, ha llegado el carruaje de su Excelencia para llevar a milady a Westmount Hall —le anunció el mayordomo.

El estómago de Victoria se encogió de aprensión, pero se esforzó por pintar una sonrisa en el rostro.

—Gracias, Perkins. ¿Estás segura de que quieres ir? —le preguntó su padre una vez que el mayordomo se hubo retirado—. Puedo decirle a lady Eloise...

—No te preocupes, padre —lo interrumpió ella—, me encantará poder ayudar a tía Eloise; además, lady Gabriella es una dama encantadora. La conociste durante la boda, ¿no es cierto?

El rostro del conde se torció en una mueca de contrariedad.

—Sí, nos presentaron, pero creo que no empecé con muy buen pie.

Victoria arqueó las cejas sorprendida.

—¿Por qué?

—Derramé sin querer mi copa de champán sobre su vestido.

—¡Oh, Dios mío! —Se cubrió la boca con la mano para evitar soltar una carcajada. Por lo general, su padre no era un hombre torpe.

—Bueno, no esperaba encontrarme con una dama así —se defendió. Victoria se sorprendió

aún más cuando vio el ligero sonrojo que cubría las mejillas del conde—. Me tomó por sorpresa.

—¡Padre, eso es...!

—...imperdonable, cariño, lo sé —la atajó él.

Victoria dejó escapar una risa alegre y sacudió la cabeza. Le emocionaba saber que por fin su padre se había fijado en una mujer. Hacía ya muchos años de la muerte de su madre, y el conde era todavía un hombre joven, y merecía ser feliz. Aunque no conocía mucho a lady Gabriella, le había parecido una mujer encantadora y muy hermosa.

—Tal vez, cuando vuelvas, podrías invitarla un día a pasear —le sugirió con picardía—. Tú conoces muy bien Londres y podrías contarle muchas anécdotas; además, te serviría de disculpa.

—Bueno, ya veremos —le dijo sin querer comprometerse—. Ahora lo importante es que el carruaje te espera.

El conde se levantó y acompañó a su hija hasta el vestíbulo, de donde los criados ya se habían llevado el equipaje para cargarlo en el coche. Su doncella Ellie la esperaba con los guantes y el sombrero.

Lord Rothwell la abrazó y la besó en ambas mejillas. A los dos se les humedecieron los ojos por culpa de las lágrimas.

—No tardes mucho en volver a Londres, sabes que no soporto estar mucho tiempo separada de ti —comentó Victoria apretando con cariño la mano de su padre.

—Recuerda que te quiero más que a nada, cariño, y que solo deseo que seas feliz —le aseguró—. Eres joven, disfruta de las fiestas y de los bailes.

Victoria tragó el nudo que se le había formado en la garganta.

—Así lo haré. —Se volvió hacia el mayordomo, que aguardaba allí, y le sonrió—. A usted también lo voy a echar de menos, Perkins.

—Muchas gracias, milady. Esperaremos ansiosos su regreso.

Ella asintió y se dio la vuelta para encaminarse hacia la puerta. Nunca como en ese momento le había costado tanto avanzar aquellos pocos pasos que la separaban de la calle. Se detuvo en la escalinata de la entrada mientras observaba el lujoso carruaje cubierto que portaba el escudo de los duques de Westmount. Tomó una profunda bocanada de aire, enderezó la columna y bajó los escalones con el mismo ánimo con el que una doncella virginal se dejaría conducir al altar del sacrificio.

Desde una de las ventanas laterales de la mansión, Thomas observaba a lady Victoria con semblante grave y taciturno. La dama lo había rechazado porque consideraba que un simple secretario no era suficiente para la hija de un conde y, sin embargo, los papeles que había hallado

mientras buscaba las escrituras de propiedad que le había pedido el conde demostraban que la dama no era tal. Tendría que planear muy bien cómo hacer uso de aquella información para obtener lo que deseaba.

Había sido una suerte que entrase en el despacho del conde justo en el momento en que este releía el documento de la compra de la niña, y que el hombre, llevado de un nerviosismo que lo delató, se apresurase a ocultarlo. Cuando el conde le entregó los papeles que debían ir en la caja fuerte, vio cómo, sin querer, incluía el otro documento. A él le había vencido la curiosidad, pues lord Rothwell no parecía hombre de guardar secretos, y había rebuscado la hoja. Cuando la leyó, supo inmediatamente lo que debía hacer. Copió todas las referencias y luego colocó el documento en la caja fuerte, junto a los demás papeles.

Sí, la fortuna estaba de su parte.

Una sonrisa triunfante se insinuó en su rostro mientras observaba cómo la joven se perdía en el interior del carruaje ducal.

Victoria sonrió agradecida al lacayo que la ayudó a subir al carruaje y cerró los ojos cuando se dejó caer sobre el mullido asiento, al mismo tiempo que el vehículo comenzaba a moverse.

—Ya era hora, pensé que no ibas a venir.

Soltó un pequeño chillido al escuchar la voz grave que provenía del rincón opuesto.

—¡Maldita sea, James, casi me matas del susto!

—¿Pero qué modales son esos, querida prima? —inquirió burlón. Sus labios se curvaron en una media sonrisa.

Victoria apartó la mirada de aquella boca tentadora de labios carnosos y la concentró en sus propios guantes que, por algún motivo, parecían no querer abandonar sus manos.

—Tú me enseñaste a maldecir —refunfuñó al tiempo que daba un tirón a la prenda.

—Sí, y veo que aprendiste muy bien —le dijo. Se movió de su lugar, hasta quedar sentado frente a ella, y le apartó las manos con suavidad.

—Vas a romper los guantes si sigues tirando de ese modo de ellos —la reprendió.

Su tono dulce y el toque delicado de sus manos grandes sobre su piel desnuda al retirarles las prendas hicieron que Victoria gimiese en su interior. Sintió ganas de volver a maldecir y de seguir dando tirones para evitar aquel roce. Pero no pudo. Él la hacía sentir así, demasiado débil y estremecida. Sus ojos se llenaron de lágrimas y bajó la cabeza para ocultar su pena. ¿Cómo iba a poder olvidarlo si lo veía todos los días?, ¿cómo podría escapar de ese deseo que le quemaba las entrañas cada vez que admiraba su rostro y su cuerpo atlético?

«Todavía estás a tiempo de volver a Rothwell Hall», se dijo.

Entonces él puso su mano cálida bajo su barbilla y le alzó la cabeza para mirarla a los ojos. Los suyos, de un verde azulado tan claro que podía mirarse en ellos como en un espejo, estaban colmados de ternura.

James pensó que su madre tenía razón. Su prima echaba de menos a Arabella.

—Regresará pronto —le aseguró.

Victoria supuso que se refería a su padre, y el detalle la conmovió. Comprendió que habían sido precisamente esos gestos delicados los que habían hecho que se enamorase de él. Recordaba que solía hacer lo mismo cuando, de niña, se caía. Entonces, la ayudaba a ponerse de pie y limpiaba sus rodillas y las lágrimas que rodaban por sus mejillas; la tomaba de la barbilla y le decía que no llorase, que él estaba allí y no dejaría que se volviera a caer; y luego siempre añadía: «además, si sigues llorando se te borrarán las pecas de la cara».

Dejó escapar un suspiro trémulo y asintió despacio.

James no podía dejar de mirar aquellos preciosos ojos verdes que brillaban como esmeraldas a causa de las lágrimas; ni podía apartar tampoco la vista de los tentadores labios rosados que ella se mordía para evitar llorar. Aquel simple gesto le resultó tan seductor que solo podía pensar en inclinarse para lamerlos. Notó el tirón de la excitación y se removió incómodo. Ya no se parecía en nada a aquella niña a la que le gustaba meterse en líos de los que luego él tenía que sacarla con las rodillas raspadas. Se había transformado en una mujer hermosa y muy deseable. Se preguntó cómo sería besarla.

Su cuerpo cobró vida propia y se inclinó hacia delante, de tal manera que sus alientos se mezclaron y sus narices casi llegaron a tocarse. Sin embargo, una luz rojiza pareció encenderse en aquel momento en su neblinoso cerebro, y se dio cuenta, horrorizado, de lo que había estado a punto de hacer. ¡Maldición, era su prima! Además, él no tenía por costumbre seducir a jovencitas. La soltó y se echó hacia atrás con cierta brusquedad.

Victoria parpadeó confusa. Por un momento había tenido la sensación de que James quería besarla. Pero las siguientes palabras que pronunció, acompañadas de una sonrisa pícaro que le aceleró el corazón, le hicieron comprender cuán equivocada estaba.

—Las he contado todas, y parece que no se ha borrado ni una sola de tus pecas —le dijo.

Se movió del sitio que ocupaba, con cuidado de no rozarse con Victoria, para acomodarse de nuevo en el rincón, y cruzó las piernas en un intento por disimular la reacción que le había provocado la cercanía de su prima.

Victoria apretó los puños con fuerza.

—Podrías haberte ahorrado el trabajo —le espetó con sequedad—. Yo misma te podría haber

dicho que siguen ahí. Conozco todas y cada una de las pecas de mi cuerpo.

Las palabras de Victoria evocaron en la mente de James una imagen muy precisa de aquel cuerpo femenino desnudo, con sus generosos senos, su cintura estrecha y sus caderas redondeadas, y un sinfín de graciosas pecas salpicadas sobre la piel blanca, suave y sedosa, que él podría explorar y lamer a placer. Ahogó un gemido profundo y se sintió tentado a golpear su cabeza contra la madera de la puerta. Estaba claro que necesitaba encontrar una nueva amante con urgencia.

El hecho de que su prima se hubiese molestado con su broma —lo único que se le había ocurrido para salir al paso de la extraña reacción que había sufrido ante su cercanía— y girase la cabeza hacia la ventanilla dispuesta a no volver a intercambiar palabra con él, lo alivió.

No entendía qué demonios le sucedía. Siempre había podido discutir con ella sin que sus palabras le provocasen cualquier otro tipo de pensamientos o sentimientos. En ese momento, en cambio... Sin embargo, tenía que controlarse, no quería echar a perder su amistad haciendo algo que pudiese ofenderla de verdad.

El rumor constante de las ruedas, provocado por el continuo traqueteo del carruaje mientras avanzaba por las calles empedradas, pareció tranquilizar los ánimos de los dos ocupantes.

Victoria era consciente de que tenía que aprender a controlarse en lo que a James se refería, y tratarlo como trataría a cualquier otro caballero, o, mejor aún, como trataría a Edward o a Robert, y también, en la medida de lo posible, tenía que evitar quedarse a solas con él. Los pensamientos de James podían resumirse prácticamente de la misma forma, pero se preguntaba cómo diantres iba a hacer para evitarla si tenía que acompañarla a las veladas y fiestas, porque quedaba descartado, por supuesto, que tuviese otro acompañante que no fuese él mismo.

James vio por la ventanilla que se acercaban a Hanover Square. Pronto el carruaje se detendría frente a la mansión, y no deseaba separarse de Victoria con esa barrera de silencio de por medio.

—Siento mucho haberte molestado, Victoria. —Se disculpó con sinceridad mientras la observaba. Su prima se veía cansada, y sus ojos tenían un velo de tristeza que los nublaba.

Ella negó con la cabeza y se frotó con suavidad la ceja derecha.

—No tienes por qué disculparte, James. Mi reacción ha sido exagerada. Es este... ligero dolor de cabeza —le aseguró con una sonrisa—. Estoy convencida de que en cuanto descanse un poco, me pondré de mejor humor.

James la miró largamente. Conocía todas las sonrisas de Victoria: aquella que esbozaba cuando se encontraba alegre, la que ponía cuando algo le hacía mucha ilusión, la sonrisa pícaro que dibujaban sus labios cuando estaba a punto de gastar una broma, la sonrisa de la mujer soñadora y romántica, la sonrisa de placer con la que disfrutaba de las pequeñas cosas... Por eso

no dudó ni un instante de que la que había acompañado a sus palabras era forzada y, en cierto modo, falsa.

—¿Hay algo que te preocupe, Vic? —Quiso saber.

Pensó que podría tratarse de su padre, pero lo descartó al momento. Si estuviese preocupada por él, no lo habría dejado solo. La lealtad de Victoria por los suyos era incuestionable.

Vio cómo negaba con la cabeza y frunció el ceño. ¿Acaso Victoria ya no confiaba en él? Ese solo pensamiento hizo que se le apretase un nudo en el estómago. Se dio cuenta de que no deseaba perder su amistad. Hasta ahora siempre lo había dado por supuesto, que ella estaría allí para aceptar sus bromas, para enzarzarse con él en una batalla dialéctica, o para recordarle que podía convertirse en un hombre mejor. El hecho de que todo eso pudiera desaparecer, le provocó vértigo. Sobre todo, cuando una idea comenzó a insinuarse en su mente. ¿Se debía su tristeza a algún desacuerdo con su pretendiente misterioso?

Pensar en Victoria entregando su amor a otro hombre fue como si acabasen de asestarle un puñetazo en el estómago, privándolo momentáneamente del aire para respirar.

—¿De verdad vas a casarte?

La pregunta brotó de sus labios sin control. Era como si le hubiese estado quemando en el interior desde que ella le había comentado en la boda de Arabella aquellas palabras que se le habían grabado a fuego: «Sé cuál es mi deber, y te aseguro que el año que viene, para estas fechas, podrás sentirte orgulloso de mí por haberlo cumplido.»

Victoria lo miró sin comprender a qué venía aquella pregunta. El carruaje se había detenido, pero daba la sensación de que James no tenía intención de descender del mismo, sino que más bien parecía aguardar una respuesta.

Pero ¿cuál era la respuesta correcta para aquella pregunta? «Me casaría contigo ahora mismo si me lo propusieras». Esa sería la que ella desearía decir, pero, seguramente, no la que a él le gustaría escuchar. Por eso, se limitó a asentir antes de añadir un contundente:

—Por supuesto.

Capítulo 5

Tres días más tarde, el humor de James había empeorado considerablemente.

Todos en la casa huían de su presencia. Su madre, la duquesa, incluso le había insinuado con más entusiasmo que diplomacia, que por qué no se trasladaba a su piso de soltero y acudía a la mansión solo cuando fuese necesario recoger a su prima Victoria para acompañarla a algún evento.

«Pero el problema es precisamente ese», pensó James, mientras tomaba un sorbo de la copa que uno de los sirvientes de la fiesta de lady Bradsbury le había entregado. Quería pasar más tiempo con Victoria, necesitaba saber quién la cortejaba, con quién salía a pasear o de quién recibía notas o invitaciones; pero su prima no había hecho sino esconderse y esquivarlo desde que la había traído a Westmount Hall y, además, le había cerrado la puerta en las narices cuando la había acompañado al dormitorio de invitados. Si llegaba temprano al comedor familiar para desayunar, Victoria había salido a cabalgar; si al día siguiente, él decidía cabalgar antes del desayuno, a su regreso se encontraba con que ella ya había desayunado porque no le había apetecido montar a caballo ese día.

Habían jugado al gato y al ratón durante tres días, pero aquella noche a Victoria no le había quedado más remedio que aceptar su compañía, pues su madre había declinado la invitación a la fiesta y habían acudido los dos solos. Sin embargo, apenas habían saludado en la entrada a los anfitriones, Victoria se había mezclado entre las damas y los caballeros para conversar, mientras él permanecía en un rincón, apoyado contra una de las magníficas columnas de mármol que adornaban el salón de baile, rumiando su malhumor.

El tema del misterioso pretendiente lo traía loco. Si su prima pensaba casarse el siguiente año, eso debía significar que alguien la estaba cortejando en esos momentos. Él nunca había cortejado a ninguna dama, puesto que nunca había tenido intenciones de casarse, pero suponía que ese paso previo al compromiso matrimonial debía de durar algo más que un par de días. ¿Acaso Victoria y su pretendiente llevaban el cortejo en secreto? Lord Rothwell había asegurado que su hija estaba enamorada, pero no sabía de quién, y James tampoco había podido descubrirlo. Cada vez que trataba de sacar el tema, su prima le lanzaba una mirada gélida con la que le indicaba que el asunto no era de su incumbencia. Y aquello, más que nada, lo molestaba.

Frunció el ceño cuando vio que un grupo de caballeros la rodeaba mientras ella tenía una espléndida sonrisa para cada uno de ellos. Sonrisas verdaderas, no como la última que le había

dedicado a él en el reducido espacio del carruaje ducal, tan carente de emoción. James quería que Victoria le volviese a sonreír con esa sonrisa especial en la que parecía brillar el universo entero.

Dejó escapar un gruñido de frustración. No comprendía su propia actitud ni aquella sensación extraña que parecía corroerlo por dentro y lo dejaba inquieto y malhumorado. Quizás se debía a su afán de querer controlarlo todo. Sabía que ese pensamiento no era más que una tentativa de querer encontrar una razón que explicase su comportamiento, pero, como bien le había dicho Victoria, él no era ni su padre ni su hermano —«¡gracias a Dios!», añadió para sí mismo— y no tenía por qué controlarla. Así que decidió que ya no se molestaría más en indagar sobre el supuesto prometido.

Cabeceó con seriedad para sellar aquel acuerdo consigo mismo. Sin embargo, las buenas intenciones le duraron apenas dos segundos, el tiempo que tardó en ver cómo Andrew Burrow, vizconde de Manbroke, se acercaba a Victoria. El hombre estaba obsesionado con su prima, y ya en más de una ocasión había tenido problemas con él para hacerle entender que no se acercase más a ella.

—¿Qué crees que vas a hacer?

La voz lo detuvo cuando ya se había adelantado unos pasos hacia el grupo de admiradores de Victoria. Se volvió hacia su hermano Robert con el rostro tenso.

—Voy a apartar a unos cuantos moscones y, con toda seguridad —añadió cuando se giró y vio que el vizconde le susurraba algo al oído a su prima—, a partirle la cara a Manbroke.

Robert contuvo una sonrisa. Supuso que su hermano mayor no tomaría a bien que se riese de él.

—No creo que Victoria apreciase tu intervención.

—Me importa un comino si la aprecia o no, la quiero lejos de ese hombre —espetó con sequedad. Una bruma rojiza nubló su visión, y apretó los puños con fuerza cuando vio que Victoria accedía a bailar con Burrow.

—Ya es mayorcita, y sabe tomar sus propias decisiones.

Las palabras de su hermano le supieron amargas. Recordó que él mismo le había dicho al vizconde algo parecido cuando, en una ocasión, había acudido con su amigo Crawford al club para pedirle que intercediese por él ante Victoria. Agarró una copa de una de las bandejas que uno de los sirvientes portaba, y se la bebió de un único trago. Luego se recostó de nuevo contra la columna y se dedicó a vigilar a la pareja que bailaba.

Robert sacudió la cabeza con perplejidad. Siempre había admirado a James, no solo porque era el mayor de los tres, aunque fuese por una diferencia de minutos, sino también por sus cualidades. Era un hombre responsable e inteligente, tenía una cabeza extraordinaria para los

negocios —de hecho, había aumentado su fortuna como marqués de Blackbourne gracias a las inversiones que había realizado—, y siempre parecía saber qué se debía hacer en cada ocasión. Por eso no comprendía cómo no se percataba de cuál era en realidad su problema con Victoria. Tal vez el amor era más visible a ojos de los demás que a los del propio enamorado.

—¿Cómo se puede saber si una mujer está enamorada?

Robert se volvió hacia James y lo observó con atención mientras intentaba descifrar sus palabras.

—¿A qué te refieres?

El marqués dejó escapar un suspiro cansado.

—Lord Rothwell me dijo que Victoria está enamorada, y ella misma me confesó que tenía un pretendiente —le explicó.

—Bueno, yo diría que tiene varios, de hecho.

James negó con la cabeza.

—No, me refiero a uno de verdad —repuso—, a alguien que la está cortejando. En la boda de Arabella me comentó que ella misma se casaría el próximo año.

—¿Eso te dijo? —le preguntó con una sonrisa. «Bravo por Victoria», se dijo. Su hermano necesitaba que alguien lo sacudiera de esa cómoda existencia en que se había instalado.

—Sí, y puesto que madre dijo que eres el más observador de los tres, por eso te pregunto, ¿cómo miraría una mujer a alguien de quien estuviese enamorado?

Victoria había terminado de bailar con Manbroke y ahora sonreía afable a otro caballero a quien debía haberle prometido la siguiente pieza. Ella era como una luz brillante, alrededor de la cual se movían constantemente todas las polillas atraídas por su luminosidad. Conforme se deslizaba suavemente por la pista de baile, las miradas de los caballeros la seguían embelesadas. El vestido de raso que llevaba realzaba su cintura estrecha y la generosidad de sus cremosos senos. El corpiño, de un verde oscuro, estaba bordado con hilos de oro, al igual que el bajo de la voluminosa falda de un verde más brillante. Su cabello rojizo, recogido en lo alto de su cabeza excepto por tres tirabuzones que rodeaban su blanco cuello, destacaba como un fuego brillante bajo la luz de las innumerables velas que colgaban de las enormes lámparas del salón.

La voz de su hermano lo distrajo de su contemplación.

—Le prometiste a la duquesa que no interferirías en la vida de Victoria —le recordó con tono burlón.

James gruñó su respuesta.

—Tú solo respóndeme.

Robert se quedó un momento pensativo.

—Creo que te bastaría con ver cómo nuestra madre mira al duque —contestó con sencillez. El marqués se giró y elevó una ceja altiva en un gesto de incredulidad. Robert se encogió de hombros—. Para el amor no hay edad, y la duquesa sigue tan enamorada de nuestro padre como el primer día, o quizás aún más.

—¿No puedes especificar un poco más? —le reprochó de malhumor, viendo cómo su hermano disfrutaba con la situación.

—Bueno, no me considero un experto en esto, hermano, pero te diré lo que he observado —respondió con algo más de seriedad—. Una mujer enamorada no puede evitar buscar con la mirada a la persona que ama; deseará encontrarse con él, poder conversar, y cuando lo haga, entonces su mirada se iluminará y su sonrisa se ensanchará, porque cuando amas, todo el mundo parece desaparecer a tu alrededor.

—Pues para no ser un experto, lo has descrito muy bien —se burló el marqués.

Su hermano no se molestó.

—¿Acaso tú no te sientes ignorado por la duquesa cuando padre entra en una habitación?

James lo pensó un momento y se dio cuenta de que Robert tenía razón. Cada vez que aparecía el duque, su madre parecía perder el hilo de la conversación, y su mirada se tornaba más luminosa, al igual que su sonrisa.

—Es cierto —convino.

Se giró a mirar a su prima. Victoria repartía su atención entre todos los caballeros, y no daba la sensación de favorecer a ninguno en particular; su sonrisa tenía la misma afabilidad para todos. En aquel momento, ella giró la cabeza y sus miradas se cruzaron a través del espacio del salón. Por un segundo, el mundo pareció detenerse, la música cesó, y solo quedó la intensidad esmeralda de los ojos femeninos. James estaba a punto de sonreír cuando vio que Victoria enarcó con altanería una de sus perfectas cejas, elevó la barbilla y se giró para obsequiar con su sonrisa a otro caballero.

Sintió la tentación de rugir ante aquel desplante que había herido su orgullo. A él nunca lo había rechazado una mujer. Ese pensamiento hizo que se detuviera a reflexionar. ¿En qué momento había dejado de ver en Victoria a su prima para mirarla como a una mujer? Un cosquilleo de excitación lo recorrió cuando lo asaltó otra pregunta: ¿deseaba que ella lo mirase como a un hombre?

Sintió la mano de Robert sobre su hombro, apretándoselo con cariño.

—Acepta mi consejo, hermano, ocúpate primero de tu propio corazón.

Y con esas palabras lo dejó solo con un cúmulo de sensaciones hasta el momento desconocidas para él. Cerró los ojos y recostó la cabeza contra la fría piedra de mármol de la columna. La confusión interior que sentía amenazaba con sobrepasarlo. Necesitaba recuperar el control. Necesitaba tomar aire.

Se dio la vuelta para dirigirse a grandes zancadas hacia las puertas acristaladas que daban acceso a la gran terraza embaldosada. Al fondo de la misma había unas escaleras que descendían a los maravillosos jardines de los Bradsbury, inapreciables en ese momento a causa de la oscuridad que los envolvía. Él los había visto de día. Bajo la radiante luz del sol, los parterres de flores multicolores brillaban a los lados de los senderos de piedra que recorrían la verde extensión. Algunas fuentes con exquisitas esculturas mitológicas barbotaban sus aguas con musicalidad. Había también un precioso cenador de hierro forjado que era el orgullo de lady Bradsbury.

La suave brisa nocturna lo alivió cuando salió a la terraza. Se dirigía ya hacia las escaleras cuando sintió un suave tirón en el brazo.

—James. —Su voz algo ronca, le provocó un estremecimiento—. ¿Te encuentras bien?

A la escasa luz de las lámparas que iluminaban el espacio, pudo ver la preocupación que brillaba en los ojos de Victoria, y eso lo conmovió. El corazón lo golpeó con fuerza en el pecho, haciéndole saber que estaba vivo.

«¡Dios, me muero por besarte!». El pensamiento lo cogió desprevenido por completo y comenzó a sacudir la cabeza como si así pudiera deshacerse de él. ¿Qué demonios le estaba sucediendo?

Victoria había sido consciente de la presencia de James en todo momento. Sus ojos se volvían hacia él continuamente, aunque había logrado esquivar su mirada, salvo en una ocasión. Algo extraño había sucedido en ese momento, cuando sus miradas se entrelazaron. Un estremecimiento la había sacudido de los pies a la cabeza, y había reaccionado como siempre, huyendo de lo que él le hacía sentir.

Poco después se había fijado en que James cerraba los ojos y luego salía al jardín. Y, llena de preocupación, lo había seguido. Se preocupó aún más cuando vio que él respondía a su pregunta con una negativa. ¿Se habría puesto enfermo? Avanzó un paso que la acercó más a su cuerpo. Notó el calor que desprendía. Se quitó rápidamente el guante y puso su mano fresca primero sobre su frente, después la apoyó sobre su mejilla.

Su inquietud aumentó cuando lo oyó gemir, un gemido profundo y lastimero que parecía surgido de las profundidades mismas de su espíritu.

—¿James? —musitó con voz algo temblorosa.

James se encontraba realmente mal. No podía moverse. Tenía la sensación de que si relajaba

la rigidez a la que tenía sometida sus músculos, sus brazos rodearían la esbelta cintura de Victoria y sus labios buscarían los de ella en un beso apasionado hasta que pudiera saciar la sed que sentía. El roce suave y delicado de la mano de Victoria no hizo sino empeorar su situación, pues aquel simple gesto lo excitó más de lo que lo había hecho la caricia de cualquier otra mujer.

—Vete —le ordenó.

Su voz sonó como un graznido y, en cuanto pronunció la palabra, supo que no tendría que haberla dicho. El precioso rostro de su prima se desfiguró por el dolor y sus ojos se anegaron en lágrimas que no vio derramarse, porque Victoria escapó a toda prisa sin que pudiera detenerla. Soltó una colorida maldición, pero se abstuvo de seguirla por el momento, antes tenía que hacer que su cuerpo retornase a la normalidad.

Inspiró aire con fuerza y descendió los escalones de piedra para internarse en la oscuridad del jardín. Cuando sintió que se hallaba preparado, regresó al salón de baile. Las parejas se movían con ligereza ejecutando las complicadas figuras de la contradanza que los músicos interpretaban en ese momento. Buscó con la mirada entre los bailarines, pero no encontró a Victoria. Frunció el ceño con preocupación. Esperaba que no se le hubiese ocurrido marcharse de la mansión por su cuenta.

Se tranquilizó cuando la vio en un rincón del salón al lado de su hermano Robert. Él la estaba haciendo reír, y aquello lo enfureció. Nunca había tenido problemas por parecerse a sus hermanos, más bien, habían sacado provecho de la situación; pero en ese preciso momento, el hecho de ser trillizos lo contrarió. Nada los diferenciaba, excepto la altura y la complexión. Robert, aunque se mantenía en forma, no poseía un cuerpo tan fornido como él. Se preguntó qué sentiría Victoria cuando contemplaba a su hermano, ¿lo mismo que cuando lo miraba a él? Aunque sabía que entre Robert y su prima siempre había habido una cierta complicidad y un mutuo entendimiento, no le gustó verlo ahora que los dos eran adultos.

Rodeó la pista de baile y se acercó a ellos. Percibió la tensión en el cuerpo de Victoria en cuanto se percató de su presencia. Robert le susurró algo al oído y, cuando ella asintió, se marchó.

—Creo que te debo una disculpa.

—No es necesario, James —replicó su prima con un tono tan frío que las entrañas parecieron encogerse—. Comprendo que no soy quién para inmiscuirme en tus asuntos. Tú querías estar tranquilo y yo te he molestado. En todo caso, la disculpa debería ser mía.

Se pasó la mano por el rubio cabello en un gesto de frustración. No le gustaba que Victoria se comportase así de distante con él.

—No es eso, Vic, no me has molestado. —Le resultaba complicado explicarse sin mencionar la reacción que había experimentado su cuerpo cuando ella lo había tocado—. Es solo que yo... bueno, necesitaba estar solo.

—Nunca se te dio bien disculparte —le comentó con una sonrisa triste que a James le partió el alma.

¿En qué momento se había torcido su relación con Victoria? ¿Por qué no podían volver a comportarse como lo hacían antes?

—¡Demonios!, no me gusta que estemos así, Vic —gruñó—. No quiero perder tu amistad.

El corazón de Victoria dejó de latir por un momento; le pareció que acababa de romperse un poco más. Si continuaba así, no sabría cómo recomponer los pedazos. Miró ese rostro tan querido. Él se había desordenado el cabello, y un mechón le caía sobre la frente. Sintió la tentación de apartárselo, pero entrelazó las manos y las apretó con fuerza para contenerse. Amistad. Eso era todo lo que él le pedía. Creyó que se ahogaría con tantas lágrimas no derramadas, pero se esforzó por sonreír y asintió.

—No importa lo que pase, James, tú y yo siempre seremos amigos.

Debería haberse sentido contento al escuchar sus palabras y, sin embargo, lo único que experimentó fue un inmenso vacío, como si acabase de renunciar a un preciado tesoro.

Ya pensaría en ello más adelante, ahora era el momento de coger la oportunidad.

—¿Bailarás entonces conmigo? —le preguntó al tiempo que extendía su mano.

Victoria hubiese preferido negarse. ¿Por qué habría de sufrir más? A pesar de ello, tomó la mano que le ofrecía y asintió.

—Por supuesto.

Se colocaron en la fila, con el resto de los bailarines, a la espera de que se iniciase la siguiente contradanza. Enseguida comenzó a sonar la música. Unieron sus manos y ejecutaron los primeros pasos.

—¿Has tenido noticias de tu padre? —le preguntó cuando se unieron en el primer giro.

—Pasó dos días en Chelmsford y ahora debe estar camino de Yorkshire.

—Entonces, pronto estará de regreso —comentó tratando de animarla.

—Eso espero.

El fervor con que había expresado su deseo sacudió por dentro a James. Ciertamente, cuando su prima volviese con su padre, él quedaría libre de la responsabilidad de vigilar a sus posibles pretendientes, pues la tarea recaería sobre el conde; pero también implicaría que ya solo la vería de vez en cuando, en alguna fiesta o velada.

No le gustó pensar en esa posibilidad.

Cuando tras unos giros volvieron a unirse, James inició otra conversación.

—¿Te apetecería que mañana fuésemos juntos a cabalgar? —le propuso—. Podríamos pasear por Hyde Park o echar una carrera en Rotten Row, como hacíamos antes.

La sonrisa abierta y sincera que le dedicó James estuvo a punto de derribar el muro de propósitos que había levantado. Gracias al cielo, en esa ocasión tenía una excusa real y no necesitaba inventarse ninguna para negarse.

—Lo siento, Robert me ha invitado a salir a cabalgar con él.

La música terminó y ambos se sumaron al aplauso del resto de los bailarines. James le ofreció la mano a Victoria y la condujo fuera de la pista de baile. Vio que se acercaba un caballero dispuesto a pedir la siguiente pieza, y frunció el ceño. No quería dejar a Victoria, pero sabía que no tenía más remedio que hacerlo. Por eso le sorprendió cuando ella se inclinó hacia él y le susurró.

—No me encuentro demasiado bien, ¿te importaría llevarme a casa, por favor? Puedo pedírselo a Robert si tú...

—Te llevaré yo —la interrumpió con cierta brusquedad.

El marqués se ocupó de despedirse de los anfitriones explicándoles la situación por la que abandonaban la fiesta antes de tiempo, y agradeciéndoles la maravillosa velada; luego, pidió a un lacayo que trajesen su carruaje.

Victoria subió al vehículo y se acomodó en un rincón. Se recostó contra el respaldo y cerró los ojos con la esperanza de que James no le hablase durante el camino. Si lo hacía, sería capaz de echarse a llorar, y aquello sí que sería terrible.

En ese momento sentía más que nunca la ausencia de Arabella. Con ella habría podido hablar y desahogarse, pero su prima se hallaba lejos, y, más que nunca, se sintió sola.

Durante el breve trayecto a Westmount Hall, James respetó el silencio en el que Victoria se había sumido, y se dedicó a observarla, pensativo. Había demasiadas variables en aquella ecuación, y el hecho de no poder controlarlas todas lo ponía nervioso. Sabía que había algo en esa situación que se le escapaba y que, si no daba pronto con ello, el daño sería irreparable.

Cuando llegaron a la mansión, el lacayo de noche les abrió la puerta. En el interior, todo se hallaba en silencio, un silencio que pareció envolverlos en un velo de expectación mientras se miraban uno al otro. Entonces James, como si supiese que aquello era lo correcto, lo que tenía que hacer, se adelantó y posó con suavidad los labios sobre la dulce boca de Victoria.

—Buenas noches, Vic.

Capítulo 6

Cuando descendió las escaleras de camino al comedor del desayuno, Victoria se sentía cansada y bastante confusa.

Había dormido mal debido a los acontecimientos y emociones de la noche anterior, pero especialmente a causa del extraño beso de James, tras el cual se había marchado dejándola perpleja y sorprendida en medio del vestíbulo. Supuso que había sido una forma de pedirle disculpas, pero lo cierto es que no había podido quitárselo de la cabeza. ¿Por qué lo había hecho?

Después de un sueño inquieto y agitado, se había levantado temprano y había salido a cabalgar con Robert. Agradeció que él prefiriese el silencio, porque ella no se sentía capaz de pronunciar palabra alguna.

Al llegar al comedor, un criado le abrió la puerta. Se detuvo de golpe en el umbral al ver que, además de los duques, el motivo de sus desvelos se encontraba allí sentado y desayunaba tranquilamente. Aunque eso no era extraño, puesto que se trataba del comedor familiar, hasta ese momento nunca habían coincidido. Cuando levantó la vista del periódico que ojeaba y la miró, Victoria sintió que se sonrojaba y desvió la mirada.

Por suerte los duques también se hallaban presentes, y no tendría que quedarse a solas con James.

—Buenos días, querida —la saludó lady Eloise con una sonrisa mientras señalaba la silla vacía a su lado—. Ven, siéntate y cuéntame qué tal estuvo la velada anoche. Sentí mucho habérmela perdido, pero lady Gabriella no se encontraba bien y preferí acompañarla.

—Espero que ya se haya recuperado —respondió con cierta preocupación, al tiempo que se acomodaba junto a la duquesa y un criado le servía una taza de té.

—Sí, sí, por supuesto, fue solo una ligera indisposición. ¿Qué tal estuvo la velada? Espero que te divirtieses.

—Sí, claro. Fue...

—Entretenida —acotó James.

Victoria le dirigió una mirada de disgusto.

—Creo que bailó con demasiados caballeros —añadió antes de tomar un bocado de su pastel de carne.

—No es cierto —gruñó molesta—. Bailé con un número *adecuado* de caballeros —señaló poniendo énfasis en la palabra.

James levantó la vista de su periódico y arqueó las cejas.

—¿Hay algo como eso? ¿Un número adecuado de parejas en un baile?

—Quiero decir que...

La duquesa, que había seguido la conversación con interés, se apresuró a intervenir.

—¿Qué vas a hacer hoy, querida? Había pensado que tal vez podríamos salir de compras.

Por algún motivo, incomprensible para Victoria, ante esta afirmación el duque gruñó tras su periódico. Lady Eloise sacudió la cabeza y la invitó con una sonrisa a ignorarlo.

La idea de salir le resultó atractiva. En aquel preciso momento un par de sombreros más le vendrían de perlas para apaciguar su ánimo, aunque sabía que la duquesa no alabaría sus gustos y, lo más probable es que se horrorizase si la acompañaba.

—Pues...

—Quizás podemos dar un paseo por el lago Serpentine y alquilar un bote de remos —intervino de repente James—, o visitar el Museo Británico.

Las dos mujeres se volvieron hacia él con idénticas expresiones de sorpresa. El marqués les dirigió una beatífica sonrisa.

Victoria tragó saliva, nerviosa. No comprendía qué le sucedía a James, ni qué estaba tramando, pero fuera lo que fuese estar a solas con él en esas circunstancias le pareció peligroso. El hombre se había recostado lánguidamente contra el respaldo de la silla y entrelazado las manos sobre su estómago firme y plano. Le recordó a su padre. El conde adoptaba siempre esa posición cuando jugaban una partida de ajedrez y efectuaba algún movimiento en el tablero con el que estaba convencido de ganar el juego, aunque la realidad era que Victoria siempre ganaba las partidas.

«Y en esta ocasión no va a ser diferente», pensó ella decidida.

—Me temo que tendremos que dejarlo para otra ocasión —le respondió en un tono que derramaba dulzura y satisfacción en cada palabra—, Robert me prometió esta mañana que me llevaría a ver la casa de fieras de la Torre.

—Y yo me temo que Robert no podrá acompañarte —repuso él esbozando una sonrisa aún más amplia—. Creo que le han surgido unos asuntos en el ministerio.

—Ah, ¿sí? —inquirió la duquesa perpleja mientras fruncía el ceño—. No me ha comentado nada.

James se encogió de hombros con displicencia.

—No habrá tenido tiempo de decirte, madre, me parece que se trataba de algo urgente.

Por supuesto, él se había encargado de que así fuera. Se había tropezado con su hermano cuando este había regresado de su cabalgata con Victoria. Cuando le había comentado sus planes para la mañana, James le había pedido —de forma poco diplomática— que se buscara fuera alguna ocupación para todo el día. Quizás podría ir a visitar el club y saludar a sus conocidos, a los que hacía tiempo que no veía.

Victoria entrecerró los ojos y le dedicó una mirada cargada de recelo.

—Creo que me está comenzando un dolor de cabeza —murmuró.

Tuvo ganas de gruñir cuando vio que James alzaba una ceja burlona y sonreía de medio lado, como si tuviese claro que mentía.

—Un paseo por el parque te vendría bien. —Tres pares de ojos se volvieron hacia el duque. Lord Charles carraspeó, incómodo por el escrutinio al que lo sometían, y se encogió de hombros —. El ejercicio es bueno para el dolor de cabeza —añadió.

La duquesa le brindó una sonrisa aprobatoria, y el duque, aprovechando que los jóvenes parecían enzarzados en un duelo de miradas, le guiñó un ojo a su esposa con complicidad.

—Entonces, no se diga más. Si su Excelencia dice que es bueno, iremos a pasear —declaró James mientras se frotaba las manos en un gesto de satisfacción.

Victoria sintió el impulso de lanzarle la mantequilla a la cabeza, pero tuvo que contentarse con apretar los puños sobre su vestido de mañana.

Un sombrero naranja con plumas moradas y unas mariposas verdes y amarillas, como el que había visto en alguna de las vitrinas de Bond Street, era lo que necesitaba en aquel momento.

El duque carraspeó otra vez para llamar la atención, y las tres cabezas volvieron a girarse hacia él. El hombre se sonrojó, y sus ojos se volvieron más brillantes, como plata pulida. Excepto por el color de los ojos, los trillizos se parecían mucho al duque, y a Victoria la asaltó el pensamiento de que así sería como luciría James cuando transcurriesen unos años, con esa misma apostura.

Dejó escapar un suspiro quedo. Desde luego, las cosas no estaban saliendo como había pensado.

—Querida —la llamó el duque por segunda vez—, tienes correspondencia.

Victoria abandonó sus reflexiones y tomó la carta que le tendía lord Charles. Le extrañó sobremanera que alguien le hubiese escrito a Westmount Hall, pero cuando vio la dirección de donde provenía, frunció el ceño.

—¿Qué sucede? —le preguntó James que no había dejado de observar su rostro.

Su prima levantó su mirada esmeralda colmada de preocupación.

—La envía la señora Becher desde Chelmsford —le dijo.

—¿De El hogar de los ángeles?

Victoria asintió al tiempo que la abría y leía su contenido. Su rostro fue demudando conforme avanzaba en la lectura. Cuando terminó, se levantó bruscamente.

—¡Tengo que irme!

El duque y James se pusieron de pie también. Este último rodeó la gran mesa de caoba y se acercó a ella.

—¿Qué pasa, Vic?

—Es Jimmy, ¿se ha escapado del hogar!

—¿Quién es Jimmy? —preguntó la duquesa confundida.

—Es uno de los huérfanos de Chelmsford —repuso con tono angustiado—. Solo tiene diez años y estará perdido por las calles de la ciudad. ¡Tengo que ir allí inmediatamente!

—Te acompañaré.

—Sí, será lo mejor —convino la duquesa al tiempo que se ponía de pie—. Con James viajarás más segura.

Victoria asintió distraída. La señora Becher decía en su carta que le había escrito a ella porque sabía que el conde se hallaba de viaje hacia Yorkshire y el mensaje tardaría demasiado tiempo en llegarle. Estaba muy preocupada, pues el niño llevaba un día desaparecido y no sabía dónde había podido pasar la noche ni si le había ocurrido algo.

James le tocó el brazo para llamar su atención.

—Lo encontraremos —le aseguró con voz tranquilizadora—. Recoge lo que necesites; yo pediré el carruaje y partiremos enseguida.

—¡Gracias!

Victoria suspiró aliviada, que James la acompañara significaba mucho para ella. Si hubiese ido sola, ni siquiera sabría por dónde empezar a buscar al niño.

No tardó nada en preparar una pequeña bolsa de viaje y bajar al vestíbulo, donde James la esperaba ya. Uno de los criados tomó su equipaje y lo cargó en el carruaje.

El trayecto hasta Chelmsford se hacía en poco más de dos horas, y la primera la recorrieron prácticamente en silencio. Victoria iba sumida en sus pensamientos y apenas se percató del

camino. El marqués la miraba de vez en cuando con el gesto fruncido. No le gustaba verla así, sin esa preciosa sonrisa que iluminaba todo su rostro. Extendió su mano y tomó la de ella entrelazando sus dedos.

—Háblame de Jimmy —le pidió.

Victoria lo miró agradecida.

—Es un niño adorable, pero no hay mucho que contar sobre él. Lo dejaron en la puerta del hogar, metido en una canasta, cuando apenas tenía unos días. Era tan pequeño... —Se mantuvo en silencio durante unos segundos, como si necesitara reponerse, antes de continuar—: No dejaron ninguna nota, solo un pequeño medallón en el que venía escrito su nombre, James, como tú —añadió con una sonrisa triste—, y una fecha que debía ser la de su nacimiento.

—Entonces, ¿no sabéis nada de sus padres?

Vio cómo su prima negaba con la cabeza y luego se mordía el labio inferior pensativa, y sintió un tirón en la ingle que lo hizo removerse inquieto sobre el asiento del coche.

—Yo creo que puede tratarse del... hijo bastardo de algún noble. Venía envuelto en una mantilla elegante y costosa.

—Pero ha crecido en el hogar —señaló, con el ceño levemente fruncido—. Entonces, ¿por qué crees que habrá escapado?

Los hombros de Victoria parecieron hundirse un poco más.

—No lo sé —repuso abatida—. Últimamente solía escaparse al pueblo y causaba problemas entre los granjeros, pero nunca había desaparecido durante tanto tiempo.

James le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia su costado. Victoria recostó la cabeza contra su pecho y cerró los ojos. En aquel momento no le importó que él no la amase, ni aceptar que nunca sería suyo; ahora estaba allí, junto a ella. Podía escuchar el rítmico latido de su corazón y sentir su brazo fuerte rodeándola. Una única lágrima descendió por su rostro, como un mudo testigo del sufrimiento que se derramaba desde su corazón.

La suave fragancia de lavanda que emanaba de la piel de Victoria, junto con la cercanía de su cálido cuerpo, excitó los sentidos de James. Aquel viaje iba a ser más complicado de lo que había imaginado. Oyó la suave respiración de la joven y supuso que se había quedado dormida. Depositó un ligero beso sobre las hebras sedosas de su cabello y cerró también los ojos. Lo asaltó un pensamiento curioso: hacía demasiado tiempo que no se sentía tan en paz teniendo en brazos a una mujer. Era como si hubiese llegado al final de un camino, como si no necesitase buscar más.

Se quedó dormido.

El brusco zarandeo del coche al detenerse despertó a ambos. Victoria se sobresaltó al darse cuenta de que seguía reclinada contra el duro pecho de James y se apresuró a enderezarse. Él se giró hacia la ventanilla, ofreciéndole un momento de intimidad para arreglarse.

—Creo que ya hemos llegado —le dijo mientras observaba los diversos edificios que formaban el pueblo.

Victoria se asomó también por la ventanilla y divisó Hylands Park, el inmenso parque y los jardines que constituían la mayor parte de la propiedad de Sir Richard Comyns, junto con Hylands House, la preciosa mansión de estilo Reina Ana. A su padre le encantaba ir a la mansión a charlar y tomar una copa de coñac con el terrateniente.

En realidad, el pueblo de Chelmsford, en el condado de Essex, con sus casitas de techo de paja, el impresionante edificio del juzgado, la antigua iglesia y la verde campiña, resultaba un lugar encantador.

—Sí —convino Victoria cuando reconoció la carretera que conducía hacia la mansión del conde de Rothwell.

Su padre había comprado el terreno poco después de la muerte de su madre, cuando había concebido el proyecto de El hogar de los ángeles. Había mandado construir una mansión enorme, de la que solo el ala oeste quedaba restringida para la familia, el resto pertenecía a los niños. En aquel momento había cerca de veinte, entre los dos y los quince años. Como el lugar quedaba cerca de Londres, ella solía visitarlos con frecuencia, acompañando a su padre siempre que podía.

El carruaje atravesó los portones y se detuvo poco tiempo después frente a la inmensa fachada de mármol blanco de estilo palladiano. Cuando descendieron del coche, la puerta se abrió para dar paso a una mujer bajita, de figura oronda y rostro sonrojado.

—Señora Becher —la saludó Victoria.

—¡Ay, gracias a Dios que ha venido, milady, estoy tan angustiada!

—No se preocupe, señora Becher, lord Blackbourne y yo encontraremos a Jimmy —le aseguró confiada mientras apretaba su mano regordeta en un gesto de consuelo.

La mujer se volvió hacia James y efectuó una pequeña reverencia.

—Discúlpeme, milord, no sé dónde he dejado mis modales. —Se reprendió a sí misma—. Bienvenido a Angels House.

—Muchas gracias, señora Becher.

James sonrió y la gobernanta parpadeó un momento con cierta sorpresa.

—¡Vaya, usted sí que es hermoso como un ángel! —exclamó. Victoria puso los ojos en blanco.

Un suave rubor tiñó el rostro de la mujer, y se llevó las manos a sus redondeadas mejillas—. ¡Ay, Señor, a veces hablo demasiado! Además, los tengo aquí de pie. Discúlpenme. Si hacen el favor de seguirme.

Ambos echaron a andar tras ella que, a pesar de ser menuda, avanzaba a grandes zancadas.

—No te lo creas demasiado —le susurró Victoria con cierto retintín mientras se dirigían hacia la mansión—. Ella no te conoce tan bien como yo, James Marston. Puede que lo parezcas, pero desde luego no eres ningún ángel.

James acercó su boca al oído de su prima.

—Puede que no lo sea —admitió—, pero te aseguro que sí puedo llevar a una mujer al cielo.

El cálido aliento del hombre sobre su oreja la estremeció, pero fueron sus palabras las que provocaron que Victoria tropezase y estuviese a punto de caer de rodillas sobre la escalera de mármol. El marqués la aferró por la cintura para sujetarla y la pegó a su costado. La sonrisa impenitente que lucía en su hermoso rostro hizo que la furia prendiese en aquellos esmeralda de su prima. Brillaban de tal manera que, a pesar de la ira que reflejaban, James se sintió atraído hacia ellos. Se inclinó poco a poco hacia su rostro, como si pudiese perderse en el verde de su mirada, hasta que sus bocas quedaron a un suspiro de distancia.

El corazón de Victoria latía con rapidez, hechizada por la forma en que los ojos de James se habían clavado en ella, con una intensidad que nunca había visto. Le dio la sensación de que podía derretirse allí mismo si él cruzaba la delgada línea imaginaria que separaba sus labios, porque estaba segura de que, si esta vez él volvía a besarla, ella no lo soltaría.

La voz de la señora Becher les llegó desde la puerta, rompiendo el hechizo en el que se hallaba sumergida.

—Tengan cuidado con el último escalón —les señaló—, la piedra está un poco suelta y podrían tropezar.

Victoria palmeó la mano que todavía se aferraba a su cintura para que la soltase. Ignorando el rubor que cubría su rostro, y al hombre que se lo había provocado, se adelantó con paso majestuoso hasta el interior de la mansión.

James sacudió la cabeza con desconcierto. Debía estar perdiendo la razón. Otra vez había estado a punto de besar a su prima, y no habría sido, precisamente, un beso fraternal.

Su hermano Edward le había aconsejado que se buscara una nueva amante y, a decir verdad, lo había intentado, pero, por alguna razón, ninguna de las damas que se habían acercado a él le había llamado la atención. También era cierto que ninguna de ellas era pelirroja y, tras las palabras de su hermano, parecía haber desarrollado una extraña afición por ese color de cabello.

No te engañes, deseas a tu prima Victoria.

La inoportuna intervención de su conciencia hizo que tropezase con la piedra suelta del escalón, golpeándose en el proceso de salvaguardar su cráneo y su dignidad al evitar rodar escaleras abajo. Soltó una colorida maldición y se frotó con fuerza la pierna derecha.

Victoria lo vio entrar cojeando y apretó con fuerza los labios para no dejarse llevar por la tentación de preguntarle qué le había sucedido. Cuanta más distancia pusiera entre los dos, mejor; si no, terminaría haciendo algo impulsivo de lo que más tarde se arrepentiría.

—Lo siento, milady, pero no sabía que vendría con milord, y no hay ninguna habitación preparada excepto la del conde —le comentó la señora Becher con aspecto mortificado—. Si no le importa...

Por supuesto que le importaba, el dormitorio que su padre ocupaba habitualmente comunicaba directamente con el suyo. ¿Cómo iba a poder dormir sabiendo que James se hallaba justo al otro lado de la puerta? Pero no le quedaba más remedio. No podía pedirle en ese momento a la mujer que preparase otra habitación, cuando solo iban a quedarse una noche, o menos, si es que encontraban antes a Jimmy.

—No hay ningún problema, señora Becher, lord Blackbourne es primo mío —le contestó, y le pareció que sus palabras contenían un cierto tono de amargura.

—¡Ah!, está bien, entonces —repuso la mujer con marcado alivio—. Pediré que lleven el equipaje a sus habitaciones. La comida estará lista en media hora.

La gobernanta miró a su alrededor, y Victoria comprendió que estaba buscando a alguien que pudiese acompañarlos a los dormitorios, pero el servicio debía de estar ocupado con la comida de los niños.

—No se preocupe por nosotros. Yo misma acompañaré al marqués a su habitación —le aseguró con una sonrisa tranquilizadora.

—Se lo agradezco mucho, milady. Los niños se encuentran en el comedor en este momento, y ya sabe cómo es. A veces parece una auténtica batalla campal —reconoció con un suspiro cansado, luego sacudió la cabeza con pesar—. Entonces, con su permiso.

Cuando la mujer se marchó, Victoria se volvió hacia James, que había permanecido inusualmente callado.

—Ven, te mostraré tu habitación.

Él la siguió en silencio, cojeando.

Capítulo 7

Victoria se detuvo frente a la puerta y la abrió. Enseguida la envolvió el aroma de su padre, a bergamota y cuero, y a pesar de que todo en aquella habitación le recordaba a él, notó su ausencia. Lo echaba de menos.

James la siguió al interior de la estancia. Era una habitación espaciosa, con el amplio lecho en el centro, flanqueado por unas mesitas de madera oscura. En la pared frontal se abrían unos grandes ventanales que daban luminosidad al interior, y por los que se accedía a una terraza. En un rincón había un aguamanil y, justo al lado, una puerta que debía dar a una estancia contigua, probablemente la habitación de la condesa. En la otra pared había un secreter y un armario con algunos libros. Se trataba de una habitación muy masculina, y a James le encantó.

—¿Dónde dormirás tú?

Victoria señaló la puerta que accedía al dormitorio de la condesa y se sonrojó.

—Si quieres, te espero fuera para acompañarte al comedor —le dijo antes de escapar casi corriendo de la habitación.

James se quedó mirando la puerta por la que su prima había desaparecido, y luego se giró hacia la que comunicaba los dos dormitorios. La miró como si esta pudiera revelarle algún secreto. Avanzó unos pasos y extendió la mano. La retiró enseguida, convertida en un puño, mientras maldecía por lo bajo. No iba a dejarse llevar por la tentación de probar si la puerta se encontraba cerrada o no. Si seguía por esos derroteros, iba a volverse loco. Tenía que sacarse a Victoria de la cabeza.

Parpadeó algo confuso. ¿En qué momento se había adueñado ella de sus pensamientos? Soltó un bufido molesto y se dirigió hacia el aguamanil. Echó agua y se enjuagó la cara y la nuca. Resolvería el asunto de Jimmy, regresaría a Londres y pondría la mayor distancia posible entre él y su prima, decidió.

Cuando salió de la habitación, Victoria lo estaba esperando. Se había cambiado el vestido por uno más sencillo de color crema que resaltaba la tonalidad cobriza de su cabello. Se veía preciosa, y tuvo que hacer un esfuerzo para no decírselo. Entrelazó las manos a su espalda, como si temiera que estas pudieran moverse por su cuenta buscando algún roce ocasional, y la siguió en silencio.

El comedor privado se encontraba en la planta baja, en el pasillo del ala familiar. Cuando

llegaron, la señora Becher los estaba esperando.

—La comida es sencilla, milord, pero espero que le guste —comentó con una sonrisa de disculpa.

—Estoy seguro de que me gustará, señora Becher —replicó.

La mujer asintió satisfecha. Con su rostro redondo y sonrojado, su baja estatura, y esos mechones blancos que escapaban de su cofia, ofrecía tal aspecto maternal que daban ganas de abrazarla. James supuso que los niños debían de adorarla.

—Señora Becher —la llamó Victoria intentando atraer la atención de la gobernanta, que se había quedado abstraída en la contemplación del marqués—, ¿por qué no se sienta y nos cuenta qué es lo que pasó con Jimmy?

—Sí, sí, claro, por supuesto —repuso algo azorada. Se sentó a la mesa y frunció el ceño, pensativa—. Bueno, el niño siempre ha sido muy inquieto, pero nunca había dado problemas. Sin embargo, hace como unas dos semanas comenzó a escaparse. Al principio fue algo esporádico; solía esconderse en el terreno de la propiedad y nos obligaba a pasar horas buscándolo. Después comenzó a salir a las granjas vecinas, y soltaba a los animales. La gente comenzó a quejarse, y por eso tuve que escribirle a lord Rothwell.

—¿Habló mi padre con Jimmy?

—Sí, milady, lo hizo, y el niño pareció tranquilizarse —le respondió. Luego sacudió la cabeza —, pero no le dijo por qué había actuado así. No le sacó ni una palabra. Luego milord se marchó y, al día siguiente, Jimmy desapareció. Lo buscamos durante horas, en la propiedad y fuera de ella, y cuando cayó la noche y no lo encontramos, decidí escribirle a usted.

Los ojillos grisáceos de la mujer reflejaban su preocupación.

—Hizo bien, señora Becher —repuso Victoria tomando su mano para reconfortarla—. Milord y yo traeremos de vuelta al pequeño Jimmy, ya lo verá.

—Dios la oiga, milady.

—¿Pudo haber algo que preocupase o disgustase al niño? —inquirió James. El chico tendría que haber escapado por alguna razón.

—No creo, milord. Aquí los tratamos muy bien, y los niños están contentos.

—Estoy seguro de ello, señora. —Se apresuró a tranquilizarla el marqués al ver la tensión que reflejaba su semblante—. Me refería más bien a algún comentario que haya podido hacer algún vecino.

La mujer frunció el ceño.

—Bueno, el señor Brown es bastante quisquilloso, y se molestó mucho cuando Jimmy dejó

abierto el gallinero y perdió algunas de sus gallinas —explicó—, pero el señor conde le pagó bien y ya no volvió a quejarse. Además, no creo que el niño hablase con él después de eso.

—De todas formas, si nos da la dirección del señor Brown —comentó James—, iremos a visitarlo.

—Por supuesto, milord. Confeccionaré una lista de las granjas más cercanas, en caso de que deseen ir a hablar con los dueños.

—Se lo agradecemos mucho, señora Becher —le dijo Victoria—. Lord Blackbourne y yo iremos esta misma tarde a verlos.

Después de la comida, comenzaron la búsqueda por la granja del señor Brown, un hombre ciertamente desagradable, quien a pesar de que no tuvo palabras de elogio para Jimmy, declaró que no lo había vuelto a ver desde la última vez que había dejado escapar sus gallinas.

Recorrieron todos los alrededores preguntando a los vecinos por el niño, pero ninguno de ellos lo había visto ni se había cruzado con él. Llegaron incluso hasta la mansión del señor Comyns. El hombre se mostró encantado de recibirlos en su casa y los invitó a pasar al salón donde les ofreció algo de beber. Después de apurar cuanto pudieron los saludos de rigor y la conversación sobre su salud, Victoria le preguntó por Jimmy.

—Pues no recuerdo haber visto al niño —declaró el hombre después de tomar un sorbo del excelente coñac que había servido para él y para James—, aunque lo cierto es que no suelo salir mucho a caminar por el pueblo. De cualquier forma, Hylands Park es un terreno demasiado grande, y el chico bien podría haberse escondido en cualquier rincón.

Victoria miró a James con preocupación. Había transcurrido demasiado tiempo desde que el niño había abandonado el hogar. Quizás no había comido nada desde hacía horas. ¿Y si se había desmayado? ¿Y si se había caído en alguna zanja? ¿Y si había decidido irse a Londres? Las infinitas posibilidades de lo que podía haberle pasado acabaron por angustiarse.

—¿Le importaría si echamos un vistazo por el parque? —preguntó el marqués.

—No tengo inconveniente, milord, pero el parque tiene una extensión de cerca de 232 hectáreas. Sería imposible para ustedes solos recorrerlo —opinó—. Si me lo permiten, llamaré a mis jardineros. Ellos conocen mejor el terreno. Uno podrá ir con ustedes, y los otros se dividirán para ayudarles a buscar, si le parece bien.

—Le estamos muy agradecidos, señor Comyns. Cuanta más ayuda, mejor.

El hombre hizo sonar una campanilla, y enseguida se presentó un mayordomo a quien dio instrucciones.

—Si me acompañan por aquí —les dijo al tiempo que se dirigía hacia las puertas

afrancesadas que daban acceso a los jardines traseros de la mansión.

Salieron a la terraza y descendieron por los escalones hasta una amplia extensión de césped. Al fondo se veía un paseo de grava y varias fuentes rodeadas de parterres con flores. Había un camino empedrado que bordeaba la casa, por el que aparecieron varios hombres, que debían de ser los jardineros. El mayor de ellos se acercó el primero y saludó con una reverencia.

—Buenas tardes, milord, ¿nos ha mandado llamar?

—Buenas tardes, Benson. Necesitamos su ayuda. Lady Victoria y lord Blackbourne me han comentado que uno de los niños de Angels House se ha perdido, y piensan que quizás podría haberse escondido en el parque —le explicó—. Ustedes conocen todo el terreno, y sabrán mejor por dónde buscar.

El hombre se rascó la cabeza, coronada por una espesa mata de cabello blanco, en un gesto de preocupación.

—Por supuesto que le ayudaremos, milord, pero hay muchos sitios donde el muchacho ha podido esconderse. Hay varias arboledas, y luego están los lagos...

Victoria palideció al pensar en esa posibilidad. James tomó su mano y se la apretó para reconfortarla.

—No se preocupe, milady —le dijo el señor Comyns al ver su palidez—, seguro que el chico es listo y se ha mantenido alejado del agua.

Ella asintió poco convencida. «¿Dónde estás, Jimmy?», se preguntó.

A pesar de la ayuda ofrecida por los jardineros, tardaron horas en revisar las zonas más importantes del parque, y ya anochecía cuando regresaron a la mansión después de una búsqueda infructuosa. Agradecieron al señor Comyns su ayuda y le prometieron que, en otra ocasión, aceptarían su invitación a cenar en Hylands House.

Cuando llegaron a Angels House, la señora Becher los esperaba ansiosa y la decepción demudó su esperanzado semblante en uno de tristeza al ver que no los acompañaba el pequeño. Al ver el rostro cansado de Victoria, se apresuró a reconfortarla.

—Mañana tendrán más suerte, milady —declaró con una sonrisa un tanto temblorosa—. Jimmy es un chico listo, y seguro que ha encontrado un pajar donde pasar cómodamente la noche. Ahora lo que usted necesita es cenar algo y descansar.

Victoria negó con la cabeza.

—Se lo agradezco mucho, señora Becher, pero no tengo hambre. Si hace el favor de subirme un té a mi habitación, me retiraré.

—Por supuesto, milady.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó James apenas se alejó la mujer.

—Solo estoy cansada.

La sonrisa que esbozó estaba impregnada de tristeza, y sus ojos verdes habían perdido el fulgor que los caracterizaba. Se veía derrotada. James quiso abrazarla, pero sabía que no sería una buena idea. Asintió con la cabeza y se retiró un paso atrás.

—Entonces, descansa —le dijo—. Buenas noches, Víc.

Ella ni siquiera fue capaz de devolverle la mirada. Se dio media vuelta y subió las escaleras que conducían desde el vestíbulo inferior al pasillo de las habitaciones. Los ojos de James la siguieron hasta que desapareció.

A él no le apetecía cenar solo, así que invitó a la señora Becher a que lo acompañase. Ella le aseguró que ya había tomado algo, pero que estaría encantada de darle conversación. Le contó cómo había comenzado a trabajar para el conde de Rothwell y lo duros que habían sido los primeros años en el hogar. También le habló de la *pequeña* Victoria, que acompañaba a su padre en las visitas y jugaba con los otros niños.

—Solía traerles regalos a todos que ella misma compraba con sus ahorros —recordó la gobernanta con una sonrisa—. Siempre ha sido una joven muy generosa y de buen corazón. ¿Sabía usted que le gusta comprar sombreros espantosos?

James arqueó las cejas, perplejo ante el extraño comentario.

—¿Sombreros? —repitió sin saber qué otra cosa decir.

La gobernanta asintió y dejó escapar una risita juvenil. Sus ojos grises brillaron con picardía.

—Lord Rothwell me contó que cada vez que lady Victoria se encuentra de mal humor, acude a una de las sombrererías más caras de Londres. Entonces, compra el sombrero más extravagante que tienen, por un precio sumamente costoso —le explicó divertida—. La dueña de la tienda nos envía las tres cuartas partes de la suma de cada compra para poder adquirir ropa para los niños, y la otra parte se la queda ella. Es un acuerdo que hicieron hace tiempo, y nunca nos ha faltado ni una prenda para nuestros niños —admitió complacida—. Sí, es una joven muy generosa.

Era tarde cuando James subió a su dormitorio. La señora Becher había resultado ser una gran conversadora, y él había estado encantado de escuchar más anécdotas sobre Victoria. Mientras subía las escaleras, no podía dejar de sonreír recordando lo que le había contado la gobernanta sobre los extravagantes sombreros. Se preguntó cuántas cosas más habría sobre ella que desconocía. Al pensar en ello comprendió que, al verla solo como a su prima, la joven con la que siempre podía bromear y discutir, no había llegado a descubrirla como mujer. Notó un cosquilleo de anticipación en el bajo vientre. Siempre le habían gustado los retos, y ahí tenía uno que le gustaba especialmente.

Entró en los aposentos del conde. Algunas velas iluminaban la estancia, y supuso que alguno de los criados las había encendido y había deshecho también su equipaje, puesto que no vio su bolsa de viaje por ninguna parte. Se dirigió hacia el gran ventanal que formaba parte de una de las paredes, y la abrió de par en par. La brisa fresca acarició su rostro y le removió el cabello. Inspiró el aire puro y alzó la cabeza para contemplar las estrellas. El cielo se veía hermoso esa noche con su manto de negrura salpicado de pequeñas luces que titilaban en el firmamento. Una estrella fugaz lo atravesó y James se acordó de su hermana Arabella.

De niños solían pasar el verano en la mansión que los duques tenían en el campo. A su hermana le gustaba salir por la noche a la terraza para contemplar el cielo. Siempre esperaba poder ver alguna estrella fugaz, porque, decía, podría pedir un deseo y este se cumpliría. James no sabía si alguna vez se había cumplido alguno de los que Arabella había pedido, pero cuando vio otro de los pequeños astros luminosos atravesar veloz el firmamento, se atrevió a volver a ser niño, y pidió su propio deseo: encontrar a Jimmy.

Se preguntó dónde pasaría el niño la noche, si tendría un techo o si habría comido. Se preguntó también si no se sentiría demasiado solo. Cerró los ojos un momento mientras pensaba en su propia vida. Tenía unos padres maravillosos, dos hermanos estupendos y una hermana a la que adoraba. Se sabía amado. A los diez años, él ya poseía un título, riquezas y un apellido ilustre, todo ello sin ningún esfuerzo por su parte; ahora vivía sin preocupaciones, con la única ocupación de divertirse. Miró sus manos, grandes y fuertes, que apoyaba sobre el alféizar y, de repente, le parecieron demasiado vacías.

Victoria le había reprochado muchas veces que llevaba una existencia cómoda y lo había instado a hacer algo mejor con su vida. Siempre había creído que su prima lo hacía llevada por un sentido del deber, pero ahora comprendía que no era así. Ella era capaz de ver lo bueno que había en él, aunque estuviese enterrado bajo capas de arrogancia, orgullo y desidia, igual que era capaz de ver lo bueno que había en los niños del hogar.

Sí, podía ser un hombre mejor, decidió. *Pero ¿podrás serlo lejos de Victoria?*, lo interrogó su conciencia. Se removió inquieto en el sitio. Prefería no responder a esa pregunta.

Se dirigió hacia el interior de la habitación, apagó las velas, dejando solo una encendida sobre la mesilla al lado de la cama. Se despojó de su ropa y la acomodó sobre una de las butacas tapizadas de seda y brocado. Le gustaba dormir desnudo, y aún más durante las noches cálidas como esa. El mullido lecho de plumas lo abrazó como a un amante, y James cerró los ojos con placer. El silencio se extendió a su alrededor, roto de vez en cuando por el ulular de algún búho.

Fue entonces, en medio de esa quietud, cuando percibió un sonido que llamó su atención. Parecía un llanto quedo. Se sentó sobre la cama y escuchó con atención. Descubrió que provenía de la habitación contigua.

Se levantó de inmediato para vestirse con los pantalones y dirigirse hacia la puerta. Volvió a

escuchar y no le cupo duda, Victoria estaba llorando. Su mano voló al pomo y lo movió despacio. La puerta no tenía la llave echada. La abrió lentamente, para no asustarla, y entró, deteniéndose en el umbral.

—¿Victoria? —La llamó en un susurro.

Como ella no respondió, se adentró un poco más. Ahora el llanto era más audible, y sonaba angustiado.

—Vic, ¿qué te ocurre? —le preguntó mientras se acercaba a la cama y se sentaba en el borde.

La muchacha le daba la espalda y ahogaba los sonidos de sus sollozos con las sábanas.

—Ve... vete —balbuceó ella entre hipidos.

James hizo caso omiso de sus palabras, puso la mano en su hombro y la obligó, con suavidad, a girarse hacia él. Sus hermosos ojos estaban arrasados en lágrimas que brillaban con el fulgor de la única vela que había encendida.

—Dime qué te pasa, Vic —le pidió con dulzura.

Lo miró con sus ojos agrandados por la angustia y la tristeza.

—Y si... y si Jimmy...

No pudo terminar, las palabras se perdieron en un sollozo; sin embargo, no hizo falta, James sabía lo que quería decir. Se subió a la cama, apoyando la espalda contra el cabezal, y tiró de ella hasta tenerla envuelta entre sus brazos consoladores. Su corazón se desbordó de ternura por esa mujer que tantas lecciones le estaba dando sobre el amor.

Siempre había pensado que amaba a su familia porque sería capaz de dar la vida por cada uno de ellos; ahora comprendía que el verdadero amor, ese que había entre el duque y la duquesa, no se basaba en actos heroicos, sino en pequeños detalles, a veces invisibles. Y, en aquel momento, sintió celos del hombre al que Victoria había entregado su corazón, porque había obtenido un tesoro que él había tenido al alcance de la mano y no había sabido apreciar.

Le besó el cabello, que todavía sabía a tibieza por las caricias prodigadas por el sol de la tarde, y deseó, como no había deseado nunca, que el corazón de aquella mujer le perteneciera.

Se quedó quieto, con la respiración contenida en un suspiro de anhelo. Y entonces lo comprendió.

Estaba enamorado de Victoria.

El pensamiento no lo sorprendió. Era más bien como si su mente acabase de aceptar algo que su corazón siempre había sabido. ¿Desde cuándo la amaba? Tal vez desde hacía mucho, por eso siempre la buscaba en las fiestas y veladas a la espera de poder cruzar con ella esas palabras que le decían que se preocupaba por él, que le importaba; por eso le gustaba verla sonreír y le parecía

que el sol brillaba más cuando esa sonrisa iba dirigida a él; quería que ella confiara en él y, por eso, comprendió también, la deseaba.

Cerró los ojos. Un dolor sordo, profundo, le oprimió el pecho. Había llegado tarde, demasiado tarde.

Dejó escapar el aire que había estado reteniendo y, consciente de que esperaba alguna palabra de él, le contestó.

—No pienses en ello, Victoria. Jimmy está bien —le aseguró.

Ella levantó el rostro hacia él y a James se le encogió el corazón al ver la tristeza que anegaba sus ojos esmeralda.

—¿Me lo prometes?

En ese instante le hubiese prometido cualquier cosa, y así lo hizo.

—Te lo prometo —repuso con voz grave.

La confianza que vio en su mirada lo hizo sentirse humilde e indigno. ¿Era posible ver el cielo en unos ojos? Porque era lo que él veía en aquellos momentos, y quería perderse en ese universo para siempre.

No se dio cuenta de lo que hacía, no pensó que usurpaba el lugar que otro había ya conquistado, simplemente se dejó llevar por el corazón, por lo que llevaba tiempo deseando hacer.

La besó.

Sus labios la buscaron primero con suavidad, con dulzura, pero cuando Victoria gimió y deslizó su mano cálida por la columna de su cuello hasta enredarla en su cabello, algo se encendió dentro de James y la besó con ardor, apretándola contra su cuerpo. El corazón golpeaba con violencia contra su pecho, como si deseara escapar de su prisión para fundirse con el de ella, que latía al mismo ritmo.

James oyó la respiración agitada de Victoria y supo que estaba tan excitada como él. La verdad lo sacudió con dureza y maldijo para sus adentros. No podía aprovecharse de la situación. Ella no le pertenecía.

Respiró hondo y se obligó a detenerse. Con suavidad, la instó a apoyar de nuevo la cabeza contra su pecho.

—Duérmete, Vic. Yo velaré tu sueño.

—No puedes tratarme así, James —lo amonestó ella con la voz vencida por el sueño y la tristeza—. No es justo.

«No, no lo es», pensó James.

Y, por primera vez, sintió en su corazón el regusto amargo de la derrota.

Capítulo 8

Abrió los ojos despacio. La habitación se hallaba en penumbras, pero se dio cuenta enseguida de que se encontraba sola.

¿Habría soñado con la presencia de James en ese cuarto? Aquel beso que recordaba, ¿no había sido real?

Se había metido en el lecho con una gran congoja en el corazón. No dejaba de darle vueltas a lo que podría haberle sucedido a Jimmy, pero el cansancio y la pena la vencieron y se quedó dormida. Creyó haberse despertado al escuchar la voz de James que la llamaba; luego él la había abrazado, y había sentido la calidez de sus labios sobre su boca. ¿Lo había deseado tanto que había creído que era realidad?

Sacudió la cabeza con pesar y, aunque todavía era temprano, decidió levantarse. Quería volver a emprender cuanto antes la búsqueda del niño. Se aseó con el agua que alguna de las criadas había debido de traer mientras ella dormía, y se vistió con otro de sus vestidos más sencillos, los que solía usar cuando visitaba los hogares. Eran cómodos y mucho más fáciles de manejar, ya que se abrochaban por delante y no usaban tantas crinolinas y enaguas. Una vez que estuvo lista, bajó al comedor para desayunar.

James escuchó el sonido de la puerta y los pasos de Victoria cuando salió de la habitación. Había pasado gran parte de la noche despierto mientras la acunaba entre sus brazos y reflexionaba sobre el nuevo rumbo que debía dar a su vida... sin Victoria. Luego había regresado a su propio lecho, pero solo había dormitado un poco.

Abandonó la cama y se dirigió al lavamanos. Lo mejor sería afrontar cuanto antes el encuentro con ella. No creía que fuese a echarle en cara el beso que le había dado, pero si comentaba algo, le diría que se había tratado tan solo de un beso de consuelo. Consuelo que a él le había sabido dulce y amargo al mismo tiempo.

Se tomó su tiempo para vestirse, a pesar de que sabía que Victoria tendría prisa por comenzar la búsqueda. Si él bajaba en aquel momento al comedor, probablemente ella ni siquiera tomaría su desayuno con tal de partir inmediatamente. Cuando llegó al vestíbulo, se detuvo sin saber bien a dónde ir. Probablemente habría una biblioteca en la mansión; podía intentar encontrarla y pasar allí un rato.

Un suspiro quedo lo sacó de sus cavilaciones. Miró alrededor, pero no vio a nadie, o eso creía hasta que divisó en un rincón, junto a unos inmensos cortinajes, casi escondida entre sus pliegues, la figura de una niña que lo miraba con unos inmensos ojos negros en su pequeña carita blanca. Tenía el cabello oscuro recogido en dos trenzas que le caían sobre los hombros y apretaba contra su pecho una muñeca de trapo.

—Hola —la saludó James con tono suave para no asustarla, aunque la niña no parecía cohibida, a pesar de que debía tener alrededor de unos cuatro o cinco años, según creyó.

—¿Dónde están tus alas? —Su vocecita sonó dulce y musical, como el sonido de unos cascabeles.

—¿Perdón?

La niña ladeó la cabeza y lo observó con curiosidad.

—Eres un ángel, ¿no? —le dijo—. Entonces, ¿dónde están tus alas?

Aquella inocencia infantil provocó en James una sonrisa. Avanzó unos pasos y se acuclilló ante la pequeña.

—¡Chis! Es un secreto —le comentó al tiempo que le guiñaba un ojo—. Nadie puede saber que soy un ángel ni que mis alas las tengo escondidas bajo la chaqueta.

La niña asintió con seriedad.

—¿Has venido a por Jimmy? —le preguntó—. Porque él se ha marchado a buscarte.

James se puso alerta.

—Ah, ¿sí? ¿Y tú cómo lo sabes?

—Me lo dijo cuando se enfadó. —Frunció el ceño y puso los brazos en jarras como si fuera a reprenderlo—. Pero está mal enfadarse, ¿sabes? Bueno, tú nunca te enfadas porque eres un ángel, pero la señora Becher dice que es mejor ser un niño alegre que uno gruñón.

—¿Y por qué se enfadó Jimmy?

La pequeña abandonó su refugio entre los cortinajes y se acercó más a James. Extendió la mano y cogió uno de sus mechones rubios entre los dedos, observándolo con curiosidad. Él le dejó hacer y esperó paciente la respuesta.

—Fue por lo que le dijo Peter de que su mamá estaba muerta —le confesó después de un rato—. Pero es verdad, nosotros no tenemos mamá, ni papá, ¿sabes? Pero Jimmy se enfadó mucho, y dijo que se iba a conseguir una mamá para él solo. Entonces Peter se burló y le dijo que eso no podía hacerlo, y Jimmy dijo que sí, que iba a buscar a un ángel para pedirle el deseo. ¿Tú concedes deseos?

—Puede ser —repuso con una sonrisa tierna—. ¿Qué te gustaría?

La niña soltó el mechón que había estado frotando y bajó la mirada hacia su muñeca a la que abrazó con fuerza. Luego extendió sus bracitos y se la mostró. Le faltaba uno de sus ojitos de botón, tenía una de sus piernas más corta que la otra, y su vestido, a retales, llevaba varios remiendos.

—Sally necesita un vestido nuevo, ¿sabes?, así no puede ir a tomar el té.

James notó que los ojos se le humedecían y tuvo que tragar saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta.

—Te prometo que Sally tendrá su vestido nuevo —le aseguró—, el más hermoso que puedas imaginar.

La pequeña esbozó una sonrisa emocionada a la que le faltaba un diente, y se abrazó con fuerza al cuello del marqués.

—¡Gracias!

Él rodeó con sus brazos el cálido y delgado cuerpo, y besó su cabecita enternecido.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Mary, y tengo casi cinco años —repuso con seriedad, mientras le mostraba con los deditos extendidos su edad.

—Tienes un nombre precioso —le contestó. Se puso de pie y la tomó de la mano—. Ven, Mary. Quiero que conozcas a alguien.

Victoria sonrió de nuevo a la señora Becher mientras esta continuaba hablando acerca de su hija mayor, que acababa de dar a luz a su tercer hijo, otro varón; sin embargo, le prestaba poca atención, nerviosa como se encontraba por la ausencia de James. Se preguntó qué estaría haciendo y por qué tardaba tanto en bajar a desayunar. ¿Debería ir a buscarlo?

En ese momento se abrió la puerta, y el objeto de sus pensamientos entró en la estancia junto con una niña que parecía muy pequeña a su lado.

—¡Mary! —exclamó la gobernanta poniéndose de pie—. No debes molestar a milord.

—No es *tulor* —repuso la pequeña con seriedad—. Es un ángel, pero no te lo puedo contar porque es un secreto.

James contuvo una sonrisa cuando vio que Victoria ponía los ojos en blanco y musitaba unas palabras por lo bajo.

Mary volvió la cabeza hacia ella y se quedó quieta, con la mirada fija en Victoria y los labios

rosados abiertos. Dio un tirón a la mano de James y este se agachó para escucharla.

—¿Ella es también un ángel? —le preguntó en un sonoro susurro que hizo sonreír a Victoria.

Vio que James la miraba con un brillo divertido en los ojos.

—Sí, lo es.

—Es muuuy guapa —dijo con tono de admiración y sus ojos negros como carbones, abiertos de par en par. Luego movió la cabeza en un enérgico asentimiento para enfatizar sus palabras—. Es más guapa que Sally.

—Tienes razón —convino James sin apartar la mirada de su prima—, es preciosa.

Victoria se ruborizó por la intensidad con que la contemplaban sus ojos, y se removió inquieta.

—¿Y quién es esta preciosa niña? —interrogó para aliviar su turbación.

—Me llamo Mary. —La pequeña estaba encantada con la atención recibida y contestó antes de que pudiera hacerlo la señora Becher—. Tengo casi cinco años y sé dónde está Jimmy.

La gobernanta dejó escapar una exclamación ahogada ante la afirmación de la niña. Victoria abrió los ojos sorprendida y miró a James, que le dedicó un asentimiento de cabeza mientras le sonreía.

—¿Y dónde está Jimmy, Mary? —le preguntó.

—Se fue a la iglesia —repuso con sencillez.

—¿A la iglesia?

No podría haberse sorprendido más si le hubiera dicho que se había marchado con algún circo itinerante. Mary asintió varias veces.

—Fue a buscar un ángel para pedirle un deseo. —Frunció el ceño tras pronunciar estas palabras—. A lo mejor se va a enfadar cuando se entere de que habéis venido aquí.

—No te preocupes, preciosa —le dijo James—. Vamos a ir a buscarlo ahora mismo y lo traeremos de vuelta.

—Espero que así sea, milord —comentó la señora Becher, que mostraba ahora un rostro más animado. Se acercó a la niña y la tomó de la mano—. Vamos, Mary. Estoy segura de que todavía no has comido.

—Es que a Sally no le gustan las verduras —respondió con solemnidad.

Los tres adultos sonrieron.

—¿Crees que a Sally le gustaría comer un poco de queso y pollo? —inquirió la señora Becher.

Mary miró a su muñeca y luego sonrió.

—Sí, yo creo que sí.

—Me lo suponía —comentó sonriente la gobernanta.

—También le gusta el dulce —añadió cuando ya se hallaban en el umbral de la puerta. Entonces se detuvo y se volvió hacia James—. Por favor, ángel, no te olvides de mi deseo.

—No me olvidaré, Mary.

—¿Qué deseo te ha pedido? —le preguntó curiosa Victoria cuando se marcharon.

—Los deseos no pueden decirse, o no se cumplirán —señaló él.

Se echó a reír cuando la oyó murmurar por lo bajo.

La iglesia no quedaba demasiado lejos de la mansión. Se trataba de un edificio antiguo con sólidos muros de piedra y una torre. En la fachada, sobre las grandes puertas de madera, había un rosetón. Cuando penetraron en el interior, un silencio sagrado los envolvió. La suave luz de colores que producía la vidriera otorgaba al lugar una atmósfera casi mística. Victoria tuvo la sensación de que las figuras que descansaban en sus pedestales podrían ponerse a hablar.

Miró alrededor, pero los bancos ordenados en hileras se hallaban vacíos. Se volvió hacia James, que había fruncido el ceño y parecía estudiar el lugar, como si intentase ponerse en el lugar de Jimmy. Habían convenido antes de entrar que sería mejor no llamarlo en voz alta, no fuese que el niño se asustase y huyese.

James llamó la atención de Victoria y le señaló un lugar. En el lado izquierdo de la nave se abría una pequeña capilla que quedaba escondida tras una columna. Ella no comprendió lo que le señalaba, hasta que vio la escultura que presidía el estrecho espacio. Era una figura del arcángel san Miguel. Sujetaba en la mano una espada de fuego y, debajo de él, con forma de enorme serpiente, yacía el demonio derrotado.

Victoria se adelantó, pasando entre los bancos, hasta llegar al lugar que permanecía casi a oscuras, iluminado tan solo por la tenue luz de una lámpara de aceite. Acurrucado a los pies de la imagen, Jimmy dormía. Se acercó hasta él y lo sacudió con suavidad.

—Jimmy...

El niño parpadeó somnoliento y se frotó los ojos. Luego la miró confuso, hasta que en sus ojos hubo un brillo de reconocimiento.

—Jimmy, ¿qué haces aquí, cariño? La señora Becher está muy preocupada por ti.

Él encogió las piernas y se abrazó las rodillas.

—No voy a volver —comentó enfurruñado.

Victoria le acarició el suave cabello apartando un mechón de su frente.

—¿Por qué no quieres volver al hogar?

Una lágrima rodó por la mejilla del pequeño.

—Porque no quiero ser como ellos —sollozó—. Quiero tener un papá y una mamá que me quieran solo a mí, como los demás niños del pueblo. La señora Becher me dijo que... —Se detuvo de repente cuando vio a James, y abrió los ojos asombrado. Giró la cabeza y miró hacia la enorme estatua.

James, que se había acercado, también dirigió su mirada hacia la figura y comprendió lo que el niño veía. El arcángel san Miguel llevaba el cabello largo pintado de rubio, y sus ojos, de color verde, combinaban con la túnica corta que portaba. A los ojos de un niño tan pequeño, la figura debía parecerle enorme, igual que él, que rozaba casi el metro noventa.

Jimmy se quedó quieto, con la mirada de sus preciosos ojos azules clavada sobre el rostro de James.

—Hola, Jimmy —lo saludó.

—Sabes mi nombre —susurró maravillado—. Entonces, ¿has oído mi deseo? ¿Me lo puedes conceder? —Pareció contener la respiración a la espera de una respuesta. Luego, como si hubiese recordado los buenos modales que le inculcaban en el hogar, añadió—: Por favor.

El marqués se acuclilló para quedar a la misma altura que el niño, que seguía sentado. Tenía los ojos brillantes de esperanza y lágrimas sin derramar, y a James le supo mal tener que desilusionarlo.

—En el hogar te quieren mucho, Jimmy, por ejemplo, la señora Becher, o Mary.

El chico sacudió la cabeza.

—Mary es pequeña, ella no cuenta, y la señora Becher no puede abrazar a todos los niños —susurró con tristeza.

El desconsuelo del niño encogió el corazón de Victoria. Cuando perdió a su madre, ella también había experimentado la necesidad de que alguien la abrazara y le hiciese sentirse querida, pero ella tenía al conde, mientras que Jimmy no tenía a nadie.

En el hogar les ofrecían todo, comida, vestidos, educación, y todo el cariño que podían. Muchos de los niños que habían crecido allí, habían encontrado un trabajo y tenían ahora una vida feliz; pero quizás habría otros niños como Jimmy, de corazón más sensible, que necesitasen más demostraciones de afecto... «Y unos padres», se dijo. ¿Por qué no? ¿Acaso no habría entre la gente del pueblo matrimonios sin hijos que desearan tener uno?

James siempre había actuado movido por la razón. Cada decisión que tomaba, la reflexionaba a fondo. En esta ocasión, sin embargo, conmovido por la tristeza de Victoria y del niño, se dejó llevar por el impulso.

—No puedo concederte tu deseo, Jimmy, al menos por el momento —añadió cuando vio que una lágrima se desprendía de sus ojos azules—. Yo no soy ningún ángel. Me llamo James, igual que tú, y soy primo de lady Victoria —le explicó—. Pero, aunque no puedo darte unos padres, sí que puedo invitarte a pasar un verano divertido en mi casa, con unos abuelos que te mimarán mucho y unos tíos que te enseñarán un montón de cosas. ¿Qué te parece?

—¿De verdad? —le preguntó inseguro, mientras se limpiaba las silenciosas lágrimas que corrían por sus mejillas.

James le sonrió.

—De verdad —le aseguró—. Y ahora, Jimmy, iremos a preparar tu equipaje.

El pequeño se puso de pie tan de repente, que trastabilló y James tuvo que sujetarlo por los hombros para que no cayese al suelo.

—Sí, señor. Gracias, señor —repuso entusiasmado, dirigiéndole una mirada de adoración.

—Bueno, ¿y qué te parece si sellamos nuestro trato con un abrazo?

Jimmy se aferró a su cuello con tanto ímpetu, que a punto estuvieron los dos de rodar por el suelo. Apenas rodeó el delgado cuerpecito, el niño estalló en sollozos incontrolables. James se puso de pie, llevándolo consigo, y lo acunó con ternura. Se giró hacia Victoria y se percató de que también había lágrimas en sus mejillas. Las borró con el pulgar, deleitándose con la suavidad de su piel, y dejó que su palma descansase por un momento contra su rostro.

—¿Estás seguro? —le susurró ella.

James asintió. No le importaba lo que pudiera pensar la alta sociedad. Si no podía hacer lo que quisiese, ¿para qué demonios ostentaba el título de marqués?

Salieron de la iglesia. Tras el llanto, Jimmy se había quedado dormido con su cabecita rubia descansando sobre su hombro.

Victoria caminaba silenciosa a su lado. Aunque se alegraba de haber encontrado al niño sano y salvo, el corazón le dolía. Cuando James había abrazado al pequeño, y los había visto juntos — los dos tan rubios, de ojos claros y esa especie de digna arrogancia que imprimían a sus gestos; los dos tan parecidos—, no había podido evitar pensar en lo buen padre que sería y en cuánto querría a sus hijos. Unos hijos que no serían los de ella, sino los de otra mujer.

«¿Cuántas veces puede romperse un corazón?», se preguntó.

La llegada a la mansión causó alboroto entre el personal de servicio y los niños, que en ese

momento se encontraban jugando en el jardín. James dejó al niño en el suelo, y la señora Becher se acercó a ellos agitando las manos con grandes aspavientos, como una gallina clueca que reclamaba a su polluelo. Jimmy se dejó abrazar por ella, contento, y saludó a sus compañeros, pero no se separó en ningún momento del marqués, como si temiese que este pudiese desaparecer sin llegar a cumplir su promesa. Supuso un gran esfuerzo convencerlo de que se marchase con uno de los criados para que le diese de comer y lo bañasen, hasta que James le aseguró que él era un caballero, y que los caballeros jamás faltaban a su palabra. Solo entonces se dejó conducir con docilidad hacia el interior de la mansión.

Convencer a la señora Becher de dejarles que se llevasen al niño supuso otra tarea ingente. La mujer aducía que después de vivir una experiencia así, Jimmy no querría volver al hogar. Victoria comprendía que la mujer llevaba bastante razón, pero James se mostró inflexible al respecto y, al final, la gobernanta no tuvo más remedio que ceder y ordenarle a una de las criadas que preparase el equipaje para el niño.

El viaje de regreso a Londres transcurrió con mayor rapidez, amenizado con la charla constante de Jimmy quien, vestido con sus mejores ropas y el cabello peinado hacia atrás, parecía un pequeño lord. Cuando el carruaje se detuvo frente a la entrada de Westmount Hall en Hanover Square, los ojos del pequeño se abrieron sorprendidos, y permaneció inusualmente callado mientras ascendían por los escalones de la entrada. Victoria también se encontraba bastante nerviosa. ¿Qué pensaría la duquesa de que le hubiesen traído a uno de los niños del hogar a su casa?

La puerta se abrió y Thompson, el mayordomo, los saludó con una ligera inclinación.

—Veo, milord, que su viaje ha tenido éxito —le dijo al marqués.

—Así es, Thompson. Este es Jimmy.

—Bienvenido, señorito.

El mayordomo le dedicó una reverencia y el niño lo contempló con los ojos muy abiertos. Luego le devolvió el gesto a la perfección mientras añadía:

—Gracias, señor.

A Thompson se le escapó una sonrisa sincera. La voz de la duquesa irrumpió en el vestíbulo.

—¡Victoria, James! —Los saludó.

Se detuvo de golpe cuando vio a Jimmy. Por un momento tuvo la sensación de haber retrocedido en el tiempo y estar viendo a alguno de los trillizos cuando eran niños. Lady Eloise pensó que, si no fuese porque tendría que haberlo engendrado con dieciocho o diecinueve años — algo difícil, puesto que a esa edad se encontraba estudiando en Eton—, el niño podría haber pasado perfectamente por hijo de James.

Vio que su hijo había apoyado su mano sobre el hombro del pequeño y le hacía avanzar un paso hacia ella. Entonces esbozó una sonrisa pícaro.

—Jimmy, te presento a tu abuela.

Capítulo 9

Había sido necesario usar un gran poder de persuasión para convencer a la duquesa de que en realidad el pequeño Jimmy no era hijo de James. Tres días después todavía seguía buscando en los gestos del niño un parecido.

Victoria no había sabido si echarse a reír o regañar a James por aquella manera de presentarle al niño.

—¿Todavía no me has perdonado? —le susurró este aquella mañana durante el desayuno en el comedor familiar.

Ella intentó componer un gesto de reproche, pero no pudo evitar que las comisuras de su boca se elevaran en un amago de sonrisa.

Jimmy había alterado el universo de reglas por el que se regía la mansión de los duques, pero también había traído un soplo de aire fresco. El niño se hacía querer y se había ganado enseguida el corazón de todos los moradores de la casa, desde la duquesa hasta la cocinera. Al duque le gustaba contarle historias que James había escuchado cientos de veces cuando era niño, y su hermano Robert le estaba enseñando a montar en poni. Edward era el único de la familia, junto con Arabella, que aún no conocía a Jimmy, porque se había marchado de caza con unos amigos.

A pesar del cariño que recibía por parte de todos, se notaba en el niño una preferencia por James y Victoria, y siempre que podía buscaba pasar tiempo con ellos.

—No sé cómo pudiste decirle eso a tu madre —le replicó al tiempo que sacudía la cabeza.

James se encogió de hombros y sonrió con malicia.

—Queridos —los llamó la duquesa que había estado abstraída hasta ese momento con la lectura de su periódico—, no olvidéis que esta noche es el baile de máscaras. James, te ruego que estés pendiente de lady Gabriella, por favor, que cuente siempre con compañía. A ti, Victoria, deseo presentarte a algunos jóvenes caballeros.

El marqués miró a su madre con el ceño fruncido.

—¿Por qué? —la interrogó de forma un tanto abrupta.

Lady Eloise parpadeó por la sorpresa.

—¿Por qué, qué, querido?

—Victoria ya conoce suficientes caballeros —repuso de mal humor—. No necesita que le presentes más.

—Se lo he pedido yo.

La intervención de su prima lo sorprendió. Se volvió hacia ella, pero Victoria le rehuyó la mirada. Apretó la mandíbula con fuerza, disgustado, y se mantuvo en silencio durante el resto del desayuno mientras la duquesa se explayaba en los detalles de la organización del baile. Cuando su prima se excusó y abandonó el comedor, James no tardó en ir tras ella.

—Lo estás haciendo muy bien, querida —le dijo el duque apartando el periódico a un lado y dedicándole una sonrisa.

—¿Tú crees? —repuso lady Eloise dudosa—. Me preocupa estar presionándolos demasiado.

Lord Charles cogió la mano de su esposa y se la acarició con el pulgar.

—Querida, entre los dos muchachos han saltado chispas desde que se conocieron, igual que sucedió entre nosotros.

—Bueno, pues espero que las chispas no terminen causando un incendio —comentó con un suspiro de resignación.

El duque besó su mano en un gesto sensual.

—Pues a nosotros no nos fue tan mal, ¿no te parece? Pasamos muchas noches calentitos.

Lady Eloise se ruborizó ante la mención de la pasión que aún existía entre ellos, y luego se echó a reír con una risa musical que caldeó el corazón del duque.

—¿Qué te parece si echamos la llave al comedor, como en los viejos tiempos?

Por toda respuesta, la duquesa se levantó y cerró la puerta antes de volver y sentarse en el regazo de su esposo.

James cruzó malhumorado el vestíbulo mientras se dirigía de nuevo al comedor. Necesitaba hablar con su madre. No iba a permitir que la duquesa le presentase a esos caballeretes que solo se fijarían en la belleza exterior de su prima y en la dote que aportaría a un matrimonio. ¿Cómo conocerían a la verdadera Victoria? A la mujer de corazón generoso que se preocupaba antes por los demás que por sí misma, a la mujer dulce y apasionada, inteligente y leal. No, no iba a permitir que cualquier advenedizo se llevase semejante premio.

Cuando iba por el corredor se encontró con el mayordomo.

—Thompson, ¿la duquesa sigue en el comedor?

—Así es, milord, pero no se la puede molestar en este momento.

James arqueó las cejas con perplejidad.

—¿Por qué motivo? —Quiso saber. No le importaba si su madre estaba elaborando listas de invitados o algo parecido; el asunto que él traía era mucho más importante.

—Porque está con su Excelencia. —Al ver la confusión pintada en el rostro del marqués, el viejo mayordomo suspiró antes de añadir—: Tienen la puerta cerrada... con llave.

James tardó unos segundos en captar el significado de la frase, entonces parpadeó atónito.

—¿En el comedor? —graznó.

Thompson asintió. Su semblante impasible daba fe de que había pasado por aquella situación en otras ocasiones.

—Eso me temo.

La risa de la duquesa llegó hasta sus oídos, y ambos hombres sacudieron la cabeza al unísono.

Ante la imposibilidad de hablar con su madre, James se dirigió directamente a la habitación de Victoria.

—¿Por qué le has pedido a mi madre que te presente a otros caballeros? —le espetó con brusquedad apenas le abrió la puerta.

Ella logró apartarse a tiempo, antes de que el marqués la arrollara cuando se introdujo con paso firme en el dormitorio.

—¡James! —exclamó con tono molesto—. No puedes estar aquí.

—No cambies de tema, Vic —replicó irritado—. El otro día estuve en tu habitación y en tu cama, y no pasó nada.

Victoria abrió los ojos sorprendida y el corazón comenzó a latirle con fuerza. No había sido un sueño. Entonces, ¿cómo se atrevía él a decir que no había pasado nada? ¿Acaso el beso que le había dado no había significado nada para él? Sus ojos adquirieron un brillo peligroso y lo miró con el ceño fruncido.

—Debes estar tan acostumbrado a besar a las damas en sus dormitorios que para ti ya no significa más que un pasatiempo divertido —le espetó con fiereza—. Pues ya puedes ir marchándote del mío, porque aquí no encontrarás diversión.

James maldijo para sus adentros por haberle recordado el episodio, y se pasó la mano por el rubio cabello con nerviosismo, provocando que unos mechones cayesen sobre su frente. Parecía que cada vez tenía menos idea de cómo actuar y comportarse frente a Victoria. La miró y vio que tenía el rostro sonrojado a causa de sus palabras; también se percató, en aquel momento, de que ella vestía tan solo con un ligero camisón y una delicada negligé anudada con un lazo de seda azul bajo sus senos, realzándolos. Tragó saliva con fuerza cuando sintió el aguijón del deseo. Las

prendas marcaban sus deliciosas curvas y llevaba la melena pelirroja suelta. Le caía en ondas hasta la cintura y le daba el aspecto de haber abandonado apenas el lecho, después de un encuentro apasionado.

Se le secó la garganta y las palabras se le quedaron atascadas, aunque la situación empeoró cuando su prima lo miró furiosa, clavando en él sus brillantes ojos verdes, y cruzó los brazos bajo el pecho, lo que hizo que el escote de su camisión descendiese unos centímetros y le permitiese ver la cremosa piel rosada del nacimiento de sus senos. Gimió en su interior.

—James... —Lo llamó Victoria en ese tono, cuyo arte dominaban todas las féminas, para decir *estoy esperando*.

—Bailarás conmigo esta noche —le soltó abruptamente antes de pasar a su lado y cerrar la puerta con un exceso de energía, dejándola perpleja.

Victoria deseaba, de todo corazón, que James no cumpliera la invitación —aunque a ella le había sonado más a amenaza— que le había dirigido aquella misma mañana. Esperaba que no la localizase entre los numerosos invitados que habían acudido al baile, pues, aunque iba disfrazada y llevaba un antifaz dorado, su cabello cobrizo era perfectamente reconocible.

El acontecimiento organizado por la duquesa había resultado un gran éxito para poner punto final a la Temporada, antes de que las familias abandonasen Londres para marcharse al campo. Las puertas del salón de baile estaban abiertas de par en par, y la terraza y los jardines de la mansión habían sido decorados con farolillos y cintas de colores. La gente deambulaba de un lado a otro, conversando y riendo al amparo de las máscaras y de sus disfraces. Había varias pastorcillas; un par o dos de reinas, de diferentes periodos; damas vestidas con dominós de colorida seda, o de diosas romanas o griegas.

Victoria vestía una túnica blanca, con bordados de oro, que dejaba un hombro al descubierto, y llevaba el cabello recogido en lo alto y sujeto por una cinta dorada. En uno de los brazos portaba un brazalete de oro, y en el otro, varias pulseras. Representaba a Diana cazadora, aunque se sentía más como la presa, pues desde que había entrado en el salón, no había dejado de rehuir a James.

—¿No baila, querida?

Se giró sobresaltada y suspiró de alivio cuando vio que se trataba de lady Gabriella. La reconoció por la máscara que llevaba. Era una verdadera obra de arte. La había realizado un maestro artesano de Venecia, bordando dibujos con hilo de plata sobre la seda negra. El antifaz estaba bordeado por una fila de diminutos diamantes y del centro salían unas plumas blancas que se abrían en abanico sobre la frente de la condesa.

—Ya lo he hecho, milady —le dijo con una sonrisa—, pero ahora prefiero descansar un poco.

—En Italia decimos que las noches de máscaras son noches para el amor —le comentó—. No la dejes pasar. De hecho, querida, hay un caballero que no te ha quitado ojo de encima durante toda la noche. Yo diría que está muy interesado en ti. Es el que está apoyado contra la primera columna, junto a la puerta de la terraza.

Le dio un golpecito en el brazo con el abanico y se marchó con una sonrisa.

Victoria se giró despacio en su lugar y su mirada se encontró directamente con la del desconocido que la observaba. Sintió cómo la decepción le mordisqueaba el corazón cuando se percató de que no era James, a quien había visto disfrazado de pirata con casaca roja, pantalones oscuros y botas altas. Este caballero, en cambio, vestía según la usanza del siglo XVI, de riguroso negro con encaje blanco en cuello y mangas, cinturón ancho y espada al cinto. Llevaba un sombrero de plumas y el antifaz le cubría medio rostro. El hombre se llevó la mano al ala del sombrero a modo de saludo y ella se sonrojó.

La verdad es que no sabía muy bien de quién podía tratarse, quizás de alguno de sus pretendientes. Fuese quien fuese, no podría ignorarlo, porque el hombre había encaminado sus pasos hacia ella.

—Buenas noches, hermosa Diana —la saludó. Su tono era ronco y sensual y, aunque no pudo reconocerlo, le pareció muy familiar—. ¿Has cazado alguna presa esta noche?

No le gustó el comentario ni el tono en que lo hizo. Le dio la sensación de que el caballero había bebido más de la cuenta.

—No me interesa la caza de ningún tipo, milord —respondió con tirantez.

—Orgullosa como una diosa —replicó burlón el misterioso caballero llevándose una mano al pecho—, tan alejada de nosotros, pobres mortales. ¿Quién podrá enamorarla? Pero todos los dioses tienen alguna debilidad o guardan un secreto oscuro. Júpiter, por ejemplo, estaba casado con su hermana Juno, y su gran debilidad eran las mujeres. ¿Cuál será el gran secreto que oculta nuestra hermosa Diana?

Victoria vio el brillo maligno en los ojos oscuros del desconocido y se estremeció. La forma en la que le hablaba, con cierta prepotencia y malicia, como si supiera algo que ella desconocía, comenzó a ponerla nerviosa. Le hubiera gustado saber de quién se trataba, para poder ponerlo en su lugar, pero por más que se esforzaba, el recuerdo de su voz le resultaba esquivo.

—Le ruego que me disculpe, milord, pero debo ir a buscar a lady Eloise —se excusó, con la esperanza de poder acabar con aquella extraña conversación que la hacía sentirse más como la presa que como la cazadora.

—Es más fácil huir que enfrentar la verdad, ¿no es cierto?

Sintió que la tensión invadía su cuerpo y apretó los puños.

—¿Quién es usted? ¿Qué es lo que pretende?

—¿Yo?, pobre de mí. No soy nadie, pero a diferencia de usted, mi querida Diana, no oculto secretos, y abro mi corazón con sinceridad, aunque lo desdeñen y pisoteen.

La amargura que destilaban sus palabras le hizo pensar a Victoria que se trataba de alguno de los pretendientes que su padre había rechazado en su nombre.

—Lo siento si...

El hombre levantó una mano para interrumpirla. Bajo la máscara podía ver la tensión de su mandíbula y el rictus amargo de su boca.

—Ya es demasiado tarde. Ahora yo poseo su secreto, y tendrá que pagar por ello, o derribaré su preciosa imagen del pedestal en el que los pobres mortales como yo la han colocado —le espetó con fiereza en un siseo amenazante. Sacó un papel del bolsillo de su chaqueta y se lo entregó.

Victoria lo tomó con mano temblorosa.

—¿Qué es esto?

El caballero extendió su mano desnuda y le acarició la mejilla con suavidad.

—Hubiera dado cualquier cosa por ver siempre tu sonrisa —comentó con tono meditativo, como si hablase para sí mismo. Luego clavó en ella una mirada dura y acerada, y respondió a su pregunta—: Este es tu secreto y mi venganza.

Victoria se quedó aturdida, observando cómo el misterioso caballero desaparecía entre la multitud de invitados que bailaban y conversaban en el salón. La caricia del hombre había tenido una dulzura particular, pero sus palabras destilaban dolor y amargura. Un estremecimiento de miedo recorrió su cuerpo y miró el papel que le había entregado con aprensión.

Lo desdobló despacio. Sus ojos encontraron una caligrafía pulcra y ordenada, con trazos firmes y decididos en tinta negra. Las letras se fueron desdibujando ante sus ojos conforme leía el mensaje. El corazón comenzó a latirle deprisa y sintió que le faltaba el aire. Un sudor frío descendió por su espalda y empapó su frente.

«No puede ser cierto», pensó. Aquello debía de ser una broma de mal gusto, pero los datos que aparecían sobre el papel eran demasiado precisos como para no ser reales. Abrió la boca para tomar una bocanada de aire cuando notó que el suelo comenzaba a moverse bajo sus pies y que todo giraba a su alrededor. Trastabilló ligeramente y rogó poder alcanzar cuando antes la terraza o se desmayaría allí mismo, en el salón de baile de la duquesa.

James había estado buscando a Victoria para cobrarse la pieza de baile que le había pedido de

un modo tan torpe. También quería pedirle disculpas por haber salido como un vendaval de su dormitorio sin darle ninguna explicación.

Había sido difícil encontrarla debido a la cantidad de asistentes al baile. El marqués estaba convencido de que algunos de los presentes se habían colado, ya que no se requería de invitación para asistir. Después de una búsqueda infructuosa y de haber rechazado las insinuaciones de varias damas atrevidas, protegidas por el anonimato de la máscara, finalmente había localizado a su prima en el momento en que se le había aproximado un caballero al que no logró reconocer.

Asistió de lejos al intercambio íntimo de palabras y frunció el ceño cuando vio que el hombre le entregaba una nota a Victoria. ¿Sería una cita entre amantes? ¿Acaso se trataba de su misterioso pretendiente, del hombre del que estaba enamorada? Los celos le quemaron por dentro cuando vio que le acariciaba el rostro y ella se lo permitía. Apretó los puños con fuerza y se contuvo. De buena gana habría acudido a separarlos y habría estampado con gusto su puño en el rostro del hombre. Pero sabía que no tenía ningún derecho sobre ella.

Contempló impasible la retirada del caballero y a Victoria que leía el mensaje, y otra vez tuvo la sensación de que había llegado demasiado tarde. *¿Es que no vas a luchar por ella?* Cerró los ojos ante la voz de su conciencia. Siempre había tenido las cosas demasiado fáciles, y ahora que quería algo de verdad, algo que le exigía esfuerzo, se rendía antes siquiera de comenzar la lucha.

«No», se rebatió a sí mismo. Presentaría batalla, aunque su corazón sufriera en el proceso.

Cuando abrió los ojos, Victoria ya no se encontraba en su lugar. Echó una mirada rápida y vio un destello de su túnica blanca cuando desaparecía por la puerta que daba a la terraza y a los jardines. Su cuerpo se tensó por la rabia. No iba a permitir que tuviese una cita clandestina de la que luego podría arrepentirse. Atravesó el salón y salió por la puerta acristalada cuando su prima desaparecía por uno de los senderos que conducía al cenador de mármol que su madre había mandado construir al estilo de los antiguos templos griegos. La siguió.

Victoria apenas levantó la cabeza cuando oyó los pasos sobre la grava del sendero. Se encontraba aturdida por el secreto que le había sido revelado. En realidad, ella no era hija de su padre, sino una entre tantos niños huérfanos que eran acogidos por caridad en los diversos orfanatos repartidos por la ciudad de Londres. No se apellidaba Cavendish, ni era una dama, solo alguien que había tenido suerte. Quizás su madre había sido una prostituta y la había abandonado en la calle.

Miró sus blancas manos, adornadas con las preciosas joyas que habían pertenecido a una mujer a la que siempre había considerado su madre, pero que ahora le resultaba una desconocida. Y su padre... Se le partió el corazón al pensar en el conde. ¿Por qué se lo había ocultado? ¿Era ella la razón por la que había iniciado el proyecto de El hogar de los ángeles? «Sí, Victoria», se respondió a sí misma, «en el fondo no eres más que una gran obra de caridad».

Deseaba poder llorar por todo lo que le había sido arrebatado de un plumazo aquella noche, pero las lágrimas no acudían a sus ojos. Cuando alguien rozó su brazo con delicadeza, alzó la cabeza y vio a James. Sus labios se movían, como si estuviese hablándole, pero ella no podía escuchar nada. Lo observó entre una niebla de aturdimiento, al tiempo que penetraba en su conciencia la idea de que él nunca amaría a una persona de una clase inferior. Entonces se derrumbó.

James se asustó cuando vio la palidez que mostraba el rostro de Victoria, pero más aún cuando observó la vaciedad de sus ojos. El verde esmeralda había perdido su brillo y su mirada lucía opaca. Tenía los hombros caídos, como si hubiese sucumbido a un gran peso, y no se movía. Apenas parpadeó cuando él la llamó por su nombre. Se acuclilló frente a ella y le tomó las manos. Las tenía frías.

—Vic, ¿qué sucede?

Si ese malnacido era quien la había hecho sufrir, se ocuparía personalmente de él.

Ella sacudió la cabeza, ausente. El caballero había tenido razón, todo el mundo tenía secretos, y el suyo se quedaría en su propio corazón, aunque eso supusiera pagar la cantidad que el hombre le había pedido que le entregase. Comprobaría la veracidad de lo que había averiguado y, una vez que lo hiciese, hablaría con su padre... con el conde, y tomaría una decisión. Había tenido más suerte que Jimmy, y nunca había tenido que luchar por nada de lo que había recibido, pero ya era hora de que tomase la vida en sus propias manos. Enderezó la columna y alzó la barbilla con orgullo.

Se dio cuenta de que todavía tenía la nota entre sus manos y las apretó con fuerza, antes de separarlas de las de James. Un pensamiento cruzó su mente y una carcajada histérica burbujeó en su garganta. Acababa de darse cuenta de que James y ella no eran en realidad primos, había desaparecido uno de los obstáculos para que él pudiese verla como algo más que un pariente y llegar a amarla, pero en su lugar se había levantado una barrera infranqueable.

—No pasa nada —repuso con tono monocorde—. Solo deseaba tomar el aire.

Él frunció el ceño.

—Vic, te conozco demasiado bien como para saber que algo te sucede.

James se sorprendió cuando Victoria soltó finalmente una carcajada hueca, vacía; pero lo sorprendieron aún más las palabras que pronunció a continuación.

—Puedo asegurarle que no me conoce en absoluto, milord.

Capítulo 10

James vagaba algo desorientado y confuso de tienda en tienda, mientras pensaba que alguien debería haberle comentado la tarea ingente que suponía comprar vestidos para una muñeca.

La verdad era que no tenía ni la más remota idea de dónde conseguirlos. Había entrado primero al negocio de *madame* Bissette, donde sabía que su hermana y su prima solían comprar su ropa. Cuando le había explicado a la mujer lo que buscaba, esta lo había mirado indignada por encima de la respingona nariz, y en un francés un tanto incomprensible, había cacareado que ella se dedicaba solo a la alta costura.

Después de aquello, se había paseado de un establecimiento al otro hasta que, finalmente, había decidido que la calle principal donde vestían a las damas de la alta sociedad londinense no era el sitio más adecuado para encontrar trajes para una muñeca, así que se había trasladado a un lugar donde los negocios eran más modestos.

Acababa de abandonar una de las tiendas, con un paquete bajo el brazo, cuando vio, en la acera de enfrente, a su prima Victoria. Frunció el ceño mientras se preguntaba qué haría en una zona así y, por lo que parecía, sin ninguna doncella que la acompañase. Estaba a punto de llamarla, pero se detuvo al ver que entraba en uno de los negocios. Era un edificio estrecho, de ladrillo rojizo, de cuyo frontispicio colgaba un gran cartel de madera pintado con letras negras que rezaban: *casa de empeños*.

James se retiró hacia uno de los callejones laterales y se apoyó contra la pared a la espera de que Victoria saliera. Tenía intención de averiguar lo que estaba sucediendo. Sabía que su prima contaba con una buena provisión mensual para sus gastos personales, estipulada por lord Rothwell, por eso le resultaba extraño que acudiese a un prestamista.

La vio salir al cabo de unos minutos y enfilarse hacia Bond Street, donde seguramente la esperaba el carruaje y la doncella. Cuando la vio doblar la esquina, cruzó la calle y entró en el negocio. Un hombre de unos cincuenta años, vestido con un anodino traje gris, se hallaba tras un mostrador de madera ojeando lo que parecían unas joyas. Al acercarse, reconoció entre las mismas el brillo rojizo de la pulsera de rubíes que el conde de Rothwell le había regalado a su hija por su decimoctavo cumpleaños.

El prestamista alzó la cabeza al tiempo que ocultaba las joyas con discreción bajo el mostrador. En su delgado rostro, de nariz algo aguileña, brillaban unos ojos astutos y calculadores de un azul desvaído, que podrían parecer fríos si no fuese por la cálida sonrisa de recibimiento

que esbozaba. Con una sola mirada evaluó con rapidez la calidad de su nuevo cliente, y su sonrisa se ensanchó.

—Buenos días, milord, ¿en qué puedo servirlo? —preguntó con tono obsequioso. Algunos aristócratas eran dados a comprar alhajas de segunda mano para sus amantes, aunque la mayoría acudía a su negocio para empeñar joyas y conseguir algún dinero extra con el que pagar sus deudas de juego. Casi ninguno de ellos volvía para reclamarlas.

—Las joyas que estaba mirando hace un momento... —insinuó James.

El hombre, apenado, negó con la cabeza.

—Lo siento, milord, pero no se encuentran a la venta. La dama me rogó encarecidamente que las guardase, y me aseguró que regresaría a por ellas —le explicó—. ¿Cómo podría mantener a mis clientes si no cumplo con mi palabra?

—Su actitud le honra, pero resulta que la dama en cuestión es prima mía, y esas joyas, un regalo de su padre —señaló con tono firme—, y quiero que estas vuelvan al lugar de donde no deberían haber salido nunca.

El prestamista se limitó a asentir, consciente de que era mejor no contrariar a ese noble. No había gente en Londres que no hubiese oído hablar de los hermanos Marston, hijos de los duques de Westmount, y emparentados con el ilustre apellido Cavendish. No sabía cuál de los trillizos tenía delante, pero por el tono de autoridad, supuso que se trataba del marqués. No tuvo más remedio que ceder, con la esperanza de que no se viese dañada su reputación.

—Por supuesto, milord —respondió nervioso. Sacó las joyas, que había envuelto en un paño de terciopelo para que no se dañasen, y las depositó sobre el mostrador—. Aquí las tiene. Son joyas muy finas y bien trabajadas. Le aseguro que le he pagado un buen precio por ellas a la dama.

—Estoy seguro de ello —convino mientras las guardaba en su bolsillo—. Haga el favor de enviar la cuenta a Westmount Hall, a nombre del marqués de Blackbourne. Mi administrador se ocupará de pagarle. Buenos días.

Abandonó el lugar con el semblante sombrío. Los paseantes tendían a apartarse de su camino al verlo avanzar por la calle como si arrastrara consigo la furia de mil demonios.

«¡Pero qué diantres le pasa a Victoria!», pensó enfurecido.

Desde luego, no iba a tardar en averiguarlo, aunque no en ese momento. Necesitaba calmarse antes de hablar con ella, no podía presentarse en la mansión en ese estado. Cuando alcanzó Bond Street, buscó su propio carruaje y le pidió al cochero que lo llevara al club. Allí podría reflexionar sobre el problema, y tomarse una copa o dos...

«O varias», gruñó para sus adentros.

El club de Saint James se hallaba tranquilo a esas horas de la mañana. Había algunos caballeros ocupados en leer plácidamente sus periódicos mientras los criados se preocupaban de que sus copas se mantuviesen llenas.

James penetró en aquel santuario masculino y aspiró el olor a tabaco y a cuero. El silencio, interrumpido únicamente por algunos murmullos en voz baja y el crepitar de las hojas del periódico, lo acunó y despejó su mente. Con toda seguridad una buena copa de coñac despejaría también su ánimo. Caminó hacia uno de los rincones más alejados de la estancia y se detuvo cuando distinguió la figura de su hermano Robert sentado en una de las butacas de cuero negro. Sostenía el periódico abierto, aunque sus ojos se encontraban cerrados. No se dejó engañar por su aspecto apacible. Conocía de sobra a su hermano menor, y sabía que era de los que siempre se mantenían alerta.

Se preguntó si no sería mejor marcharse y buscar otro lugar donde refugiarse, pero luego consideró que no le vendría mal hablar con alguien tan sensato como Robert. Hizo una señal a uno de los sirvientes para que le trajera una copa, y se acercó a la butaca donde descansaba su hermano.

—Hola, James —lo saludó este sin abrir los ojos.

James se acomodó en el sillón de al lado.

—¿Cómo has sabido que era yo? —le preguntó sorprendido.

—Reconozco tus pasos, y esa colonia que usas apesta a kilómetros de distancia —manifestó con una sonrisa burlona.

—Me alegro de que tengas tan desarrollado el sentido del olfato —gruñó en respuesta.

Robert abrió sus ojos aguamarina y los clavó con fijeza en los de su hermano, idénticos a los suyos.

—Vaya, por lo que veo, volvemos a estar de mal humor —replicó—. ¿Qué ha hecho esta vez Victoria?

—¿Por qué piensas que se trata de Victoria?

Su hermano sonrió de medio lado.

—Por lo general eres un hombre tranquilo, y las únicas veces que te he visto alterado ha sido por causa de nuestra prima —repuso con un encogimiento de hombros—, por eso lo he supuesto.

—Ya.

—¿Y bien? —insistió Robert.

—¿Y bien, qué?

Su hermano puso los ojos en blanco. A veces el marqués poseía la cualidad de exasperar a cualquiera.

—¿Se trata de ella?

Asintió con gravedad. Robert percibió que se trataba de un asunto serio y se enderezó en la butaca para prestarle toda su atención.

—¿Qué sucede?

James se pasó los dedos entre el cabello en un gesto de preocupación.

—No lo sé —declaró exasperado—, y eso es precisamente lo que me desconcierta. Ella siempre ha sido muy transparente, y ahora parece que oculta demasiados secretos.

—¿Y qué es lo que te molesta de ello?, ¿el hecho de que tenga secretos o que te los oculte?

Uno de los sirvientes se acercó portando una copa de brandy y la depositó sobre la mesita adyacente. James guardó silencio y reflexionó sobre las palabras de su hermano.

—Me gustaría que confiara en mí —refunfuñó, finalmente, cuando se hubo retirado el lacayo.

—¿Le has dado motivos de confianza?

El marqués alzó una ceja con arrogancia, algo ofendido por lo que las palabras de su hermano insinuaban.

—Soy su primo, y me conoce, ¿por qué no habría de fiarse de mí?

Robert sacudió la cabeza.

—La confianza hay que ganársela, James, no es una cuestión de parentesco ni puede darse por supuesta —declaró, antes de añadir con tono sombrío—, a riesgo de que te traicionen.

James clavó la mirada en su hermano menor y, por primera vez, se dio cuenta de lo solo que debía sentirse. Casi siempre se encontraba lejos de la familia y llevaba en secreto todos los asuntos de su trabajo en el ministerio, sometido a grandes presiones.

—Requiere, en primer lugar, sinceridad —prosiguió Robert—. ¿Cuántas veces has hablado con ella de temas verdaderamente importantes, de las cosas que le gustan, de lo que le preocupa?

El marqués bebió un trago largo de su copa mientras recordaba lo que había descubierto sobre Victoria en su reciente viaje a Chelmsford, cosas que ignoraba hasta ese momento porque lo único que había hecho siempre era burlarse de los intentos de su prima por reformarlo, tal vez porque le molestaba demasiado que se acercase tanto a la verdad de sí mismo.

James asintió con gesto grave. Dejó la copa sobre la mesilla y se levantó.

—Muchas gracias, Robert.

—Un placer, hermanito. —Alzó la copa a modo de brindis, y cuando su hermano se dio la vuelta para retirarse, volvió a llamarlo—. James, no tardes en decirle a Victoria lo que sientes.

El marqués abrió la boca para decir algo, pero luego optó por cerrarla, y sacudió la cabeza, resignado, sabiendo que si había algo más difícil que conseguir trajes para muñecas era que Robert diese explicaciones sobre lo que sabía o hacía.

Cuando llegó a Westmount Hall, había tomado una decisión. Iba a ganarse la confianza de Victoria, e iba a conquistarla. Mientras tuviese una sola oportunidad de hacerla feliz, lucharía por ella.

Thompson le abrió la puerta y lo saludó antes de preguntarle si su prima había llegado ya. Cuando el mayordomo le informó de que la joven se hallaba en los jardines, le entregó el paquete que llevaba y le pidió que se encargase de enviarlo a Chelmsford junto con una nota que le daría para la señora Becher.

James se dirigió hacia el jardín a través de la puerta de la sala azul, el salón que su madre usaba para las visitas porque tenía una vista espléndida de la rosaleda. Caminó entonces por el sendero de grava que conducía hacia el cenador, pues intuyó que Victoria se encontraría allí, en el rincón más apartado. Y no se equivocó.

Igual que la noche anterior, se hallaba sentada sobre uno de los bancos de mármol, cubiertos con cojines de seda verde. A la luz del día el templete lucía majestuoso, erguido sobre una pequeña elevación del terreno. La blancura de sus columnas refulgía con los rayos de sol y, por algunas de ellas, las plantas trepadoras habían escalado casi hasta la cúpula.

También como la noche anterior, Victoria no alzó la cabeza cuando James se sentó a su lado. Él no le dijo nada, se limitó a observarla. Su rostro aparecía más pálido que de costumbre, y no sonreía. Sus ojos reflejaban una profunda tristeza que lo conmovió.

—Victoria...

Ella cerró los ojos al escuchar la dulzura de su voz. Si hubiese pronunciado su nombre así en otro lugar, en otro momento...

—Por favor, James, quiero estar sola.

El tono de derrota con el que habló le estrujó el corazón. ¿Qué había pasado con esa Victoria alegre y decidida que lo sermoneaba cada vez que podía? Necesitaba comprender.

—¿Por qué? —Quiso saber.

«¿Por qué?», se preguntó también ella. «Porque me duele demasiado; porque mi vida se ha venido abajo de repente y ya no sé quién soy; porque te amo con toda el alma, pero estamos demasiado lejos el uno del otro, en los dos extremos de la escala social».

Todo eso pensó, sin embargo, no pronunció ni una sola palabra.

—¿Cuál es el problema? —insistió James—. ¿Tienes alguna deuda que saldar? ¿Se trata de algún asunto relacionado con el juego? Solo deseo ayudarte.

Ella negó con la cabeza sin comprender de lo que hablaba.

—No tengo ningún problema, solo estoy cansada.

—¡Maldita sea, Vic! —espetó con exasperación—, por supuesto que tienes problemas, y si no, ¿qué es esto? —le preguntó al tiempo que le mostraba sobre su mano el paño con las joyas que ella había empeñado esa misma mañana.

Victoria abrió los ojos sorprendida. Se levantó con precipitación y apretó los puños con fuerza mientras lo miraba furiosa.

—¿Cómo te has atrevido a seguirme? —le gritó—. ¡No tenías ningún derecho!

James también se puso de pie.

—Ni te seguía, ni te vigilaba —se defendió—. Dio la casualidad de que me encontraba en esa misma calle y te vi salir de la casa de empeños. ¿Me puedes explicar qué demonios es esto? —inquirió, enfadado, mostrándole de nuevo las joyas. Sabía que no estaba siguiendo los consejos de su hermano, pero de lo único que tenía ganas en aquel momento era de zarandearla y de besarla a partes iguales—. ¿Para qué querías el dinero?

—No tengo por qué darte explicaciones, James Marston. —Su voz tembló al pronunciar su nombre—. Es mi vida, y haré con ella lo que yo quiera.

Una lágrima involuntaria se desprendió de la comisura de sus ojos y descendió veloz por su mejilla. James dejó las joyas sobre el banco de piedra y tomó el rostro de Victoria entre sus grandes manos.

—¿Es que no ves que estoy preocupado por ti? —le susurró, el cálido aliento acariciando sus labios.

—No quiero que te preocupes por mí —sollozó abatida—, solo quiero que me dejes en paz.

James contempló el verde esmeralda de sus ojos y las lágrimas que brotaban de ellos, empapando sus propias manos, y sacudió la cabeza.

—No puedo —le respondió con la calma que nacía de la certeza de sus palabras.

—¿Por qué? —clamó Victoria, con tanta angustia que le partió el corazón.

No se hallaba preparado para darle una respuesta completa, no hasta que no se convirtiese en un hombre mejor para ella, un hombre del que Victoria pudiese sentirse orgullosa; pero tampoco podía negarle una contestación. Repasó con el pulgar el contorno húmedo de sus labios, a causa

de las lágrimas, y notó un cosquilleo recorrer su cuerpo, tenso por el deseo y el anhelo de ella que experimentaba en su interior.

—Por esto... —le dijo.

Y entonces, la besó.

Victoria recibió con sorpresa el asalto de la boca de James, pero sus labios pronto se amoldaron a los masculinos, cálidos y decididos, tiernos y salvajes al mismo tiempo. Lo necesitaba.

Las manos de él recorrieron sus hombros desnudos y bajaron por sus brazos hasta deslizarse hacia su cintura. La atrajo contra su cuerpo firme, y Victoria dio un respingo al notar la dureza que se apretaba contra su vientre. La asaltó el recuerdo del boceto que en una ocasión había visto de Alex, el esposo de Arabella, desnudo. Ella lo había dibujado después de haber hecho el amor con él, y le había descrito la experiencia como algo maravilloso. Gimió al imaginarse a James sin ropa, toda aquella fuerza poderosa contenida en sus músculos, y se pegó aún más a su cuerpo, como si pudiese fundirse con él.

Cerró los ojos extasiada cuando sus labios febriles descendieron por su cuello y sus dientes mordisquearon el lóbulo de la oreja, provocándole como una descarga eléctrica en la parte inferior de su cuerpo, en ese lugar tabú e innombrable. Notó que los dedos de James se afanaban con los botones de su vestido y que este se deslizaba con suavidad sobre sus senos. Sabía lo que él estaba haciendo, pero no le importó. ¿Qué más daba si la deseaba solo en un momento de pasión, desencadenado por el choque de emociones a causa de su discusión? ¿Qué importaba si ella solo era una pobre huérfana cuyo único delito había sido existir? Dejaría que James le hiciese el amor, y tendría ese único recuerdo para toda la vida.

Sintió el aire tibio de la mañana acariciando la piel sensible de sus senos y jadeó cuando la aspereza de su lengua la acarició. Le pareció que todo comenzaba a girar más rápido a su alrededor, y una sensación cálida se arremolinó en su vientre. Se aferró a los hombros masculinos con fuerza, como si James fuese el único elemento estable en su mundo. Solo existía él, su boca y sus manos, creando una melodía única sobre su cuerpo con toques dulces y atrevidos, con caricias lánguidas y otras veces frenéticas, llenas de una tierna ansiedad.

La pasión con la que el cuerpo de Victoria respondía a cada roce de sus labios, a cada caricia, como si fuese la delicada cuerda de un instrumento que vibraba bajo el toque de su maestro, lo sorprendió y lo enardeció aún más.

—¡Dios mío, Vic, eres tan hermosa! —susurró admirado mientras acunaba sus senos y aspiraba el olor a rosas que emanaba de su piel. Alzó la cabeza y la miró. Sus ojos brillaban con anhelo. Deslizó los labios por su rostro y besó cada una de sus pecas—. Siempre me han gustado tus pecas —le dijo con una sonrisa perezosa—, me parecían chocolate espolvoreado, y me daban

ganas de lamerlas.

Victoria gimió cuando él hizo precisamente eso.

—James...

Se removió inquieta. Las manos de él seguían explorando sus curvas y acariciando su piel expuesta, mientras le susurraba al oído todo lo que deseaba hacer. Jadeó buscando aire, y su respiración se aceleró. Sintió que algo se enroscaba en su interior y le pareció que iba a explotar fragmentándose en mil pedazos.

—... cubriré de joyas tu cuerpo desnudo, y...

La imagen que evocaron sus palabras, le produjo un desagradable escalofrío. Tal vez la mujer que le dio a luz había sido una prostituta, pero ella no tenía por qué serlo. James no la amaba, solo se dejaba llevar por las exigencias de su cuerpo y de sus deseos masculinos.

—¿Qué sucede, Victoria? —le preguntó preocupado cuando notó la rigidez que de repente invadió su cuerpo.

Ella se soltó de sus brazos y le dio la espalda mientras intentaba acomodarse el vestido con dedos temblorosos.

—No seré una dama, pero tampoco voy a convertirme en una prostituta —le espetó con sequedad.

James la aferró por el brazo y la giró con brusquedad.

—¿De qué demonios estás hablando? —rugió enfadado.

—Para ti una mujer es igual que otra, cualquiera resulta buena para un, un...

—... revolcón —suplió burlón. Las palabras de Victoria lo habían herido en su orgullo. ¿Cómo podía pensar que ella era para él como las demás mujeres?—. ¿O prefieres que diga *para tener sexo*? También puedo usar palabras más soeces, si eso es lo que quieres, ¿o tal vez precisas lecciones experimentales? La verdad es que no te desempeñabas mal hasta el momento... —añadió con sarcasmo.

Escuchó la exclamación ahogada de su prima, y vio el dolor reflejado en sus ojos, y supo que había ido demasiado lejos. Maldijo para sus adentros y la miró sin saber si acercarse a ella o no. Cuando vio que sus hombros se hundían derrotados y agachaba la cabeza, avanzó los pocos pasos que los separaban y la envolvió en sus brazos, aunque ella no le correspondió.

—¿Qué sucede, Victoria? —volvió a preguntarle con dulzura. Le dolía el corazón por ella—. Soy tu primo, puedes confiar en mí.

La risa amarga que escapó de la garganta femenina, lo alteró.

—No somos primos, James, ni siquiera soy una dama —declaró con tono cansado, como si de repente la hubiesen vaciado de toda emoción.

—¿De qué demonios hablas, Victoria?

Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos con infinita tristeza.

—No soy hija del conde de Rothwell.

Capítulo 11

Victoria cerró los ojos.

No quería ver el rechazo en los de él. Cuando notó cómo sus manos la soltaban, el corazón se le desgarró por la pérdida, pero ya no había marcha atrás. Ahora ya no tenía nada ni a nadie, más que a sí misma. Jamás se casaría, no si existía el riesgo de que algún día sus orígenes saliesen a la luz. No abandonaría al conde, le debía mucho; más bien, dedicaría su vida al proyecto de caridad que él había fundado, y cuyo primer miembro, aun sin saberlo, había sido ella misma.

—¿Puedes explicarme lo que has dicho? —La voz de James sonó tensa.

Si ella le contaba lo que sabía, probablemente no volvería a verlo o, al menos, él no querría volver a hablar con ella. ¿No era eso mismo lo que había pretendido cuando le aseguró a Arabella que quería olvidarse de James? Sin embargo, qué difícil resultaba aceptarlo cuando todavía tenía en su boca el sabor de sus besos. Un recuerdo exiguo para una condena tan larga a la soledad.

A pesar de todo, debía hacerlo. Tenía que contárselo, no podía ni quería engañarlo. Respiró profundamente y abrió los ojos para clavarlos en él. Una vez más, quedó sobrecogida por su belleza. Era hermoso, aunque quizás a él no le gustaría oír esa palabra aplicada a su persona, pero lo era. Asemejaba a un dios nórdico, con su fuerza vital contenida en un cuerpo atlético de músculos perfilados, su destacada altura, el cabello rubio, sus ojos aguamarina y una sonrisa devastadora que, en ese momento, permanecía ausente de su rostro. Se grabó la imagen para tenerla siempre en la mente y en el corazón, sobre todo, cuando la soledad le pesase.

—No soy la hija del conde de Rothwell —repitió, esa vez con voz más firme. Las lágrimas de nada le servirían—. Anoche, durante el baile de máscaras, un caballero me entregó una nota. En ella me desveló el secreto de mis orígenes. Nací... —Hizo una pausa y tragó saliva junto con la amargura que destilaban sus propias palabras—. Nací en un orfanato. El conde me compró por una suma de dinero y me crió como hija suya.

James contempló a su prima por un largo instante. Con la barbilla elevada, su elegante vestido de muselina y sus manos blancas y delicadas cruzadas sobre el regazo, ofrecía la perfecta estampa de una dama de buena cuna. Sin embargo, no lo era. Y James sabía que, en la alta sociedad londinense, la sangre pesaba mucho. Si se llegaban a descubrir los orígenes de Victoria, se vería condenada al ostracismo. Se convertiría en una paria social.

—Alguien te está chantajeando —supuso—, por eso vendiste tus joyas.

Victoria asintió. No le extrañó que él no le preguntase al respecto de su nacimiento, sabía lo importante que era para James el honor de su familia, el respeto por el apellido que llevaba con tanto orgullo y que jamás sería capaz de traicionar. Pero le sorprendió su rostro inescrutable en el que parecía imposible leer cualquier emoción. Si había sentido algo al escuchar sus palabras, no lo manifestó.

—El hombre me pidió una suma de dinero a cambio de su silencio —admitió.

—Lo primero que vamos a hacer es comprobar la veracidad de la información que aparecía en la nota.

—¿Vamos? —inquirió ella con tono de incredulidad. No podía permitir que se involucrase en el asunto. Quizás el chantajista era un hombre peligroso—. No, milord, puedo librar mis batallas yo sola.

—No dudo de que puedas hacerlo, pero yo pienso ayudarte, te guste o no. Y haz el favor de dejar de llamarme milord —replicó molesto.

Victoria dejó escapar un resoplido de exasperación que él ignoró ampliamente.

—No sé quién te has creído que eres...

—Sencillamente, el marqués de Blackbourne, querida —contestó mientras retiraba una pelusa imaginaria de su chaqueta.

—Eres un hombre arrogante y prepotente, James Marston —le espetó con las manos apretadas en puños.

—¿No eras tú la que siempre me estaba molestando para que no me acomodase en la vida? —la provocó—. Y ahora que se me ofrece la oportunidad de una aventura, de hacer algo bueno, ¿tú quieres que me retire como un cobarde?

—No se trata de eso —lo corrigió con impaciencia—, pero esto no es un juego. Tú... tú no lo entiendes.

Él se acercó y tomó con suavidad su rostro entre sus manos.

—¿Crees que no es importante para mí? —la interrogó en un tono cargado de dulzura mientras sus pulgares le acariciaban las mejillas—. Victoria, eres parte de mi familia, y me preocupa todo lo que te suceda. Déjame protegerte.

—Pero es que eso ya no es cierto —musitó—. Yo ya no soy...

—¿Qué es lo que ha cambiado, Vic? —la interrumpió—. Has vivido toda tu vida en Rothwell House y has sido criada como una dama. A los ojos de la sociedad eres la hija del conde, no importa la sangre que corra por tus venas. Y sigues siendo la misma mujer, dulce e impetuosa. —«La misma mujer que amo», añadió para sí mismo.

James no pudo resistirse a probar de nuevo el sabor de sus labios y la besó como si tuviera todo el tiempo del mundo, con tanta ternura y delicadeza que los límites del espacio parecieron difuminarse a su alrededor en el pequeño cenador.

Victoria apoyó las palmas de sus manos sobre el torso masculino para apartarlo, pero se dio cuenta de que había cometido un error. El rítmico golpeteo de aquel corazón que parecía acelerarse conforme profundizaba el beso, la envolvió en su hechizo. En aquel firme latido no había títulos, ni posiciones sociales ni riquezas. Había un hombre que la deseaba y que hacía latir su corazón femenino al unísono.

Cuando se separó de ella, James la miró largamente. Sabía que sus palabras no habían convencido a Victoria. Había sido educada como una dama, sí, pero también con todo lo que eso significaba de conciencia de su lugar en la sociedad, de orgullo por el propio apellido que engendraba una fiera lealtad. Comprendía que ahora su prima se sintiese perdida, pero él se encargaría de que todo retornase a su sitio de nuevo. Haría que volviese a sonreír.

—Enséñame la nota que te enviaron, Victoria —le pidió—. Averiguaremos quién se encuentra detrás de todo esto.

Tomó las joyas que había depositado sobre uno de los bancos y se las entregó. Ella las miró resignada y las apretó contra su pecho. Se alegraba de recuperarlas. No importaba que no fuese la verdadera hija del conde, ni por qué motivo la había acogido en su casa; para ella, lord Rothwell era y sería siempre su padre. No podía dudar del amor que le había entregado sin reservas.

Asintió con la cabeza y siguió a James hacia el interior de la casa.

—Está en mi dormitorio —le dijo cuando entraron por las puertas afrancesadas de la biblioteca.

El marqués gimió para sus adentros. En aquellos momentos tener a Victoria y una cama en el mismo espacio no le pareció conveniente. Su cuerpo dolorido la deseaba con silenciosos gritos. Anhelaba despertarla a la pasión y reclamarla como suya; quería amarla sin reservas hasta que la verdad de su amor quedase tatuada en sus corazones en un para siempre infinito. Pero sabía que aquel no era el momento. Si le decía que la amaba, Victoria creería que sus palabras estaban motivadas por un sentido del deber familiar, que se casaría con ella solo por una cuestión de honor. Sin embargo, tarde o temprano, encontraría el momento oportuno para expresarle lo que sentía.

A su mente acudió la advertencia de Robert: «No tardes en decirle a Victoria lo que sientes.». Un escalofrío de aprensión le recorrió la columna, pero no se dejó arrastrar por el mal presagio. No permitiría que nada ni nadie lo separase de ella.

Carraspeó para deshacer el nudo de deseo que cerraba su garganta.

—Creo... que será mejor que la veamos en mi despacho. Allí nadie nos molestará —le

aseguró.

—La traeré, entonces.

Subió pensativa las escaleras que conducían hasta su dormitorio. Se sentía extraña y confusa por la reacción de James. No sabía qué pensar al respecto. ¿Por qué le había dado aquel último beso? Había sido muy distinto del anterior, lleno de dulzura y de algo más que no podía reconocer, pero que la había dejado temblando y llena de anhelo.

Comprendió que aquello no podía volver a repetirse, o correría el riesgo de ilusionarse y creer que los sueños podían hacerse realidad. Ya estaba viviendo una vida prestada, una de cuento de hadas, como el del señor Charles Perrault que solía contarle su padre. Cuando tenía siete años, le había preguntado a su padre por qué no se volvía a casar, para que ella pudiera tener una madre y hermanitos; el conde le había contado entonces un cuento titulado *La Cenicienta*, para explicarle por qué no quería casarse. Él había amado mucho a su madre, lady Diana, y no quería que nadie le quitara el cariño de su hija. A ella la explicación no le había servido de mucho, pero la historia le había encantado.

En ese momento, Victoria se sentía como Cenicienta. Vestida con un hermoso vestido digno de una princesa, había besado al príncipe de sus sueños y se preguntaba cuándo sonarían las doce campanadas del reloj y aquel hechizo maravilloso se desharía despojándola de todo y transformándola en lo que de verdad era: una joven huérfana.

Tomó la nota del cajón de su cómoda y bajó de nuevo al piso inferior para encontrarse con James en su despacho. La habitación no era demasiado amplia —supuso que porque se trataba de un espacio que no usaba con frecuencia, ya que James tenía su propio piso de soltero en el que vivía la mayor parte del tiempo—; sin embargo, era muy funcional. El mueblaje, de líneas sobrias y aspecto masculino, consistía en un escritorio grande tras el que había dispuesto un sillón de cuero de respaldo alto, un par de butacas en un rincón, alrededor de una mesita baja, y varios armarios con algunos volúmenes que Victoria estaba segura que James no había leído.

Le entregó la nota y este la leyó en silencio.

—Supongo que no reconociste a quien te la entregó —señaló apenas hubo terminado de leer el papel.

Victoria negó con la cabeza, aunque se preguntó si debería comentarle que la voz del hombre le había resultado familiar, por lo que debía tratarse de alguien conocido. Sin embargo, al no tener la seguridad de quién podía ser, declinó la idea.

—Iba disfrazado y portaba un antifaz que le cubría medio rostro.

James asintió. Recordó al hombre hablando con Victoria y cómo le había acariciado la mejilla. Tenía que ser alguien de su círculo inmediato, quizás algún pretendiente, porque no cabía duda de que aquel caballero deseaba a su prima. Frunció el ceño un momento mientras pensaba al

respecto. Victoria tenía un nutrido grupo de pretendientes y admiradores, pero no podía vigilarlos a todos. Necesitaba más información para reducir el círculo y centrar su búsqueda en unos pocos.

—¿Hay algún lugar en Rothwell House en el que tu padre guarde documentos importantes?

—Imagino que en la caja fuerte —repuso, encogiéndose de hombros.

—Pues miraremos allí primero, aunque supongo que necesitaremos la clave —comentó pensativo.

—Yo conozco esa clave.

James arqueó las cejas sorprendido.

—¿El conde te permite el acceso a su caja fuerte?

—¿Por qué no iba a hacerlo? —le preguntó frunciendo el ceño, confundida—. Soy su única hija, si algo le sucede, tengo que poder acceder a todos los documentos y al dinero.

—Vaya, no es normal que una mujer...

—¿Acaso las mujeres carecemos de cerebro? —le espetó molesta. Cruzó los brazos bajo el pecho y lo miró desafiante—. No hay normal o no normal para las mujeres, solo unas normas absurdas impuestas por hombres. Déjame decirte, James Marston, que hay mujeres mucho más inteligentes que algunos caballeros que alardean de su capacidad. Tu hermana, sin ir más lejos.

—¡Bah!, Arabella es una excepción.

—No lo es —replicó indignada—, simplemente se ha atrevido a demostrar su valía, algo que deberíamos hacer todas las mujeres. ¿Piensas que, porque me gustan los vestidos, los lazos y los sombreros, no sé hacer nada más? Pues te equivocas —le aseguró al tiempo que le daba golpecitos en el pecho con un dedo—. Sé disparar mejor que muchos hombres, y me manejo bien con la espada; poseo una gran facilidad para las matemáticas y superviso las cuentas de las granjas y de los arrendatarios; y soy capaz de resolver mis propios problemas sin que tenga que venir un hombre a sacarme de ellos.

James sonreía y, cuando ella terminó de hablar, no pudo evitar soltar una carcajada. Vio que Victoria se tensaba y apretaba los labios con disgusto.

—Eres magnífica —le dijo con la intención de apaciguarla. Clavó en ella una mirada clara y profunda, y acarició su mejilla antes de añadir en un susurro ronco—: y me alegro mucho de haber recuperado a la antigua Victoria.

El rubor cubrió el rostro femenino. Por un momento había olvidado la situación en la que se encontraba, y supo entonces que James la había provocado a propósito para que reaccionase y abandonase las aguas empantanadas de la autoconmiseración en la que parecía haberse sumergido tras leer la nota.

—Gracias —musitó algo avergonzada.

James sacudió la cabeza con una sonrisa. Estaba a punto de replicar algo cuando la puerta del despacho se abrió de golpe y entró Jimmy corriendo. Llevaba el cabello despeinado y varias manchas de tierra en la cara y en la camisa. Se detuvo sorprendido cuando los vio a los dos en medio de la habitación, y miró a su alrededor percatándose por primera vez de dónde se encontraba.

Posó su mirada primero en uno y luego en el otro y, finalmente, decidió acercarse a James y aferrarse a su chaqueta.

—¿Qué sucede, Jimmy?

—Dígale que no hace falta —le rogó con ojos suplicantes.

—¿El qué no...?

Uno de los sirvientes de la casa, un tanto jadeante, lo interrumpió desde la puerta.

—Discúlpeme, milord. Necesito que el señorito Jimmy me acompañe.

—No quiero —sollozó el niño.

James dirigió una mirada perpleja hacia el criado.

—¿De qué se trata, Rhys?

El joven sirviente enderezó la columna y estiró el chaleco de su librea.

—Es la hora del baño del señorito.

—Pero yo ya me bañé ayer —se quejó Jimmy.

Victoria sonrió ante la sencillez del niño. Ahora comprendía por qué el niño había acudido a James. Probablemente había creído que ella estaría a favor del baño, ya que este había sido idea de la duquesa.

—Bueno, yo me bañé ayer, y lo he hecho también hoy.

Jimmy lo miró con la sorpresa pintada en el rostro.

—¿De verdad?

James asintió.

—Por supuesto. La limpieza es muy importante para un caballero —le explicó con tono serio—. Si tú quieres llegar a serlo algún día, tendrás que aceptar este pequeño sacrificio.

El niño bajó la cabeza y soltó, resignado, la chaqueta del marqués, que había constituido su refugio. Luego arrastró los pies hasta donde se hallaba el criado.

—Jimmy —lo llamó Victoria—, todo sacrificio merece una recompensa. ¿Qué te parece si

mañana vamos a ver el Palacio de Buckingham y luego nos comemos un dulce?

Al niño se le iluminaron los ojos y asintió con la cabeza, antes de marcharse parlotando de la mano de Rhys.

James observó la mirada brillante de Victoria a causa de las lágrimas; sabía que Jimmy le recordaba lo que ella misma era. Se prometió a sí mismo que encontraría al bastardo que tanto daño le estaba causando.

Thomas Lipton se hallaba cómodamente sentado en la biblioteca de su casa, ubicada en la zona de Tottenham Court, en el Soho, mientras degustaba una copa de brandy.

Se trataba de un hogar modesto en un edificio de ladrillo rojo, adosado a una larga fila de casas idénticas. Contaba con un dormitorio; dos salones, uno para visitas y otro que había adaptado como biblioteca; un cuarto para el sirviente que tenía contratado, y una cocina. Estaba bien para un hombre soltero, aunque tendría que pensar en adquirir algo más grande cuando se casara.

Contempló con los ojos entrecerrados el líquido ambarino mientras pensaba en el siguiente paso que tenía que dar. Sonrió al recordar el momento en que le había entregado la nota a lady Victoria y la conversación que habían tenido. Se había marchado antes de que la leyese, pero luego, oculto tras una de las columnas, la había visto hacerlo.

Por supuesto, no tenía intención de quedarse con el dinero que le había pedido a cambio de su silencio, él no era ningún chantajista. Tan solo había querido que comprendiese la situación en la que se hallaba de cara a esa maldita alta sociedad que miraba por encima del hombro a los que no pertenecían a ella. Quería que tomase conciencia de su estatus social real, y de que no podría casarse con un noble. Así, cuando él le ofreciese matrimonio, aceptaría.

No creía que el conde pusiese ningún impedimento a la unión si lady Victoria le decía que deseaba casarse con él. El conde quería demasiado a la muchacha, reflexionó pensativo. Si no hubiese descubierto el documento, nunca hubiera sospechado que no era hija legítima suya, tal era la adoración que sentía por su hija. Por eso estaba convencido de que, si ella le aseguraba que era feliz con ese matrimonio, lord Rothwell no lo cuestionaría. Y Thomas creía que podía hacerla feliz.

Se había enamorado de ella la primera vez que la había visto y ella le había sonreído. Lady Victoria siempre lo había tratado con deferencia y respeto, y él había llegado a creer que, a pesar de no pertenecer a su misma clase, podía tener una oportunidad. Pero, finalmente, se había demostrado que pensaba como las de su clase, recordó con rencor; buscaba un matrimonio ventajoso con algún rico aristócrata.

No le pesaba usar tretas para conseguir lo que llevaba años anhelando. No se consideraba un

hombre codicioso, nunca había querido tener más dinero del que tenía; y tampoco estaba descontento con el puesto que ocupaba. Le gustaba ejercer como secretario y se sentía orgulloso de su trabajo. Era responsable y concienzudo en lo que hacía. No bebía en exceso ni le gustaban las apuestas; era moderado en el comer y en el hablar, y tampoco había tenido amantes fijas, aunque sí relaciones esporádicas. En suma, se consideraba un candidato perfecto como esposo, y la había elegido a ella, a lady Victoria.

Se casarían en una ceremonia discreta, adquirirían una bonita mansión y formarían una familia.

Frunció el ceño cuando le vino a la mente la idea de que lady Victoria podría negarse al matrimonio, a pesar de la amenaza de descubrir su secreto. Llegado el caso, ¿se atrevería él a hacerlo público? No lo sabía, y prefería no pensar en ello. Era mejor ir paso por paso, y el siguiente sería una cita en los Jardines de Primavera, más conocidos como los jardines de Vauxhall. El señor Jonathan Tyers, encargado de gestionar el lugar, había creado un verdadero paraíso para los amantes de la música, del baile y de los diversos entretenimientos por un módico precio.

Seguramente sería una buena oportunidad para conquistar a su amada, a la luz de la luna, rodeados de música y de las luces tenues de los farolillos. Porque si de algo no tenía duda era de que lady Victoria sería suya.

Capítulo 12

El precioso carruaje lacado en negro, sin el escudo de los duques en las portezuelas, traqueteaba por el camino que llevaba a Guildford. Levantaba una gran polvareda con cada giro de sus enormes ruedas y el trote de los cuatro hermosos ruanos que tiraban del coche.

El mes de julio, recién estrenado, había traído consigo abundancia de calor y escasez de lluvias, lo que había vuelto demasiado terrosos los caminos convirtiéndolos en un polvoriento infierno.

Victoria se concentró en mirar por la ventanilla, a pesar de que resultaba casi imposible contemplar el paisaje a través de la espesa niebla de polvo. De todas formas, lo único que pretendía era evitar hablar con James durante el trayecto. Estaba molesta con él porque le había impedido llevar a Jimmy a ver el palacio. Sabía que la visita a Guildford era importante, pero ver la tristeza reflejada en los ojos del niño y la desagradable sensación de estar incumpliendo una promesa, le pesaban en el corazón.

El motivo de que se dirigiesen en aquel momento al condado de Surrey habían sido los documentos encontrados en la caja fuerte de Rothwell House. La tarde anterior, James y ella habían ido a la mansión para buscar alguna prueba que confirmase la veracidad de la nota que le habían entregado. Allí, entre todos los papeles del conde, la habían encontrado: un documento firmado de puño y letra de su padre. A su lado, la firma de la señora MacIntyre, la antigua ama de llaves de Rothwell House, y la de la directora del orfanato de Saint Michael.

Al leer el envejecido papel, sus manos habían comenzado a temblar y un sudor frío le había perlado la frente. Mil libras. El conde la había comprado por esa cantidad. Ese era el precio de su existencia, porque sabía, sin lugar a dudas, que habría muerto en aquel infame lugar si él no la hubiese sacado de allí; pocos recién nacidos sobrevivían, y los que lo hacían, no llegaban siquiera a la edad de siete años.

En aquel momento, la visión se le había nublado y había necesitado inhalar grandes bocanadas de aire, porque sus pulmones se habían negado a seguir funcionando. James la había calmado con palabras dulces y la había abrazado, pero ella no había sentido ningún consuelo con aquel abrazo. La vida que conocía hasta aquel momento se había derrumbado como un castillo de naipes, aplastándola bajo el peso de la vergüenza y la ignominia.

Aunque logró que el aire volviese a entrar en sus pulmones, se sintió vacía por dentro, como una cáscara hueca. El mundo, la sociedad y cuanto la rodeaba, dejó de importarle, y ese

pensamiento le provocó una intensa sensación de libertad. Dejó que James guardase los documentos y le informó de su decisión. Le pagaría al chantajista, por el bien del conde. La información sobre sus orígenes quedaría silenciada. James no se lo tomó nada bien pero, en ese instante, a Victoria ya no le importaba nada, incluso aquella casa en la que había vivido toda su vida le parecía un lugar extraño. Nacida en un mundo y educada en otro, ya no sabía a cuál de los dos pertenecía.

Por supuesto, James no iba a dejar las cosas así. Decidió que irían a visitar a la señora MacIntyre para obtener todos los datos que pudiesen respecto a la situación. De un modo u otro, averiguarían quién se escondía detrás de aquella nota. Victoria le había dedicado una mirada ausente, pero no había opuesto resistencia. Solo había salido de su letargo cuando un entusiasmado Jimmy la había asaltado a su vuelta a Westmount Hall con la esperanza de que ella cumpliera su promesa. Sin embargo, lo había decepcionado.

La brusca detención del carruaje la sacó de sus pensamientos, y se volvió a mirar a James, que tenía el ceño fruncido. Victoria echó un vistazo por la ventanilla cuando el polvo se asentó, y se dio cuenta de que aún no habían llegado. Frente a su mirada se extendían los campos verdes y amarillentos, y las tierras de labranza. La trampilla del coche se abrió y asomó el rostro rubicundo del cochero con gesto preocupado.

—¿Qué sucede, Tim? —lo interpelló el marqués.

—Discúlpeme, milord, pero parece que traemos un... polizón.

Las rubias cejas de James se arquearon por la sorpresa y descendió del carruaje. Victoria escuchó las voces de los dos hombres, pero no distinguió lo que decían. Cuando la portezuela volvió a abrirse, se quedó mirando con incredulidad al nuevo pasajero.

—¡Jimmy! ¿Qué haces aquí?

Más que enfadado, James parecía irritado.

—Eso mismo le he preguntado yo, pero parece que ha escogido precisamente este momento para hacer voto de silencio —comentó con disgusto—. Ha venido escondido en el cajón del pescante. Si no llega a ser porque Tim necesitaba coger algo...

Victoria soltó una exclamación horrorizada. El niño podría haber muerto asfixiado pues, aunque pudiese entrar algo de aire en el cajón, el viaje a Guildford duraba casi unas tres horas. Miró a Jimmy, que seguía en silencio y con la cabeza agachada. Se veía tan pequeño sentado sobre el asiento de terciopelo, perdido en la inmensidad de ese carruaje, que su corazón se le estrujó en el pecho. Se sentó a su lado y lo abrazó con fuerza.

—Jimmy, cariño.

El niño se acurrucó contra ella y rompió a llorar.

—Yo no que... quería estar so... solo —hipó entre sollozos—. ¿Por qué nadie me... me quiere? ¿Por qué mi mamá me a... abandonó?

A Victoria se le hizo un nudo en la garganta. La pregunta era un eco de la que ella misma se había hecho cuando descubrió que el conde no era su verdadero padre ni lady Diana su madre. Sin embargo, sabía que la vida planteaba en ocasiones muchos interrogantes, pero ofrecía pocas respuestas, y estas, la mayoría de las veces, resultaban insuficientes para contrarrestar el dolor y el sufrimiento que generaban las preguntas. ¿Qué podía decirle a Jimmy? Se limitó a estrecharlo entre sus brazos con más fuerza y a acariciar su rubia cabecita.

—Nosotros te queremos, Jimmy —le aseguró.

El niño la miró, sus ojos un cielo de verano empañado por la lluvia. Las lágrimas recorrían su menudo rostro y sus labios temblaban cuando habló.

—Pero me vais a devolver...

Las palabras se clavaron en su corazón como un cuchillo afilado. Al llevarlo a Westmount Hall, ¿habían sembrado en su corazón una esperanza destinada a morir? Miró a James, y en sus ojos aguamarina encontró un atisbo de compasión. Y le dolió. Por Jimmy, que se merecía ser amado, no compadecido; y por ella misma. En ese momento tomó una decisión. Juró que adoptaría al niño. Se convertiría en su madre y se darían amor mutuamente. Ya había muerto para la sociedad, puesto que, aunque no se descubriesen sus orígenes, ella sí los conocía y no podría comprometerse en matrimonio con ningún hombre sin contarle la verdad. Que la sociedad la llamase excéntrica si quería. Jimmy y ella se irían lejos de Londres, tendrían una pequeña casita con jardín en algún precioso pueblo, y formarían una familia.

—No lo haré —le susurró mientras depositaba un beso en su frente.

El niño la abrazó fuerte por la cintura, como si no fuese a soltarla nunca, y poco a poco se fue relajando hasta que se quedó dormido.

James no podía dejar de mirar a Victoria y a Jimmy. La imagen de esa cabecita rubia enterrada en el regazo de su prima, mientras ella lo acariciaba con ternura, le había sacudido el corazón. Podía imaginarla perfectamente en la mansión Blackbourne, como su esposa y marquesa, mientras sostenía en sus brazos a sus propios hijos, tan rubios como él, o quizás con el cabello de ese hermoso tono cobrizo que poseía Victoria. Una sensación de felicidad se asentó en su alma.

«Esa podría ser una buena vida», pensó.

Una hora después, el carruaje se detenía en una posada del camino para que sus ocupantes almorzasen y James pudiese enviar recado a Westmount Hall sobre el paradero del niño, antes de proseguir viaje hacia Guildford.

El pueblo databa de la época en que llegaron a Britania los primeros colonizadores sajones.

Más tarde, alrededor del siglo XII, los normandos construyeron un castillo que fue visitado varias veces por el rey Juan. Se trataba, en suma, de un lugar pintoresco y tranquilo. Allí, la señora MacIntyre había alquilado una pequeña casita cuando se había retirado. Victoria recordaba a la mujer con cariño, pues tras la muerte de su madre se había ocupado de ella, ejerciendo muchas veces como niñera, hasta que le habían puesto una institutriz.

El carruaje se detuvo frente a la sencilla casa de techo de paja. El sol arrancaba destellos dorados a la piedra de sus muros, por los que una enredadera se empeñaba en escalar, y calentaba a la multitud de coloridas flores que adornaban el floreciente jardín.

Victoria se encontraba nerviosa. No quería escuchar la confirmación de lo que ya sabía. Sintió la mano cálida de James que apretaba la suya, y se lo agradeció. Respiró hondo y llamó a la puerta de madera. Cuando esta se abrió, una joven criada los saludó.

—Me gustaría hablar con la señora MacIntyre, si se encuentra en casa —le dijo—. Soy lady Victoria Cavendish.

La muchacha abrió los ojos sorprendida y les dedicó una sencilla reverencia.

—Por supuesto, milady —respondió al tiempo que se hacía a un lado para flanquearles el paso—. Si hacen el favor de esperar un momento, avisaré a la señora.

El interior de la vivienda era fresco y olía a flores y a limpio. El salón al que les hizo pasar la joven sirvienta tenía un aspecto pulcro y ordenado, dentro de su sencillez. Había muchas figuritas de porcelana repartidas por la estancia, sobre la repisa de la chimenea y en las mesitas junto a los sillones. Victoria agradeció en silencio que Jimmy se hubiese marchado con Tim, el cochero, a tomar una limonada, pues de otro modo, su curiosidad natural lo hubiese arrastrado a investigar cada una de las encantadoras piezas, con el riesgo de que alguna de ellas se rompiese.

—¿Es posible?

Victoria se giró al escuchar la voz a sus espaldas. Su vieja niñera, y ama de llaves, se encontraba en el umbral de la puerta y la miraba con los ojos bien abiertos, como si no terminase de creer que ella se encontraba allí.

—¿De verdad es usted? —volvió a preguntar con incredulidad.

Victoria le sonrió con afecto. La recordaba algo más alta de lo que en realidad era, y también más joven, pero ahora tenía el cabello casi completamente gris, y las arrugas habían labrado profundos surcos en sus mejillas; sin embargo, sus ojos seguían poseyendo esa chispa de determinación y de vivacidad que siempre la había caracterizado.

—Sí, soy yo, señora MacIntyre.

—¡Oh, milady! —exclamó cruzando las manos sobre su voluminoso pecho—, ¡qué alegría tenerla aquí! Mírese, está preciosa, y es igual que su madre.

La tristeza nubló el semblante de Victoria, pero el ama de llaves no lo notó porque acababa de percatarse de la presencia de James. Parpadeó un momento y luego esbozó una amplia sonrisa.

—Usted es uno de esos pícaros trillizos que cada vez que visitaban la mansión robaban las galletas recién hechas por la cocinera. —Pareció darse cuenta de lo que acababa de decir, y se sonrojó—. ¡Oh!, discúlpeme, milord. No pretendía ofenderlo.

—No me ha ofendido —le aseguró James con una sonrisa sincera—, al contrario, me declaro culpable.

La mujer dejó escapar una carcajada algo oxidada y ronca.

—Usted y sus hermanos me dieron muchos quebraderos de cabeza, pero me alegro de que se haya casado con mi niña.

—No estamos casados —se apresuró a corregirla Victoria. No deseaba que la mujer se hiciese una idea equivocada.

—¡Oh, vaya! Discúlpeme, yo creí... En fin, permítanme que me sienta. Mis viejos huesos ya no aguantan tanto como antes —les dijo al tiempo que se dejaba caer sobre una gran butaca que había a un lado de la chimenea. Cuando sus visitantes hicieron lo propio sobre uno de los sofás, paseó su mirada del uno al otro—. Entonces, ¿están comprometidos?

Victoria sacudió la cabeza.

—No, señora MacIntyre, hemos venido por otro asunto —titubeó antes de añadir—: me gustaría que me contase sobre la noche de mi nacimiento.

La mujer palideció y se quedó quieta, pero enseguida se recompuso.

—No hay mucho que contar, querida —repuso evasiva mientras se dedicaba a estirar las inexistentes arrugas de su vestido gris.

—Lo sé todo —declaró, esforzándose por mantener un tono neutro a pesar del dolor que le causaba—. He visto el documento del orfanato de Saint Michael.

El ama de llaves dejó escapar un suspiro cansado y sus hombros se hundieron un poco más.

—No tendría que haberlo descubierto nunca —señaló con pesar—. ¿Cómo lo supo?

—Alguien la está chantajeando —expuso llanamente James.

Victoria le dedicó una mirada furiosa. La mujer era mayor y no se merecía ser sometida a semejantes sustos.

—¡Santo cielo! —exclamó llevándose las manos al pecho—. Pero ¿quién puede hacer semejante cosa?

James hizo caso omiso de las miradas de su prima y continuó.

—Eso es precisamente lo que nos gustaría saber —repuso con tono ominoso.

—Pero, primero, señora MacIntyre —interrumpió Victoria—, necesito que me cuente la verdad.

El ama de llaves se removió inquieta. Sus manos, surcadas de arrugas, estrujaban con nerviosismo la sencilla tela de su falda gris.

—Discúlpeme, milady, pero creo que eso debería de pedírselo al conde. Yo no estoy autorizada...

Unos golpes en la puerta la acallaron. Otorgó su permiso, y la joven sirvienta entró para llevarles un poco de té y galletas. El silencio que envolvió la habitación mientras la señora MacIntyre les servía en las delicadas tazas de porcelana que eran su orgullo, le sirvió a la mujer para serenarse. Cuando se arrellanó de nuevo en la cómoda butaca, clavó en Victoria una mirada reflexiva antes de continuar hablando.

—Supongo que no desea que lord Rothwell sepa lo que está sucediendo —comentó. Victoria le sonrió aliviada y asintió. Con un suspiro de resignación, se recostó contra el respaldo y prosiguió—: Cuando lady Diana quedó encinta, los condes estaban muy ilusionados. Sin embargo, el embarazo fue difícil, y el doctor Garrod le recomendó reposo. Aquella noche en que el bebé vino al mundo, todo se complicó. —Un escalofrío recorrió su cuerpo y sus manos temblaron al recordar aquel momento—. La condesa sufrió una hemorragia abundante y fuertes dolores, apenas pudo pujar para que la niña viniese al mundo. Cuando nació, la joven doncella que ayudaba trayendo agua, queriendo animar a la condesa, le dijo que había dado a luz una niña. —Sacudió la cabeza con tristeza—. Demasiado pronto. La criatura murió apenas unos minutos después. Sir Joseph temió por la vida de la condesa. Había perdido demasiada sangre y solo se esforzaba por seguir viviendo a causa de su hija. Si le decía que la pequeña había muerto, podía ser el fin. El conde hizo lo único que podía hacer para salvar a su esposa. Buscó una hija.

Un silencio pesado descendió sobre la estancia y sobre sus ocupantes. Victoria respiraba con irregularidad y apretaba con tanta fuerza los puños, que los nudillos se le habían puesto blancos. La compra de su recién estrenada existencia no había sido fruto del amor, sino una mera transacción comercial, un medio para conseguir un fin.

La mano cálida y firme de James se posó sobre las suyas y las envolvió apretándoselas con delicadeza.

—Vic, tu padre te quiere —le susurró al oído—. No lo olvides.

Ella asintió casi imperceptiblemente y respiró hondo. James tenía razón, no podía olvidar todo lo que el conde había hecho por ella, jamás la había tratado con frialdad o distante. Volvió su mirada hacia la señora MacIntyre, que tenía los ojos cerrados, como si estuviese dormida; sin embargo, al poco tiempo continuó hablando, con la voz quebrada por los recuerdos.

—Fue una noche larga. Recorrimos buena parte de Londres en busca de una institución que tuviese un recién nacido. Finalmente encontramos uno en el orfanato de Saint Michael. —Esbozó una cálida sonrisa y abrió los ojos, brillantes por las lágrimas retenidas—. Se trataba de una preciosa niña, apenas un pequeño bulto entre mis brazos, que supo ganarse enseguida con su sonrisa el afecto de todos. Sus padres la adoraron desde el primer momento. Su madre, de haber vivido, habría estado muy orgullosa de la mujer en la que se ha convertido, como lo está su padre. Lord Rothwell me escribe de vez en cuando para contarme sobre nuestra pequeña Victoria.

Las últimas palabras de la señora MacIntyre fueron un murmullo que apenas pudo escuchar. Sintió una opresión en el pecho, y las lágrimas comenzaron a fluir copiosas por sus mejillas sin que hiciese ningún intento por retenerlas. El corazón le latía dolorosamente ante aquel relato, dulce y amargo, que acababa de escuchar. Pero también la había conmovido. Había sido amada, y el conde, su padre, la quería.

Sintió los fuertes brazos de James rodeándola, y no le importó recostarse contra su pecho mientras el dolor se derramaba de su corazón, dejándola vacía y exhausta. Notó la suavidad de sus labios sobre su cabello y dejó escapar un suspiro tembloroso junto al último sollozo. Él le ofreció su pañuelo, y lo tomó dejando que la fragancia masculina que lo impregnaba terminase de serenarla. A pesar de todo, James no la soltó.

El ama de llaves se enjugó también las lágrimas y sus labios ajados esbozaron una sonrisa triste mientras los contemplaba.

—Señora MacIntyre, ¿quién sabía lo de Victoria?

—Lord Rothwell, el médico de la familia, Sir Joseph Garrod, y yo.

James frunció el ceño.

—¿Y la doncella que atendió a lady Diana?

La mujer sacudió la cabeza.

—Había bajado a la cocina a buscar agua cuando la niña murió —señaló—. Solo lo sabíamos nosotros tres.

—Y la directora del orfanato... —añadió Victoria.

—Así es, pero aquella desagradable mujer nunca supo que el caballero que se llevó a la pequeña era el conde de Rothwell —comentó—. De cualquier forma, la directora murió pocos años después, en el incendio que destruyó el orfanato. Su padre destinaba una cantidad mensual para ayudar a la institución y, como benefactor, fue informado de la tragedia. Murieron muchos niños... —Victoria tragó saliva al pensar que ella pudo haber sido una de ellos—. No volvieron a reconstruirlo.

El reloj de la iglesia dio las campanadas y Victoria comprendió que ya habían extendido

demasiado la visita. Se levantó y se acercó al ama de llaves, a quien James ayudaba a levantarse en ese momento.

—Muchas gracias por todo, señora MacIntyre —le dijo mientras le tomaba las manos y las acunaba entre las suyas con cariño—. Le prometo que, en otra ocasión, vendré a verla y hablaremos de cosas más alegres.

—Mi niña. —La mujer la envolvió en un abrazo maternal que trajo dulces recuerdos a la memoria de Victoria—. Cuando te pida matrimonio, dile que sí —añadió en un susurro cómplice. Luego se separó de ella con una sonrisa y le guiñó un ojo con picardía.

Victoria se esforzó por devolverle la sonrisa, a pesar de que sus palabras habían removido un sentimiento profundo que trataba en vano de olvidar.

El carruaje les esperaba en la puerta con un Jimmy inquieto en su interior. Por suerte para Victoria, el pequeño no dejó de hablar en todo el camino contándoles sobre los cachorros de perro que había visto en el establo de la posada donde había ido con Tim, el cochero, a tomarse una limonada. Estaba ilusionado, y no paraba de decir que le encantaría tener uno porque así no se sentiría tan solo.

Victoria le sonreía, medio ausente, consciente también de las miradas penetrantes que James le dirigía de vez en cuando, como si tratase de adivinar lo que había en su alma.

Cuando el carruaje se detuvo y entraron en la casa de Hanover Square, la duquesa apareció en el vestíbulo y miró al niño con seriedad. El pequeño agachó la cabeza, consciente de que había actuado mal, y arrastró los pies hasta detenerse frente a lady Eloise.

—Jimmy, has actuado muy mal —lo regañó—. ¿Cómo pudiste marcharte sin decirnos nada? ¿Tienes una idea de lo preocupados que estábamos por ti?

—Lo siento —susurró con tono compungido. Luego clavó su mirada azul cielo en la duquesa y esbozó una sonrisa pícaro que a Victoria le recordó a James cuando era niño—. ¿Sabe que nadie se dio cuenta de dónde me había escondido? Ni siquiera Tim. —Sonaba tan orgulloso de sí mismo, que lady Eloise no tuvo más remedio que sonreír—. ¿Me va a castigar?

—Por supuesto, tengo que hacerlo, pero antes vas a contarme todas esas aventuras que has vivido hoy.

La voz emocionada del niño se escuchó en el corredor mientras se alejaban.

—Disculpe, milady. —Victoria se giró hacia Thompson. El mayordomo le tendió una bandeja de plata con una nota—. La ha traído un niño, y ha dicho que era urgente.

La tomó con mano temblorosa y miró a James. Este asintió con gesto sombrío. La misiva, de trazos firmes y escritura sobria, era breve:

Mañana, a las nueve, en los jardines de Vauxhall. Junto a la estatua.

No olvide el dinero.

Capítulo 13

Le dolía la cabeza por la resaca.

Edward había llegado la noche anterior a Westmount Hall después de haber pasado una semana de caza con sus amigos, aunque, en honor a la verdad, habían dedicado más tiempo a beber y a divertirse que a cazar. Lo cual le había parecido bien, pues no le gustaba ese deporte. El problema era que estaba pagando ahora el precio de sus excesos, y ese dolor pulsante que latía en sus sienes lo ponía de mal humor.

Había dormido prácticamente toda la mañana y se había perdido la hora del almuerzo, pero no le importaba demasiado, ya tendría tiempo de escuchar los reproches de la duquesa. La sonrisa que esbozó se transformó pronto en una mueca cuando un golpe estruendoso sacudió sus oídos y reverberó en su cabeza doliente. Se la sujetó con ambas manos, como si así pudiera evitar que estallase, y se dirigió hacia la biblioteca.

La amplia estancia, con su olor a libros viejos y a cuero, era un refugio tranquilo en el que podría cerrar los ojos hasta la hora de la cena. Los grandes cortinajes se hallaban descorridos, y los ventanales, abiertos. La brisa de la tarde le refrescó el rostro y suspiró satisfecho cuando se acomodó en su sillón favorito. Cruzó las manos sobre el regazo y descansó la cabeza contra el respaldo mientras los recuerdos lo asaltaban.

La biblioteca había sido el lugar favorito de los trillizos. Allí se reclinaban para urdir sus travesuras y para realizar los cónclaves en los que tomaban decisiones tan importantes como si les gustaba el preceptor de turno o se deshacían de él. También se había convertido en un mar bravío en el que las olas se alzaban peligrosamente contra su embarcación; una isla poblada de caníbales, pero en la cual se hallaba oculto un tesoro pirata; y el escenario de muchas batallas que acababan salpicando de sangre imaginaria todo el mobiliario, convertido en ese momento en el enemigo. James siempre había sido el cabecilla, pues tenía dotes de mando y le gustaba imponerse, y Robert y él lo seguían a todas partes.

En realidad, el único al que verdaderamente le gustaba leer era a su hermano menor, quizás porque era el más tímido y silencioso; y James se había aficionado a la lectura con el paso de los años. A él, en cambio, lo único que le gustaba de la biblioteca era el brandy que había en el decantador y que uno de los criados se encargaba de reponer con frecuencia, puesto que al duque le gustaba acompañar su lectura con una copa.

Estaba pensando si tomar una copa haría que le disminuyese un poco el dolor de cabeza,

cuando el sonido de unos pies a la carrera, que repiqueteó en el interior de su cabeza, le hizo abrir los ojos. Se sorprendió al encontrarse de frente con un niño que lo miraba con fijeza. El pequeño le recordaba vagamente a alguien, aunque no podía recordar a quién.

—Tú eres el tío Edward —declaró el muchacho cuando terminó el examen al que lo había sometido.

El vizconde alzó una ceja rubia mientras trataba de reflexionar con rapidez, tarea casi sobrehumana en las condiciones en las que se hallaba. Arabella era la única casada de entre sus hermanos, pero había sido recientemente, con lo que resultaba imposible que tuviese un vástago de unos nueve o diez años. ¿Sería hijo de algún primo lejano? Lo cierto era que él nunca había prestado demasiada atención a los niños, le resultaban seres curiosos e incomprensibles, a pesar de que, en algún momento de su vida, él también había sido niño.

—¿Y tú quién eres?

—Soy James, pero todos me llaman Jimmy —respondió mientras se balanceaba sobre sus pequeños pies, lo que provocó que Edward se marease como si él mismo estuviese sometido a ese movimiento—. Me gusta más.

Edward lo miró estupefacto, como si se tratase de un extraño fenómeno de la naturaleza. ¿Aquel muchacho era el hijo bastardo de James?

—¡Jimmy!

El dolor de las sienes se acentuó cuando la voz, como un latigazo, alcanzó sus oídos. Soltó un gemido quedo.

—Por favor, nada de gritos —suplicó hundiéndose más en el sillón.

James, que acababa de entrar por una de las puertas acristaladas que daban al jardín, se detuvo al escuchar el susurro.

—¡Ah!, estás aquí, Edward. Bienvenido.

—¿Está enfermo? —preguntó Jimmy preocupado, sin dejar de mirar al vizconde.

—Nada que no pueda curarse con una buena dosis de café —se burló el marqués—, así aprenderá a comportarse.

El niño ladeó la cabeza, pensativo.

—A mí, cuando me castigan porque me he portado mal, me hacen escribir una frase muchas veces en una hoja. ¿Tomar café es mucho peor que escribir con pluma? —le preguntó con sincera curiosidad—. A mí siempre se me sale la tinta y tengo que volver a empezar de nuevo.

James sonrió divertido. Luego frunció el ceño al recordar por qué había seguido al niño.

—Jimmy, hoy te vas a quedar aquí, nada de seguirnos. ¿Lo has comprendido? —le preguntó con tono firme. Aquella noche Victoria y él tenían que acudir a los jardines de Vauxhall, y no podía permitirse estar pendiente del chico.

—Pero me voy a aburrir si me quedo solo —protestó con un mohín.

—No estarás solo, te quedarás con... —Una sonrisa maliciosa se insinuó en sus labios cuando miró a su hermano, que mantenía los ojos cerrados y un rictus de sufrimiento en el rostro— *tu tío Edward*.

El vizconde abrió los ojos de golpe.

—¡Ay, mi cabeza! —se quejó—. Ten piedad, James.

—Lo siento, hermano, pero a Robert lo han vuelto a reclamar del Ministerio y los duques asisten esta noche al baile de los Rossford. Yo tengo una cita en Vauxhall. Eres el único disponible.

—Pero ¿qué demo...?

Interrumpió la maldición al ver el gesto ceñudo del marqués.

—Veo que tus amigos no han ampliado tu vocabulario —le espetó con sequedad.

Edward esbozó una mueca de fastidio.

—¡Pero yo no tengo ni idea de lo que hacer con un niño!

—Así aprendes. De todas formas, te aseguro que a Jimmy se le ocurrirán muchas cosas que hacer, ¿no es así?

El niño asintió entusiasmado.

—Me puede enseñar a disparar, y...

—Nada de armas —le dijo James con severidad—. Además, Edward tiene una puntería pésima.

—¡Oh, pues vaya! —Jimmy pareció decepcionado.

James sonrió y le revolvió el rubio cabello.

—No te preocupes, seguro que se te ocurrirá otra cosa que hacer.

—Si quieres, puedo enseñarte algunas malas palabras —le dijo Jimmy al vizconde una vez que se quedaron solos.

Edward arqueó las cejas, sorprendido.

—¿Disculpa?

—Como él ha dicho que tus amigos no te enseñaron... —repuso encogiéndose de hombros—.

Yo aprendí algunas de los niños del pueblo, y las puedo compartir, pero no puedes decirlas delante de la duquesa, o te lavará la boca con jabón —le advirtió.

A su pesar, Edward se echó a reír al escuchar al niño, lo que le valió un nuevo latigazo en las sienes que acompañó con un largo gemido. Maldijo en silencio a su hermano por dejarlo de niñera mientras él se divertía en Vauxhall.

Los jardines de Vauxhall estaban situados en la orilla sur del Támesis. Los Nuevos Jardines de Primavera —como originalmente se los conocía, para distinguirlo de los viejos jardines situados en Charing Cross— eran unos jardines de recreo a los que la gente acudía para comer, beber, bailar, escuchar música o ver los fuegos artificiales. En el terreno, de varias hectáreas, había atractivos paseos flanqueados por majestuosos árboles y pequeños arbustos, parterres con flores y senderos que se internaban en las sombras de la noche, y que eran aprovechados tanto por parejas de enamorados como por seductores libertinos y prostitutas.

La profusa decoración cambiante y los farolillos que iluminaban las áreas principales daban al lugar un toque festivo y exótico que atraía tanto a las clases altas como a las bajas que, de una forma sin precedentes, compartían espacio y diversiones.

Había una gran plaza en la que se colocaba la orquesta, que amenizaba las tardes durante la temporada de verano.

James y Victoria llegaron en barca por el río hasta las escaleras que accedían a los jardines, situadas al sur del Palacio de Lambeth. Victoria se encontraba nerviosa. Solo en una ocasión había estado antes en los jardines, acompañada por su padre y unos amigos de la familia, pero habían alquilado uno de los reservados, desde donde habían podido ver los espectáculos y gozar de la exquisita cena servida por un criado exclusivo para su servicio.

—¿Recuerdas lo que tienes que hacer? —le preguntó James tras ayudarla a descender de la barca.

Victoria asintió.

—Le entrego el dinero y espero a que se marche. Tú lo seguirás y, mientras tanto, yo te esperaré junto a la estatua sin moverme —recitó de memoria, y apretó con fuerza el ridículo en el que había guardado el dinero que James le había entregado aquella misma tarde. Entonces sacudió la cabeza—. No me gusta este plan, James.

La idea de que él se enfrentase solo al chantajista la ponía nerviosa. Había muchas cosas que podían salir mal. ¿Y si tenía un arma? ¿Y si se encontraba acompañado? Tampoco le agradaba el hecho de quedarse sola esperando junto a la figura del compositor Handel, que se erigía en el área central. La zona era un hervidero de gentes, entre los que abundaban vividores y borrachos que no dudaban en tomarse libertades con las jóvenes que andaban solas. Para que no la reconocieran, ya

que constituiría un escándalo adentrarse en los jardines sin un acompañante adecuado, llevaba un antifaz que le cubría la parte superior del rostro, desde la nariz.

—Yo estaré cerca, observándote —la tranquilizó—, y acudiré enseguida a tu lado si ocurre algo.

Enfilaron hacia la Arboleda, la plaza de estilo romano que ocupaba el espacio central de los jardines cerca de la entrada a los mismos. La gran área abierta, donde se encontraban las tres principales avenidas arboladas, se hallaba rodeada por una columnata en cuyos espacios habían situado los palcos que la gente podía alquilar para cenar y ver los espectáculos. En medio de la plaza se alzaba el imponente quiosco octogonal conocido como la Orquesta. Inaugurado en 1735, se trataba de un edificio diseñado exclusivamente para la interpretación de música, ya que contaba con un escenario elevado desde el que los músicos hacían sonar sus instrumentos.

Después de pagar el chelín que costaba la entrada, James la tomó de la mano y se dirigió con ella, por una de las avenidas laterales, hacia la parte sur de la plaza donde se alzaba la impresionante estatua del retrato de George Frideric Handel, realizada en mármol blanco de Carrara por el escultor Louise Françoise Roubiliac. La escultura, de tamaño natural, mostraba al compositor sentado y vestido de manera informal mientras trabajaba. Situada frente a la Orquesta, era lo primero que los visitantes veían al entrar a los jardines.

James se detuvo al cobijo de los últimos árboles. Había bastantes personas alrededor de la figura admirando la obra, ya que los jardines abrían alrededor de las siete de la tarde y solían tener una gran afluencia de visitantes. Le fue imposible distinguir si alguno de ellos podía ser el chantajista.

Faltaban cerca de diez minutos para que diesen las nueve de la noche. Se colocó el antifaz de seda negra que había traído, para evitar que el hombre pudiese reconocerle, y tomó a Victoria por los hombros.

—Me quedaré aquí y no te perderé de vista. Bastará con que me hagas una señal y acudiré a ti —le aseguró. Percibió, casi en la penumbra, cómo ella asentía, pero también notó el temblor de su cuerpo bajo sus manos. Las deslizó suavemente hacia arriba, hasta rodear su esbelto cuello y apoyar los pulgares sobre la tersa piel de sus mejillas, medio oculta por la máscara azul adornada con plumas laterales—. Te prometo que no dejaré que te suceda nada. Y ahora, antes de que te vayas, reclamo un beso de buena suerte.

Ejerció una ligera presión sobre su nuca y la atrajo hacia sí hasta fundir sus bocas en una cálida caricia.

—James... —susurró contra sus labios. No sabía si era una súplica para que siguiera o para que se detuviera. En aquellos momentos, todo lo relacionado con el marqués le parecía como una nebulosa que circundaba su mente y su corazón, un camino que parecía no conducir a ninguna

parte.

—Ya es hora, preciosa —señaló este. Depositó un beso sobre su frente y la empujó con delicadeza hacia la plaza.

Victoria caminó despacio hacia la escultura, llevada por la inercia, con la mente en blanco. Inhaló aire hasta llenar los pulmones y lo soltó despacio. Se acercó a la figura y se detuvo con la mirada fija en las blancas facciones marmóreas del compositor. Luego, se giró con lentitud y se dedicó a contemplar a los grupos de personas que paseaban por la plaza entre cuchicheos de conversaciones, risas y algunas carcajadas subidas de tono. Una música suave sonaba de fondo. Las notas flotaban en el aire cálido de la noche mientras el sol caía y se ocultaba tras los vetustos árboles que bordeaban los senderos de los jardines.

De pronto los murmullos se acrecentaron y la expectación pareció crecer entre los asistentes. Victoria miró hacia las sombras donde se ocultaba James.

—Buenas noches, lady Victoria.

El susurro quedó la sobresaltó y se giró nerviosa. Un caballero, vestido con un dominó negro con capucha y un antifaz, le dedicó una sonrisa.

Victoria apretó los labios con firmeza. Era la misma voz anterior, con ese timbre de familiaridad que la asaltaba cada vez que la escuchaba.

—He traído el dinero —le espetó con sequedad—. Puede tomarlo y dejarme en paz.

—Eso no me interesa.

El tono burlón la sorprendió y lo miró confundida.

—No comprendo. Usted me pidió...

—Lo sé, pero he cambiado de opinión. Si me permite, milady, iremos a dar un paseo y le explicaré las nuevas condiciones de nuestro trato.

Victoria dio un paso atrás, pero el hombre la cogió por el brazo y tiró de ella suavemente, pero con firmeza. El miedo la embargó y se volvió hacia el lugar desde donde sabía que James la observaba.

En aquel momento resonó en el aire un agudo silbido y pareció desatarse un pandemio en la plaza. Los cientos de luces de las lámparas de aceite que colgaban de los árboles y de las columnas que flanqueaban la plaza se encendieron al unísono en un impresionante espectáculo que hizo que la gente estallase en aplausos y vivas. Casi al mismo tiempo, una horda de sirvientes cargados con bandejas se dispuso a servir la cena. La multitud se movió como una marea mientras buscaban un lugar donde sentarse o acudían a sus palcos privados para gozar de los sencillos manjares que ofrecían los criados.

En medio de la confusión, Victoria jadeó al sentir un brusco tirón que la obligó a moverse.

—¿Dónde vamos? —lo interrogó mientras intentaba resistirse, con poco éxito.

—A un lugar tranquilo en el que podamos hablar —repuso el hombre elevando el tono para hacerse oír por encima de la música que había comenzado a sonar—. No se preocupe, milady, no corre peligro conmigo. Soy un caballero.

«¿Un caballero?», repitió para sí misma. Hablaba poco en su favor el hecho de que le estuviese chantajeando y, por si eso fuera poco, que la estuviese arrastrando por los jardines de Vauxhall.

Thomas Lipton se sentía eufórico. Su plan había dado resultado. Se encontraba allí, en aquel espacio tan apropiado para los amantes, donde podría declararle sus intenciones y conminarla a aceptar un matrimonio con él. Ella no se arrepentiría. La haría feliz, haría brillar en su rostro esa sonrisa coqueta y seductora que le había dedicado cada vez que se cruzaban en la mansión Rothwell.

Había pensado mucho en sus palabras. El rechazo del que había sido objeto se había debido seguramente al hecho de que no ocupaban la misma posición social, puesto que ella había respondido con un «no puedo» y no con un «no quiero». Sí, su amada Victoria —porque ya no era lady Victoria para él—, le correspondía. Estaba seguro. Ahora, ya sin los impedimentos sociales que los separaban, puesto que no era hija del conde, podrían casarse y ser felices.

Atravesó la plaza sintiendo a su lado el cálido cuerpo femenino. Quizás podría besarla en uno de esos senderos medio ocultos que surcaban el terreno de los jardines. Un solo beso, porque, como le había asegurado, era un caballero. Sonrió al pensar en la impresión que le causaría ese beso. Tendría que ser muy gentil y delicado, puesto que ella era virgen todavía.

El ruido fue disminuyendo conforme se alejaban del edificio de la Orquesta, sustituido por el rumor de las hojas mecidas por la suave brisa y por los discretos susurros y carcajadas de algunos amantes. Se detuvo en un lugar en penumbras, donde todavía alguna lámpara alcanzaba a iluminar tenuemente las sombras. Quería ver su rostro cuando le dijese quién era.

Victoria estaba asustada. Se encontraban lo bastante lejos de la gente como para que alguien la oyese gritar si necesitaba ayuda. Además, James no sabría dónde encontrarla. Estaba sola con aquel hombre que le apretaba con tanta fuerza la muñeca que, sin duda, le dejaría una marca.

—¿Por qué no toma el dinero y me deja marchar? —le preguntó nerviosa.

—Ya le he dicho que no lo quiero. En realidad, nunca lo he querido. Solo hay una cosa que me interesa, lady Victoria —repuso. Ella soltó una exclamación cuando la tomó de la cintura y la pegó a su cuerpo—. Usted.

Victoria apoyó las manos en su pecho para alejarlo y se revolvió contra él.

—Suélteme ahora mismo —le exigió con voz trémula.

El hombre no pareció escucharla. Estaba absorto en su propia locura, y Victoria se estremeció con temor.

—¿No lo ves? Ahora ya podemos casarnos —declaró, tuteándola por primera vez—. Somos iguales. Tú no eres la hija del conde, así que ya no tienes que renunciar a nuestro amor. Se lo diremos a tu padre y nos casaremos de inmediato.

Victoria no podía creer lo que escuchaba. Realmente aquel hombre estaba loco.

—¡Por supuesto que no me casaré con usted!

Las facciones de su captor se endurecieron, y lamentó su impulsividad. No sabía cómo podía reaccionar si se enfadaba. Vio cómo respiraba hondo para controlarse. «Piensa, piensa», se dijo para sí misma. Tenía que lograr que la soltase para poder escapar.

—No hace falta que te sigas mintiendo, mi amor. Ahora somos solos tú y yo, y sé que me amas.

—Ni... ni siquiera lo conozco.

El hombre esbozó una sonrisa que, en medio de las sombras que los rodeaban, le resultó siniestra.

—Oh, sí que me conoces —le aseguró. Victoria no supo si fueron esas palabras las que provocaron que, por un instante, su voz le resultase demasiado conocida, como si la hubiese escuchado hacía poco en otro contexto, o si fue solo su imaginación—. El destino nos ha unido, y me perteneces.

Victoria ahogó un gemido cuando él la apretó con más fuerza. No podía moverse, ni casi respirar. Sentía el aliento cálido del hombre sobre su rostro, y un aroma a cítricos la envolvía. Temió desmayarse.

—¿Quién es usted?

—Un beso en prenda por la información.

Capítulo 14

James soltó una sonora maldición cuando escuchó el silbido.

Se había olvidado por completo de que a las nueve de la noche los encargados de las luces prendían todas las lámparas a la vez. Un entretenimiento que los visitantes esperaban con entusiasmo, y que ocasionaba que todo el mundo se moviera, concentrándose en la plaza, para poder gozar mejor del espectáculo.

El corazón comenzó a latirle con fuerza, y un estremecimiento lo recorrió. Abandonó su puesto tras los árboles sin importarle el chantajista. Solo quería asegurarse de que Victoria se encontraba bien.

Cuando vio que no se hallaba junto a la estatua, el estómago se le encogió de aprensión. Desesperado, comenzó a mirar por todas partes buscándola. Había demasiada gente en el lugar y muchas damas usaban antifaz para evitar ser reconocidas, sobre todo si iban acompañadas de sus amantes. Un sudor frío le recorrió la espalda. Tenía que encontrarla.

Comenzó a avanzar entre los concurrentes que se quejaban por sus empujones, pero no les prestó atención. Buscaba cualquier destello de seda verde, el color del vestido que llevaba, o de su cabello rojizo. Supuso que el hombre aprovecharía la confusión creada por el servicio de la cena —pues los criados, en un constante ir y venir, solían servir más de quinientas— para retirarse hacia una parte menos concurrida.

Pensar en Victoria sola con aquel hombre en alguno de los senderos oscuros de Vauxhall le hizo hervir la sangre.

«¡Dios, que no llegue tarde!».

Los vio justo cuando enfilaban una de las avenidas laterales. Se abrió paso a empujones entre la gente mientras trataba de cruzar la plaza, y tuvo que tumbar de un puñetazo a un borracho que se empeñaba en no dejarle pasar. Con el camino más despejado, arrojó al suelo el antifaz que le estorbaba y corrió hacia el sendero. Si se internaban demasiado y los perdía de vista podría no encontrarlos, pues las arboledas constituían verdaderos laberintos en los que perderse.

Iba atento a todos los sonidos, de vez en cuando llegaban a sus oídos algunas carcajadas y otros ruidos que reconocía muy bien. Se detuvo en medio de un cruce sin saber qué dirección tomar. El pulso se le aceleró cuando escuchó la voz de Victoria.

Giró hacia la derecha y corrió por el sendero. Al fondo del mismo descubrió a una pareja abrazándose. Cuando temió haberse equivocado, la luz de una lámpara cercana arrancó un reflejo rojizo al cabello de la mujer. Victoria.

James pareció perder todos los sentidos de golpe, excepto la vista, que la tenía fijamente clavada en el hombre que sujetaba a su prima. No escuchaba ya las risas ni el rumor de las hojas de los árboles, solo el continuo zumbido de su sangre al pasar por sus oídos. No supo en qué momento se había puesto en movimiento, pero poco después descubrió que se dirigía hacia ellos mientras su garganta bramaba un nombre.

—¡Vic!

Thomas se sobresaltó al escuchar aquel grito gutural y, con un movimiento brusco, puso a su dama detrás para protegerla. Cuando fue capaz de discernir lo que gritaba el individuo que se acercaba, su rostro se ensombreció y un brillo de odio refulgió en su mirada oscura al reconocerlo. El marqués.

Victoria se asustó cuando el hombre se volvió hacia ella con violencia. Sus ojos se veían enfebrecidos y su semblante parecía una máscara de granito, con la mandíbula tensa y los dientes apretados.

—Deshazte de él, o lo haré yo.

La animadversión que destilaban sus palabras la asustó. Quiso advertir a James, pero no pudo. Su captor saltó sobre unos arbustos y se internó en la arboleda perdiéndose en la oscuridad de la noche.

James trató de seguirlo. No iba a dejar escapar a aquel bastardo que se había atrevido a tocar a Victoria y a amenazarla, pero la voz temblorosa de ella al pronunciar su nombre, lo detuvo.

Se giró despacio, con el corazón retumbando en su pecho por las ansias de venganza; pero al verla allí, pálida y desvalida, temblorosa, sintió que el alma se le escapaba del cuerpo. Clavó en ella su mirada, como si la viese por primera vez, y comprendió en ese momento que no era nada sin ella. La necesitaba en su vida, no solo en su cama. Victoria, con sus reproches y reprimendas, con sus sonrisas pícaras y sus consejos a veces absurdos, le daba sentido a su existencia. Sabía ya que la amaba, pero no había comprendido que ese amor era todo lo que necesitaba y lo que lo había sostenido, día tras día, desde hacía años.

Avanzó un paso, y Victoria, que no había apartado la mirada de él ni un solo instante, corrió los pasos que los separaban y se arrojó en sus brazos.

—Lo siento, Vic —musitó contra su cabello mientras la estrechaba con fuerza—. ¡Lo siento tanto!

Sus palabras contenían algo más que un lamento por el presente y por lo que acababa de

ocurrir. Encerraban la conciencia de un dolor profundo por el tiempo perdido; por haberse aferrado a un cómodo pasar la vida sin mirar a su alrededor. Tenía que decirle a Victoria lo que sentía, y lo haría, pero no en aquel momento.

Se separó un poco de ella y la observó con atención. Estudió su rostro. ¿Por qué no se había percatado antes de lo expresivos que eran sus ojos? En ese instante, agrandados por el antifaz, reflejaban una gran vulnerabilidad, pero también la seguridad que sentía a su lado, y eso lo llenó de un sentimiento cálido. Confiaba en él.

—¿Estás bien? —le preguntó mientras retiraba un mechón de su frente y se lo colocaba detrás de la oreja.

—Sí, solo algo asustada —respondió con voz trémula.

El rostro de James se contrajo por la pesadumbre.

—Tendría que haber estado ahí, Vic, a tu lado. Yo...

—¡Chis! —Lo silenció con los dedos sobre sus labios—. Lo importante es que has llegado a tiempo. Sé que siempre me has protegido, James, a veces desde lejos; sé que siempre estarás ahí, pero creo que ha llegado el momento de que aprenda a resolver mis propios problemas.

El ceño fruncido de él no la intimidó. Había tomado su decisión y se mantendría firme.

—¿Por qué dices eso? No es necesario...

—Lo es —repuso con firmeza al tiempo que daba un paso atrás. Su proximidad la volvía demasiado vulnerable. Quería aferrarse a él y no soltarlo, pedirle que la besara hasta que todas sus preocupaciones desaparecieran, suplicarle que le hiciese el amor para vivir con ese recuerdo hasta el fin de sus días—. Tú no estarás siempre a mi lado —le dijo con una sonrisa triste.

James quiso decirle que sí, que si ella se lo permitía estarían juntos por el resto de sus vidas, pero apretó los labios en una línea firme y no desveló lo que encerraba su corazón.

Victoria lo vio asentir y sintió que su corazón moría un poco más. Cerró los ojos, agotada.

«¿Por qué el amor duele tanto?», se preguntó. Dolía amar y dolía olvidar. ¿Dónde radicaba toda esa belleza de la que su padre le había hablado cuando se había enamorado?

—Deberíamos irnos. Estás cansada.

La voz de James le sonó forzada y distante, aunque no era capaz de ver su rostro en aquel rincón en penumbras. Se esforzó por sonreír y aceptó que la condujese de la mano a través de los senderos y avenidas hasta llegar de nuevo a la plaza. La música, las risas y las palabras de la gente, todo parecía silenciado a su alrededor. Solo escuchaba los latidos de su corazón que acompañaban sus pasos. Los jardines de Vauxhall se habían convertido en un gran teatro de títeres movidos por una mano misteriosa. Ya no le parecían atractivos, ni entretenidos. En cada sombra

que se movía, tras cada antifaz, creía ver una amenaza. *Deshazte de él o lo haré yo.*

Tenía que salvar a James, aunque eso supusiese no volver a verlo nunca más.

El trayecto de vuelta a la mansión transcurrió en un silencio reflexivo, a veces incómodo, cada uno sumergido en sus pensamientos. Sin embargo, James no soltó su mano en ningún momento, como si con ello quisiese afirmar que siempre estaría allí, que siempre la protegería.

Cuando llegaron a Westmount Hall, las luces de la casa estaban apagadas. Los duques debían de haber regresado ya de la fiesta a la que habían asistido, y todo el mundo estaría dormido. No obstante, cuando entraron en el vestíbulo, el mayordomo los aguardaba con una vela encendida que apenas iluminaba.

—Thompson, no tenía que habernos esperado —le dijo el marqués preocupado, nada más verle. El hombre ya era mayor, pero había estado con ellos tanto tiempo que lord Charles se resistía a jubilarlo, pues lo consideraban uno más de la familia.

—Ya sabe, milord, que yo duermo poco.

James suspiró resignado.

—Lo sé, pero de todas formas no me gusta que se quede esperándonos hasta tan tarde.

—No me importa. Espero que hayan disfrutado de su salida.

Victoria notó que clavaba en ella una mirada intencionada, y se percató de que todavía llevaba puesta la máscara. Se la retiró y la miró con aprensión. En realidad, y a pesar de lo bella que era, le gustaría quemarla. No volvería a ponérsela, de eso estaba segura.

—Sí —repuso lacónico James—. Gracias, Thompson.

—Puedo servirle de ayuda de cámara si lo necesita, milord —declaró el hombre; luego se volvió hacia Victoria—. Milady, la duquesa mandó a Lucy a dormir, pero puedo despertarla si lo desea.

—No, no se preocupe. Déjela dormir.

—Tampoco yo lo necesitaré, Thompson —agregó James—. Puede retirarse a descansar.

—Muchas gracias, milord. Cerraré entonces la puerta, y me iré. Buenas noches.

—Buenas noches —respondieron los dos al unísono.

Cuando Victoria subía la escalera, acompañada por James que sostenía una vela, se giró de nuevo hacia el mayordomo.

—Thompson, ¿cómo ha pasado Jimmy la tarde?

El hombre pareció rejuvenecer cuando esbozó una sonrisa pícaro. Victoria pensó que debía de haber sido un hombre atractivo en su juventud. Era bastante alto, de porte regio, tenía unos

brillantes ojos negros y se le formaba un hoyuelo en la mejilla cuando sonreía, como en aquel momento. Aunque pronto recuperó la compostura.

—Debo decir que el señorito Jimmy ha disfrutado enormemente con lord Edward, pero me temo, milady, que para el vizconde haya sido una experiencia demasiado... ¿cómo diría?... intimidante —añadió con un tono de voz risueño que contrastaba con la seriedad de su rostro—. La última vez que lo vi me pidió que le recordara, en un futuro, su decisión de no tener hijos, y si había de tenerlos por fuerza mayor, entonces que le recordara contratar un ejército de niñeras y preceptores... Y creo que lo decía en serio.

Victoria sonrió con verdadero placer por primera vez desde hacía algunos días, y una chispa de humor danzó en sus ojos esmeralda. El niño era un auténtico regalo del cielo, y estaba convencida de que su vida junto a él sería de todo menos aburrida. Sobre todo, tendría a alguien a quien querer.

—Muchas gracias, Thompson. Me alegra saber que se entendieron tan bien.

El mayordomo le dirigió una sonrisa que acentuó las arrugas que rodeaban su boca, y se inclinó en una leve reverencia.

—Buenas noches —repitió.

James y ella continuaron su camino por las escaleras hasta llegar al rellano del segundo piso, donde se localizaban los dormitorios. La habitación de Victoria se hallaba al fondo del ala de invitados, por el pasillo de la derecha.

—Te acompaño —le dijo James, mostrándole la vela para indicarle que era necesario, puesto que solo tenían una.

Victoria asintió. El silencio en el que se habían sumido desde que abandonaran los jardines de Vauxhall le había permitido pensar en la decisión que había tomado de abandonar Londres e instalarse con Jimmy en una casita. Seguramente, el conde no lo comprendería, pero no se negaría a su deseo. También le había dado tiempo para pensar en James y en lo que deseaba. Lo deseaba a él. Quería que le hiciese el amor, porque no estaba dispuesta a envejecer sin que las manos de él la acariciasen dejando su impronta en la piel. Quería tatuarse el cuerpo con los recuerdos de sus besos, de sus caricias, del roce de su cuerpo con el de ella.

Esperaba que James la perdonase algún día por lo que estaba dispuesta a hacer, porque iba a seducirlo.

Cuando llegaron al dormitorio, James le abrió, flanqueándole la entrada para que ella pasara primero, y la siguió al interior. Se acercó a la mesilla donde se encontraba la palmatoria, y encendió la vela. Luego se dirigió de nuevo hacia la puerta y titubeó un momento al pasar junto a ella, pero no se detuvo.

Victoria se retorció las manos con nerviosismo. «¿Cómo demonios se supone que se seduce a un caballero?», se preguntó. Arabella no le había contado gran cosa de su experiencia, y ella no tenía ni idea de qué decir o de cómo empezar.

—Buenas noches, Victoria.

Se asustó cuando vio que se marchaba. Sabía que no tendría otra oportunidad.

—Quédate conmigo.

El ruego, repentino y atolondrado, provocó que James se detuviera de golpe. Percibió la tensión en su cuerpo y temió que él la rechazara.

—Solo abrázame hasta que me duerma —añadió con rapidez.

Quiso llorar apenas terminó de pronunciar esas palabras. Adiós a su inútil plan de seducción. Muchas damas de la alta sociedad, entre las que se contaba su prima, pensaban que ella era hermosa y sofisticada, pero la verdad era que ni siquiera sabía cómo coquetear. Había crecido, hasta transformarse en una mujer, con la mirada y el corazón puestos en James. Jamás le habían interesado otros hombres y, por lo tanto, no se había sentido en la obligación de coquetear con ellos.

Esperó con el aliento contenido hasta que James asintió con un cabeceo seco y cerró la puerta tras de sí. Entonces soltó el aire que había retenido y se preguntó qué debía hacer a continuación. Quizás sonreírle y... ¿y qué? Se mordió el labio inferior dubitativa y decidió que lo mejor sería conducirse como lo hacía habitualmente. Así que, en silencio, se dirigió hacia el vestidor.

James, que había estado observando a su prima, gimió por lo bajo cuando vio que Victoria se retiraba. ¿Cómo diantres iba a aguantar acostado a su lado, abrazándola, si solo ver cómo se mordía el carnosos labio inferior lo había excitado? Sacudió la cabeza, contrariado. Había sido una locura quedarse. Sabía que ella lo necesitaba, que todavía se sentía asustada por la experiencia que había vivido pero, aun así, era preferible abandonarla en ese momento que no ceder a los deseos de su propia carne, y que luego Victoria lo odiase por ello.

—¿James?

Alzó la vista y la vio allí, erguida en medio de la habitación como una orgullosa princesa, pero él alcanzó a ver la vulnerabilidad en sus ojos y el nerviosismo en sus delicadas manos que apretaba de forma compulsiva. Se había soltado el cabello, que caía en salvajes ondas de fuego hasta su cintura.

«¡Dios, es tan hermosa!», pensó. Se le cerró la garganta y no pudo responder. Esperó a que ella continuase.

—Necesito que me ayudes con el vestido y con los lazos del corsé.

El rubor tiñó sus mejillas cuando pronunció esas palabras. Se acordó de aquella tarde en el jardín, cuando él se había dejado llevar por el deseo, descubriendo la piel sensible de sus pechos y besándoselos. Anhelaba que volviese a hacerlo de nuevo.

James se acercó a Victoria arrastrando los pies, como un condenado conducido al cadalso, porque estaba convencido de que ese sería su fin. Si lograba controlarse para no besarla, moriría por una sobredosis de excitación.

Cuando se acercó a tan solo un paso, ella se giró, dándole la espalda, y se retiró a un lado la melena cobriza, dejando al descubierto la suave nuca. Respiró hondo para calmarse, pero fue un error. Sus fosas nasales se llenaron del delicado aroma que emanaba de su piel. El vello del cuerpo se le erizó y la frente se le perló de un sudor frío cuando sintió un latigazo en la parte inferior de su cuerpo, tan tensa como la cuerda de un arpa. Extendió sus dedos temblorosos y comenzó a desabrochar los numerosos botoncillos del vestido. Su cabeza incursionó, por voluntad propia, en la suave curva de su cuello, empapándose de la dulce fragancia a rosas.

Victoria se estremeció cuando notó el leve cosquilleo del roce de su nariz sobre la piel de su cuello. Cerró los ojos e inclinó la cabeza ligeramente para darle más acceso. Por eso se sorprendió cuando notó que James se retiraba hacia atrás con brusquedad, dejando que fuese el aire tibio de la habitación el que le acariciase la espalda desnuda.

—Ya está.

—¿Y el corsé?

Notaba el corpiño del vestido suelto, pero sus pechos todavía estaban confinados en la estrecha celda de su prisión de seda y huesos de ballena.

—¡Maldita sea!

La exclamación de James le dolió. Sus palabras le hicieron apretar los labios molesta, para ocultar la tristeza que brotaba de su interior. Por lo visto, era un sacrificio demasiado grande el que le había pedido.

—Puedes mar...

—No te vuelvas —le espetó él con sequedad cuando vio que intentaba girarse. Aún no había terminado de desatar el corsé y, además, no quería que ella viese el estado en que se hallaba, demasiado evidente bajo los ajustados pantalones.

Victoria murmuró unas palabras incoherentes y se dirigió hacia el vestidor con paso firme cuando sintió su cuerpo libre. Detestaba rendirse, nunca se había considerado una mujer pesimista, pero con James parecía ser el sino de su vida. Se vistió el viejo camisón que solía usar en las cálidas noches de verano, y salió dispuesta a decirle que no tenía por qué quedarse.

La respiración se le quedó atascada en la garganta cuando entró en la habitación. James se

había despojado de la chaqueta y del chaleco, y llevaba la impoluta camisa blanca abierta, mostrando unos amplios y bien moldeados pectorales, y un estómago plano y firme. Soltó el aire en un jadeo.

James alzó la vista cuando oyó el resuello femenino. Maldijo para sus adentros al ver que Victoria lo miraba con los ojos como platos, pero no había tenido más remedio que quitarse algo de ropa o iba a morir asfixiado. Su temperatura corporal había comenzado a subir desde el momento en que le había rogado que se quedase con ella.

—Acuéstate —le ladró.

Era consciente de que podía ofender a Victoria, pero le resultaba imposible actuar de otra manera. El hilo de control que mantenía sobre sí mismo era demasiado fino en ese momento.

Vio cómo apretaba los labios, pero se dirigió hacia el enorme lecho y apartó las sábanas del lado izquierdo. Se tumbó de costado y le dio la espalda. James gruñó cuando se dejó caer a su lado mientras procuraba que sus botas no estropeasen el delicado tejido de seda. Costaba demasiado quitárselas, y no merecía la pena hacerlo para el poco tiempo que permanecería en aquella habitación... por el bien de su cordura. No apagó la vela. Esperaba, y deseaba fervientemente, que Victoria se durmiese pronto y él pudiera marcharse antes de quedar castrado de por vida.

Cruzó los brazos bajo la cabeza y miró el techo de la cama con dosel, bordado con motivos florales. Rogó al cielo que Victoria no se acordase de que le había pedido que la abrazara porque, si tenía que hacerlo, no respondería de sí mismo.

Victoria lo recordaba a la perfección. Debería estar triste, o definitivamente deprimida, dado cómo se habían desarrollado las cosas; en cambio, estaba muy molesta. Él la había besado ya en otras ocasiones, y el día del jardín, bueno, le había quedado claro que la deseaba; entonces, ¿por qué en ese momento se mostraba tan disgustado con ella, como si le hubiese impuesto una carga pesada? Ciertamente que ella no era ninguna experta en seducción y que, quizás, su viejo y largo camisón no fuese el más adecuado para despertar el deseo en un hombre, pero ¿tan poco atractiva la encontraba James como para no dejarse seducir ni un poquito?

«O, a lo mejor, es que él es un burro ignorante, incapaz de comprender los sutiles mensajes de una mujer, o un asno arrogante que no tiene la delicadeza de dar cumplimento a sus deseos».

James había cerrado los ojos, lo que constituyó otro error, porque los demás sentidos se agudizaron y se sintió envuelto por completo en la presencia de Victoria. Podía oler su aroma a rosas silvestres y a mujer; podía percibir el calor que emanaba de su cuerpo, a pocos palmos del suyo; podía escuchar el murmullo de su voz...

Abrió los ojos de golpe y giró la cabeza hacia ella, aunque hablaba tan bajito que no entendió lo que decía.

—Perdona, ¿qué dices? —la interrogó.

Victoria se volvió hacia él, y James se estremeció cuando su rostro quedó a solo unos pocos centímetros del suyo, tan cerca de sus labios que casi podría besarlos... si no los tuviese apretados en una fina línea de mal humor. Bajo la anaranjada luz de la palmatoria, sus ojos refulgieron con un brillo de determinación cuando habló.

—Bueno, James Marston, ¿vas a dejarte seducir o no?

Capítulo 15

Thomas Lipton estaba verdaderamente furioso... y asustado.

Nunca, en sus treinta y un años de vida, se había sentido así. Él, que siempre había sido un hombre lógico, de carácter pacífico, se sentía abrumado por la confusión y un sentimiento de violencia incontrolable que parecía estallar en su interior.

Escondido entre las sombras que circundaban los jardines de Vauxhall había visto al marqués abrazando a lady Victoria, su prometida, y lo había asaltado el impulso irracional de matarlo. Se cogió la cabeza entre las manos y respiró hondo. Tenía que calmarse.

Ella era suya. Lo único que tenía, lo único que quería. Había nacido hijo de un caballero, un terrateniente con una pequeña propiedad en el campo. Sus padres habían costado su educación, con gran esfuerzo, y él había hecho todo lo posible por no defraudarlos. Pronto había demostrado ser un hombre responsable y concienzudo en el trabajo, y había conseguido un puesto como secretario del viejo conde que vivía en el mismo pueblo donde había nacido. Le fue bien. Aprendió mucho durante aquellos años, y forjó su carácter y las metas de su vida. No aspiraba a grandes cosas. Buscaba un trabajo seguro, una vida tranquila y una familia, sobre todo un amor como el que sus padres disfrutaban.

A la muerte de estos, a causa de una epidemia que asoló el pueblo, se trasladó a Londres con una recomendación del conde. Obtuvo un puesto como secretario de un noble, un vizconde con afición por el juego y las prostitutas baratas, y con demasiadas deudas. Tuvo que tratar con gente indeseable, maleantes y prestamistas, hasta que se cansó de toda aquella suciedad e hipocresía y buscó otro empleo.

Durante aquellos años, Londres le mostró su rostro más desagradable. El ambiente frío y desapegado de los ciudadanos, tan diferente de su pueblo donde todos se ayudaban mutuamente, y el clasismo acérrimo en el que vivía la alta sociedad londinense, despreciando lo que no viniese acompañado de un título, le cambió el carácter. De ser un joven alegre, se tornó serio y amargado. Se había quedado solo en el mundo, y a nadie parecía importarle. Por eso, cuando comenzó a trabajar con lord Rothwell y conoció a lady Victoria, el mundo se abrió para él. Los negros nubarrones que lo habían acosado durante los últimos diez años desaparecieron con la primera sonrisa que ella le dirigió. Y entonces lo supo. Aquella dama era su meta, su destino.

Al principio se mostró tímido, pero ella lo fue alentando con conversaciones amigables, con miradas y sonrisas; sin embargo, el tiempo fue pasando y su relación no parecía prosperar.

Aunque se enteraba, a través de sus conversaciones con el conde, de que Victoria rechazaba a todos sus pretendientes, Thomas no se atrevía a dar el paso de proponerle matrimonio. Conocía el peso que la sociedad podía ejercer sobre sus miembros y el castigo que podía infligirles cuando no cumplían sus normas, condenándolos al ostracismo social. ¿Cómo podía el amor silencioso que se profesaban superar semejante obstáculo?

Por eso, cuando había descubierto los documentos que denunciaban los orígenes de su amada, creyó que todo estaba resuelto. Victoria renunciaría a ese mundo, al que no pertenecía, para vivir una vida llena de felicidad junto a él.

Sin embargo, nada había salido como había pensado. Le había pedido dinero a cambio de su silencio, solo para mostrarle luego que en realidad lo único que le interesaba era su amor. Cuando ella le había dicho que no se casaría con él, algo en su interior había estallado, y había sido incapaz de razonar. Ahora, con la mente más fría y calmada, comprendía lo que había querido decir Victoria, era su primo James quien se oponía a su matrimonio. Ese libertino y mujeriego que vivía aferrado a su comodidad y a sus placeres quería a la dama para él.

La rabia ahogó los latidos de su corazón y puso una niebla roja ante sus ojos. No permitiría que el marqués se saliese con la suya. Él se encargaría de darle una lección que no olvidase fácilmente.

Abandonó los jardines y buscó un coche de punto para que lo llevase a su casa. Cuando estuvo frente a la puerta de su sencillo domicilio, pidió al cochero que lo esperase. No tardaría mucho, lo que requería deshacerse de la máscara y del dominó que vestía, y proveerse de una buena suma de dinero y un arma. La necesitaría, porque pensaba dirigirse hacia una parte de la ciudad que había jurado no volver a pisar.

El cochero, entre gruñidos y quejas, lo abandonó en el East End. No le importó, había tenido que lidiar en bastantes ocasiones con aquel laberinto de calles y callejuelas, y sabía dónde encontrar lo que buscaba.

La taberna era ruidosa y olía mal. Gente de la peor calaña se sentaba ante sus mesas de madera maltratada. Ellos, los pobres, los borrachos, los ladrones y asesinos constituían las feas cicatrices en el noble semblante de Londres. Todos las veían, pero todos también las ignoraban.

Se sentó ante una de las mesas donde había un hombre grande de aspecto mugriento que parecía empeñado en hundir su nariz torcida en la jarra de cerveza. Levantó la mirada, molesto, cuando notó que alguien se sentaba con él, pero enseguida sus ojos, de un gris desvaído, se abrieron por la sorpresa, y una sonrisa socarrona se instaló en su rostro picado de viruelas.

—Vaya, pero si es el caballero finolis —se burló—. ¿Qué?, ¿ha pensado cambiar de oficio y unirse a nosotros?

Soltó una carcajada, encantado con su propio chiste, pero Thomas se mantuvo serio.

—Quiero encargarte un trabajo, Bill.

El hombre abandonó de inmediato el tono sarcástico y adoptó una actitud profesional. Al fin y al cabo, no era tan fácil conseguir unas monedas en aquella antesala del infierno que constituía el East End.

—¿De qué se trata?

Thomas le explicó lo que necesitaba.

—... Tiene que ser pronto. Mañana.

Bill se rascó la barbilla sin rasurar, pensativo.

—Esto le va a costar bastante dinero —le aclaró—. No sé si los chicos están dispuestos a hacerlo tratándose de un noble. Si nos pescan, acabaremos todos como carne de horca.

Se pasó un dedo por el espacio que dejaba libre el sucio pañuelo que llevaba anudado al cuello, como si de repente le apretara.

—No quiero que lo matéis —le espetó con frialdad—, solo que lo asustéis lo suficiente como para que deje de meterse en mis asuntos. ¿Aceptas o no? Puedo buscarme a otro con menos reparos y que pida menos dinero.

—Está bien, está bien —lo atajó Bill con un gruñido de fastidio—. Lo haremos.

—Mañana —exigió Thomas.

El hombretón asintió

—Mañana.

—Cuando hayas concluido el trabajo, manda al mensajero a mi casa y le entregaré el dinero, como siempre.

—Así lo haré, jefe.

Lipton no se dignó responder. Se limitó a levantarse y salir de la taberna. Respiró con hastío el aire viciado de aquella parte de la ciudad y sacudió la chaqueta de su traje negro, como si así pudiese desprenderse de la inmundicia del lugar que acababa de abandonar.

Elevó la mirada hacia el cielo oscuro, en el que no brillaba ninguna estrella, y se preguntó si Victoria apreciaría los sacrificios que hacía por su amor.

James salió a cabalgar temprano.

Había abandonado el dormitorio de Victoria pocas horas antes del amanecer y, casi desde ese mismo momento, lo había acompañado una sensación de culpabilidad, a pesar de que no se

arrepentía en absoluto de nada de lo que había sucedido en aquella habitación.

No recordaba bien qué le hizo perder el férreo control que había estado manteniendo sobre sí mismo desde que la había abrazado en los jardines de Vauxhall. Solo sabía que en un momento dado se estaba mirando en el espejo de los ojos verdes de Victoria, y un instante después la besaba como un hombre hambriento y desesperado. ¡Por Dios, si hasta le había hecho el amor con las botas puestas!

Espoleó a su caballo, un castrado de color rojizo, cuello largo y patas firmes y esbeltas. El animal relinchó y se arrancó por la avenida principal de Rotten Row, vacía a aquellas horas tan tempranas. La brisa refrescante de la mañana azotó su rostro mientras ganaba velocidad y la carrera le hizo sentirse un poco mejor. Solo un poco, porque tenía la sensación de que había hecho las cosas mal. Había tomado la virginidad de Victoria, un regalo especial del que no se creía merecedor, pero no le había dicho que la amaba. No sabía por qué se sentía remiso a revelar sus sentimientos. Cada vez que pensaba que debía hacerlo, que tenía que decirle las palabras, le parecía que no era el momento adecuado.

Cuando su caballo comenzó a resollar, tiró de las riendas hasta ponerlo en un trote suave.

—Buen muchacho —le dijo palmeándole el cuello.

El color rojizo de sus crines le recordó a Victoria.

La había cubierto con su cuerpo y la había besado a conciencia, con una pasión nacida de un anhelo profundo, hasta que los dos habían comenzado a jadear. Los suaves gemidos de ella lo encendieron tanto que temió llegar al final antes siquiera de haber comenzado. Tenía que ir despacio. Respiró hondo y se separó un poco de ella para observar su rostro. Un suave rubor cubría sus mejillas, y sus ojos estaban velados por una nube de placer. Tomó un mechón de su cabello y olió la dulce fragancia que desprendía.

—Hueles como un día de primavera —le dijo sin dejar de mirarla. Luego procedió a extender su melena sobre la blancura de la almohada—. Siempre he tenido curiosidad por saber hasta dónde te llegaba. A semeja a una cascada de fuego.

—Tiene un color...

Él la detuvo poniendo un dedo sobre sus labios.

—Es precioso..., como tú —añadió. Su dedo se movió, acariciando su mejilla, y descendió por su cuello hasta sumergirse en la abertura en uve de aquella nada sensual prenda de dormir que ella llevaba, pero que lo excitaba como el más provocativo de los vestidos—. Quiero descubrirte entera. —Su dedo viajó hacia abajo sobre el camisón, pasando sobre el estómago femenino, que se contrajo en un espasmo de placer, y desviándose luego hacia su cadera hasta alcanzar el borde apuntillado de la blanca prenda. Su mano se posó abierta sobre el muslo y comenzó a recorrer el camino inverso—. Quiero contar cada una de tus pecas, y besarlas, y lamerlas. Sentir tu piel

desnuda contra la mía, deslizándose en ese delicado roce que crea una armonía única.

—James...

Ella gimió. Un gemido gutural, anhelante, que él bebió de sus labios junto con su propio nombre, mientras la despojaba del camión, que arrojó al suelo. Percibió cómo se tensaba al quedar expuesta a su mirada, y la abrazó con fuerza. La sensación de sus senos apretados contra su propio pecho desnudo le provocó un estremecimiento que hizo temblar cada uno de sus músculos. Cuando notó que se relajaba, se apartó con suavidad y la contempló con avidez.

Tenía un cuerpo perfecto. Su piel, cremosa y aterciopelada, cubría unas piernas largas y esbeltas, unas caderas redondeadas, cintura estrecha y unos pechos generosos que se moría por volver a probar.

Victoria lo miró con timidez y él supo que tenía que decir algo, pero si le decía todo lo que le venía a la mente en ese momento, probablemente saldría corriendo espantada. No pudo más que susurrar su nombre con veneración.

—¡Dios!, Victoria, yo...

—Bésame, James —le pidió, interrumpiéndole.

Y él la obedeció. Sus manos y sus labios se perdieron sobre el cuerpo femenino, recreándolo, moldeando sus formas como un alfarero la arcilla. Cada punto que tocaba parecía encender un fuego en Victoria, que comenzó a removerse inquieta debajo de él. Pero entonces, las manos de ella tomaron la iniciativa. Comenzaron a incursionar sobre su espalda, acariciándola y rozándola con las uñas, y James se sintió perdido, embargado por un sentimiento que no había experimentado antes con ninguna otra mujer y que iba más allá del placer.

—Déjame hacerte el amor —le había suplicado, aun sabiendo que eso lo cambiaría todo.

Ella, perdida como estaba en las sensaciones que le provocaba, había accedido en silencio. Y había sido glorioso, porque Victoria lo había llevado al límite con su inocente pasión, sus besos hambrientos y dulces, y su entrega generosa; y él, que siempre se había reservado una parte de sí mismo cuando yacía con una mujer, no pudo negarse a ella. Le dio todo lo que tenía y todo lo que era. Y la sensación de plenitud que experimentó cuando se unieron, cuando se fundieron el uno en el otro hasta desdibujar sus propios límites, fue increíble.

Nunca había experimentado esa potente tensión por el placer, ni le había parecido que su cuerpo se fragmentaba en mil pedazos al liberarse, aunque no lo hiciese dentro de ella. Por eso, cuando los dos dejaron de temblar, cuando el corazón alcanzó de nuevo su ritmo normal y su respiración se acompasó, él le dio las gracias a su modo, silencioso y tranquilo: la besó en la sien y la abrazó. Luego, se habían quedado los dos dormidos.

Habían vuelto a hacer el amor antes de que él abandonase el dormitorio, porque no había

podido resistirse a besarla cuando se había despertado y la había encontrado recostada contra su pecho, abrazada a su cintura. En esa ocasión, sí que se había quitado las botas y los pantalones, y la curiosidad de ella por explorarlo casi lo había llevado a la muerte.

Frenó a su castrado cuando la avenida comenzó a llenarse de gente, otros jinetes que acudían a hacer ejercicio. Saludó a algunos conocidos y decidió que era mejor salir del parque. No tenía ganas de embarcarse en conversaciones insustanciales, pero tampoco quería regresar a casa. ¿Cómo iba a enfrentarse a Victoria después de lo que había hecho? La había seducido, aunque no era muy consciente de cómo había sucedido. La cuestión era que se había entregado a él, y le había robado la posibilidad de aceptar a otro hombre en matrimonio. ¿Y si ella llegaba a odiarlo por haberle arrebatado la posibilidad de ser feliz con el hombre que amaba? Pensó en el misterioso pretendiente y la tensión lo agarró. Su caballo, como si notase el sentimiento de celos que fustigaba a su jinete, corcoveó, y James tuvo que controlarlo para evitar caer al suelo.

Victoria era suya, era su destino y su virtud. Gracias a ella él podría convertirse en un hombre mejor.

Abandonó el camino principal de Rotten Row y se dirigió hacia el club para pasar el día. Deseó poder encontrarse allí con su hermano Robert, a quien podría pedirle consejo, pero sabía que era imposible. Robert había vuelto a desaparecer tras una llamada del Primer Ministro, y nadie sabía cuánto duraría su ausencia.

Cuando entró en el club, no encontró el sosiego que esperaba porque, en el fondo, comprendía que el caos estaba en sus propios pensamientos y sentimientos. De todas formas, almorzaría allí y luego, por la tarde, iría a dar un paseo antes de volver a la mansión. Desgraciadamente, tenía que volver. La duquesa asistiría a un baile y le había solicitado que fuese el acompañante de su prima.

La perspectiva de volver a verla, a oler su aroma, a tocarla de nuevo, aunque no fuese más que un simple roce, lo encendía y lo llenaba de una felicidad inexplicable y de un temor incierto por cómo reaccionaría ella después de lo que habían vivido. Si veía en su rostro reproche o indiferencia... Sacudió la cabeza. No deseaba pensar en ello.

Abandonó el club varias horas más tarde con la esperanza y el temor luchando en su corazón. Pronto descubriría cuál de las dos vencía. Decidió que lo mejor sería dar un paseo para volver a casa y pidió a uno de los criados del club que se encargase de hacer llegar su montura a la mansión Westmount. Al fin y al cabo, no se hallaba tan lejos.

La brisa fresca de la tarde le sentó bien y le ayudó a aclarar algo: Victoria se casaría con él y con nadie más. Asintió para sí mismo mientras caminaba despacio, con la mente concentrada en su problema. Sin darse cuenta, había bajado por Pall Mall y enfilado por el Strand. Covent Garden no quedaba lejos y pensó que, tal vez, podría llevarle unas flores a Victoria, como una forma de

cortejarla. Después de darle muchas vueltas y de discutir con las vendedoras, finalmente optó por llevarle unas rosas rojas. Oyó las campanadas de la iglesia y supo que contaba con el tiempo justo para regresar a la mansión y cambiarse de ropa antes de asistir a la fiesta.

Todo sucedió demasiado rápido. De pronto, recibió un golpe a traición que lo aturdió, y se sintió arrastrado por unas manos bruscas hacia uno de los callejones que formaban intersección con Covent Garden.

No tuvo tiempo de reaccionar. Los golpes llegaron sin pausa ni clemencia, y aunque por instinto logró parar algunos de ellos, e incluso devolverlos, finalmente todo comenzó a moverse a su alrededor, como si flotase en la irrealidad, y lo único que vino a su mente fueron las flores para Victoria, que yacían desparramadas en pétalos sobre el empedrado.

—¡Milord, milord! ¿Se encuentra bien?

Escuchó aquella voz como un eco lejano, pero no pudo responder.

—Yo creo que está borracho.

—No seas tarugo, ¿no has visto cómo tiene la cara? —le espetó con sequedad a su compañero—. No sé cómo te dejaron formar parte del cuerpo de los Bow Street cuando no eres capaz de distinguir la cara de un caballo de tu propio trasero. A este lo han asaltado.

—¿Y qué hacemos entonces? —le preguntó indiferente—. Tal vez podemos echar el cuerpo al río y nos evitamos un problema.

Su compañero gruñó y murmuró por lo bajo algunas maldiciones y palabras soeces.

—A ti sí que te voy a echar al río yo. Vamos a llevarlo a la oficina, allí el jefe sabrá qué hacer.

James sintió que lo arrastraban por el suelo y gimió a causa del dolor que lo asaltó. Sintió náuseas y un dolor penetrante en el pecho que le impedía respirar. Volvió a desmayarse.

La sede de la policía londinense, fundada por el magistrado Henry Fielding en 1749, y dirigida en aquel momento por su hermano John, tenía su sede en Bow Street, Covent Garden. Hasta allí fue llevado el cuerpo maltrecho de James, y Ben Griffin, el agente que había tomado la decisión, se alegró de haber acertado cuando su jefe y magistrado de Westminster, John Fielding, lo elogió por haber salvado la vida del marqués de Blackbourne. Inmediatamente, se acondicionó una carreta para trasladar al hombre a su casa, donde el médico de la familia podría atenderlo mejor... y para librarse de un buen problema en caso de que al marqués le diese por morir allí mismo.

Ben fue el encargado de explicarles a los duques lo que había sucedido. Tarea ingrata, puesto que tuvo que enfrentar la histeria de la duquesa y el feroz ceño del duque, al que no le bastaban las pobres explicaciones que él le ofrecía. Aunque lo que más le conmovió fue el dolor y el

sufrimiento de la joven mujer de preciosos ojos verdes y del niño que la acompañaba, y que supuso que podrían ser su esposa y su hijo. Se sintió aliviado cuando abandonó la mansión para volver a sus conocidas calles de Covent Garden.

El duque mandó llamar inmediatamente al médico familiar. Por primera vez en su vida le ordenó algo a su mujer, que se estuviese callada, y esta obedeció. Cuando tuvo todo bajo control, se acercó a lady Eloise y la abrazó.

—Se pondrá bien —le aseguró—. Es un joven fuerte y luchador.

Ella asintió con lágrimas en los ojos, aunque no podría olvidar nunca el semblante desfigurado de su hijo.

Dado el estado emocional de la duquesa, fue Victoria quien se hizo cargo de los cuidados de James mientras llegaba el médico. Con el agua que trajeron las criadas, limpió la sangre reseca de aquel rostro hinchado y amoratado.

—James... —Susurró su nombre mientras una lágrima descendía por su rostro. Cuando lo vio, apenas lo trajeron, el corazón se le había detenido en el pecho. Por un momento creyó que estaba muerto, que el chantajista había cumplido su palabra.

Si antes no se sentía segura sobre lo que debía de hacer, ahora lo tenía muy claro.

—James, no dejes de luchar, aunque yo ya no esté a tu lado —musitó entre lágrimas. Si tenía que irse de Londres, era mejor hacerlo en aquel momento, cuando él no pudiera seguirla—. ¿Sabes? El amor no es siempre como uno lo imagina, a veces sabe amargo. Yo sería capaz de aceptar toda esa amargura si te tuviese a mi lado, pero sé que no puede ser. Nadie te amará como yo. Sé feliz, mi amor.

Se inclinó hacia delante y depositó un suave beso en la frente, el único lugar que no tenía hinchado.

James oyó el murmullo incomprensible de una voz dulce y sintió la tibieza de unos labios suaves sobre su frente que aliviaron su dolor y llenaron su corazón de una extraña paz.

Capítulo 16

Westmount Hall parecía estar de luto.

El silencio que reinaba en el interior de la mansión era denso y asfixiante, a pesar de que el médico de la familia había informado a los duques de que James no sufría lesiones internas y que se recuperaría poco a poco. Habían transcurrido tres días, sin embargo, y aunque el enfermo había recobrado la conciencia, dormitaba durante largos periodos de tiempo. Nadie deseaba disturbar su descanso.

Robert se había presentado en la casa de forma sorpresiva al día siguiente del suceso. Nadie preguntó cómo había podido enterarse tan rápido de la noticia, pero la duquesa agradeció su presencia. Le dijo que él se encargaría de averiguar quién le había hecho eso a James, y ella lo creyó.

La promesa la tranquilizó. No era una mujer vengativa, pero era madre, y ninguna madre estaba dispuesta a ver sufrir a su hijo sin que el causante de su dolor pagase por sus culpas. Además, era de gran ayuda con Jimmy, a quien solía llevarse casi todo el día fuera de casa. Era un niño inquieto, y no resultaba fácil mantenerlo en silencio, o alejado de la habitación de James, de quien se había encariñado.

Victoria también solía frecuentar aquel dormitorio, especialmente ahora que pronto se iría. Se sentía bien y más tranquila cuando podía cuidar de James, limpiando sus heridas o refrescando su frente. Además, era también la única que había podido lograr que el marqués aceptase tomar láudano para el dolor. A pesar de todo, se sentía culpable. Nada de eso le habría sucedido si no le hubiese contado su problema. Por eso, alejarse de él constituía la mejor opción en esos momentos, puesto que no podría ni seguirla ni detenerla. Creía firmemente que, si abandonaba Londres, todos sus problemas se resolverían.

Además, le rondaba la mente la idea de que conocía al chantajista mucho más de lo que creía. Su voz le resultaba familiar, y aquel recuerdo la perturbaba constantemente, como si solo esperase el momento adecuado para revelarse ante ella.

Bajó por la escalera principal mientras se ponía los guantes.

—Buenos días, milady. ¿Va a salir?

—Buenos días, Thompson —saludó al mayordomo que la había interceptado en el vestíbulo —. Sí, voy a ir a Rothwell House. Necesito coger unos papeles.

En realidad, iba a buscar dinero. Su padre solía tener fondos en la caja fuerte. Tomaría lo necesario para que Jimmy y ella pudiesen viajar en una diligencia. Había pensado en ir hacia el sur, a Buckinghamshire, donde se encontraba Bulstrode Park, la residencia de la duquesa de Portland. Margaret Cavendish Bentinck era pariente de su padre y la madrina de Arabella, y siempre se había portado muy bien con ella. Además, era una mujer muy inteligente y adelantada a su tiempo. Estaba segura de que si le confiaba su problema, ella la ayudaría. Interesada desde niña en la botánica y convertida en una gran coleccionista, mantenía contacto frecuente con grandes personalidades del mundo científico. Victoria había decidido huir al continente, tal vez a Francia, y esperaba que la duquesa pudiese facilitarle una recomendación para que alguno de sus conocidos allí la ayudase hasta que pudiese instalarse de forma independiente. La corte de Francia era un poco más liberal que la rígida sociedad inglesa, pero, de cualquier forma, se presentaría como una viuda con su hijo.

—¿Quiere que pida que le preparen un coche o prefiere caminar?

—Preferiría ir en coche —repuso. Lo cierto es que le encantaba caminar y hubiese preferido hacer el recorrido acompañada por una doncella, pero no se sentiría segura mientras no se hubiese alejado de la ciudad—. Se lo agradezco mucho, Thompson. Si la duquesa pregunta por mí, dígame que estaré de vuelta para el almuerzo.

—Por supuesto, milady. Por cierto, lord James ha preguntado esta mañana por usted.

A Victoria se le aceleró el corazón al escuchar sus palabras.

—Ah, ¿sí? Entonces iré a visitarlo cuando regrese.

El mayordomo asintió. Era perro viejo, y conocía demasiado bien a su señor como para no darse cuenta de lo que sucedía entre los dos jóvenes.

—Será lo mejor. Me temo que la echa de menos —señaló, y esbozó una sonrisa cuando vio el ligero rubor en el rostro de la dama—. Esta mañana se ha quejado porque no la ha visto, y el pobre señor Langston, su ayuda de cámara, ha tenido que soportar su mal humor, aunque lo ha hecho de buen grado, porque decía que ese era un indicador de que milord ya se encontraba mucho mejor.

Victoria sacudió la cabeza y sonrió. Sí, era una buena señal, pero también un aviso de que debía actuar con rapidez o James se recuperaría del todo, y le sería imposible llevar a cabo sus planes. De cualquier forma, contaba con la ayuda de lady Eloise, que mantendría a su hijo en cama todo el tiempo que pudiera.

—Esa es una buena noticia, Thompson.

El mayordomo asintió y se marchó a dar recado para que preparasen el vehículo. Victoria no tuvo que esperar demasiado antes de que uno de los lacayos le anunciase que el carruaje se encontraba ya en la puerta.

El trayecto le pareció demasiado breve, pero cuando entró en su casa la invadió una sensación profunda de nostalgia, como si hiciese mucho tiempo que no pasaba por allí. Perkins, el mayordomo, la recibió con una pompa y un entusiasmo que casi la hicieron reír, pero que también provocó que su corazón se estremeciese. ¡Cuánto le iba a costar abandonar su hogar! Porque, aunque no fuese realmente la hija del conde, toda su vida había transcurrido entre aquellas paredes. Todo le era dolorosamente familiar y querido.

—¿Necesita algo, milady? —le preguntó el mayordomo deseoso de ayudar. Probablemente también sentía la ausencia del conde.

—No se preocupe, Perkins, solo vine a recoger unas cosas del despacho de mi padre. ¿Se encuentra el señor Lipton?

Preferiría no coincidir de nuevo con el secretario del conde, tanto porque no deseaba que se enterase de lo que iba a hacer, ya que podría avisar a su padre, como porque no se sentía cómoda en su presencia después de haberlo rechazado, aunque esperaba de corazón que el hombre hubiese aceptado ya la situación.

—No, milady. El señor Lipton salió a hacer unos recados —repuso.

El ceño fruncido del mayordomo llamó la atención de Victoria.

—¿Sucede algo?

—No, milady, supongo que no es nada —la tranquilizó—. Es que últimamente el señor Lipton parecía más serio que de costumbre y actuaba de forma un tanto... extraña. Y me preguntaba si tendría algo que ver con los asuntos que fue a resolver lord Rothwell.

El mayordomo llevaba varios años con ellos y conocía la labor social que su padre desarrollaba. De hecho, en alguna ocasión le había entregado información al conde sobre algún niño huérfano, para que pudiese ser recibido en El hogar de los ángeles.

—No sabría decirle, Perkins, aunque no lo creo. —Más bien estaba casi segura de que esa actitud del secretario se debía a su rechazo. Suspiró al pensar que cargaba ya con demasiadas culpas—. Mi padre no me ha comentado que hayan surgido nuevos problemas. De hecho, creo que no tardará en regresar.

Y ese era otro de los motivos por el que ella debía actuar con prontitud. No deseaba afrontar al conde hasta que no se encontrase preparada para ello. Lo amaba y estaba convencida de que, si le hacía partícipe de lo que estaba sucediendo, él le diría que lo resolverían juntos, pero ¿cómo pedirle más a alguien que ya le había dado demasiado? La voz de Perkins la sacó de sus reflexiones.

—Me alegro de saberlo —contestó el mayordomo con evidente alivio.

—Estoy segura de ello. —Se quedó pensativa antes de añadir—: ¿Sabe si se encuentra en Londres lady Margaret?

Por lo general, la duquesa pasaba más tiempo en Bulstrode Park que en la ciudad, pero no podía ir sin estar segura de que la encontraría en la mansión, o el viaje habría resultado inútil.

—Sí, milady. Su Excelencia dejó dicho que permanecería en casa hasta inicios de la próxima semana, en caso de que lord Rothwell regresase antes de ese tiempo. Deseaba hablar con él.

—Muchas gracias, Perkins.

La idea de que la duquesa se encontrase en su mansión de Londres no le agradó. Quedaban cuatro días por delante para que finalizase la semana, tiempo suficiente para que James se recuperase, si no totalmente, al menos lo suficiente para impedirle llevar a cabo sus planes. Bueno, tendría que ir a hablar con lady Margaret.

Entró en el despacho de su padre y cerró la puerta con suavidad detrás de ella. Todo le recordaba a él, pero también le trajo el desagradable recuerdo de cuando James la acompañó a buscar los documentos sobre el estigma de su nacimiento. Sacudió la cabeza y se obligó a moverse.

Abrió la caja fuerte. Allí, encima de todos los papeles, descansaba el culpable de su desasosiego, unas pocas letras sobre un pergamino que había cambiado su vida. Lo puso a un lado, sin siquiera mirarlo, y buscó el dinero. Encontró varios billetes fajados y los tomó. Sin embargo, no sabía si llevarse todo. La asaltó el pensamiento absurdo de que, actuar así, sería comportarse como una ladrona, puesto que, en realidad, ese dinero no le pertenecía; además, su padre podría necesitarlo. Al final decidió que lo mejor sería echar un vistazo al libro de cuentas, por si acaso el conde tenía pendiente algún pago.

Se fue hasta el escritorio y buscó en el cajón la libreta negra en la que había visto que el señor Lipton iba anotando las transacciones que se efectuaban en la casa. Pasó rápidamente las páginas hasta llegar a las últimas anotaciones. Comenzó a leer lo que estaba escrito. De pronto, la tinta negra se tornó borrosa ante sus ojos cuando su cerebro se activó con una alarma.

—¡No puede ser!

La letra, aquella escritura de trazos elegantes y sobrios realizada por la mano del secretario de su padre, era la misma que había visto en las notas que había recibido por parte del chantajista. No le cabía duda, pues poseía rasgos inconfundibles.

Un temblor se extendió por su cuerpo cuando recordó esa voz que le había sonado tan familiar cada vez que la había escuchado, la misma que la saludaba cada mañana en su propia casa. Ahora, al relacionar las palabras que le había dicho el hombre con su último encuentro con el secretario el día que lo rechazó, todo pareció encajar a la perfección.

Él le había dicho que lo conocía. Y tenía razón. Sin embargo, nunca hubiera imaginado que podría tratarse del señor Lipton. Siempre se había comportado con suma corrección y respeto, más bien con timidez, y ella nunca le había dado pie para creer que pudiese sentir algo más que consideración por su persona, jamás algo que fuese más allá del afecto.

Su cuerpo se agitó por el temor, y se abrazó a sí misma. El nerviosismo y la ansiedad comenzaron a acecharla. Temía que pudiera regresar a la mansión en cualquier momento y tuviese que enfrentarse con él. Guardó de prisa el libro en el cajón, tomó el dinero y se llevó el documento de su nacimiento consigo, esperando que al secretario no se le hubiese ocurrido hacer una copia. Sin el documento original que demostrase la veracidad de los hechos, suponía su palabra contra la del conde. Su corazón se sobresaltó con esperanza. A lo mejor había una posibilidad de que todo el problema se solucionase.

Esa pequeña llama de esperanza murió apenas atravesó la puerta de Westmount Hall, cuando Thompson le entregó una nota que recibió con mano temblorosa ahora que sabía a quién pertenecía. Subió a la intimidad de su dormitorio, y la leyó.

Mi amada Victoria.

Pronto podrán cumplirse nuestros sueños. El marqués no nos molestará más, pues ya ha recibido un aviso. Si persistiera en su empeño en separarnos, solo por ti sería capaz de acabar con él. Tan grande es el amor que te profeso.

Victoria se tapó la boca con la mano para ahogar un grito de espanto. El hombre había perdido la razón, y se había vuelto mucho más peligroso.

Estoy seguro de que me reconociste en los jardines. Ahora que sabes quién soy, y que ya no hay nada que nos impida unirnos en matrimonio, podremos decirle a tu padre lo que deseamos y fijar esa fecha que marcará el inicio de nuestra felicidad.

Escribiré mañana mismo al conde, en cuanto reciba tu confirmación. Si no la recibo, entenderé que tu primo ha vuelto a interponerse entre nosotros, y me ocuparé de él personalmente.

Juro que nada impedirá que se realicen nuestros deseos. Sé que tú quieres esto tanto como yo. Tus sonrisas me revelaron lo que había en tu corazón, aunque tus labios nunca pudieran pronunciarlo. Ahora seremos libres para manifestar nuestro amor ante toda la sociedad.

Tuyo siempre,

Thomas.

La misiva se deslizó hasta el suelo desde sus manos temblorosas, su cuerpo se agitó en espasmos de estremecimiento y de rabia. Aquel hombre, aquel loco, estaba dispuesto a matar a James si ella no lo detenía. Podría volver a la mansión y hablar con él, aunque dudaba que pudiese hacerlo entrar en razón cuando su mente parecía perdida en sus propias imaginaciones y fantasías.

Tenía menos de veinticuatro horas para resolver la situación antes de que Lipton decidiese

actuar por su cuenta. Respiró hondo y se acercó al ventanal. Contempló absorta los rosales que la duquesa cuidaba con tanto mimo. Su vista se alzó más allá de los rododendros, hacia donde se encontraba el cenador, aunque era imposible verlo desde allí. Recordó los instantes vividos con James en aquel lugar, y todos los maravillosos momentos que vinieron después. Pensó en su mirada, a veces serena, a veces burlona; en su sonrisa clara y diáfana; en su alegría vital y contagiosa, a pesar de que había momentos en que la sacaba de quicio. Y pensó en que había estado a punto de perderlo por culpa suya.

¿Se podía renunciar al amor por amor? La vida de James era para ella más importante que la suya propia. ¿Qué importaba lo que ella tuviera que sufrir con tal de que él viviera?

«Un amor grande exige grandes sacrificios», pensó. Y el suyo era inmenso, aunque él nunca lo sabría.

Lágrimas de impotencia y desesperanza rodaron por su rostro contraído por la pena. Quería revelarse y gritar: *¿por qué yo?* ¿Acaso no tenía derecho a un poco de felicidad? Tal parecía que el nacer pobre aparejaba una condena de desamor. Apretó los puños con rabia. Se casaría con Lipton, sí, pero con varias condiciones. No solo no revelaría el secreto de su origen y dejaría en paz a James, sino que tendría que acceder a que Jimmy viviese con ella. No iba a permitir que el niño sufriera más.

Dejó reposar la frente sobre el frío cristal y cerró los ojos. Acababa de tomar la decisión más difícil de su vida. Ahora solo tenía que dar el primer paso, el más doloroso: despedirse de James... para siempre.

James estaba desesperado, y su mal humor crecía aparejado con su ansiedad a pasos agigantados. Harto de esperar en el blando lecho de su dormitorio, él mismo habría ido a buscar a Victoria si no le doliesen tanto las costillas. El médico le había dicho que tenía un par de ellas rotas, pero nada que el tiempo y el reposo no curasen. Sin embargo, su madre había convertido en un mandamiento sacrosanto las palabras del doctor, y no había forma humana de que le dejase abandonar la habitación hasta que ella, y no él, decidiese que estaba lo suficientemente repuesto.

Quería a su madre y la respetaba, pero en aquel momento estaba dispuesto a mandar al diablo sus indicaciones con tal de poder ver a Victoria. Ahora que se encontraba lúcido, y no bajo los efectos del láudano, como en las otras ocasiones, necesitaba comprobar que estaba bien.

Retiró las sábanas y se movió hasta el borde para bajar las piernas. Ahogó un gemido y se tragó una maldición cuando los músculos se quejaron, resentidos por el tirón del movimiento. Sin embargo, se dio cuenta de que el dolor ya no era tan agudo, señal de que estaba mejorando. Se agarró al poste de la cama e intentó ponerse de pie. Se sentía débil como un niño de pecho. Respiraba con fatiga y superficialmente, porque le causaba dolor, aunque llevaba el pecho

completamente vendado. Apretó los dientes y avanzó unos cuantos pasos antes de detenerse agotado. Esa vez maldijo en voz alta.

Sonaron unos golpes suaves y la puerta se abrió silenciosamente. El corazón se le aceleró, y una sensación de paz lo inundó por dentro cuando vio a Victoria en el umbral.

—¡James!, ¿se puede saber qué haces levantado? —lo regañó.

Él esbozó una sonrisa boba que asemejó más a una mueca grotesca en su deformado rostro. Tenía la nariz hinchada —aunque gracias a Dios no se la habían roto—, al igual que el ojo y el pómulo derecho; la ceja izquierda la tenía partida, y los colores parduzco y verdoso de los cardenales, que ya se iban curando, parcheaban casi toda su cara.

—Iba a buscarte.

Victoria chasqueó la lengua fastidiada, al tiempo que se acercaba a él y, con suavidad, lo tomaba de la cintura para ayudarlo a volver al lecho.

—Y como no hay una campanilla que puedas hacer sonar para que uno de los sirvientes se encargue de ese cometido, vas y te lanzas tú mismo a realizar la tarea, a medio vestir y casi sin fuerzas —repuso con cierto sarcasmo.

—Me había cansado de esperar —refunfuñó como un niño.

Su prima arqueó una de sus perfiladas cejas y lo miró con altivez.

—Disculpe el señor marqués por no haber atendido antes a sus deseos —contestó burlona—. Subir por la escalera me ha llevado todo un minuto, demasiado tiempo para su Gracia. Quizás podría haber venido volando. ¡Ah, claro!, se me olvidaba que me dejé la escoba en Rothwell House.

James no pudo evitar sonreír cuando Victoria le recordó que, siendo adolescente, solía burlarse de ella diciéndole que con esa mata de pelo rojizo que tenía, parecía una bruja.

—Te echaba de menos —le dijo impulsivamente.

Victoria se tensó al escuchar sus palabras. No pudo evitar sonrojarse, ni que sus manos temblasen. Quiso gritarle que dejara de decir esas cosas, que solo le removían el corazón haciéndole concebir deseos y esperanzas que no eran posibles. Él las decía con tanta ligereza... ¿No se daba cuenta de cómo le afectaban?

James percibió inmediatamente la tristeza que asoló el rostro de Victoria, y deseó preguntarle qué le pasaba. ¿Estaba preocupada por el chantajista?

—Será mejor que te acuestes y descanses.

—¿Has recibido algún mensaje más? —la interpeló él. Victoria no le devolvió la mirada, pero negó con la cabeza. James frunció el ceño y una sensación de inquietud se instaló en su pecho. Se

acomodó sobre los almohadones y tiró de la mano de su prima para que no se alejase—. Ven, siéntate a mi lado.

Victoria se acomodó sobre la cama y forzó una sonrisa, a pesar de que el corazón le sangraba. Sabía que James no se dejaría convencer tan fácilmente, pero de ninguna manera podía contarle la verdad. Había ido a decirle adiós, pero ¿cómo se despedía una del amor de su vida? Miró su rostro, atractivo y varonil a pesar de las marcas que le habían dejado, y esos hermosos ojos aguamarina que la miraban preocupados en aquel instante. Lloró interiormente, por ella misma y por él, pero se obligó a ser valiente.

—Tienes que dejar que te cuiden —le dijo con la intención de cambiar de tema— hasta que te repongas del todo. Tu familia está preocupada por ti.

James cerró los ojos con cansancio.

—Lo sé, pero mi madre solo quiere mantenerme aquí encerrado —se quejó—. Pero si vienes a verme a menudo, lo soportaré mejor —agregó con picardía.

—Creo que este tiempo a solas te vendrá muy bien para reflexionar sobre ti mismo y sobre tu actitud, sobre lo que quieres en la vida —lo reprendió.

«Ya sé lo que quiero, te quiero a ti», pensó. Sin embargo, las palabras que surgieron de su boca fueron diferentes.

—Venga, Vic, no me sermonees ahora. Ten piedad de mí, que estoy muy malito.

Se llevó la mano al pecho, fingiendo que sus palabras lo habían herido, y se sorprendió al notar que su corazón latía apresurado. Frunció el ceño y se preguntó de nuevo por qué motivo era incapaz de decirle a Victoria lo que realmente pensaba y sentía. Quiso darse de golpes contra la pared cuando vio la tristeza reflejada en sus ojos verdes.

Ella se levantó y dio un paso atrás mientras entrelazaba las manos con firmeza sobre su regazo.

—¿Sabes, James? No puedes pasar por la vida dejando simplemente que las cosas sucedan, sin tomar decisiones ni hacerte responsable de ellas, porque puede ser que un día la misma vida te imponga cosas que no quieras, pero entonces ya sea demasiado tarde para echar marcha atrás. Eres... —Tragó saliva para deshacer el nudo que se le había formado en la garganta—. Eres un hombre maravilloso. Yo siempre he creído en ti y seguiré creyendo en ti, pase lo que pase.

La vio marcharse sin que fuese capaz de detenerla, sorprendido como estaba por sus palabras.

¿Por qué, de algún modo, le habían sonado a despedida?

Capítulo 17

Victoria tuvo que refrenarse para no salir corriendo hacia su dormitorio, pero apenas entró en aquel santuario de intimidad y cerró la puerta, se derrumbó sobre la cama para llorar.

Hubiese querido que la despedida fuese de otra forma, poder guardar un buen recuerdo de su separación. Pero probablemente así había sido mejor, porque los dos se habían comportado como de costumbre: ella sermoneándolo y él con sus respuestas burlonas. ¡Cuánto le hubiese gustado, por el contrario, que la abrazara!

—¿Por qué lloras?

Victoria se sobresaltó al escuchar la vocecilla y se limpió las lágrimas antes de girarse hacia Jimmy. Miró a su alrededor, hasta que lo localizó en uno de los rincones, hecho un ovillo, sujetando con sus delgados brazos las piernas dobladas.

—Jimmy, cielo, ¿qué haces ahí?

—Nadie me cuenta lo que pasa, y no me dejan ver a James —le explicó balbuciente—. ¿Se está... se está muriendo?

El temor del pequeño le partió el corazón. ¿Por qué se tendía siempre a pensar que los niños no se daban cuenta de nada? No era cierto. La sensibilidad de Jimmy le había hecho percibir la extraña situación que se vivía en la mansión, y seguramente se habría sentido solo y abandonado. Una sensación que ella misma comprendía muy bien, porque la había experimentado con mucha fuerza en los últimos días.

—Ven aquí.

El niño la miró con los ojos brillantes, pero no se movió de aquel triste rincón hasta que ella abrió los brazos. Entonces, con un sollozo desgarrador, se puso de pie y corrió hasta arrojarse en ellos. Ocultó el rostro en su pecho y se dejó llevar por las lágrimas. Victoria dejó que las suyas también fluyeran libremente mientras abrazaba el cálido cuerpo de Jimmy con ternura.

—No quiero que se mu... muera —le dijo entre sollozos, con la voz amortiguada por el vestido de ella—. No qui... quiero quedarme so... solo.

—¡Chis! Tranquilo. James no se va a morir —le explicó con la voz más firme que pudo para que no creyese que le mentía—. Tuvo un... accidente, y se hirió, pero ya se encuentra bien. De hecho, Thompson me ha dicho que ya está gruñendo como siempre —le confesó con una sonrisa,

esperando que el niño comprendiera que todo estaba bien.

Jimmy asintió, pero sus ojos azules la miraban con inusitada seriedad. A pesar de encontrarse acurrucado entre sus brazos, como un niño pequeño y desvalido, su rostro poseía ese viso de madurez de quien se ha enfrentado en su vida al dolor y al sufrimiento.

—Entonces, ¿por qué llorabas tú?

Victoria lo contempló durante un instante. Sabía que si pronunciaba las palabras, ya no habría vuelta atrás; nunca defraudaría a Jimmy. Las manos le temblaron cuando apartó un mechón rubio de su frente. Sí, decir las cosas en voz alta lo volvería todo más real, pero estaba decidida a hacer lo correcto.

—Jimmy, ¿te gustaría que yo fuese tu mamá?

Los ojos del niño se agrandaron de tal modo que parecieron dos esferas celestes. Parpadeó un par de veces antes de poder hablar.

—¿De... verdad? —le preguntó con manifiesta incredulidad—. ¿Vas a ser mi mamá?

Victoria sonrió.

—Solo si tú quieres.

—Sí, ¡oh sí! —exclamó emocionado, y se abrazó con fuerza a su cintura—. ¿Y James va a ser mi papá?

La pregunta, dicha con tanta naturalidad e inocencia, la conmovió, pero también le causó dolor. No todos los deseos podían cumplirse, y tanto Jimmy como ella tendrían que prescindir de ese.

—No, cariño, eso no puede ser.

La tristeza se hizo visible en el pequeño, en su postura decaída, en el brillo opaco de sus ojos y en la desaparición de su sonrisa.

—¿Es que tú no lo quieres?

Victoria dejó escapar un suspiro mitad cansancio, mitad resignación. Los niños veían todas las cosas con sencillez.

—Por supuesto que lo quiero. Lo quiero mucho —agregó con completa sinceridad—, pero no puede ser.

—¿Por qué no? —insistió frunciendo los labios en un mohín de disgusto.

—Es difícil de explicar —le dijo. Para prevenir que hiciese más preguntas para las cuales no tenía respuesta, añadió—: ¿Por qué no vas a la habitación de James y lo saludas?

El niño se bajó de su regazo y comenzó a brincar saltando de un pie al otro.

—¿Puedo, puedo?

—Claro que sí, pero vas a llamar a la puerta con educación y a esperar a que te respondan para entrar. Y no vas a decirle a James, ni a nadie, lo que hemos hablado; será nuestro secreto. — El pequeño asintió con seriedad—. Además, vas a quedarte poquito tiempo en su habitación, porque James tiene que descansar, ¿me lo prometes?

Jimmy volvió a asentir de nuevo, con vigor, y cuando vio que Victoria no añadiría nada más, esbozó una sonrisa feliz y salió corriendo de la habitación.

Victoria sacudió la cabeza y se preguntó cuánto en realidad cumpliría el niño de lo que le había prometido.

Cuando se quedó sola, pensó que era el momento de actuar. No permitiría que Lipton le escribiese a su padre, puesto que era imposible que el conde le concediese el permiso para casarse, no tanto a causa de las diferencias sociales cuanto porque la conocía bien y sabría que no estaba enamorada. No podía fingir lo que no sentía. Y si el conde se negaba al matrimonio, ¿quién sabía de lo que sería capaz el secretario? Podría dañar también a su padre, porque estaba completamente obsesionado con ella, hasta el punto de no razonar.

Por eso, después de reflexionar sobre el asunto, había decidido que lo mejor sería aprovechar que su padre se encontraba fuera de Londres para ir a Greta Green, en Escocia, y casarse allí. En aquel lugar no hacía falta leer las amonestaciones ni tampoco tener una licencia especial, bastaba con el deseo de los contrayentes de unirse en matrimonio. Victoria se preguntó cuál sería el castigo por mentirle a un hombre de Dios. Apretó los labios con firmeza. No importaba. Lo único verdaderamente importante eran las vidas de James y de su padre.

No tenía mucho tiempo para actuar. Sabía que podría encontrar a Thomas Lipton en Rothwell House a esas horas; de cualquier forma, sería mejor asegurarse. Llamó a la doncella y le pidió que alguno de los criados enviase recado a Perkins, el mayordomo de Rothwell House, para averiguar si el secretario se encontraba ya en la mansión o continuaba fuera. Mientras llegaba la respuesta, que no tardaría, se cambiaría de vestido y luego, «tal vez pueda ir preparando una pequeña bolsa de viaje», pensó con desolación.

Mientras guardaba la última prenda en el bolso de viaje que había traído consigo desde su casa, uno de los criados llamó a la puerta y le entregó una nota de parte de Perkins. El señor Thomas Lipton se hallaba, efectivamente, trabajando en su despacho. Una hora después, Victoria llamaba a su puerta.

Nunca había entrado en el despacho del secretario, aunque era muy semejante al del conde, pero mucho más pequeño. Había un orden riguroso en todos los documentos, papeles y libros que yacían en las estanterías de los armarios y en el escritorio de madera oscura situado a un lado de los grandes ventanales. La luz del sol entraba radiante a través de los cristales, iluminando la

figura que se inclinaba sobre la mesa.

Thomas terminó de comprobar los datos y estampó su firma sobre el documento que estaba leyendo. Entonces alzó la vista y se sorprendió al encontrarse con Victoria, en lugar de con el criado que esperaba. Se levantó de inmediato para recibirla.

Victoria se encontraba nerviosa. Miró al hombre con atención. Se le veía serio y circunspecto, como de costumbre, y se preguntó si no se habría equivocado en sus conclusiones. Las palabras que resonaron en el despacho a continuación fueron la confirmación que necesitaba sobre el fundamento de sus sospechas.

—Querida mía, nunca he dudado de tu inteligencia, y de que tu corazón no dejaría de reconocerme. Pero debo decir que no te esperaba por aquí. —La saludó mientras besaba el dorso de su mano con una galantería que quizás en otro tiempo le hubiese complacido, pero que en ese momento solo soportó—. Supongo que has venido por mi mensaje, aunque me hubiese bastado con que me enviases una nota.

La sonrisa del hombre era tan amplia y sincera que resultaba desconcertante. ¿Cómo podía no darse cuenta de que aquello estaba mal, de que ella no lo amaba en realidad?

—Sí, he venido por el mensaje, señor Lipton...

—Creo que puedes llamarme Thomas, puesto que estamos prometidos.

Victoria no pudo evitar alzar una ceja con altivez. Aunque sabía que hacía lo correcto, su corazón, su mente y su cuerpo se revelaban ante aquel abuso contra su voluntad y libertad; además, ahora que conocía la identidad del chantajista, se sentía menos intimidada, a pesar de reconocer que el hombre era peligroso.

—Señor Lipton —insistió ella, sin importarle que el hombre suspirase decepcionado—, me casaré con usted, pero con unas condiciones.

Thomas se echó hacia atrás y cruzó las manos detrás de la espalda. Frunció el ceño y la observó con los ojos entrecerrados, como si la estudiase.

—¿Qué clase de condiciones? —preguntó con suspicacia.

Ella asintió con firmeza, aunque por dentro temblaba, y sintió el alivio inmediato que le supuso la reacción tranquila del hombre.

—No le escribiré al conde. Lo conozco y sé que no aceptará el compromiso, así que nos casaremos en Gretna Green y no tendrá más remedio que aceptarlo cuando ya sea un hecho consumado. —Vio cómo Lipton fruncía el ceño disgustado, pero siguió adelante antes de que pudiera interrumpirla—. Dejaré en paz al marqués. Mi familia solo busca protegerme.

—Ahora seré yo quien se encargue de hacerlo —repuso con tono afilado.

Un escalofrío recorrió la espalda de Victoria. ¿Cómo podía protegerla alguien con quien ni siquiera se sentía segura?

—Todavía tengo una condición más. Cuando nos... casemos, Jimmy vivirá con nosotros.

—¿Quién es Jimmy?

—Un niño de diez años que...

—No pienso aceptar ningún hijo bastardo tuyo. —La interrumpió con brusquedad. Su voz era apenas un susurro letal y frío, y Victoria dio un paso atrás mientras lo contemplaba entre horrorizada y asustada.

—Jimmy no es ningún bastardo, señor Lipton, y, por supuesto, no es hijo mío —replicó—. Es uno de los huérfanos de El hogar de los ángeles, y pienso adoptarlo.

—¡No puede hacer eso! ¿Se da cuenta de lo que dirá la gente?

—Lo mismo que dirán si usted les revela mis orígenes, pero no importará demasiado, porque no viviremos en Londres, y la gente no tendrá por qué saber que no es hijo nuestro —señaló.

Thomas miró a la mujer entre sorprendido y enfadado. Esa no parecía la misma mujer dulce y tranquila que le sonreía amable cuando se cruzaba con ella por los corredores de la mansión.

—Victoria, no me exijas demasiado, o...

—¿O qué? —Se envalentonó ella. Estaba cansada de todo, y ya nada tenía sentido excepto la lucha que había emprendido por salvar a los suyos—. ¿No habrá boda? Eso es lo que usted desea, ¿o ha cambiado de opinión?

El secretario no percibió el anhelo y la esperanza que vibraban en el timbre de voz de Victoria. Se limitó a mirarla con las pupilas dilatadas mientras intentaba respirar profundamente. De pronto la tomó de los brazos y la acercó a su pecho bruscamente. Victoria jadeó.

—Sabes que te amo, y tú me amas. Estamos destinados el uno al otro, y ¡por Dios que te tendré!

Victoria se preguntó si se escuchaba a sí mismo. Esas eran las palabras de un hombre obsesionado, no de un hombre enamorado.

—Pues entonces, cumples las condiciones —le exigió.

Él la miró con tanta intensidad, que su mirada parecía rayana en el odio, y tuvo miedo. Por un momento, sintió un miedo racional e inmenso. Quiso cerrar los ojos y dejarse llevar, perder el sentido, pero no se había desmayado en su vida y no iba a comenzar a hacerlo ahora. Su padre, el conde, le había enseñado a luchar, a enfrentar los problemas de la vida. Su padre... Lo hacía por él. Le estaba devolviendo todo lo que había hecho por ella desde que la recogió de Saint Michael. No permitiría que nada manchase su honor.

—Sea pues —convino. Y después la besó.

Los labios masculinos se posaron sobre los suyos saqueando, exigiendo con un reclamo doloroso que hizo que los ojos de Victoria se llenasen de lágrimas. Empezó a empujarlo con fuerza, temiendo que el hombre no supiese controlarse pero, al final, Thomas cedió. La miró con una mezcla de ternura y adoración que la desconcertó y le hizo pensar que quizás, si hablaba con él y le contaba la verdad, la dejaría libre. No era un mal hombre.

—Thomas... —Lo tuteó para facilitar el camino, pero él no escuchaba. Tenía la mirada perdida mientras jugaba distraído con uno de los tirabuzones rojizos de su cabello. Casi daba la sensación de que se trataba de un hombre distinto del que la había abordado antes.

—Vamos a ser felices, te lo prometo —declaró con fervor—. Yo te cuidaré y te protegeré, y nunca te arrepentirás. Si no quieres vivir en Londres, entonces viviremos en otra ciudad, o en el campo. Pero primero nos casaremos. Nos marcharemos mañana temprano. Te esperaré en Hyde Park, mi amor —le dijo mientras acunaba su rostro entre las manos. Victoria solo sentía ganas de llorar—, en la entrada principal, a las siete.

—Allí estaré —contestó ella, puesto que parecía que el hombre necesitaba una confirmación—. Creo que... ahora debería marcharme.

Thomas se inclinó en una reverencia y besó el dorso de su mano, y Victoria agradeció que no hubiese vuelto a besarla en la boca. Sentía los labios magullados por la violencia con que la había asaltado. Ese beso solo había despertado en ella temor. ¡Qué distinto de los de James, que le producían todo un mundo de sensaciones!

Cuando regresó a Westmount Hall, le pareció que llevaba un peso insoportable sobre los hombros, y solo quería meterse en la cama y ocultarse del mundo. ¿Por qué tendría que haberse enamorado de James? ¿Por qué, habiendo tenido tantos pretendientes, no había podido escoger a otro? En ese momento se encontraría casada, y quizás sería madre y acunaría en sus manos un bebé, en lugar de estar planeando una fuga a Gretna Green con un hombre que mostraba signos inequívocos de inestabilidad emocional, que podía volverse peligroso, y al que, por supuesto, no amaba.

Subió a su dormitorio y, después de asegurarse de que Jimmy no se había escondido en ningún rincón, se dejó caer sobre el lecho y cerró los ojos, aunque no derramó ni una sola lágrima. Debía aceptar que la visita que había hecho esa tarde lo había cambiado todo.

James recorría con lentitud el perímetro de su habitación. Los primeros pasos le habían molestado bastante, pero ahora ya podía moverse con más facilidad. A pesar de ese gran logro, por alguna razón se sentía inquieto. Notaba un cosquilleo constante en la nuca, como un mal presentimiento. Frunció el ceño y se detuvo un momento para introducir aire en sus doloridos

pulmones.

Tenía que volver a ver a Victoria. La necesitaba, como necesitaba el aire para respirar. Sabía que pronto descendería hacia el comedor para asistir a la cena. Que él supiera, su madre no había organizado la asistencia a alguna de las escasas fiestas que daban los más rezagados antes de abandonar definitivamente la ciudad y trasladarse al campo.

Sospechaba que Victoria no acudiría a él. No podía olvidar sus últimas palabras, ni el modo en que se las había transmitido, como si todo hubiese acabado entre ellos. Frunció el ceño pensativo y reanudó el paseo por la habitación, aunque, en esa ocasión, sus pasos se dirigieron hacia la puerta de entrada. El espectáculo del largo pasillo alfombrado lo desanimó un poco al pensar en sus costillas, pero la imagen del rostro de Victoria lo alentó. Echó a andar despacio, respirando en pequeñas dosis, mientras daba un paso tras otro.

Había llegado a la altura de la salita verde, aquella en la que su madre prefería tomar el té, cuando se abrió la puerta del dormitorio de Victoria. La vio salir y caminar pensativa y absorta, como si tuviese algún problema. Frunció el ceño y esperó a que alcanzase el rellano de la escalera, antes de llamarla.

—Victoria.

Ella levantó la vista y agrandó los ojos como platos cuando lo vio apoyado en el marco de la puerta de la sala verde, descansando.

«Me encanta la expresividad de su rostro», pensó James mientras la veía acercarse con las manos convertidas en puños, los labios firmemente apretados y una buena dosis de reproches en el verde de sus ojos que lo observaban como si desearan fulminarlo.

—¡James Marston!, ¿se puede saber qué crees que estás haciendo?

Él sonrió con la felicidad de un borracho al que acaban de invitar a una nueva copa.

—Te estaba esperando. Me aburro.

Victoria contó hasta diez antes de responder con los dientes apretados.

—No soy ningún mono de feria para divertirme —le espetó con sequedad—. Vas a tener que aprender a divertirme tú solito.

Él compuso una mueca de fastidio y decidió cambiar de tema mientras la hacía pasar a la salita para poder hablar. Cualquier tema podía convertirse en una excusa con tal de poder verla, oírla y tocarla.

—Jimmy ha venido a verme hoy —comentó—. Y parecía muy feliz. Me contó que tenía un secreto, pero que no me lo podía compartir porque entonces dejaría de serlo, pero, además, tú te enfadarías. ¿Sabes de qué secreto habla?

¡Qué difícil resultaba comportarse como una dama cuando lo que una quería de verdad era dejar escapar maldiciones como un marinero!

—Los secretos no se pueden revelar o no se cumplirán, creo que esas mismas fueron tus palabras cuando te lo pregunté yo en una ocasión —replicó con cierto retintín que tenía el regusto de la venganza.

La boca de James se contrajo en un gesto de fastidio. La verdad era que lo recordaba bien, puesto que se trataba del secreto de los vestidos de Sally, la muñeca de la pequeña Mary. Dado que ya había cumplido el deseo de la niña, no veía por qué no podía contárselo a Victoria en aquel momento.

—Mary tenía un único deseo, que su muñeca Sally tuviese un vestido nuevo, y yo me encargué de cumplírselo —respondió.

Se encogió de hombros con indiferencia, como si el asunto no fuese importante, aunque se le veía azorado. A Victoria se le llenaron los ojos de lágrimas y tuvo que usar toda su fuerza de voluntad para no decirle a James lo mucho que lo amaba. En su lugar, se centró en lo que él esperaba que le contase.

—Pues mi secreto seguirá siendo un secreto, James Marston —repuso en un tono burlón que encerraba una gran amargura—. Y ahora, con tu permiso, debo bajar a cenar o llegaré tarde, y ya conoces cómo se ponen los duques cuando alguien se retrasa.

Se dio media vuelta, hacia la puerta, pero James la volvió a interrumpir.

—¿Viene alguien por el pasillo? —Quiso saber.

Victoria frunció el ceño con extrañeza, pero luego miró hacia un lado y hacia el otro del largo corredor y negó con la cabeza.

—No hay nadie, ¿por qué?

—Por esto...

Tiró de su brazo hasta tenerla pegada a su cuerpo, y la besó con una mezcla de ternura y necesidad. El cuerpo de Victoria vibró en respuesta, y supo que estaba perdida. James había impreso en ella su huella, y su cuerpo jamás reaccionaría a otros besos y caricias que no fuesen los de él.

Gimió involuntariamente. Sabía que debía apartarlo, pero no pudo.

«Una vez más», se dijo. «Solo una vez más».

Capítulo 18

Jimmy había pasado la noche inquieto y nervioso. Estaba demasiado excitado como para dormir. ¡Iba a tener una mamá para él solo! Tenía muchas ganas de contárselo todo a Mary, a Peter y a los demás niños del hogar, pero Victoria le había dicho que se trataba de un secreto entre ellos dos, y los secretos había que guardarlos muy bien.

Se preguntaba cómo sería vivir con una mamá. ¿Podría abrazarla muchas veces al día? Y si alguna noche tenía miedo —aunque, por supuesto, él era un niño muy valiente y nunca lo tenía—, ¿podría dormir en su cama? ¿Le contaría cuentos?

Tenía muchas preguntas en la cabeza y esperaba que se hiciese pronto de día para poder hacérselas todas a su nueva mamá. Sonrió al pensar que podía llamarla así, ¡le sonaba tan bien! Lo único que le había puesto un poco triste era que James no pudiese ser su papá. Se había esforzado por entenderlo, pero no lo comprendía. Había visto que los dos pasaban mucho tiempo juntos, y los dos lo querían, y él a ellos. Entonces, ¿por qué no podían irse los tres a vivir a una casa juntos, como una familia?

Aunque los papás no abrazaban tanto como las mamás, también eran importantes, porque podían enseñarte todas las cosas de chicos. De eso se había dado cuenta viviendo en esa gran mansión, porque el tío Robert le había empezado a enseñar a montar, y el tío Edward le había enseñado a jugar a las cartas, aunque las explicaciones que le había dado le habían resultado algo complicadas.

Se dio la vuelta en la cama para poder mirar hacia la ventana. Vio los débiles rayos de luz que se filtraban entre los cortinajes y se dio cuenta de que ya había amanecido. Se levantó con prisa y se vistió con el mismo traje que había usado el día anterior. Quizás Martin, el criado que le ayudaba a vestirse por las mañanas, se enfadaría con él por no esperar a que le diese un traje distinto, uno que no estuviese tan arrugado, pero a lo mejor su mamá se había despertado ya y podría estar un ratito con ella.

Se quedó muy quieto cuando escuchó el ruido de una puerta cercana al abrirse y cerrarse. «A lo mejor mamá tampoco ha podido dormir y viene a verme», pensó con una sonrisa gozosa que iluminó el pequeño rostro infantil.

Sin embargo, la alegría desapareció enseguida cuando prestó atención y escuchó las silenciosas pisadas que pasaban de largo por delante de su puerta y se perdían por el pasillo adelante. La desilusión ensombreció su semblante. Pero luego pensó que, a lo mejor, iba a la

cocina a buscar galletas. Él solía hacerlo cuando estaba en el hogar. A veces le daba hambre por la noche, y bajaba a la cocina. La señora Becher siempre dejaba preparado sobre la mesa de madera un plato de galletas para él.

Abrió la puerta silenciosamente y siguió los pasos de Victoria. Sonrió cuando la vio entrar en la cocina. Estaba a punto de llamarla cuando se percató de que se acercaba a la puerta de servicio y la abría para salir.

«A lo mejor va a dar un paseo», se dijo a sí mismo. Sin embargo, su estómago comenzó a hacer extrañas piruetas, como cuando se comió él solo todo un bote de caramelos que la señora Mins, la cocinera, había dejado olvidado en un estante de la cocina.

Con el mismo cuidado y silencio con que lo había hecho ella, Jimmy abrió la puerta de servicio y siguió a Victoria. El alba estaba rompiendo, y el cielo se teñía de color anaranjado conforme asomaba por el horizonte. Se puso nervioso cuando salió al jardín y no la encontró, pero se tranquilizó cuando percibió un atisbo de la amplia falda de su vestido al doblar por un sendero que ocultaban unos setos.

La siguió despacio, porque la grava del sendero se movía demasiado al pisarla, y hacía mucho ruido. Por culpa de eso casi la pierde porque, cuando llegó a la calle, Victoria llamó un coche de punto y se subió en él. Jimmy corrió tras el coche y alcanzó a encaramarse en la parte trasera del carruaje. Sonrió feliz cuando lo logró. Le hubiese gustado que los chicos del pueblo de Chelmsford lo hubiesen visto. Ellos le habían enseñado el truco para hacerlo, pero nunca lo había intentado hasta ese momento.

Se acomodó lo mejor que pudo en el estrecho pescante y se aferró con fuerza para no caerse. El aire era fresco a esas horas de la mañana, pero a pesar de llevar chaqueta, Jimmy sentía frío. La sensación provenía también del miedo que tenía a que Victoria hubiese cambiado de opinión y ya no lo quisiera como hijo.

Temblaba como una hoja cuando el carruaje comenzó a frenar, finalmente, frente a un parque que reconoció como el de Hyde Park. Robert lo había llevado varias veces hasta allí para que montase en el poni. Saltó del coche antes de que se detuviera por completo y se ocultó, lo mejor que pudo, tras los setos y el tronco de uno de los frondosos árboles que flanqueaban la enorme avenida de entrada al parque, que en aquellas horas tempranas permanecía prácticamente vacío.

Esperó que Victoria avanzase, así podría salir de su escondite y darle una sorpresa. Aunque quizás se enfadase con él por haber salido sin permiso, lo perdonaría porque, según le había contado Peter, que había vivido con sus papás antes de que se muriesen y lo llevasen al hogar, las mamás lo perdonaban todo. Además, seguramente no le importaría que la acompañase en su paseo.

Sin embargo, ella no se movió de la entrada. Jimmy frunció el ceño mientras la observaba con

extrañeza. Entonces se percató de que llevaba un pequeño bolso de viaje, y el corazón le golpeó con fuerza dentro del pecho. ¿Se iba a marchar sin él? El sonido de la llegada de otro carruaje lo sobresaltó, y giró el rostro casi al mismo tiempo que lo hacía Victoria.

Victoria se aferró con fuerza al bolso que llevaba. Temía que pudiera resbalársele de las manos, puesto que le sudaban a causa del nerviosismo. Volvió a preguntarse si estaba haciendo lo correcto, si no había otro modo de solucionar las cosas. Había asumido que no iba a ser feliz en su matrimonio, puesto que nunca podría llegar a amar a Thomas Lipton —quizás si las circunstancias hubiesen sido diferentes, habría sido posible—, pero le preocupaba que Jimmy no terminase de aceptar al hombre, dado el cariño que tenía por James, y que el secretario no lo tratase bien.

Sin embargo, toda la noche había reflexionado sobre el asunto, y no veía otra forma de actuar que ceder a ese chantaje. Su familia terminaría aceptando su extraña elección, James estaría a salvo y solo ella sufriría por la pérdida de un amor que, en realidad, nunca había sido suyo.

Victoria se alegró de que su prima Arabella no estuviese en Londres. A ella hubiese sido imposible engañarla del todo, la conocía demasiado bien. Cuando Alex y ella regresasen del continente, ya estaría todo hecho.

Enderezó la columna, en un gesto innato que le ofrecía seguridad y control, cuando vio el carruaje negro que se detuvo frente a la entrada del parque.

—Buenos días, querida —la saludó el secretario, con una sonrisa afectuosa que la puso nerviosa—. Disculpa el retraso, pero no encontraba un coche de alquiler que fuese adecuado para nuestro viaje. ¿Estás lista?

¿Qué podía responder ella a esa pregunta? ¿Que no lo estaba y que nunca lo estaría?

—Por supuesto —repuso simplemente.

Thomas frunció el ceño.

—Pues no pareces demasiado entusiasmada —replicó con disgusto.

Victoria habría soltado una carcajada histérica si hubiese sido posible, pero no quería irritar aún más al hombre. ¿Quería verla feliz cuando iba a casarse obligada con un hombre al que no amaba y que pretendía arruinarle la reputación? Pero no podía decirle eso. Había descubierto que, a pesar de la serenidad que mostraba siempre en el trabajo, el señor Lipton poseía un carácter volátil. Había visto cómo se le iluminaban los ojos con un brillo de fanatismo cuando hablaba de su boda con ella, como si fuese la meta última de todos sus anhelos. A pesar de lo que había pensado muchas veces, no creía que estuviese verdaderamente loco, simplemente obsesionado.

Alzó una ceja con arrogancia y respondió con llaneza.

—Estoy algo nerviosa.

El ceño del secretario desapareció sustituido por una amplia sonrisa condescendiente. Tomó sus manos y procedió a despegar los dedos agarrotados con los que ella sujetaba el asa de su bolso de viaje, luego se los besó con delicadeza.

—Es normal, querida, una dama no se casa todos los días —comentó con indulgencia y cierta arrogancia masculina—. Pero te prometo que te procuraré una ceremonia hermosa, y que te haré feliz.

Lo único que Victoria deseaba era poder subirse a ese carruaje que aguardaba junto al camino y marcharse para que todo terminase lo antes posible.

—Deberíamos irnos.

Thomas la miró un momento en silencio. No entendía qué le sucedía a su amada. Ahora que por fin iban a poder estar juntos y gozar del amor que se profesaban y que habían mantenido en secreto a través de miradas y sencillos gestos, ¿por qué le parecía que sus preciosos ojos verdes habían perdido su brillo, y su semblante no lucía la sonrisa alegre que lo había enamorado?

—Tienes razón —admitió. Luego dejó escapar un suspiro de resignación—. El camino a Gretna Green es largo. Celebraremos nuestra boda cuando lleguemos, y pasaremos allí nuestra primera noche juntos como esposos.

Un escalofrío recorrió el cuerpo de Victoria. ¿Por qué? ¿Por qué no había pensado en eso? Tarde o temprano tendría que explicarle al hombre que no era virgen, y no estaba muy segura de cómo reaccionaría el secretario de su padre. Se le encogió el estómago al pensar que pudiese echarle la culpa a James y atentar de nuevo contra su vida. Haría lo indecible para que eso no llegase a ocurrir, incluso entregarse a ese hombre en la noche de bodas. Podría prostituir su cuerpo, pero jamás su corazón, que era y sería siempre de James.

Se esforzó por permanecer impávida cuando Thomas le acarició la mejilla. La ternura con que lo hizo la destrozó un poco por dentro. ¿Por qué tenía que ser todo tan difícil? Sintió la tentación de girar la cabeza y mirar hacia la calle por la que había llegado, aunque sabía que sería inútil, puesto que no alcanzaría a ver la mansión de Westmount Hall. Su corazón voló hacia James.

No se arrepentía de nada de lo que habían vivido, ni de haberse entregado a él. Aunque solo hubiese sido una noche, fue la más maravillosa de su vida.

Sonrió con tristeza. Tomó el bolso con sus cosas personales y, con el corazón cargado de recuerdos agridulces, subió al carruaje que la llevaría lejos de lo que siempre había soñado.

James se había levantado de mejor humor. Había dormido bien, a pesar de no haber tomado láudano, pero, sobre todo, suponía que su estado de ánimo se debía al último beso que le había

robado a Victoria en la salita verde. Parecía no tener bastante de ella. Su memoria estaba llena de imágenes de su rostro, del olor de su piel, de la calidez de su sonrisa. Su cuerpo anhelaba un nuevo encuentro con las suaves curvas femeninas, y sus labios querían beber del néctar de los de ella. Además, quería esa paz y serenidad que le proporcionaba su compañía. Cuando se encontraba a su lado, todo parecía más fácil y sencillo, más agradable.

Sí, esa mañana se sentía mucho mejor. Por otro lado, el dolor de las costillas había disminuido, y al menos ahora podía moverse por la estancia sin parecer un anciano encorvado.

Aunque el desayuno lo tomó en su habitación, puesto que el ritual de vestirse le resultaba bastante doloroso a causa de lo entallado de las prendas, decidió que no se quedaría encerrado en su dormitorio. Bajaría a la biblioteca, donde podría disfrutar de tranquilidad, una copa ocasional y alguna buena lectura. Además, quizás también podría disfrutar de la compañía de Victoria. Todavía no había pasado a saludarlo esa mañana.

Simons, su ayuda de cámara, un hombre de infinita paciencia, logró ayudarlo a vestirse con una camisa blanca, de corte sencillo, y unos pantalones de suave ante que no le provocaban dolor por los moratones que tenía en el abdomen. Encima de todo, se colocó un batín corto de seda. Descendió despacio las escaleras que llevaban al vestíbulo y tomó hacia el corredor que conducía a la biblioteca, sin encontrarse con nadie. Cuando entró en la silenciosa estancia, se dejó caer sobre su butaca preferida y cerró los ojos mientras se reclinaba contra el cabezal.

No supo cuánto tiempo había pasado, ni si se había quedado dormido, cuando una voz lo interrumpió.

—Me dijo Simons que podía encontrarte aquí. Me alegro de que hayas abandonado tu trinchera.

James esbozó una sonrisa y miró con afecto a su hermano pequeño.

—¿Te has vuelto a escapar del trabajo?

Robert se encogió de hombros.

—Bueno, ya sabes cómo es esto. Aunque tenemos solo un Primer Ministro, todos pretenden dar órdenes y mandar, pero Inglaterra es demasiado pequeña para darle a cada uno su parcela —comentó. Su rostro no dejaba traslucir nada, pero James estaba seguro de que el comentario no tenía nada de banal—. Todos somos simples peones y nos mueven a su antojo. —Se quedó en silencio durante un instante, y James se preguntó en qué estaría pensando—. A veces uno se cansa.

—Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites —le aseguró James con seriedad.

Robert lo contempló como si evaluase la sinceridad de sus palabras y, finalmente, asintió.

—Lo sé.

El silencio se extendió por la estancia, un silencio cómodo, lleno de confianza. Robert sirvió una copa y le ofreció a James.

—¿Qué hora es? —le preguntó. Tenía la sensación de que acababa de levantarse de la cama y era demasiado temprano para tomar alcohol.

—Pasan unos minutos de las doce.

James arqueó las cejas con extrañeza.

—Debo haberme quedado dormido. ¿Has visto a Victoria esta mañana?

Su hermano negó con la cabeza.

—He salido temprano a cabalgar y acabo de regresar —le comentó mientras veía cómo los ojos de James se nublaban con algo parecido a la ansiedad—. ¿Todavía no se lo has dicho?

—¿El qué?

—Que la amas. —Un silencio denso, como un manto de niebla, se extendió entre ambos. James sabía que las palabras de su hermano encerraban la verdad. Amaba a Victoria, mucho más de lo que podría haber imaginado. Entonces, ¿por qué nunca se lo había dicho—. ¿De qué tienes miedo, James?

Miedo. Aquella palabra lo molestó y frunció el ceño. Abrió la boca para replicarle a Robert con acidez, pero la cerró sin decir nada. Pensó en Victoria, con su sonrisa alegre y a veces traviesa; cuántas veces la había seguido con la mirada, pendiente de cada uno de sus gestos; cuántas veces la había buscado, aunque ella lo sermoneara, solo por el placer de estar a su lado. De pronto comprendió qué era aquello que le había impedido hablarle de sus sentimientos. Robert llevaba razón. En el fondo, tenía miedo. Miedo de exponer su corazón y de que ella lo rechazara; miedo de amarla tanto que se perdiera a sí mismo.

Bien sabía que no era digno de Victoria, y que ella nunca se casaría con él por su título. Si lo hacía, lo haría por amor. Pero si no se atrevía a preguntarle, ¿cómo iba a saber si ella le correspondía o no?

—¿Y si me rechaza?

Robert escuchó el tono titubeante, y se sorprendió de lo vulnerable que parecía James. Siempre lo había visto tan seguro de sí mismo, tan entero...

—¿Qué harías si perdieras a Victoria? —le preguntó a su vez.

Su hermano clavó en él los ojos con fijeza. Sus pupilas dilatadas mostraban el estado de agitación al que lo había avocado la pregunta. Se levantó repentinamente de la butaca y dejó la copa de licor sobre la mesita con un golpe.

—Tengo que hablar con ella.

—Haz el favor de volver a sentarte, hermano —lo reprendió Robert por su impulsividad—. No puedes asaltarla ahora y decirle de golpe lo que sientes. ¿Nunca te ha hablado su Excelencia de lo que es el cortejo?

James bufó con fastidio, pero se sentó de nuevo.

—No tengo tiempo para esas cosas —le espetó con sequedad—. Ella dijo que tenía un pretendiente. ¿Y si este le propone matrimonio?

Robert sacudió la cabeza con incredulidad. ¿Acaso su hermano no se había percatado de la forma en que Victoria lo miraba? Supuso que quizás el amor se percibía mejor desde fuera que desde dentro.

—Tranquilízate —le pidió—. No creo que Victoria tome ahora mismo ninguna decisión. Al menos no hasta que se haya arreglado el problema del chantajista. Por cierto, ¿qué tal va ese asunto?

James había tenido que explicarle a Robert que alguien estaba chantajeando a Victoria, aunque no le explicó por qué motivo, y lo que había sucedido en Vauxhall. Así pudo comprender por qué alguien se había molestado en darle una paliza. A pesar de todo, ni Robert ni él fueron capaces de dar con los culpables. Apretó los puños con fuerza mientras intentaba controlar la rabia y la impotencia que sentía de que el chantajista pudiera seguir actuando.

—No he sido capaz de encontrar nada, ni una pista que me indique por dónde buscar —gruñó.

—¿Por qué no me cuentas de qué va todo esto?

James asintió. No había nadie en quien confiase más que en su hermano Robert. Le contó la historia de los orígenes de Victoria, aunque no pareció sorprenderse demasiado, y lo que habían hecho para descubrir a quien estaba detrás del chantaje, aunque sin éxito.

—... el médico ya murió, la señora MacIntyre es muy leal, y la directora del orfanato falleció en un incendio. ¿Quién más podría haber sabido que Victoria no era hija legítima? —preguntó. Luego lo miró con el ceño fruncido—. Parece que a ti no te ha sorprendido...

Robert se encogió de hombros.

—Te aseguro que no sabía nada de esto, pero siempre he pensado que Victoria no se parecía ni al conde, ni a lady Diana —contestó—. Desde luego, hay personas que no se parecen a sus progenitores, y en el caso de ella bien podría haber sido así, pero siempre considero todas las opciones, para no llevarme sorpresas.

—Ya veo. —Ahora comprendía por qué su hermano resultaba tan valioso para el gobierno inglés—. De cualquier forma, no sé por dónde seguir.

—Cuando te enfrentas a un problema, y te bloqueas en el camino que estabas siguiendo, lo

único que tienes que hacer es cambiar de perspectiva.

—¿Qué quieres decir?

—Verás. A veces me ha tocado seguir una línea de investigación y toparme con un muro, un callejón sin salida. Si sigo empeñado en estudiar el muro para encontrar en él un modo de saltarlo y seguir adelante, puede ser que me quede estancado en esa parte del camino —le explicó—. Cuando me pasa eso, suelo buscar un camino secundario, por decirlo de algún modo, una perspectiva distinta.

—¿Y?

—Pues que tú estás mirando el problema desde la perspectiva del pasado. Quiénes estaban allí y quién de ellos ha podido desvelar el secreto. —Lo miró con atención antes de pronunciar las siguientes palabras—. ¿Y si cambiamos de perspectiva y buscamos más bien a alguien del presente? Alguien que haya descubierto los papeles, el secretario de lord Charles, un criado, un amigo particularmente cercano...

James arqueó las cejas por el asombro. No se le había ocurrido eso, pero pensó que quizás su hermano tenía razón.

—Sí, es posible. Eso acotaría mucho el ámbito de la búsqueda, porque no creo que sean muchas las personas que tengan acceso al despacho del conde —repuso pensativo.

—Así es, yo creo que podrías...

Robert se interrumpió cuando la puerta de la biblioteca se abrió con brusquedad, golpeando la pared, y entró Jimmy con aspecto desaliñado y ojos llorosos. Pasó la mirada de un hermano a otro, y antes de que James pudiese preguntarle qué le había sucedido, el niño corrió hacia él y se arrojó en sus brazos, donde comenzó a llorar.

El golpe del pequeño cuerpecito contra su pecho lastimado le dolió, pero no le importó. Algo grave tenía que haber pasado para que Jimmy reaccionase así. Solo en otra ocasión lo había visto igual de desaliñado y lloroso, el día que se escapó de Angels House. Lo abrazó con fuerza mientras le acariciaba la cabeza y trataba de tranquilizarlo.

—¿Qué ha pasado, Jimmy? —le preguntó cuando el llanto remitió en un sollozo suave.

—Se ha i... ido.

James miró a su hermano y vio en su rostro la misma incompreensión que debía lucir el suyo.

—¿Quién se ha ido?

El niño alzó su rubia cabeza y lo contempló con una profunda mirada azul tan cargada de tristeza, que sintió que el corazón se le encogía. Lo que no esperaba era que se le detuviera de golpe cuando Jimmy pronunció las siguientes palabras.

—Ella.

Capítulo 19

Ella.

No había duda sobre a quién se refería Jimmy, y James se estremeció con tal violencia que su cuerpo herido protestó. ¿Qué significaba que se había ido? ¿A dónde? Probablemente el niño se equivocaba. *Tenía* que estar equivocado.

Sacó un pañuelo que llevaba en el bolsillo de su batín de seda y limpió las lágrimas del niño.

—¿Victoria se ha ido? —Quiso confirmar que se refería a ella.

Jimmy asintió.

—Yo la he visto —respondió lloroso.

—Bueno, seguramente habrá salido a hacer algún recado, o de compras —le dijo con la esperanza de tranquilizarlo, a pesar de que él mismo comenzaba a ponerse nervioso.

El niño negó enérgicamente con la cabeza y se agarró con fuerza a su batín con las manos apretadas en puños.

—No puedes dejar que se casen —le suplicó lloroso—. Me dijo que te quería a ti, y yo quiero que tú seas mi papá, no él.

James lo miró fijamente. En su cabeza bullían confusos pensamientos como si de una tetera se tratase, pero había unas palabras que le habían llamado poderosamente la atención y que no dejaban de sorprenderlo y alarmarlo. Victoria lo amaba... pero se iba a casar con otro.

Maldijo para sus adentros con violencia. ¿La había perdido por no haberle hablado de sus sentimientos? Le había dicho que tenía un pretendiente y que en el arco de un año estaría casada. Pero, si lo amaba a él, ¿cómo podía casarse con otro? Victoria era suya. Estaba destinada a él, porque solo ella podía convertirlo en un hombre mejor, en alguien que valiese la pena, y no ser un simple lord acomodado en la rutina de una vida rica y llena de privilegios.

—James...

La llamada de su hermano penetró en su mente nublada, y sintió el apretón en su hombro. Lo miró confuso y se dio cuenta de que señalaba a Jimmy que lo miraba con los ojos agrandados. Lo había cogido de los hombros y se los apretaba con fuerza, de un modo inconsciente. Lo soltó como si quemara y se pasó la mano por la cara con gesto nervioso.

—Lo siento, Jimmy —se disculpó. Respiró hondo para tranquilizarse. Necesitaba estar sereno para poder pensar. No importaba que el corazón le doliese como si se le hubiese roto en mil pedazos—. Cuéntanos todo, por favor, desde el principio.

No fue mucho lo que pudo contarles, excepto que Victoria se había encontrado con un hombre en Hyde Park y que habían hablado de casarse. James dio gracias al cielo porque se hubiese escapado en esta ocasión para seguir al carruaje.

—¿Recuerdas si hablaron de algún lugar en concreto? —intervino Robert, aunque él ya había hecho sus propias deducciones. Sin embargo, prefería asegurarse.

Jimmy frunció el ceño pensativo. Normalmente tenía buena memoria, pero se había puesto tan nervioso con lo que había oído, que apenas se acordaba de nada. La ansiedad hizo presa en él, y comenzó a retorcer las mangas de su chaqueta.

—No pasa nada si no lo recuerdas —lo tranquilizó con tono suave—. A veces sucede. Tú solo respira profundo, y luego suelta el aire despacio por la nariz. Eso es. Lo estás haciendo muy bien.

Jimmy cerró los ojos y se concentró en la respiración. Luego sacudió la cabeza, pesaroso.

—Era algo como Gleta...

—¿Gretna Green? —sugirió James.

—¡Sí! —exclamó exaltado—. ¡Eso era!

James y Robert intercambiaron una mirada de entendimiento. Luego, el marqués se agachó hasta quedar a la altura de Jimmy y lo miró. Los ojos del pequeño, como dos azulados estanques de agua cristalina, le devolvieron una mirada entre esperanzada y temerosa.

—Escúchame bien, Jimmy, te prometo que voy a traer a Victoria de vuelta. No tienes de qué preocuparte —le aseguró con un suave apretón en los hombros—. Pero necesito que no te muevas de casa, no puedo concentrarme si estoy preocupado por ti. ¿Lo comprendes? —El niño asintió con solemnidad—. Bien. Vas a ir a la cocina y te vas a tomar un buen desayuno, y luego buscarás a Martin y te quedarás junto a él todo el tiempo.

Jimmy volvió a asentir mientras lo miraba fijamente. En ese momento, James lo vio como realmente era, un niño pequeño y asustado, y lo abrazó con fuerza. Lo acunó en sus brazos y le besó la cabecita mientras el niño temblaba y se acurrucaba contra él.

—Quiero que vuelva mamá —musitó entre sollozos contra el cuello de James.

—¿Ella te dijo que iba a ser tu mamá?

Jimmy asintió.

—Y yo le dije que quería que tú fueras mi papá. Pero me dijo que, aunque te quería mucho, no podía ser. —Se separó un poco de James y lo miró a los ojos, con los suyos llenos de lágrimas—.

¿Por qué no? Yo quiero que estemos juntos los tres. ¿Tú no la quieres?

James borró las lágrimas que descendían por las mejillas infantiles, y esbozó una sonrisa triste.

—Más que a nada —respondió. Luego añadió con voz más firme—. La quiero mucho, y no vamos a perderla. Te lo prometo. Y ahora, ve a la cocina.

Cuando Jimmy se marchó, arrastrando los pies con aire triste, James se levantó despacio y se giró hacia su hermano.

—¿Qué quieres que hagamos? —le preguntó Robert.

—Vamos a traerla de vuelta.

Robert asintió con gravedad, y James se alegró de tenerlo a su lado. La serenidad y la confianza en sí mismo que poseía, lo reconfortaban y le daban la tranquilidad que necesitaba para no desesperarse.

—Tardarán al menos cuatro días en llegar a Escocia por la carretera del norte —señaló mientras acompañaba a James hacia su dormitorio—. Si cambian de caballos cada seis horas, quizás podamos alcanzarlos antes del anochecer. ¿Estás seguro de que vas a poder cabalgar? —inquirió con una mirada de preocupación al ver cómo se sujetaba las costillas mientras subía las escaleras.

James apretó las mandíbulas con fuerza.

—No te preocupes por mí. Me las arreglaré. —No iba a sentarse cómodamente a esperar que su hermano le trajese a Victoria sana y salva. Lucharía él mismo por lo que quería—. Me pregunto por qué se habrá marchado a Gretna Green...

Robert miró con seriedad a su hermano mientras le ayudaba a vestirse.

—Creo que se trata del chantajista.

El marqués se detuvo con la camisa a medio abotonar. La suposición de su hermano lo había sobresaltado, pero lo conocía bien, y sabía que pocas veces se equivocaba. ¿La había secuestrado el hombre? Sin embargo, Jimmy había dicho que Victoria había subido al carruaje voluntariamente, y que parecía conocer al hombre.

—¿Por qué dices eso? —Quiso saber—. Puede ser su pretendiente, ese que me aseguró que tenía —añadió con tono amargo mientras terminaba de vestirse.

Robert sacudió la cabeza con cierta exasperación. Esperaba que, si algún día se enamoraba, no fuese tan obtuso y ciego como James.

—Victoria no tiene ningún pretendiente. —Alzó la mano para detener la protesta de su hermano—. Al menos ninguno fuera de los que ya conocemos y que ella rechazó. Si te dijo eso fue

simplemente porque lleva enamorada de ti desde que era una niña, y seguramente pensó que nunca le corresponderías.

—Por supuesto que la amo —le espetó molesto—. Si no, no hubiera...

Se detuvo antes de concluir la frase y, con el ceño fruncido, desvió la mirada hacia otro lado. Robert alzó una ceja arrogante, pero no dijo nada.

—Será mejor que la encontremos cuanto antes.

James asintió en silencio.

El proceso de vestirse fue molesto, pero subirse a la montura le hizo tomar conciencia de que no se había recuperado todavía de sus heridas. Se esforzó por no manifestar el dolor que le provocaba cada movimiento sobre la silla, pero no pudo evitar la palidez que bañó su rostro.

—¿Por qué has dicho antes que Victoria está enamorada de mí desde que era una niña? —le preguntó mientras atravesaban las calles de Londres y se dirigían hacia la gran carretera del norte.

—James, todo el mundo se daba cuenta de ello, excepto tú —repuso con un cierto tono de burla.

El marqués sacudió la cabeza.

—Pero si no dejaba de sermonearme para que cambiara —exclamó exasperado.

Las mujeres interesadas en él siempre le dejaban señales, sutiles unas, otras no tanto, para hacerle saber sus deseos. Victoria nunca se había comportado así.

Robert soltó un suspiro de paciencia resignada.

—Solo respóndeme a una pregunta. ¿Quién necesita reformarse más? ¿Edward o tú?

James abrió la boca para responder, pero luego la cerró de golpe. Ciertamente, si alguien necesitaba enderezar su camino, ese era Edward. Poseía un corazón generoso, y por eso algunas veces su círculo de conocidos se aprovechaba de él, pero se tomaba la vida como si fuera un gran juego.

«Al menos yo me preocupo por hacer rendir el marquesado», pensó.

Una sonrisa de satisfacción se instaló en sus labios. Victoria lo amaba. Lo había amado siempre... y ahora podía perderla a causa de su cobardía. Apretó la mandíbula con fuerza y espoleó a su caballo para que se lanzase al galope apenas llegaron a la carretera.

Tenían que alcanzarlos antes de que el sol descendiese. La sola idea de que Victoria pudiese pasar la noche con otro hombre lo atormentaba, y más si, como le había dicho Robert, se trataba del hombre que había intentado chantajearla. Según su hermano, el secretario del conde podría haber tenido acceso a los documentos del orfanato y haber descubierto el secreto. Quizás, en un

primer momento, había pedido una cantidad de dinero a cambio de su silencio, pero luego, tal vez había pensado que casándose con la hija del conde obtendría más riquezas aún, además de un lugar en la alta sociedad. Puesto que lord Rothwell se opondría a semejante unión, no le habría quedado más remedio que viajar a Gretna Green.

Desde que en 1754 se había promulgado la ley Hardwicke, que estipulaba que las mujeres menores de edad requerían el consentimiento paterno para el matrimonio, muchas parejas habían realizado el viaje hasta la frontera con Escocia, puesto que allí no se requerían tales formalidades, y el pueblo de Gretna Green se había popularizado.

James aceptaba la teoría de su hermano, pero no alcanzaba a comprender por qué Victoria iba a sacrificar su vida y su felicidad. Pensaba que tenía que haber algo más que el asunto de sus orígenes, puesto que ella misma parecía decidida a adoptar a Jimmy. Pero ¿qué podría ser tan importante como para no confiar en él y haber actuado por su cuenta?

Una aguda punzada en el costado le hizo emitir un quejido. El recuerdo de sus costillas rotas y de la paliza que había recibido le dio la respuesta. Victoria ofrecía su vida a cambio de la de él, y quizás, también, a cambio de la de su padre. Se le estrujó el corazón, sobrepasado por el sentimiento.

—Victoria... —musitó.

Esa misma mañana, su hermano Robert le había preguntado qué sucedería si perdiera a Victoria. No le había respondido, pero solo había una respuesta que podía dar: se moriría. Sin ella no era nada, la vida se transformaría en una sucesión sin sentido de horas y días. ¡Dios, cuánto la necesitaba!

Mantuvo el ritmo de cabalgada cuanto pudo, hasta que su caballo piafó agotado. Robert le hizo una seña para que se detuvieran en la siguiente posada. Aunque deseaba continuar, sabía que sería una locura.

La posada El león rojo era la primera gran parada de las diligencias y carruajes que seguían la carretera del norte hasta Escocia. Solía encontrarse bastante abarrotada, y aquella mañana no era una excepción. Algunas diligencias partían al sonido del cuerno, y otras entraban en el patio, donde los viajeros descendían para comer algo o estirar las piernas.

En cuanto se detuvieron y descendieron de sus monturas, Robert se acercó a James. El marqués tenía el rostro blanco y perlado de sudor.

—¿Te encuentras bien? —le dijo en tono preocupado.

James gruñó en respuesta. No, no se encontraba bien, pero no quería decírselo a Robert. El costado derecho le palpitaba dolorosamente, como si le clavasen de forma continua la afilada hoja de un cuchillo. Le molestaban también las contusiones del estómago y de la espalda, pero nada de todo eso le importaba sino encontrar a Victoria.

—Cambiamos los caballos y partamos —le dijo.

Robert sacudió la cabeza, pero no le discutió. Llamó a uno de los mozos que atendían las caballerizas, y le pidió caballos de refresco, dándole instrucciones para que enviaran sus monturas a Londres. Aprovechó también para pedir información. La cabellera rojiza de Victoria no pasaba desapercibida, tal vez podía decirles si la habían visto.

—Sí, pasaron por aquí —respondió el mozo mientras sujetaba las riendas del purasangre que se agitaba nervioso—. La dama tenía el cabello como el fuego, como dice usted, y era muy bonita, aunque tenía el semblante un poco triste. El caballero se comportó muy solícito con ella.

—¿Sabe si siguieron por la carretera del norte?

El mozo, un joven de cabello rubio como el trigo y anchas espaldas, asintió con firmeza.

—Lo hicieron, milord, a pesar de que Barry les dijo que no lo hicieran —comentó.

El acento de preocupación que se filtró en su voz llamó la atención de Robert.

—¿Por qué?

—Bueno, el carruaje que llevaban era bastante viejo e inestable —le explicó—. Barry se fijó en las ruedas, y le comentó al caballero que uno de los ejes estaba torcido, y que seguramente no aguantaría el traqueteo del camino. Podría romperse con facilidad. Sin embargo, el hombre no quiso escucharle, y eso que Barry es un perro viejo que se las sabe todas. Fue cochero durante muchos años y nunca falla en sus apreciaciones.

Robert le agradeció su ayuda y le entregó una moneda, que el joven recibió con entusiasmo y la promesa de que cuidaría de sus monturas. Fue a buscar a James, que se había sentado en uno de los bancos de piedra que había a la entrada. Sabía que no se encontraba bien, pero también que sería inútil pedirle que volviese a Londres. Esperaba de corazón no tener que lamentarlo. De cualquier modo, decidió que sería mejor no comentarle nada de lo que el mozo le había dicho sobre el carruaje.

James le ofreció una jarra de cerveza mientras esperaban a que les trajesen las nuevas monturas.

—El mozo me ha dicho que los ha visto, y que han seguido hacia el norte —le dijo.

—No creo que se desvíen de la carretera —señaló James. Su rostro mostraba un rictus de dolor, pero apretó los dientes antes de proseguir—. Es el camino más rápido y seguro, y no se imaginan que alguien pueda seguirlos.

—Probablemente no tardaremos en darles alcance, ya que cabalgando vamos más rápido que ellos.

James asintió en silencio, y con gran esfuerzo se levantó.

—Sigamos entonces.

Robert resopló, pero siguió a su hermano.

Cabalaron en silencio, James con la mente puesta en Victoria, como si ella fuese el talismán que lo impulsara a seguir avanzando cuando su cuerpo quería rendirse. Ella, con su sonrisa pícaro, con ese humor burlón en ocasiones, con su corazón generoso. Ella, tan hermosa como una joya preciosa y pura en medio de un mundo donde solo contaba la apariencia, hasta el punto de llevar al extremo el cumplimiento de las normas sociales. Victoria era un soplo de aire fresco, un soplo de vida. Y eso le diría en cuanto la tuviese delante, que la amaba; y le suplicaría que lo perdonase por no haberse percatado antes de lo que había en su corazón.

Interrumpió sus pensamientos cuando Robert se puso a la par con él y señaló hacia el camino. Desde donde se hallaban, James alcanzó a ver un carruaje pequeño que traqueteaba por el camino. Frunció el ceño. Dudaba de que ese fuese el vehículo que andaban buscando, pues se trataba de un cabriolé, un coche de dos plazas, con cabina y ruedas grandes, poco adecuado para las largas distancias, ya que era bastante inestable. De cualquier forma, puso el caballo al galope para acortar distancias.

Victoria había transcurrido casi todo el viaje en silencio, en una mezcla de preocupación y de nebulosa mental. Le parecía que no era ella quien habitaba aquel cuerpo que iba sentado junto al hombre que había intentado chantajearla, que había mandado dar una paliza a James, y que lo había amenazado a él y a su padre. ¿Había actuado precipitadamente? Una cierta ansiedad había ido creciendo en su corazón, y las dudas le mordisqueaban la conciencia.

De vez en cuando, el señor Lipton se volvía hacia ella y le sonreía, y Victoria se esforzaba por responder, pero se sentía incapaz de fingir por mucho más tiempo. ¿Qué pasaría si la próxima vez que se detuviesen le decía que ya no deseaba aquello? Tenía la sensación de que todo podría acabar mal.

El ruido de unos cascos de caballo moviéndose a gran velocidad le llamó la atención. La carretera se estrechaba en algunos puntos del camino y, aunque el carruaje que conducía Thomas era pequeño, sería necesario apartarse un poco para dejarles paso. Sin embargo, él parecía decidido a no retirarse.

Victoria se asomó por la ventanilla lateral para ver a qué distancia se hallaban los jinetes. Aunque aún se encontraban a cierta distancia, podía distinguir las siluetas de los dos hombres. El corazón le dio un vuelco cuando una de las figuras le resultó conocida. No sabía si la mente le estaba jugando una mala pasada, o si se hallaba en lo cierto, pero no pudo dejar de mirar mientras las monturas acortaban el espacio.

—¡Victoria!

El grito resonó en la carretera, logrando que los pájaros que descansaban en la arboleda cercana levantaran el vuelo.

—James...

Fue un susurro de alivio que hizo que sus ojos se llenasen de lágrimas. Él había venido a buscarla. No tenía ni idea de cómo había podido averiguarlo, pero su corazón comenzó a latir rápidamente con la perspectiva de volver a verlo. El carruaje dio una brusca sacudida y Victoria se agarró a la barra delantera para no salir despedida. Miró alarmada a su acompañante, y se asustó al ver el gesto de su rostro. Asemejaba a una máscara grotesca deformada por el odio y la rabia. Cuando se volvió hacia ella, con los ojos brillantes, como si tuviese fiebre, Victoria se echó hacia atrás instintivamente.

—No me va a robar mi sueño —declaró con voz acerada—. Eres mía.

Azuzó al caballo y el coche se tambaleó peligrosamente.

—¡Señor Lipton!... ¡Thomas, por favor!

Victoria se agarró con más fuerza y mantuvo como pudo el precario equilibrio al que la sometían los continuos vaivenes del carruaje. El secretario no respondía a sus súplicas, y todo lo que pudo hacer fue rogar para que no volcasen. No se atrevía a mirar hacia atrás por no enfurecer más al hombre, pero deseaba que James los alcanzara cuanto antes, a pesar de que no sabía qué podría hacer cuando lo lograra. El estruendoso ruido de las ruedas sobre la grava de la carretera no le impedía escuchar los latidos de su corazón, que corría desbocado a la par que el animal que tiraba con fuerza descontrolada del cabriolé.

Escuchó un crujido, como el largo lamento de un leño pasado a fuego, y comprendió lo que iba a suceder. Luego todo ocurrió demasiado rápido. Hubo un potente chasquido y el coche comenzó a inclinarse peligrosamente. Cerró los ojos con fuerza, y solo pudo lamentar no haberle dicho a James que lo amaba.

Oyó su voz pronunciando su nombre con angustia. Pero ya era tarde.

—James...

El susurro se perdió entre el nervioso relinchar del caballo, el golpear de la madera contra la dura tierra, y los gritos llenos de espanto de los hombres.

Entonces, todo cuanto la rodeaba se volvió oscuridad.

Capítulo 20

James maldijo para sus adentros cuando vio que el cabriolé aceleraba la marcha tambaleándose precariamente sobre las débiles ruedas.

Clavó los talones en los ijares del caballo para aumentar la velocidad. Si lograba alcanzar el carruaje, tal vez podría hacerse con las riendas y tratar de frenarlo. El ominoso crujir de la madera hizo que el corazón se le detuviese en el pecho. «¡No, no, no!». Su grito silencioso y desesperado no logró detener la angustiada escena que tuvo lugar poco después. Horrorizado, vio cómo el eje de la rueda se partía en dos y saltaba en pedazos. El coche se inclinó de forma peligrosa hasta casi tocar el suelo, mientras el caballo proseguía su temeraria carrera piafando nervioso.

—¡Victoria!

La llamada agónica le quemó la garganta reseca. El dolor que sentía en esos momentos en las costillas, incluso al respirar, no fue nada en comparación con lo que experimentó cuando el peso de la caja del cabriolé hizo que se partieran las varas fijas que la sujetaban al caballo, que siguió corriendo, liberado ya de su carga. Gritos de angustia hendieron el aire cuando el coche cayó con fuerza contra la carretera y giró sobre sí mismo hasta detenerse al chocar con uno de los árboles que flanqueaban el camino. Luego todo pareció detenerse, como si alguien hubiese pintado un macabro cuadro, y el silencio se extendió a toda la naturaleza que lo rodeaba. Solo escuchaba el latir de su corazón, golpeando como el martillo sobre un yunque.

Frenó su montura con brusquedad y descendió de un salto para correr hacia el carruaje que yacía de lado, inerte sobre la tierra húmeda y verde. Oía la voz de su hermano como un zumbido lejano y molesto, respiraba con dificultad y las manos le temblaron cuando se aferró a la cabina del cabriolé. No notó el dolor cuando se clavó una astilla de madera, puesto que el costado del coche se había resquebrajado con los golpes, ni tampoco notó la sangre que manaba de su palma.

Se asomó al interior. La figura desmadejada de un hombre, a quien reconoció como el secretario del conde, yacía en el fondo de la cabina con el cuerpo atravesado por una de las varillas de sujeción del caballo. Una muerte horrible, pero su mirada pasó por encima mientras sus ojos buscaban inquietos entre el amasijo de madera y cuero. Victoria no se encontraba dentro, y un estremecimiento le recorrió el cuerpo al pensar que podía haber quedado atrapada bajo el carruaje. Con la fuerza de la locura y la desesperación, aferró el coche e intentó levantarlo inútilmente, hasta que sintió que alguien lo cogía del brazo.

Se revolvió contra el agarre hasta que reconoció a su hermano Robert. Su rostro lucía una gran palidez, y lo miraba con consternación.

—¡Ayúdame a levantarlo! —le rogó—. Hay que sacar a Victoria.

—James...

—¡Date prisa, maldita sea!

—¡James!

La voz fuerte y grave de su hermano lo detuvo y, como si sospechara lo que este iba a decir, comenzó a negar con la cabeza.

Robert tiró de su brazo con decisión y señaló un lugar más allá del carruaje. James contempló con fijeza la masa informe de seda verde que yacía sobre la tierra.

—¿Victoria?

El susurro, preñado de dolor e incredulidad, conmovió profundamente a Robert. Se le cerró la garganta cuando sobre el rostro de su hermano, demudado por el sufrimiento, se deslizaron unas gruesas lágrimas. No lo había visto llorar desde que era un niño. Se estremeció cuando su grito agónico atravesó el aire cálido de la tarde y lo vio correr hacia el cuerpo de su prima.

—¡Victoria! —Cayó a su lado de rodillas y, con mano temblorosa, le retiró el cabello alborotado del rostro. Tenía la piel pálida y fría, y su hermoso rostro, salpicado con esas pequeñas pecas que tanto lo atraían, bañado en sangre que manaba de una herida en la cabeza. Dejó escapar un gemido profundo, como el de un animal herido. Con el cuidado de una madre con una criatura de pecho, la tomó en sus brazos y la estrechó contra sí—. ¡No, Vic! No me dejes... por favor. Te necesito, porque te amo... te amo demasiado, y sin ti mi vida no... no tiene sentido, mi amor.

La había perdido para siempre, por su culpa, por su maldita cobardía. La vida no traía instrucciones para vivirla, y uno tenía que aprender de sus propios errores. Pero ¿qué pasaba cuando el error era irreparable? Daría lo que fuese por volver atrás el tiempo, por tener una segunda oportunidad. Entonces, le ofrecería a Victoria su amor y lo que él era como hombre, despojado de sus títulos y sus riquezas. Simplemente James, con sus defectos, sus anhelos, sus deseos e inseguridades. Sabiendo que quizás no era el mejor hombre del mundo, y que ella se merecía mucho más, pero también que nadie la amaría más de lo que la amaba él.

Robert, de pie detrás de James, contemplaba al orgulloso marqués de Blackbourne llorar estremecido, con lamentos desgarradores, la pérdida de la única mujer a la que había amado de verdad. En ese instante se juró a sí mismo que nunca se enamoraría. Había mirado cara a cara a la muerte en demasiadas ocasiones, y siempre, invariablemente, había visto dolor y lágrimas. Pensó que, con el tiempo, quizás se acostumbraría, pero no. Tal vez era hora de dejar su trabajo a las

órdenes del Primer Ministro.

Alargó su brazo para apoyar la mano sobre el hombro de su hermano, en un gesto de conforto, por más que él pareciese ajeno a cuanto lo rodeaba mientras acunaba el cuerpo flácido de Victoria.

Tal vez, si no hubiese estado tan cerca, o si no hubiese estado acostumbrado a la visión de la muerte, le hubiese pasado desapercibido. Pero lo vio. Vio el ligero movimiento de los dedos femeninos, y la esperanza aleteó en su interior.

—¡James! —No hubo respuesta. Si no fuese porque lo veía moverse, hubiera pensado que su hermano había muerto junto con Victoria. Lo sacudió del hombro con fuerza—. ¡James, está viva!

Se arrodilló a su lado y buscó el pulso en el cuello de la mujer. Ahí, débilmente, latía la vida. Asintió con firmeza cuando su hermano lo miró con ojos suplicantes, y esbozó una sonrisa alentadora. Hacía poco que habían pasado el desvío a un pueblo. Quizás ahí habría un médico que pudiese atender a Victoria.

James pareció intuir lo que estaba pensando.

—Ve, date prisa.

No supo cuánto tiempo transcurrió hasta que fue consciente del ruido que lo rodeaba, el relincho de caballos, el sonido de las ruedas de un carruaje, las voces masculinas... Solo percibía el cuerpo inmóvil entre sus brazos y la piel fría que acariciaba constantemente mientras le susurraba palabras llenas de ternura.

Tenía recuerdos confusos de lo que sucedió después. El médico examinó a Victoria con gesto grave mientras algunos hombres del pueblo sacaban del destrozado carruaje el cuerpo sin vida del secretario y lo cargaban sobre una carreta. Él no pudo retirar su mirada del rostro pálido de Victoria mientras rogaba que abriese los ojos, sus preciosos ojos verdes, y que lo mirara una vez más. Y así siguió todo el camino, encaramado en la carreta donde la colocaron, con su pequeña mano sujeta entre las suyas.

Robert fue quien respondió a todas las preguntas del galeno y quien tomó las decisiones, ya que James era incapaz.

Fue una noche larga, la más larga de toda su vida, mientras el médico atendía las heridas de Victoria, especialmente la de la cabeza, y colocaba en su lugar el hueso fracturado de la pierna. Estuvo a su lado, vigilando que la fiebre no subiese, sin importarle las advertencias de su hermano sobre que necesitaba descansar. Su único descanso y alivio era el leve sonido de la respiración acompasada de Victoria.

El agotamiento físico y emocional pronto le pasó factura, y no tuvo más remedio que dejar que la mujer del dueño de la posada en la que se alojaban, y una de las doncellas, se ocupasen de

Victoria. Apenas pudo conciliar el sueño, tuvo una pesadilla y se despertó bañado en sudor y gritando. Robert intentó calmarlo asegurándole que ella se encontraba bien, aunque aún no había recuperado la conciencia, pero solo hasta que pudo verla, regresó a su habitación.

Cuando volvió a despertar, se sentía más descansado. Se pasó la mano por la mandíbula y se sorprendió al descubrir una barba de varios días.

—Necesitas un buen afeitado. —James se giró y se encontró con la clara mirada aguamarina de su hermano que lo observaba con el ceño fruncido—. ¿Cómo estás?

—¿Y Victoria?

—El día de ayer ya no tuvo fiebre, y ha pasado tranquila la noche, pero aún no ha recuperado la conciencia —le explicó—. El médico asegura que va mejor. La inconsciencia puede ser un mecanismo de defensa del organismo contra el dolor.

—¿Y si no despierta? —inquirió angustiado.

—Lo hará.

James se levantó de la cama, pero se tambaleó y tuvo que agarrarse al poste del baldaquino que cubría la que seguramente era la mejor habitación de la posada.

—Voy a ir...

—No vas a ir a ninguna parte —lo interrumpió Robert con voz firme, la que solía emplear cuando daba órdenes indiscutibles a su peculiar equipo de trabajo—. Vas a sentarte y a esperar a que te traigan el agua para darte un baño y afeitarte; después vas a almorzar bien, y entonces, podrás ir a ver a Victoria.

James gruñó por lo bajo, pero no se opuso.

Cuando hubo cumplido con los mandatos de su hermano, se sintió mucho mejor.

—Antes has dicho que ayer no tuvo fiebre, ¿cuánto tiempo he dormido? —le preguntó mientras intentaba hacerse el nudo de la corbata con poco éxito. Robert le retiró las manos y comenzó a hacer la lazada.

—Casi tres días.

James asintió. Le perturbaba el hecho de que Victoria no despertase, pero quería creer a su hermano.

—Vaya, eres un experto —comentó admirado cuando Robert terminó de atar el lazo.

—He tenido práctica —repuso con un encogimiento de hombros. Las misiones a las que había sido enviado por el gobierno de Inglaterra no incluían un ayuda de cámara junto al escaso equipaje—. Tengo que salir. Me costó convencer a la duquesa de que no viniese hasta aquí junto

con el mensajero que le envié para avisarle del accidente, pero tengo que informarla cada día. Sabes que después tendremos que dar explicaciones, ¿verdad?

—Ya pensaremos en ello. —Robert asintió y se giró para marcharse. Se detuvo en la puerta, cuando su hermano lo llamó. Lo miró a la espera de que dijese algo, pero James se acercó a él y lo abrazó con fuerza—. ¡Gracias!

Esa sola palabra lo conmovió, y la calidez de su abrazo le puso un nudo en la garganta. No era ningún sentimental, su trabajo lo había endurecido; sin embargo, en ese momento se dio cuenta de cuánto habían necesitado los dos ese gesto. Él, porque llevaba mucho tiempo sintiéndose solo; James, porque, quizás por primera vez, había aceptado su vulnerabilidad. Al fin y al cabo, ser marqués era solo un título, pero a veces resultaba difícil ver al hombre detrás del aristócrata.

Se separaron en silencio. Sobraban las palabras entre hermanos. Luego salieron del dormitorio al mismo tiempo. Mientras Robert descendía las escaleras que conducían al comedor y al salón central, James se detenía ante la puerta de la habitación de Victoria. Se quedó allí, indeciso, con la frente y las palmas apoyadas contra la puerta, y el corazón latiendo errático. Inspiró hondo para calmarse y abrió con cuidado.

En el interior de la estancia la luz entraba con timidez por entre los cortinajes echados de las ventanas. La criada que había permanecido sentada en una butaca junto al cabezal del lecho, se levantó cuando lo vio entrar. Le dirigió una leve reverencia y se marchó discretamente.

Se acercó a la cama y contempló a Victoria. La palidez de su rostro acentuaba las líneas afiladas de sus pómulos y de su barbilla. Había perdido peso. Llevaba la cabeza vendada con un lienzo blanco para proteger la herida que el médico había tenido que coser desde la sien izquierda hasta casi la mitad de la frente. Su rojizo cabello contrastaba con el blanco níveo de las sábanas y de la venda.

Se la veía tan frágil e indefensa... Y, sin embargo, ella era toda su fuerza, la que lo impulsaba a seguir viviendo, a luchar por convertirse en alguien mejor. Ella era su corazón y sus pulmones. Respiraba por Victoria.

Avanzó unos pasos, hasta que sus muslos tocaron el borde de la gran estructura de madera que constituía el lecho, y se inclinó para retirar un mechón rebelde de su frente. Lo frotó entre sus dedos, percibiendo su suavidad. Luego le acarició la mejilla en una caricia tierna y delicada. Victoria suspiró quedamente. James se detuvo y la miró con fijeza, a la espera de que abriese los ojos, pero fue una espera inútil. Ella continuó sumida en la inconsciencia, donde él no podía entrar en sus sueños.

Se dejó caer sobre la butaca bajo el peso de la decepción. Apoyó los codos sobre sus rodillas y se sujetó la cabeza entre las manos. Luego la alzó despacio, y tomando la mano tibia y pequeña entre las suyas, comenzó a hablarle de los recuerdos comunes de su infancia.

Había un zumbido continuo, un murmullo ininteligible que perturbaba su sueño. Además, le dolía la cabeza. La sentía espesa, como si la tuviese formada de algodón. Quizás era porque había dormido demasiado. Fuese por lo que fuese, no importaba, quería silencio. Si se trataba de Ellie, su doncella personal, la reprendería. La muchacha sabía que no le gustaba que entrase a su dormitorio cuando todavía dormía. Despertarse con ruidos la ponía de mal humor.

Intentó abrir los ojos, pero sus párpados se negaban a obedecer. Cuando trató de darse la vuelta para ocultar el rostro en la almohada, gimió a causa del dolor que se extendió por su pierna. Apretó los dientes hasta que cedió. ¿Por qué le dolía la pierna? ¿Acaso se había caído del caballo?

—¿Victoria?

Quien había susurrado su nombre lo había hecho con suavidad, como si lo acunase entre sus labios, pero también con un inconfundible tono de ansiedad. Se esforzó de nuevo por abrir los ojos, y esa vez lo logró. Parpadeó para adaptarse a la luz que había en la habitación y frunció el ceño cuando una sombra se cernió sobre ella.

James tenía la mirada clavada en Victoria. Había escuchado el gemido cuando había intentado moverse, y había visto el delicado aleteo de sus párpados. Su corazón latía desbocado mientras se preguntaba si ella lo reconocería. El doctor había dicho que, en ocasiones, y tras un fuerte golpe en la cabeza, las personas olvidaban quiénes eran. Por eso esperaba con ansiedad que ella lo viese. Cuando Victoria lo miró con el ceño fruncido, como si no lo conociese, sintió que el alma se le partía en dos.

—Victoria...

Entonces, los labios femeninos dibujaron una amplia sonrisa que le caldeó el corazón.

—James... creo que necesito comprarme un sombrero nuevo —le dijo con voz somnolienta y la mirada un tanto vidriosa y desenfocada.

Casi se echó a reír, si no fuera porque tenía un nudo en la garganta. Se llevó su mano a los labios y depositó un beso cálido en su palma.

—Te compraré todos los que quieras, cariño —repuso con la voz ronca.

—¿Estás... llorando?

Había notado la humedad en su mano. Nunca había visto llorar a James. Quiso incorporarse para acercarse a él, pero el dolor la atravesó como una cuchilla. Entonces recordó todo. El señor Lipton conduciendo a gran velocidad mientras el cabriolé se tambaleaba, el chasquido de la madera al romperse, los gritos, el accidente y la oscuridad. Cerró los ojos con fuerza, como si así pudiese evitar los recuerdos.

—Tranquila, mi amor, todo ha pasado ya.

Notó la caricia suave de sus manos ásperas sobre la mejilla, y el tierno acento de su voz que la acunó mientras el sueño volvía a hacer presa de ella; aunque en esa ocasión se sumió en uno tranquilo y confiado, porque sabía que James estaba a su lado.

Después de una semana más, para desesperación de Victoria, el médico dio su autorización para que pudiera viajar a Londres. La herida de la cabeza cicatrizaba bien, y la fractura, aunque todavía requería tiempo para curarse del todo, parecía estar soldando adecuadamente.

Lady Eloise había enviado el carruaje ducal, más amplio y acolchado que cualquier coche alquilado, en el que podría realizar el trayecto con comodidad. Mientras James hablaba con el cochero, Robert la cogió en brazos y la trasladó hasta el asiento aterciopelado del lujoso interior. Cuando la acomodó, colocó su pierna fracturada en el asiento frontal, bajo un mullido cojín. Victoria le agradeció sus cuidados con una sonrisa.

Se dio cuenta de que, al pasar, James le dedicaba una mirada rápida antes de continuar su conversación, y Victoria suspiró. Desde aquella vez que había despertado y se había encontrado a James llorando, apenas habían intercambiado un par de palabras. Casi siempre había sido Robert quien le había hecho compañía, como lo haría en esa ocasión, puesto que James había decidido ir cabalgando.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Robert.

Vio la preocupación en sus ojos y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—No es nada. Gracias, Robert.

Él asintió con gesto serio y fue a reunirse con su hermano.

Los contempló uno al lado del otro, tan iguales y tan diferentes al mismo tiempo. De hecho, había aprendido a captar los sutiles detalles que los diferenciaban no solo en el carácter, sino también físicamente. James tenía más marcados los surcos alrededor de la boca, ya que tendía más a sonreír de lo que lo hacía Robert; este último poseía unas pestañas más largas y oscuras que James, y era más delgado.

Se preguntó qué guiaba al corazón a escoger enamorarse de una persona y no de otra. ¿Qué influjo ejercía sobre ella James que, a pesar de lo parecidos que eran los dos hermanos, sus ojos volaban siempre hacia el marqués? Cerró los ojos y se recostó contra el asiento. Aunque la amenaza que pendía sobre ella había desaparecido, sus orígenes seguían siendo los mismos. Cuando Robert le anunció la muerte de Thomas Lipton, lo lamentó sinceramente. Era un hombre joven, atractivo y trabajador, y tenía sueños... sueños que se habían truncado. ¿En qué medida aquello había sido culpa suya?

Quizás si no hubiese sido tan amable con él, reconociéndolo tan solo como a un empleado de su padre, el señor Lipton no se hubiese creado ideas falsas; o tal vez no. Bien sabía ella lo difícil que resultaba olvidar a quien se amaba. El amor verdadero era como una planta que echaba raíces profundas en el corazón, de un modo tranquilo y silencioso, casi sin que uno se percatase, por eso costaba tanto desarraigarlo.

—¿En qué piensas?

Abrió los ojos y se encontró a James mirándola. Vestía una chaqueta de seda adamsada en turquesa y oro que combinaba a la perfección con su cabello dorado y sus ojos aguamarina; pantalones gris perla y botas de caña alta. Se había acomodado en el asiento frente a ella y, aunque quería aparentar serenidad, Victoria percibió la tensión que sostenía su cuerpo.

—Creí que querías cabalgar —respondió con tono neutro.

—Robert se empeñó en que viniera en su lugar —repuso encogiéndose de hombros con indiferencia.

Victoria apretó los puños con fuerza, y los ocultó bajo los abundantes pliegues de la falda de su vestido. Afortunadamente, lady Eloise se había encargado de proveerla con todo lo necesario, pues su vestido de viaje había terminado destrozado.

—Lamento que te hayas sentido obligado a acompañarme —replicó con tirantez.

James se pasó la mano entre el cabello, nervioso.

—Sabes que no es así, Vic, yo...

El carruaje arrancó la marcha con un brusco movimiento y Victoria palideció. No pudo evitar un estremecimiento de aprensión cuando las ruedas comenzaron a deslizarse sobre la gravilla del camino, y su respiración se aceleró. Inmediatamente, James se sentó a su lado y la abrazó para reconfortarla. La fortaleza de sus brazos y la calidez de su aliento suave sobre su cabeza, la serenaron. De repente se sintió cansada de luchar contra James y contra sí misma.

—Lo siento —susurró con voz temblorosa.

Él estrechó su abrazo, y aunque a ella la posición le resultaba incómoda a causa de la pierna fracturada, no le importó.

—No, Vic, soy yo quien lo siente. Debería haber permanecido a tu lado todos estos días —manifestó. Su voz se tornó más espesa y grave cuando añadió—: Pero no podía. Era un infierno verte y no poder tocarte como deseo.

Capítulo 21

El cojín de seda golpeó la pared y cayó al suelo con un suspiro silencioso.

—Te juro, James, que como no salgas ahora mismo de aquí, lo próximo que te arrojaré será la tetera —le espetó con fiereza.

—Tienes muy mala puntería.

Victoria lo observó con los ojos entrecerrados.

—La práctica hace al maestro. ¿Quieres que probemos? —insinuó con una sonrisa burlona.

James frunció el ceño y contempló a su prima. Tenía los brazos en jarras, las mejillas ruborizadas y el cabello algo despeinado. Estaba preciosa.

«¡Dios! ¡Cuánto la amo!», pensó. Y, a pesar de todo, aún no se lo había dicho. Había sido por falta de tiempo y de un momento oportuno, pues cada vez que comenzaban una conversación, terminaban discutiendo. Y a él le encantaba ver sus ojos como esmeraldas brillantes, y el arrebol de sus mejillas.

En esa ocasión la discusión había comenzado porque detestaba verla de pie, como en ese momento, mientras hacía esfuerzos por caminar sola. Temía que pudiera caerse, aun cuando ya habían pasado casi tres semanas desde que habían regresado y el médico de la familia le había dicho que podía empezar a andar apoyada en un bastón. Victoria había rehusado por completo a usarlo y, en aquel momento, se agarraba precariamente de uno de los postes que conformaban el dosel de la cama.

—No quiero que te...

—Voy a empezar a contar. Uno... Dos...

Vio cómo se recostaba contra la puerta cerrada y cruzaba los brazos sobre el pecho. Esbozó una media sonrisa y la desafió con la mirada.

Un exquisito estremecimiento le recorrió el vientre. «¡Dios! ¡Qué guapo es!», pensó. Su corazón comenzó a latir con fuerza. Desde que habían regresado a Londres, la relación entre ellos había vuelto a ser tan familiar como antes. Pero, aunque ella lo agradecía, le pesaba un poco el corazón. Era como si nada hubiese sucedido, ni los besos, ni las palabras tiernas, ni siquiera su gran error.

—Quizás lo que necesitas es un sombrero nuevo —se burló él.

—¡Oh, sí! Estoy convencida de ello —repuso al tiempo que cogía la tetera que había sobre la mesilla y le devolvía una sonrisa rígida—. Me sucede a menudo cuando estoy contigo. Creo que iré hoy mismo a comprar uno.

James atravesó en tres largas zancadas la habitación y envolvió a Victoria entre sus brazos, mientras retiraba el arma arrojadiza de su mano.

—No.

A ella no le gustó la contundente negativa ni el tono firme en que la había pronunciado.

—Ah, ¿no?

El tono cantarín que usó Victoria no presagiaba nada bueno para él, así que se dispuso a distraerla de la mejor manera que sabía. Le acarició la mejilla con el dorso de la mano, y luego la deslizó por la piel sedosa de su cuello.

—La señora Becher me contó lo que haces con los sombreros. Eres muy generosa, Victoria. —Notó cómo se estremecía bajo sus caricias. Cuando se humedeció los labios, su propio cuerpo reaccionó y la pegó aún más a él con un gemido ronco—. Y eres hermosa, divertida, valiente, y muy, muy peligrosa.

—James...

El aliento de su boca le rozó los labios, y él cruzó el tímido espacio que los separaba para besarla como llevaba deseando hacer desde que había entrado en la habitación. Sabía a té de menta, a dulzura y a mujer. Se estremeció cuando ella le acarició la nuca y enredó los dedos en su cabello. Profundizó el beso hasta fundirse ambos en una misma respiración y un mismo latido.

Con el corazón agitado, se separó de Victoria e hizo que reposase la cabeza sobre su pecho mientras la mantenía entre sus brazos. Se abandonaron al silencio mientras recuperaban la calma.

—Creí morir cuando vi el carruaje volcarse —le confesó de pronto—. ¿Por qué no me contaste lo que sucedía, Vic?

A ella le dolió el tono de tristeza y decepción que arrastraba su reproche, pero ¿cómo podía explicarle sus motivos? Decirle la verdad solo sería una carga para él.

—No podía —murmuró contra su pecho.

—¿Por qué? —insistió. Cuando intentó alejarse, la estrechó con más fuerza. No pensaba separarse de ella. Había llegado el momento de las explicaciones... y de las confesiones—. ¿Por qué, Victoria?

—Porque Lipton había amenazado tu vida y la de mi padre —repuso con tono cansado—. Tú estabas herido y yo... Si nos casábamos, todo estaría bien.

La separó un poco de sí y la miró a los ojos. El dolor que Victoria vio en ellos hizo que a los suyos acudiesen las lágrimas.

—No, nada hubiera estado bien —le reprochó dolido—. ¿Cómo podías casarte con un chantajista? ¡Ni siquiera sabías quién era!

—Sí lo sabía.

El susurro de su voz se magnificó flotando como un eco furtivo en el silencio que siguió a su declaración. Notó la tensión que invadió el cuerpo de James. Sus manos le apretaron con firmeza los hombros.

—¿Lo sabías?

Victoria asintió. Ya no valía la pena seguir ocultando la verdad.

—La primera vez que escuché su voz en el baile de máscaras, me resultó familiar, igual que en Vauxhall —le explicó, aunque no fue capaz de mirarlo a los ojos—. Luego, cuando me envió el último mensaje escrito, vi su letra y la reconocí.

—Y no me dijiste nada. —Vio que negaba con la cabeza—. ¿Por qué, en nombre de Dios? ¿Acaso me crees tan inútil como para no poder enfrentarme a un problema así? —le reclamó dolido.

—¡No es por eso! —exclamó con vehemencia.

—Entonces ¿por qué, Victoria?

—¡Porque te amo demasiado, pedazo de asno!

Aturdido, James dejó caer los brazos a los costados y clavó sus ojos asombrados en los de ella.

—¿Tú me... me amas?

Victoria se asustó cuando él cayó de rodillas a sus pies y se abrazó a sus piernas con la cabeza apoyada en su regazo.

—¿James? —musitó intranquila.

El quedo sollozo que brotó de sus labios la perturbó.

—Perdóname, Victoria. —Su voz sonaba rota, y a ella se le puso un nudo en la garganta—. Perdóname. ¡Te amo tanto, tanto! Pero no fui capaz de decírtelo. Tenía miedo; miedo de que tú no sintieras lo mismo por mí y te perdiese para siempre. Y no podía perderte, porque sin ti no soy nada. Tú me completas, Victoria; me haces ser mejor persona. Te necesito, ¡Dios es testigo de cuánto te necesito!

Victoria apoyó su mano temblorosa sobre aquel cabello besado por los rayos del sol y le

acarició la cabeza mientras lágrimas de felicidad se deslizaban por su rostro. La amaba.

—James...

Él levantó la cabeza y la miró. Desde el aguamarina de sus ojos, claros y transparentes, se asomó a las profundidades de su alma, y su propio corazón comenzó una carrera hacia la felicidad. James tomó su mano y se la besó.

—Victoria, no tengo mucho que ofrecerte. Me conoces bien; conoces todos mis defectos. No soy... no soy un hombre perfecto, y sé que tú te mereces algo mejor, pero mi corazón es tuyo, y siempre lo será, si me aceptas.

Tuvo que hacer un esfuerzo para hablar. Sentía la garganta cerrada a causa de las fuertes emociones que la arropaban en aquel momento. Su sueño, el deseo más precioso de su corazón, se había hecho realidad.

—Nunca he querido nada más, James. Siempre has sido tú, mi amor —le confesó con los ojos brillantes de felicidad y una luminosa sonrisa que caldeó el corazón de James—. Te amo tal y como eres, James Marston, y te amaré toda la vida. Y ahora, bésame como se debe.

Él dejó escapar una carcajada gozosa y se levantó con presteza para cumplir aquella orden. Fue un beso dulce y tierno, el más maravilloso de cuantos le había dado, porque en él iba incluido su corazón.

Escuchó el suave sonido de la puerta al abrirse, y maldijo en su interior por su descuido. Supo enseguida de quién se trataba. Se despegó perezosamente y con renuencia de los labios de Victoria, pero no apartó ni un segundo su mirada de ella cuando habló.

—¿Jimmy?

El niño se había detenido junto a la puerta y los contemplaba con los ojos abiertos cargados de inocencia infantil y asombro.

—¿Sí, señor?

Su voz sonó en un susurro casi reverencial.

—Creo que ya puedes llamarme papá.

Hubo primero un parpadeo, seguido luego por un grito excitado que resonó en la estancia y provocó que la boca de James se frunciere en una mueca. Atrajo a Victoria hacia sí y apoyó su frente en la de ella mientras escuchaba los ligeros pasos del niño perderse escaleras abajo.

—Sabes que se lo contará a todos —señaló ella con una risilla burbujeante. Sus ojos chispearon de felicidad.

—Lo sé —repuso con un suspiro de resignación. La soltó y se acercó a la puerta para cerrarla —, pero así los mantendrá entretenidos mientras yo me ocupo de ti.

Victoria frunció el ceño. Esperaba de todo corazón que no insistiese de nuevo en su empeño por ejercer como su enfermera; de ser así, estaba más que dispuesta a sacudirle. Todos los días revisaba sus heridas, a pesar de que los puntos de la cabeza habían cicatrizado bien y ya no llevaba venda, y de que el médico le había dicho que su pierna estaba en perfectas condiciones, solo necesitaba ejercitarla. Pero James pretendía llevarla en brazos a todas partes y la trataba casi como si fuera una inválida.

Ahora comprendía que todo ello no nacía de un deseo de control, sino de la preocupación y del amor; sin embargo, prefería que no la mimase de esa manera.

—Pero yo no necesito nada —declaró para dejar clara su postura.

Él esbozó una sonrisa pícaro que le provocó un cosquilleo en el vientre e hizo que se le encogiesen los dedos de los pies.

—Dame unos minutos y verás —replicó con voz sedosa mientras se afanaba con avidez en desabrochar los corchetes de su vestido.

Un «ohh» fue todo lo que pudo decir antes de perderse en las maravillosas sensaciones que le provocaron sus manos y sus labios hambrientos. Cuando la tomó en brazos, Victoria no se quejó, sino que aprovechó para lamer la fuerte columna de su cuello. El estremecimiento que sacudió el cuerpo masculino le hizo sentirse poderosa.

James se sentía como un muchacho en su primera experiencia sexual, tembloroso, emocionado y muy, muy excitado. La depositó con suavidad en el centro de la cama. Se quedó a un lado y procedió a desvestirse con calma, mientras gozaba del rubor que coloreaba las mejillas de ella y del brillo de deseo en sus ojos esmeralda. Cuando se reunió con ella, a pesar del deseo ardiente que experimentaba, se controló para ir lentamente. La abrazó y le acarició el rostro, pasando con delicadeza un dedo sobre la herida de la frente.

—Casi te pierdo —musitó.

—No pienses más en ello. Ahora estamos juntos. —Depositó un ligero beso sobre su pecho, justo donde latía con fuerza su corazón.

Él asintió despacio. Con calma, casi como si de un ritual se tratase, le quitó las horquillas que sujetaban su cabello y extendió las rojizas guedejas sobre la almohada.

—Te amo, Victoria Cavendish. —Su voz sonaba tan firme y convencida que la sonrisa de Victoria flaqueó por un momento, y sus ojos se velaron de tristeza. James se preocupó—. ¿Qué sucede, Vic?

Las suaves caricias de los dedos masculinos sobre su brazo la relajaron, y aunque sentía el corazón oprimido supo que ya no podía haber entre ellos silencios ni verdades ocultas.

—James, yo no soy... —Se detuvo un momento, como si necesitase tomar aire. Luego

prosiguió—: ¿No te importan mis orígenes?

Él acunó su rostro entre sus manos cálidas, y su mirada llena de ternura la desarmó.

—Eres lo más bello que me ha dado la vida —respondió con tono ferviente—. Te has adueñado de mi alma, y no pienso renunciar a ti solo a causa del lugar de donde provienes. No se puede juzgar a nadie por su origen de nacimiento, ni tampoco a un caballero por sus títulos. A una persona se la juzga por sus obras. Y tú, mi amada Victoria, eres una dama de los pies a la cabeza. Y, por cierto —añadió mientras se permitía pasear su mirada hambrienta sobre la suave piel de alabastro—, una muy bien hecha.

Victoria sonrió temblorosa y enternecida.

—Yo también te amo, James Marston.

Y en esa ocasión, fue ella quien lo besó.

Se acomodó sobre su cuerpo grande y disfrutó de la sensualidad del roce de sus pieles, de la caricia de sus bocas, de la fuerza contenida en los músculos que sus manos inexpertas recorrían. Se convirtió en exploradora de un terreno desconocido y excitante entre los suspiros y gemidos de él que la alentaban a seguir.

Cuando descendió, curiosa, por el cuerpo de James, este se tensó. Con un movimiento inesperado, giró sobre sí mismo atrapando a Victoria debajo de él.

—Te necesito —le dijo con voz enronquecida.

Su beso ardiente la estremeció, pero fueron sus palabras las que se grabaron a fuego en su corazón, porque sabía que James no se refería solo a una necesidad física, sino a una necesidad del alma. Habían estado girando uno en torno al otro, como satélites en su órbita, sin llegar a acercarse, pero ahora, si uno desapareciera, el otro dejaría de existir, como el brillo de una estrella fugaz en el firmamento.

Inclinó la cabeza hacia atrás mientras gozaba con el toque suave y ligero de sus manos al recorrer su cuerpo. Sus caricias se transformaron en magia, y la magia se convirtió en pasión; una pasión que los hizo volar unidos hasta lo más alto para descender luego vertiginosamente con el sonido de sus nombres en los labios.

—James, deberíamos... bajar. —Un gemido ahogado brotó de su garganta cuando él lamió el lunar que tenía junto al ombligo. Le había prometido que besaría todas sus pecas, una por una. Jadeó cuando siguió descendiendo por su cuerpo, aunque ella habría jurado que, en aquella zona tan íntima no poseía ninguna peca—. Tus padres... Esto... no está... bien...

—Esto es perfecto —la contradijo con una sonrisa traviesa. Luego hizo que se estremeciese una vez más y tocase de nuevo el cielo antes de volver a la realidad.

Victoria contempló en el espejo el recogido de su pelo. Era lo mejor que había podido hacer teniendo en cuenta las circunstancias. Se giró nerviosa hacia James, que la miraba con una luz nueva en los ojos. Cuando había recuperado su capacidad para pensar con coherencia, se había horrorizado al darse cuenta de lo que había sucedido: ¡habían hecho el amor en la mansión de los duques, a plena luz del día!

—¿Cómo voy a poder mirar a los duques a la cara? —se lamentó.

James se acercó con una sonrisa y le acarició el rostro.

—No te preocupes, amor —la tranquilizó al tiempo que la ayudaba a ponerse de pie y rodeaba su cintura—. Robert les informó de que pensaba pedirte matrimonio, y como saben lo terca que eres, pensarán que me está costando convencerte.

Ella sacudió la cabeza y le dio un ligero golpecito en el hombro. No estaba tan segura de que la duquesa no supiese lo que habían estado haciendo.

Bajaron la escalera cogidos de la mano, después de asegurarle a James que si la bajaba en brazos no volvería a hablarle en la vida, incluso aunque estuviesen casados. Él solo se había reído y había depositado un beso suave en sus labios. Parecía incapaz de dejar de tocarla, y Victoria se sentía como flotando en un sueño. Temía despertarse en cualquier momento y descubrir que nada era real.

—Milord, milady —los interceptó Thompson al llegar al vestíbulo—. Mi más sincera enhorabuena por su compromiso. Me alegro de tener el honor de ser el primero en felicitarlos.

Victoria notó cómo el rubor cubría sus mejillas, y envidió a James, que se veía exultante de emoción y sin ningún asomo de vergüenza mientras le sonreía feliz al anciano mayordomo.

—Muchas gracias, Thompson. —Palmeó su hombro con tanta fuerza que el hombre casi perdió el equilibrio.

—Esto... Los esperan en el salón azul, milord —les informó mientras enderezaba la espalda y tiraba de las puntas de su chaleco como si estirase de su propia dignidad para devolverla al lugar que le correspondía. Ejecutó una profunda reverencia y se marchó en dirección a la cocina.

—Bien, ¿estás preparada? —le preguntó James cuando se encontraban ante la puerta del saloncito. Del otro lado llegaban los susurros amortiguados de voces. James se llevó su mano a los labios y depositó un beso cálido—. ¿Vamos?

Inspiró hondo y asintió. James abrió la puerta y Victoria penetró en el interior de la estancia. Una brisa fresca sacudía los cortinajes azules de los dos grandes ventanales que permanecían abiertos. La madera oscura del mobiliario contrastaba con la seda azul con bordados de plata que tapizaba los sillones, ocupados en aquel momento por varios miembros de la familia.

Enderezó la columna, como si se enfrentase a un grupo de las más puntillosas matronas de la

alta sociedad, y esbozó su mejor sonrisa, esa que, sin saberlo, había conquistado el corazón de James.

—Buenas tar... —Se interrumpió y abrió los ojos sorprendida cuando al mirar a los presentes encontró entre ellos el rostro familiar del conde—. ¿Padre?

Lord Rothwell se puso lentamente de pie, y el corazón de Victoria se encogió cuando observó el semblante grave y la mirada seria con que la contemplaba. Notó que James se colocaba a su lado, brindándole apoyo, pero ella no podía apartar los ojos de aquel rostro tan querido a pesar de saber que no era hija suya. Un nudo le oprimió la garganta cuando vio las sombras que bordeaban sus ojos azules y las pequeñas arrugas alrededor de su boca. Parecía haber envejecido durante el tiempo que había permanecido ausente.

El silencio de él le destrozó el corazón, pero entonces, el conde abrió sus brazos y Victoria se precipitó en ellos ahogando un sollozo.

—Nunca he pasado tanto miedo como cuando me enteré de tu accidente —le susurró mientras la estrechaba entre sus brazos y besaba su cabello con ternura—. No puedo perderte, Victoria, eres todo lo que tengo.

—Estoy bien, padre —repuso con una sonrisa llorosa.

Permanecieron un rato abrazados, ajenos a las miradas incómodas de cuantos los rodeaban. Finalmente, lord Rothwell la soltó y carraspeó para aclararse la garganta.

—Me parece que tienes mucho que explicarme, jovencita.

—Si me permite, milord —intervino James—, me gustaría hablar antes con usted de otro asunto.

El conde le dirigió una mirada penetrante. Luego miró a su hija, que sonreía radiante, y dejó escapar un suspiro resignado.

—Sí, supongo que sí.

—Deseo pedirle formalmente la mano de lady Victoria Cavendish.

La duquesa emitió un grito de alegría y el resto de los presentes sonrió. Lord Rothwell extendió la mano hacia su hija y Victoria la tomó apretándosela con cariño mientras su sonrisa se ampliaba.

—Supongo que no tengo nada que objetar —admitió—. Solo prométeme, Blackbourne, que vas a hacerla feliz.

James dirigió su mirada a Victoria. Se veía radiante. Ella era la estrella brillante en la oscuridad de su alma; toda belleza, dulzura y pasión. Su respiración y su latido.

—Se lo juro por mi vida.

Capítulo 22

El resto de la mañana, James se mantuvo encerrado en su despacho con lord Rothwell discutiendo los pormenores del compromiso mientras Victoria acompañaba a lady Eloise en la salita.

Escuchaba a medias la charla entusiasmada de la mujer. Su mente viajaba inquieta por el laberinto de recuerdos entre lo que había descubierto sobre su nacimiento, el chantaje del secretario de su padre y la situación de Jimmy. Había demasiadas cosas por resolver y no sabía bien cómo enfrentarse a ellas. ¿Debía contarle a su padre la verdad? Le dolía que él se la hubiese ocultado durante tanto tiempo, aunque comprendía por qué lo había hecho. Sin embargo...

—¿Qué te parece, Victoria?

Se volvió hacia la duquesa y se sonrojó incómoda.

—Discúlpeme, lady Eloise, estaba un poco distraída.

Ella le palmeó una mano con cariño.

—No te preocupes, querida, lo comprendo. Te preguntaba qué te parecía que la boda se celebrase en el mes de octubre.

Victoria abrió los ojos sorprendida.

—¿Tan pronto?

—Bueno, habida cuenta de las circunstancias... —Las mejillas de la duquesa adquirieron un suave tono rosado y desvió la mirada. Victoria se debatió entre la vergüenza y la risa—. Creo que octubre es un buen mes, que, además, trae suerte. Puede ser a finales, así tendremos casi dos meses para prepararlo todo.

—Me parece bien, lady Eloise.

—¿Hay algo que te preocupe? —le preguntó de repente.

Su mirada estaba llena de cariño. Había sido para ella como una madre, y Victoria se dio cuenta de que le gustaría poder confiarle todo lo que llevaba dentro y pedirle su consejo. Pero no se sintió capaz.

—Solo me preguntaba si Arabella habría vuelto para entonces —respondió.

La duquesa no quedó muy convencida, pero aceptó la respuesta.

—Hace unos días recibí una carta suya —le reveló con una sonrisa—. Me aseguró que estarían de regreso a primeros de septiembre. Estoy segura de que cuando se entere de tu compromiso con James, se alegrará mucho con la noticia. Siempre habéis sido más hermanas que primas. —Victoria sonrió ante aquella verdad. ¡Cómo la echaba de menos!—. Robert podrá asistir, y Edward, aunque le ha surgido un viaje imprevisto, no creo que falte.

—¿Quién va a faltar y a qué? —Quiso saber James, que acababa de entrar en la sala.

Se dirigió hacia su prometida y la besó en la mejilla por el puro placer de hacerlo, lo que consiguió que su futura marquesa se sonrojase, y que a su madre le brillasen los ojos.

—Le comentaba a Victoria que puede que Edward falte a vuestra boda en el mes de octubre, aunque espero que sus asuntos hayan quedado arreglados para ese entonces. —Vio que su hijo alzaba una ceja arrogante y supo que se trataba del tema de la boda, pero decidió malinterpretarlo a su conveniencia—. Es cierto, no he tenido tiempo de contaros. Edward ha recibido una herencia.

El comentario detuvo a James, que se había inclinado para tomar uno de los rizos de Victoria que se había desprendido del precario recogido. Se enderezó y miró a su madre con sorpresa.

—¿Edward?

Lady Eloise asintió con una sonrisa satisfecha, y James se preguntó si su madre no habría tenido algo que ver en el asunto. Mientras hablaba con lord Rothwell, se había enterado del plan que la duquesa había urdido para juntarlos a Victoria y a él, y aunque no tenía ahora ninguna queja al respecto, no le agradaba la idea de que su madre se metiese a casamentera.

—Una tía lejana de tu padre, que nunca se casó, lo nombró heredero en su testamento —le explicó—. Hace unos días vino un abogado para informarle de la situación y de sus nuevas responsabilidades, pues la dama había fallecido. Así que Edward se ha convertido en el heredero de unos cuantos miles de libras y una mansión en un pequeño pueblo de Hertfordshire.

La sonrisa de su madre se amplió y James frunció el ceño.

—¿Y no habrás tenido algo que ver con ello?

La duquesa lo miró con disgusto.

—¡No seas absurdo, James! —lo reprendió—. Ni siquiera conocía a lady Belinda. Tal vez la vi el día de mi boda, pero no lo recuerdo.

Él no se mostró muy convencido.

—Y entonces, madre, ¿por qué luces esa sonrisa tan satisfecha?

Lady Eloise no pudo evitar una carcajada.

—¡Ah, querido!, por lo visto lady Belinda era una mujer astuta. No se conformó solo con nombrar un heredero al azar. Como no deseaba que su fortuna fuese derrochada, pidió informes

del estilo de vida de su heredero, y puso una serie de condiciones para poder recibir la herencia. En caso de no cumplirlas, tanto el dinero como la mansión irán a parar a una institución de caridad. Tu hermano puso el grito en el cielo cuando se enteró —le contó con una sonrisa divertida—, pero como siempre anda escaso de dinero, al final terminó por aceptar. Y yo creo que le va a ayudar mucho. Estaba desperdiciando su vida aquí en Londres.

James pensaba lo mismo. Su hermano no se tomaba nada en serio y dejaba que sus supuestos amigos lo manejasen a su antojo. Tener que luchar por algo, seguramente le haría madurar.

—¿Cuáles son las condiciones? —preguntó Victoria intrigada. Conocía bien a Edward y lo mucho que le gustaba gozar de la vida sin preocupaciones.

Los ojos de la duquesa brillaron maliciosos cuando respondió.

—Si quiere recibir la herencia, no podrá abandonar la mansión en el espacio de treinta días...

James dejó escapar un silbido de admiración. Un mes no era demasiado tiempo, pero Edward se había vuelto demasiado capitalino, y parecía incapaz de vivir lejos de Londres, de sus fiestas nocturnas y de sus clubes de juego, ni siquiera un día.

—Apuesto lo que quieras a que no dura ni dos días en el campo.

—Yo no estaría tan segura —repuso la duquesa.

Las rubias cejas de James se alzaron en un gesto de incredulidad.

—¿Hay algo más?

—Tal vez... ¡Oh, William, bienvenido! —Se volvió hacia el conde que se había detenido en el umbral de la puerta. El estómago de Victoria dio un vuelco. Ni siquiera había tenido tiempo de preguntarle a James cómo le había ido—. ¿Te apetece unirme a nosotros?

Lord Rothwell negó con la cabeza.

—Muchas gracias, milady, pero desearía dar un paseo con mi hija.

La duquesa asintió conforme.

—Por supuesto, el jardín está muy agradable para un paseo.

Victoria se disculpó con la duquesa y se levantó. Notó la leve caricia de James en su mano cuando pasó a su lado, pero no lo miró. Sabía que trataba de reconfortarla, pero cientos de mariposas parecían empeñadas en aletear en el interior de su estómago. Su padre se acercó y le ofreció el brazo con galantería. Ella lo aceptó y salieron por las puertas afrancesadas de la salita.

En el exterior, el aire estaba impregnado de una suave fragancia a lirios, rosas y madreselvas. Los coloridos parterres situados bajo las ventanas y al pie de la inmensa terraza que cubría casi

toda la parte central de la fachada trasera de Westmount Hall, siempre alegraban la vista de los visitantes y huéspedes, especialmente el jardín de los rosales que podía verse desde la sala azul. A partir de las escaleras que conducían a la terraza, se extendía una amplia franja de césped en la que se solían celebrar picnics y otros eventos, incluidos juegos. Más allá, los setos de tejo separaban el jardín formal del informal, en el que la naturaleza parecía desarrollarse a su antojo.

Sin embargo, también el jardín informal había sido diseñado para que se pudiese disfrutar de agradables paseos. Había varios senderos que lo recorrían, con bancos de piedra para poder descansar bajo la amplia sombra de los árboles.

Lord Rothwell tomó una de las sendas al azar y caminaron en silencio. Pasaron junto a una de las fuentes ornamentales en la que algún caprichoso dios del mar hacía brotar el agua de una caracola, y siguieron avanzando hasta que llegaron al cenador. El conde subió los escalones de acceso al templete e invitó a Victoria a sentarse antes de hacerlo él a su lado.

En el silencio que los rodeaba, la asaltaron los recuerdos del día en que James la había besado allí, bajo el techo abovedado y las hermosas columnas de mármol.

Qué lejano le pareció ese momento. El tiempo no perdonaba a nadie, seguía incansable su camino, ajeno a las preocupaciones de los hombres. El pasado siempre quedaba atrás. No había forma de recuperarlo, ni de cambiarlo, solo se podía vivir con las consecuencias. Hacía años, su padre había tomado una decisión, y había vivido aceptando todo lo que implicaba; ella también hizo su elección, pero había cometido un terrible error que casi le había costado la vida y perder el amor. Ahora ella debía afrontar también sus propias consecuencias.

Se retorció las manos, nerviosa por el silencio. No sabía por dónde comenzar. Ni siquiera sabía si debía decirle algo o si era mejor mantenerse en silencio. A veces había heridas que, si se abrían, resultaban muy difíciles de cerrar. Quizás el pasado debía quedarse en el pasado. Pero ¿y si le había contado algo James?

La voz suave y serena de su padre deshizo el nudo que sentía en el estómago, y volvió a respirar.

—Amé muchísimo a tu madre. Era la luz de mis ojos. Nos conocíamos desde niños, y me enamoré de ella con diecisiete años; Diana tenía quince. Supe enseguida que deseaba pasar mi vida entera a su lado —comentó con la voz preñada de melancolía; un recuerdo que se presentía agri dulce. A Victoria le recordó su propia historia con James—. Cuando aceptó ser mi esposa, me sentí el hombre más afortunado de la tierra. Creí que, a partir de ese momento, nos esperaba una vida repleta de felicidad; pero la felicidad a veces se vuelve esquiva.

»Durante su embarazo, Diana comenzó a sentirse mal, y el médico la obligó a guardar cama durante casi seis meses. A pesar de todo, el parto se adelantó con graves complicaciones. El bebé murió al poco de nacer, y el doctor Garrod temió que, al saberlo, Diana dejase de luchar. Yo

habría hecho cualquier cosa por ella, y no me arrepiento de la decisión que tomé en aquel momento. —Se veía derrotado. Tenía la espalda encorvada y los hombros hundidos, como si cargase un gran peso. Victoria tomó su mano y entrelazó sus dedos con los de él. El conde se la apretó con suavidad. Un silencio sereno los envolvió, roto tan solo por el piar hambriento de alguna cría de ave y el canto de un jilguero. Al cabo de un rato, su padre prosiguió—. Te amé desde el primer momento en que te tuve en mis brazos, Victoria, te convertiste en la alegría de mi vida; y cuando tu madre nos dejó unos años después, solo me quedabas tú.

—¿Por qué no me lo contaste? —Quiso saber. No había reproche en su voz, solo tristeza.

El conde se volvió hacia ella y la miró largamente. Luego le acarició con ternura la mejilla.

—¿De qué hubiera servido que lo supieras, Victoria? No todas las verdades construyen ni tienen por qué conocerse; hay palabras capaces de destruir vidas y de romper a las personas por dentro y por fuera —reflexionó—. Saberlo no te convierte en alguien diferente, sigues siendo tú. Por eso, no creí necesario que lo supieras. A efectos de la alta sociedad, tú eres y siempre serás mi hija, lady Victoria Cavendish. Y no podría quererte más de lo que ya te quiero.

Un sollozo ahogado brotó de su garganta.

—Lo siento...

Su padre la atrajo hacia sí y la arropó entre sus brazos con cariño.

—Mi niña, mi princesa —susurró mientras le acariciaba el cabello.

Las lágrimas se deslizaron por el rostro de Victoria y se abrazó con fuerza a su padre.

—Tuve tanto miedo... —le confesó—, y me siento culpable por el señor Lipton.

—No, Victoria, lo de Thomas fue en parte culpa mía. Nunca debí haber dejado ese documento a su alcance. Fue un descuido imperdonable. Además, había notado últimamente que no parecía encontrarse bien. Culpé de sus reacciones al cansancio, pero nunca pensé que pudiera tener un desequilibrio mental.

Volvieron a quedarse en silencio, abrazados, cada uno reflexionando sobre sus propios pensamientos.

—¿Qué pasó con...?

Su padre la interrumpió.

—Robert se ocupó de todo. No debes pensar más en él, fue un accidente desafortunado —le aseguró. Deshizo su abrazo y la miró—. ¿De verdad quieres casarte con James?

Victoria esbozó una sonrisa radiante.

—Sí, padre. Lo amo.

El conde le devolvió la sonrisa.

—Entonces Eloise tenía razón...

—¿Cómo dices?

—La duquesa vino a verme antes de mi viaje y me dijo que James y tú estabais enamorados, pero que ninguno de los dos erais capaces de reconocerlo —le explicó—, por eso me pidió que te quedases en Westmount Hall. Creía que eso os ayudaría, por eso lo permití. Aunque si llego a saber todo lo que ibas a pasar, me hubiese negado —gruñó.

—¿Pensabas llevarme contigo, pero cambiaste de opinión por la duquesa? —le preguntó con tono de incredulidad.

Lord Rothwell pareció avergonzado.

—Bueno, sí, siempre te llevo conmigo en mis viajes, ¿no? Es solo que la situación...

Victoria se levantó en un remolino de faldas y se detuvo ante él con los brazos en jarras y el ceño fruncido.

—¡Me mentiste!

—Pero fue por una buena causa —se disculpó al tiempo que se ponía también de pie. Luego le sonrió con picardía—. ¿Quieres que te compre un sombrero nuevo?

No pudo evitarlo y dejó escapar una carcajada. Le echó los brazos al cuello y lo abrazó. Su corpulencia, su aroma tan familiar, su tacto... todo le recordó a su infancia y al amor que siempre había recibido de él.

—Te quiero mucho.

—Y yo también, pequeña. Me va a costar mucho dejarte marchar —admitió con un suspiro apenado—, pero sé que James va a cuidar de ti. Espero y deseo que seáis muy felices.

—Lo seremos. Pero tú también tienes derecho a ser feliz, padre. Todavía eres joven. No tienes por qué estar solo.

Sabía que su padre nunca había querido volver a casarse tras la muerte de Diana, ella había sido su gran amor. Por eso le sorprendió ver el rubor en las mejillas del conde.

—Bueno, yo... —titubeó—. Hay una dama que me parece... interesante. Nos presentaron hace tiempo, aunque no la he vuelto a ver, claro que, apenas llevo dos días en Londres...

A Victoria le sorprendió el nerviosismo de su padre. Quien quiera que fuese la dama, debió dejar en él una honda impresión, ya que había pasado bastante tiempo fuera, y si la recordaba, significaba que había pensado en aquella mujer. Lord Rothwell era un hombre atractivo, de cuerpo atlético y una mirada azul intensa que provocaba suspiros en las damas, aunque no solía frecuentar

los salones de baile. Se merecía encontrar el amor.

—¿De quién se trata? —inquirió curiosa. Su padre era un hombre de corazón generoso, y había muchas mujeres, sobre todo viudas, decididas a ser condesas a cualquier costo.

El conde se removió inquieto. Ciertamente, no estaba habituado a tratar ese tipo de temas con su hija.

—Es lady Thornway.

—¿Lady Gabriella? ¿La madre de Alex? —Recordó que su padre la había conocido durante la boda, y que le había llamado la atención. Sin embargo, el encuentro no había sido afortunado, ya que el conde había derramado una copa de champán sobre su vestido—. Es una dama encantadora y muy hermosa.

Lord Rothwell asintió con seriedad.

—Eso mismo pienso yo. Aunque después del incidente que tuvimos cuando nos presentaron no sé qué pensará ella de mí —repuso con una mueca de desazón.

Victoria dejó escapar una carcajada y enlazó su brazo con el de su padre.

—Estoy segura de que le parecerás un hombre maravilloso y muy guapo.

Él le dio unas palmaditas cariñosas sobre la mano y echó a andar de vuelta a la mansión.

—Ya veremos. Por lo pronto, tenemos una boda que preparar, ¿no es así?

James contempló desde la ventana el regreso de Victoria y el conde. Verla reírse, feliz y despreocupada, lo llenó de una profunda sensación de alegría. Todavía seguía preguntándose cómo era posible que ella lo amase. Fuera como fuese, estaba decidido a luchar porque Victoria no se arrepintiese nunca de haber decidido casarse con él.

Se dirigió hacia la puerta del salón y les salió al encuentro. Los ojos de ella brillaron cuando sus miradas se cruzaron, y él sintió un tirón de excitación por el deseo. Necesitaba besarla en ese momento, porque solo Dios sabía cuándo iba a poder volver a hacerlo. Su madre, con las mejillas sonrosadas, le había advertido de que no habría más «encuentros» antes de la boda; además, Victoria se trasladaría a la mansión Rothwell. En aquel momento, el día de sus esponsales se le antojaba demasiado lejano.

—Imagino que vienes a llevarte a Victoria —le dijo el conde—. En fin, supongo que tendré que acostumbrarme.

Ella se volvió hacia su padre.

—No te librarás de mi tan fácilmente —repuso besándolo en la mejilla.

—Me gustaría llevar a su hija a dar un paseo si me lo permite, señor.

Lord Rothwell asintió y los dejó solos.

—No sé cómo voy a poder resistir sin tocarte ni besarte hasta nuestra boda, Vic. —La mirada ardiente que le dedicó hizo que el corazón de Victoria se acelerase y, de forma inconsciente, avanzó un paso hacia él—. Eres una hechicera irresistible, mi amor, pero ahora quiero llevarte a un lugar. Ve a por tu sombrero y tus guantes. El carruaje nos espera.

—¿A dónde vamos? —le preguntó una vez que el coche se puso en marcha. James cerró los ojos y cruzó los brazos sobre el pecho al tiempo que esbozaba una sonrisa traviesa—. ¿James?

—Ya lo verás.

—¿Ni siquiera me vas a dar una pista?

—No.

—Bueno, entonces, conversaremos.

Él negó con la cabeza.

—Se me ocurren cosas más interesantes que hacer que conversar, pero no ahora. Quizás más tarde.

Victoria le lanzó una mirada airada. James ni siquiera se había dignado a abrir los ojos para responderle. Parecía dormitar a gusto, recostado contra el mullido cojín del asiento.

—Odio cuando te pones insoportable, James Marston —le espetó con disgusto. Él tuvo el descaro de sonreír.

Cuando el carruaje se detuvo, Victoria había pasado a su prometido por todos los métodos de tortura que su imaginación le había sugerido. Él le ofreció su mano para ayudarla a bajar del coche, pero Victoria elevó la barbilla, irritada, y declinó su ofrecimiento. A pesar de ello, James la tomó del brazo y lo enlazó con el suyo.

—Me alegro de que estés tan enfadada conmigo.

Victoria alzó las cejas y sus ojos verdes se posaron en él con incredulidad. James casi se echó a reír, pero se contuvo.

—¿De veras? —Su tono destilaba sarcasmo, pero fue seguido de inmediato por una exclamación ahogada cuando la obligó a detenerse frente a una de las muchas tiendas que poblaban la calle. En la vitrina, colocados primorosamente, estaban los sombreros más horribles que Victoria había visto en su vida.

—¡James!

Él sonrió. El amor y la felicidad que vio en sus ojos fueron suficiente recompensa. Sin embargo, no iba a privar a su cuerpo de la necesidad que palpitaba en su interior.

—Quiero que sepas que me voy a desquitar en el camino de vuelta —le susurró al oído.

Victoria se estremeció. Sabía que James siempre cumplía sus promesas.

Capítulo 23

Llevaba más de un mes envuelta en un verdadero torbellino.

Los preparativos de la boda habían copado prácticamente todo su tiempo. Había demasiadas cosas que preparar, aunque, afortunadamente, contaba con la ayuda de lady Eloise y lady Gabriella, quien se había mostrado encantada de acompañarla tanto a las compras como a las fiestas y veladas a las que había acudido.

—Tu padre es un hombre encantador —le había confesado en una de aquellas salidas, con los ojos brillantes.

Sin embargo, el conde le había revelado la reticencia que mostraba la dama a salir con él a dar un paseo e incluso a bailar, lo cual le resultaba desconcertante, puesto que creía que no le era indiferente a lady Gabriella.

Suspiró, con la frente pegada al cristal de la ventana, cuando los vio paseando por el jardín de Westmount Hall mientras esperaba las pruebas de la modista. Sus semblantes eran graves, y su padre tenía fruncido el ceño en un gesto de concentración. Deseó que las cosas se aclarasen entre ellos, pues hacían buena pareja.

La puerta se abrió y Victoria se volvió para ver entrar a lady Eloise seguida de la modista y sus ayudantes. La duquesa le había pedido que las pruebas se hiciesen en Westmount Hall, y Victoria no tuvo inconveniente, así podía aprovechar para encontrarse con James, a quien había podido ver realmente poco durante aquel mes, y nunca a solas.

La última vez que habían estado juntos había sido cuando la llevó a comprar un sombrero. James la había sorprendido al abrirla una cuenta, como marquesa de Blackbourne, en aquella tienda, después de hablar con la propietaria para negociar que parte del coste del sombrero fuese destinado a El hogar de los ángeles. Sonrió ante el recuerdo. El regreso a la mansión había sido, cuando menos, aleccionador. Nunca podría volver a mirar el interior de un carruaje de la misma manera; además, James le había asegurado que así superaría su temor a viajar en coche, y, desde luego, lo había conseguido.

—Sentimos haberte hecho esperar, querida —se disculpó la duquesa—, pero estuvimos revisando unos ajustes para mis vestidos.

—No se preocupe, lady Eloise.

Esta le sonrió con verdadero afecto y luego se dispuso a darle órdenes a la mujer que había contratado para que confeccionase la mayor parte de su nuevo vestuario.

Mientras permanecía quieta ante las habilidosas manos de la modista, Victoria pensó en lo que le restaba por hacer. Aunque todo era importante, había una sola cosa que en realidad le preocupaba: Jimmy.

El niño debía sentirse bastante abandonado pues, aunque pasaba algunas horas del día con el conde, ella no había podido dedicarle mucho tiempo. Además, todavía no había podido hablar con James sobre su deseo de adoptarlo. Esperaba poder hacerlo en esa ocasión. Tenía presente que él le había dicho a Jimmy que podía llamarlo «papá», pero tal vez había sido solo una forma de explicarle al niño que se iban a casar. Otra cosa muy diferente era adoptar como propio a un niño abandonado, por mucho que se le pudiesen permitir algunas extravagancias a un marqués.

Apenas terminaron las fatigosas pruebas, que parecieron durar una eternidad, se volvió hacia la duquesa con mirada suplicante.

—Lady Eloise, me gustaría hablar con James, si es posible.

La duquesa le devolvió la mirada por un largo tiempo y luego suspiró.

—Perdóname, Victoria. —Se acercó a ella y la tomó de las manos en un gesto de disculpa—. Lo siento, me he dejado atrapar tanto por los preparativos que me he olvidado de que también vosotros necesitáis pasar tiempo juntos. Por supuesto que puedes hablar con él. Creo que se encontraba en su despacho.

—Muchas gracias.

Cuando bajó las escaleras y se dirigió por el corredor hacia el despacho, su corazón golpeaba con fuerza. Sabía que sus nervios no se debían solo al hecho de que pronto se encontraría con James a solas, sino también al tema que tratarían.

Llamó a la puerta con suavidad y esperó la respuesta desde el interior. James no alzó la cabeza cuando ella entró, se hallaba concentrado en unos papeles que parecían absorber toda su atención. Victoria aprovechó para observarlo detenidamente. El cabello rubio ondulado le caía sobre la frente de forma desordenada, como si hubiese estado pasándose la mano por él. Tenía el ceño fruncido y los labios apretados en una fina línea.

No solo era el hombre más atractivo que conocía; detrás de esa fachada de frívola indiferencia había un corazón generoso y leal. Él pensaba que no la merecía, cuando en realidad sabía que era ella quien despertaba la envidia de la mayoría de las damas de la alta sociedad. Ambicionaban un título que a ella no podía importarle menos, y deseaban ocupar un puesto en su cama. Victoria anhelaba un lugar en su corazón, y el hecho de haberlo conseguido, le parecía un sueño.

James levantó la mirada en ese momento y sus ojos aguamarina se iluminaron de felicidad.

—¡Victoria! ¿Por qué no me has dicho que estabas aquí? —Se levantó de inmediato y acudió a su lado. Tomó sus manos y besó sus dedos con delicadeza, sin dejar de mirarla—. Te he echado de menos.

—James, me gustaría hablar contigo.

Él la escudriñó con atención y asintió despacio. Luego tiró de su mano para conducirla hasta uno de los sofás de brocado que ocupaban un rincón de la sobria estancia, donde la ayudó a sentarse.

—¿Sucedo algo, Vic?

—Hay algo que... quería decirte. —Tragó saliva para pasar el nudo que se le había formado en la garganta. Había ido retrasando el momento porque tenía miedo de perder a James. Inspiró hondo. Cuanto antes lo dijese, mejor—. Le prometí a Jimmy que... me convertiría en su madre. Quiero adoptarlo.

El silencio que se extendió tras su declaración, le pesó como una losa. El tiempo pareció dilatarse hasta el infinito, a pesar de que solo pasaron unos segundos antes de que él le acariciase la mejilla con ternura.

—Lo sé, mi amor, Jimmy me lo contó.

Victoria abrió los ojos sorprendida.

—¿Te lo dijo? Pero le pedí... —Sacudió la cabeza. Luego lo miró con atención. Sonreía—. ¿No... no te importa?

La sonrisa de James se amplió y le dio un beso suave en los labios.

—No me enamoré solo de tu belleza o de tu sonrisa, Vic. —Sus dedos recorrieron su rostro como si buscara aprendérselo de memoria—. Me enamoré de tu alma. Eres dulce, alegre, generosa, sincera, leal y compasiva. Te amo más que nada en el mundo, aunque haya sido un idiota y haya tardado tanto en darme cuenta. No pienso renunciar a ti, y no me importa lo que diga la maldita sociedad al respecto: Jimmy será nuestro hijo.

Victoria se arrojó en sus brazos mientras las lágrimas descendían por sus mejillas.

—Te quiero, James Marston.

Él sonrió y se separó de ella apenas un poco. Recogió aquellas preciosas lágrimas con sus labios.

—Sabes que, a pesar de todo, Jimmy no podrá heredar, ¿verdad? Pero le daremos mucho amor y cariño... y muchos hermanos.

Victoria dejó escapar una carcajada y lo besó con fervor.

—Creo que te estoy distraendo de tu trabajo —le dijo algunos minutos después.

James deslizó los cálidos labios por su garganta.

—Humm, eres una hermosa distracción —repuso.

—Tu madre...

Él se detuvo con un gruñido y apoyó su frente sobre la de ella. Tenía la respiración acelerada, y Victoria, sentada sobre su regazo, podía sentir la fuerza de su deseo.

—¿No podríamos adelantar la boda? —le propuso esperanzado.

Ella sonrió con ternura y le acarició el cabello.

—¿Y destrozar las ilusiones de tu madre?

James gimió. La duquesa había organizado el matrimonio como si fuese su propia boda. Tenía a todos los sirvientes vueltos locos. En una ocasión James se había encontrado al duque y a Thompson, el mayordomo, ocultos en la bodega mientras compartían una copa de coñac. Sonrió al recordarlo. Ciertamente no podía cambiar los planes de su madre o no viviría para contarlos.

—Está bien —cedió con renuencia—, pero no voy a consentir que no podamos vernos.

—De hecho —lo interrumpió ella—, había pensado que mañana podríamos viajar a Angels House. Creo que a Jimmy le haría ilusión volver a ver a sus compañeros.

James movió las cejas con picardía.

—Un viaje largo en coche —murmuró con voz sedosa—. ¿Crees que Jimmy tendrá inconveniente en ir durante un ratito en el pescante?

—¡James!

Jimmy viajó cómodamente sentado en el interior del mullido carruaje, y no dejó de hablar durante todo el trayecto. La ilusión en su mirada cuando le habían dicho que visitarían el hogar, había conmovido a Victoria, especialmente cuando les había preguntado si podría llevarle regalos a sus compañeros.

El día anterior, pasaron una tarde espléndida los tres juntos. Recorrieron las tiendas buscando juguetes adecuados para cada uno de los niños, y luego se detuvieron en una pastelería donde se sentaron a tomar un dulce. A Victoria no le importó que algunas damas la mirasen con cierto estupor y consternación, la amplia sonrisa de Jimmy fue suficiente bálsamo para los desplantes.

—¿Crees que se alegrarán de verme? —le preguntó cuando atravesaban los grandes portones de la mansión.

Victoria le colocó un mechón rebelde detrás de la oreja.

—Por supuesto, cariño.

El niño se mordió el labio inferior y asintió inseguro mientras estrechaba con fuerza la mano de James y la suya.

La tarde anterior, Victoria había enviado recado a la señora Becher anunciando su llegada. Cuando el carruaje se detuvo frente a la hermosa fachada palladiana, una fila de niños los esperaba en las escaleras. Apenas los vio por la ventanilla, Jimmy comenzó a removerse inquieto, y James tuvo que sujetarlo por si se le ocurría la idea de saltar a tierra antes de que el vehículo se hubiese siquiera detenido. Cuando el lacayo abrió la portezuela, bajó de un brinco y corrió hacia ellos con los brazos extendidos.

—¡He vuelto!

La señora Becher elevó los ojos al cielo al verse incapaz de detener el griterío que se formó cuando los niños rodearon al pequeño.

James notó que algo le golpeaba en la pierna y, al mirar, sus ojos se encontraron con otros oscuros como obsidianas que le devolvían una mirada limpia y pura.

—Hola, ángel.

—Hola, Mary. —Se agachó hasta quedar a su altura. Victoria los contempló enternecida.

La niña estiró los bracitos mostrándole su muñeca que lucía un vestido nuevo.

—Sally quiere darte las gracias por sus vestidos.

—Es un honor que a una dama tan bonita le haya gustado mi regalo —repuso. Mary soltó una risilla divertida—. ¿Sabes? Ahora que va tan guapa, quizás le gustaría que tomaseis el té juntas.

—Pero yo no tengo un vestido bonito para tomar el té —musitó la niña con tristeza.

—Ah, pero ¿acaso no soy yo un ángel?

Se levantó y sacó un paquete del interior del carruaje. Lo había mantenido aparte porque deseaba entregárselo él mismo a la niña. Victoria le había ayudado a escogerlo.

Mary abrió los ojos llenos de asombro.

—¡Es un vestido de princesa! —susurró admirada.

—Se lo daremos a la señora Becher para que te lo cuide, ¿te parece?

La niña asintió. Alzó su carita y lo miró con solemnidad.

—Cuando sea mayor, me casaré contigo —declaró, antes de salir corriendo hacia el lugar donde se hallaba la señora Becher, que escuchó con una sonrisa la verborrea de la pequeña.

Victoria entrelazó su brazo con el de James.

—¿Tengo que sentirme celosa?

Él dejó escapar un suspiro teatral.

—¿Qué puedo hacer si las damas me adoran?

—No eres un ángel, James Marston, eres un demonio.

—Y tú eres mi tentación perfecta —le susurró al oído.

Fue un día especial que Victoria recordaría durante mucho tiempo. La imagen de James jugando con los niños en el jardín, persiguiéndolos y haciéndoles reír, se le quedó grabada en el corazón. Comprendió en ese momento cuánto había cambiado, al igual que ella, en ese tiempo. Tal vez se debía al amor, o quizás a las experiencias difíciles que habían vivido, pero lo cierto era que James había abandonado su comodidad, esa vida fácil a la que se había apegado y que, en el fondo, lo dejaba vacío por dentro.

Sonrió cuando vio cómo los muchachos se echaban encima de él, tumbado sobre el césped. El aire de la tarde estaba lleno de carcajadas y risas infantiles. Sin duda, sería un buen padre.

Vio cómo se acercaba a ella la señora Becher, con Mary cogida de su mano. La niña llevaba puesto su vestido nuevo. James le había pedido a una modista que le hiciese una copia exacta del vestido de Sally, la muñeca.

—Creo que no va a haber modo de que se lo quitemos —le dijo con un suspiro resignado cuando llegó a su lado.

—Imagino que no —repuso Victoria con una sonrisa. James se había levantado y caminaba hacia ellas mientras se sacudía las briznas de hierba—. Tenemos que marcharnos ya, señora Becher, pero estoy segura de que volveremos. A Jimmy le hará ilusión.

—Son ustedes muy generosos, y me alegro mucho por el niño. Siempre fue muy sensible, y necesitaba una familia donde poder sentirse querido. Aunque lo vamos a echar mucho de menos.

—Creo que han acabado conmigo —declaró James cuando se detuvo junto a ella. La tomó de la mano y entrelazó los dedos con los suyos. Victoria no estaba segura de si fue consciente o no del gesto cariñoso, pero le caldeó el corazón.

Se había percatado de que, en ese sentido, James se parecía bastante a Jimmy, buscaba constantemente el contacto, y no le importaba que los demás lo vieran. De seguir así, seguramente darían mucho que hablar entre los círculos de la alta sociedad.

—Ha hecho usted mucho por ellos, milord —le aseguró la directora agradecida—. Estoy segura de que los niños no olvidarán nunca este día.

—Y yo tampoco, créame, yo tampoco.

Los ojos brillantes y su sonrisa feliz hablaban por él de un modo más elocuente de lo que podían hacerlo las palabras.

—Gracias por todo, señora Becher. Esperamos poder volver pronto.

—Siempre los recibiremos con los brazos abiertos, milady, y permítanme felicitarlos de nuevo por su compromiso. Les deseo que sean muy felices, y ahora —añadió mirando a los niños—, veamos cómo logro meter a estas fierecillas en la cama.

La despedida se alargó algo más de lo previsto. Todos los niños querían abrazar a Jimmy antes de marcharse.

Peter, algo mayor que él, más alto y corpulento, se le acercó.

—Te dije que iba a conseguir una mamá —le dijo Jimmy con tono satisfecho.

El niño se encogió de hombros.

—Voy a ser aprendiz de herrero —repuso lleno de orgullo—. El señor Benson me va a enseñar, y luego tendré mi propio negocio —repuso con la voz llena de orgullo. Luego sonrió—. Pero me alegro de que tú vayas a tener una familia.

Jimmy le devolvió la sonrisa.

—Yo también.

La pequeña Mary se acercó y se puso delante de Jimmy mientras lo miraba con sus grandes ojos oscuros y su muñeca Sally apretada contra su costado. El niño se enderezó como si fuese un soldado ante su capitán.

—¿Te gusta mi vestido? —le preguntó extendiendo con la mano su falda para que Jimmy pudiese admirarla. Él asintió con seriedad—. Parezco una princesa.

—Yo voy a ser un caballero —replicó el niño.

Mary lo observó con atención y luego desvió su mirada hacia James y Victoria que los estaban escuchando. Frunció el ceño, como si estuviese tomando una decisión y, finalmente, asintió satisfecha.

—Pues entonces me casaré contigo —declaró. La solemnidad de sus palabras hizo sonreír a Victoria y a James—. Cuando seas un caballero podrás venir a buscarnos a Sally y a mí. —Se puso de puntillas y le dio un beso en la mejilla. Jimmy se sonrojó—. Así no te olvidarás.

Como si fuera una reina, se dio media vuelta y fue directa hacia la señora Becher, a quien tomó de la mano.

Tras esta última despedida, subieron al carruaje cuando el sol ya descendía hacia el horizonte. Jimmy se asomó a la ventanilla y saludó con la mano hasta que el polvo y la distancia borraron los

contornos de la mansión. Entonces se sentó frente a Victoria y James, y se quedó en silencio.

—¿Te lo has pasado bien? —le preguntó este último.

El niño asintió.

—Jimmy, cariño, ¿qué sucede?

El rostro infantil se contrajo en una mueca y sus ojos azules se llenaron de lágrimas.

—Los voy a echar de menos —balbuceó antes de que las lágrimas comenzasen a resbalar por sus mejillas.

Victoria se sentó a su lado y lo abrazó con cariño para consolarlo.

—Vendremos a verlos en otras ocasiones —le aseguró—. Londres no se encuentra lejos de aquí.

Asintió conforme, pero no se separó de ella. Recostado contra su pecho, poco a poco se quedó dormido. Victoria lo acomodó sobre el asiento y volvió al lado de James.

—Está agotado —le dijo este.

—Sí, pero creo que es feliz.

James la atrajo hacia sí y la besó en la frente.

—Y tú, ¿eres feliz?

Ella se volvió a mirarlo con una sonrisa bailando en sus labios.

—¿Cómo no voy a serlo contigo a mi lado? —Apoyó una mano sobre su pecho y notó el rítmico latido de su corazón—. Te he esperado toda mi vida, James, y ahora estás aquí, conmigo, y me parece un sueño.

Él depositó un suave beso sobre su cabello caldeado por el sol.

—Es real, Vic, y este es el lugar que te corresponde, entre mis brazos, junto a mi corazón.

—¿Y qué harás cuando seas viejo y ya no puedas llevarme en brazos? —le preguntó burlona.

—Oh, no tengo intención de envejecer en mucho, mucho tiempo —replicó con una sonrisa—. Soy un ángel, ¿no lo recuerdas?

—¿Y me querrás entonces, cuando yo haya envejecido?

James tomó su barbilla y le alzó el rostro mientras la miraba con seriedad.

—Te amaré siempre, Victoria. El día que deje de amarte será porque mi corazón ha dejado de latir, y aun así, seguiré amándote desde la eternidad.

Y sus labios sellaron su promesa.

Epílogo

Londres, octubre de 1769

El duque contemplaba, con el ceño fruncido, la puerta que daba acceso al dormitorio de su esposa.

Thompson, su fiel mayordomo, carraspeó a su lado. Lord Westmount se volvió hacia él.

—¿Lo ha traído todo?

—Sí, milord, las sales y el coñac, tal como me pidió.

El hombre soltó un suspiro pesaroso.

—No hay más remedio, ¿verdad?

La esperanza que velaba su tono murió con el asentimiento que recibió por parte de su sirviente.

—Así es, milord.

—Pero seguro que todo va a ir bien —se animó—. Al fin y al cabo, hoy es la boda de James.

—Sin duda su Excelencia estará bastante ocupada y no prestará tanta atención a la noticia.

—Sí, cierto —convino. Ninguno de los dos hombres creyó esas palabras. El duque volvió a suspirar y luego cuadró los hombros—. Deséeme suerte, Thompson.

—Que tenga suerte, milord.

Llamó con suavidad a la puerta y entró en el dormitorio cuando escuchó la voz de su esposa.

La habitación de la duquesa era una estancia amplia y espaciosa, decorada con un gusto exquisito y bien iluminada por los grandes ventanales que daban al jardín. A pesar de eso y contrario a las costumbres de la mayoría de los nobles, lady Eloise prefería compartir cama con el duque, y solo usaba su dormitorio como vestidor.

En aquel momento, sentada frente a la coqueta, vestida con una negligé azul celeste que delataba su esbelta figura y contrastaba con sus cabellos dorados, estaba buscando algo en su joyero.

Se giró cuando percibió los pasos sobre la alfombra, y sus ojos brillaron con apreciación cuando contempló al duque enfundado en un traje gris perla que le sentaba de maravilla.

—El día en que nos conocimos también vestías de gris —recordó con una pizca de nostalgia.

Lord Westmount sonrió. Se acercó y la besó en los labios.

—Y tú lucías un vestido de seda verde con bordados dorados que reflejaban la luz del sol. Recuerdo que pensé que parecías una ninfa del bosque, una diosa en medio de los pobres mortales.

Un bonito rubor coloreó las mejillas de su esposa y pensó que su belleza no había disminuido ni un ápice desde que la conocía, mientras que su amor se había acrecentado con el tiempo.

—Hemos envejecido, ¿verdad?

El duque tomó galante su mano y la besó.

—Tú, querida, sigues siendo la mujer más hermosa de todo Londres.

La risa cristalina de su esposa todavía tenía el poder de acelerar su corazón.

—Eres un adulator, Charles, pero no hace falta mentir. El tiempo pasa. Ya se casó Arabella y, en unas horas, se casará James.

El duque tragó saliva. Quizás era el momento de darle la noticia. Sabía que Eloise se enfadaría pero, como le había dicho a Thompson, esperaba que con las obligaciones y responsabilidades que asumiría como madre del novio y anfitriona, la situación no tomaría un cariz dramático.

—Bueno, debes de estar contenta. Querías que tus hijos se casaran.

—Quería, quiero —rectificó— que nuestros hijos sean felices, Charles. No es lo mismo. —Tomó el cepillo con mango de marfil y comenzó a pasarlo lentamente por el cabello. El duque se lo quitó de las manos y continuó él con la tarea—. Nosotros hemos sido muy felices, y todavía lo somos. Solo deseo que mis hijos encuentren el amor. No comprendo esa necia costumbre que tiene la sociedad de concertar matrimonios —espetó con tono seco—. ¿Cómo puedes vivir luego toda la vida con alguien a quien no amas o a quien incluso odias?

—Entonces, tú estás de acuerdo en que nuestros hijos escojan —tanteó el duque.

—Por supuesto —aseguró con firmeza. Lo miró a través del espejo y notó su sonrisa burlona. Lady Eloise supo en qué pensaba su marido y se apresuró a aclarar las cosas—. Lo que sucede es que a veces necesitan un empujoncito, como en el caso de James.

Lord Charles inspiró hondo.

—Pues con Edward no va a ser necesario.

La duquesa se volvió hacia él y alzó una ceja con incredulidad.

—¿Tú crees? Amo a nuestros hijos, pero soy su madre y conozco sus virtudes y defectos —

manifestó—. Edward tiene un corazón tierno y generoso, y es alegre por naturaleza, pero a veces me pregunto si tiene un cerebro dentro de su bonita cabeza. Es demasiado fácil de embaucar y manipular, porque parece que nada le importa de verdad. Pensé que este viaje le ayudaría, pero no comprendo por qué ahora que ha regresado de Hertfordshire ha tenido que quedarse en su piso de soltero. —Frunció el ceño como si la cuestión le resultase del todo incomprensible—. Siempre se ha quedado con nosotros. Además, ni siquiera ha venido a visitarnos.

El duque interrumpió la diatriba de su esposa antes de que se pusiese a divagar por otros derroteros. Cuanto antes se librase de la carga que llevaba, mejor.

—No ha venido solo.

Lady Eloise parpadeó ante las palabras de su esposo.

—¿Cómo dices?

«Bueno, ha llegado el momento. ¡Que el cielo nos asista!», se dijo el duque.

—Edward se ha casado.

La sutil agitación del pecho de su esposa al respirar fue el único indicio de que seguía viva. Se había quedado inmóvil, con los ojos clavados en él de una forma inquietante. Por prudencia, el duque dio un paso atrás.

—¿Casado? —repitió cuando se le soltó el nudo que se le había formado en la garganta y que le había impedido pronunciar palabra tras la sorprendente noticia revelada por su esposo.

—Eh, sí. Así es —confirmó el duque con cierta precaución—. Envié una carta informando al respecto. —Las cejas de la duquesa se alzaron y se apresuró a rectificar—. En realidad, no eran más que unas pocas líneas en las que decía que había tenido que casarse. No explicaba el por qué ni con quién. Supongo que conoceremos hoy a la dama.

—Casado —repitió.

Lord Charles se preguntó si en realidad su esposa había escuchado algo de lo que él había dicho después de esa palabra. Se temía que no, y suponía que cuando su cerebro registrase la conversación, estallaría el caos. Por fortuna, Thompson se hallaba detrás de la puerta a la espera de una señal suya para entrar con las sales y el coñac.

El duque se preocupó cuando, después de unos minutos, no hubo ninguna reacción.

—¿Te... encuentras bien, querida?

La duquesa volvió a parpadear y miró a su esposo como si lo viera por primera vez. Observó que tenía el cepillo en la mano y se lo cogió. Luego, volviéndose de nuevo hacia el espejo, comenzó a peinarse.

—Sí, por supuesto —respondió con tono inseguro—. Es solo que me resulta... curioso.

Casado, dices...

El duque le quitó con suavidad el cepillo y se arrodilló ante ella. La tomó de las manos y se las besó.

—Eloise, me estás preocupando.

Ella lo miró desconcertada.

—¿Por qué?

—No sé, me esperaba otra reacción ante la noticia —le confesó—. No has dicho nada al respecto y pareces conforme con lo sucedido, a pesar de que ha sido todo demasiado repentino y Edward no nos había informado.

Lady Eloise se encogió de hombros con delicadeza. Luego, acarició la mejilla de su esposo y lo miró con amor. Lord Charles la conocía bien, y vio el velo de tristeza que cubría sus preciosos ojos.

—Son mayores y no necesitan nuestro consentimiento, por más que nos duela reconocerlo. Supongo que ya no... nos necesitan.

—Por supuesto que te necesitan, Eloise —le aseguró—. No importa cuánto tiempo pase ni cuánto envejezca, un hijo siempre necesitará a su madre.

Ella le dedicó una sonrisa temblorosa y una lágrima furtiva se deslizó por su mejilla.

—Me basta con que sea feliz. Y ahora, más vale que me dé prisa en vestirme o llegaremos tarde a la boda de James.

La boda del marqués de Blackbourne fue todo un acontecimiento. Si alguien consideró inadecuada la presencia del pequeño Jimmy, nadie tuvo la osadía de comentárselo a los duques de Westmount o a los marqueses de Blackbourne, y mucho menos a la duquesa de Portland quien pareció haber tomado al niño bajo sus alas.

La novia lucía radiante y enamorada, a decir de la multitud de invitados que invadieron los jardines de Westmount Hall tras la ceremonia nupcial en la iglesia de Saint James, en la que solo participó la familia más cercana y pocas personas más.

Lady Eloise, satisfecha por cómo se había desarrollado todo y, sobre todo por la felicidad de su hijo y de la nueva marquesa, observaba la gran explanada en los jardines traseros en la que los sonrientes invitados esperaban su turno para saludar a la feliz pareja mientras conversaban alegres en pequeños grupos.

Victoria y Arabella se encontraban juntas en ese momento, y charlaban animadamente. Había sido bonito ver el abrazo en el que ambas se fundieron cuando su hija regresó de su viaje. Las dos

habían comenzado a llorar, y lady Eloise también había tenido que recurrir al pañuelo que le había ofrecido el duque con una sonrisa.

Miró hacia la rosaeda y vio a lady Gabriella junto a lord Rothwell. Tenían las cabezas juntas y susurraban con complicidad. Sonrió satisfecha. Hacían una bonita pareja, y ambos se merecían ser felices.

Notó que alguien la tomaba discretamente por la cintura y se giró para encontrarse con la mirada de su esposo.

—Has hecho un trabajo espléndido —la felicitó este—. Eres una anfitriona maravillosa.

—Muchas gracias, querido.

El duque dejó pasar un cómodo silencio, aunque lo que iba a preguntar no era sencillo.

—¿Has podido hablar con Edward?

Sabía que Eloise andaba algo inquieta con el asunto, y esperaba que la conversación con su hijo la hubiese serenado. Vio cómo la duquesa asentía.

—Sí, pero no quiso explicarme nada.

No había enojo en sus palabras, solo tristeza.

Oteó los alrededores para buscar entre los presentes la figura alta de Edward, que vestía de verde. Lo encontró en un rincón del jardín, conversando con dos caballeros, y frunció el ceño al ver la escena. La esposa de Edward, una joven bonita y algo tímida, se encontraba sola detrás de él, y su hijo parecía ignorarla. No sabía por qué razón habían tenido que casarse, pero estaba convencida de que algo andaba mal entre ellos.

Su despreocupado hijo parecía haber perdido la alegría que lo caracterizaba, y aunque le hubiese encantado echarle la culpa a la nueva esposa por ser una embaucadora que lo había engañado con malas artes, mucho se temía que no podía hacerlo después de haber conocido a lady Sara. Se trataba de una dama encantadora que tampoco parecía muy contenta con sus nuevas circunstancias, aunque había visto en sus ojos un brillo especial cada vez que su mirada se desviaba hacia su esposo.

Una idea cruzó por su mente. Una chispa de vitalidad se encendió en su interior y su mirada brilló ilusionada.

«Todavía me necesitan».

La voz del duque interrumpió el devenir de sus pensamientos.

—No te preocupes, mi amor, te lo diré cuando esté preparado —la reconfortó—, mientras tanto, seguro que hay otras cosas que requieren tu atención.

Lady Eloise esbozó una sonrisa confiada.

—No lo dudes, querido. Todavía tengo mucho trabajo que hacer.

FIN

Nota de la autora

(1) La Ley de los Pobres a la que hace alusión el conde de Rothwell se remonta a la época de los Tudor. El declive de los monasterios y su posterior disolución a causa de la Reforma Protestante, provocó que la asistencia a los pobres pasase de ser algo voluntario a un impuesto obligatorio que se recaudaba a nivel parroquial.

Tras la peste negra (siglo XIV) creció el número de desempleados y vagabundos. En 1495 el Parlamento aprobó una ley por la que debía encarcelarse a todos los mendigos y vagabundos. Por supuesto, esto no solucionó el problema, sino que, simplemente, lo ocultó de la vista de la sociedad. Más tarde, se cambió la cárcel por azotes, y la vida fue empeorando para los pobres.

En 1601, la reina Isabel hizo una reforma de la Ley de Pobres. Para aquellos muy enfermos o ancianos, la ayuda consistía en un pago en comida o vestimenta en las parroquias. En cambio, los mendigos capaces pero poco dispuestos a trabajar, fueron ubicados en Casas de Corrección y, a menudo, golpeados para enmendar su comportamiento. Este sistema de base parroquial permitía un comportamiento despótico por parte de los supervisores de pobres.

Con el paso de los siglos, especialmente en el siglo XVIII, la sociedad comenzó a preocuparse cada vez más de los pobres, y se crearon instituciones de caridad en las que los niños pudieran estudiar y luego conseguir un trabajo honrado. La primera institución fue creada en 1739, el Foundling Hospital, para «la educación y la crianza de niños expósitos y abandonados».

(2) La adopción y el acogimiento tuvieron lugar en Inglaterra, de modo informal, durante siglos, pero fue solo hasta 1920 cuando se legalizó.

Durante el siglo XVIII, eran numerosos los niños que vivían en las calles y que se dedicaban a mendigar o a robar. Muchos de ellos fueron situados en casas de trabajo, *Workhouses*, y convertidos en mano de obra. Los bebés entregados a los orfanatos raramente sobrevivían. Se estimaba que, en ese siglo, de cada doce muertes, once eran de infantes.

Los niños tenían ventaja sobre las niñas, puesto que estos eran considerados más saludables para el trabajo. Muchos de estos niños «desaparecían», arrastrados por la armada a un reclutamiento involuntario, o vendidos por los propietarios o directores de los orfanatos. Los que no podían soportar el duro trabajo huían a las calles en las que pululaban como rateros y ladronzuelos.

Quienes eran adoptados o puestos bajo tutelaje podían colocarse como aprendices y trabajar como herreros, taberneros o cerveceros; o, si eran hijos de nobles, podían ser acogidos por

familias pudientes. Las niñas, en cambio, lo tenían algo más difícil, las que no eran adoptadas terminaban, por lo general, en la prostitución.

(3) La Ley de Matrimonio de lord Hardwicke. En 1754 Inglaterra modificó su Ley de Matrimonio. Se exigió para casarse que los jóvenes tuvieran más de 21 años o contaran con el consentimiento de padres o tutores si eran más jóvenes. Además, la ceremonia debía llevarla a cabo un ministro de la iglesia y realizarse en una ceremonia pública en una parroquia. Si un sacerdote incumplía esta ley se exponía a catorce años de prisión.

Esta ley no fue modificada en Escocia, donde los jóvenes podían contraer matrimonio si él tenía cumplidos los 14 años y ella los 12, no tenían lazos de consanguinidad ni se habían desposado antes. Por otro lado, no necesitaban un clérigo ni una iglesia, simplemente dos personas que hiciesen de testigos entre los contrayentes.

Gretna Green, un pueblo cercano a la frontera, se convirtió así en uno de los lugares favoritos para contraer nupcias. Los jóvenes llegaban a la forja, donde el herrero los casaba. Al término de la ceremonia, este golpeaba el martillo sobre el yunque marcando así el final de la rápida ceremonia. Así, la herrería y el yunque se convirtieron en símbolos de las bodas en Gretna Green.

En 1856 se modificó la ley en Escocia, y aunque prácticamente continuaba igual, se comenzó a exigir que los contrayentes residieran 21 días en el pueblo antes de contraer matrimonio, para evitar así el elevado número de «matrimonios irregulares» que se llevaron a cabo durante casi un siglo.

Agradecimientos

Mi agradecimiento a todos vosotros, lectores, por confiar en mis novelas y darles una oportunidad. Espero de todo corazón que os hayáis enamorado de James, tanto como yo, y que os haya gustado mi querida Victoria. Todavía nos esperan muchas aventuras de los hermanos Marston que no os podéis perder.

Muchas gracias a Lola, mi querida editora, por su infinita paciencia conmigo y por estar siempre ahí cuando la necesito. ¡Muchas gracias!

Noemí ha sido mi tabla de salvación en esos momentos en los que un escritor comienza a dudar sobre su obra. Muchas gracias por apoyarme, por aconsejarme y animarme en todo momento.

Y gracias a todo el equipo de Selecta. No podía pedir compañeras más estupendas ni un equipo de trabajo más maravilloso. ¡Sois lo mejor que me ha pasado!

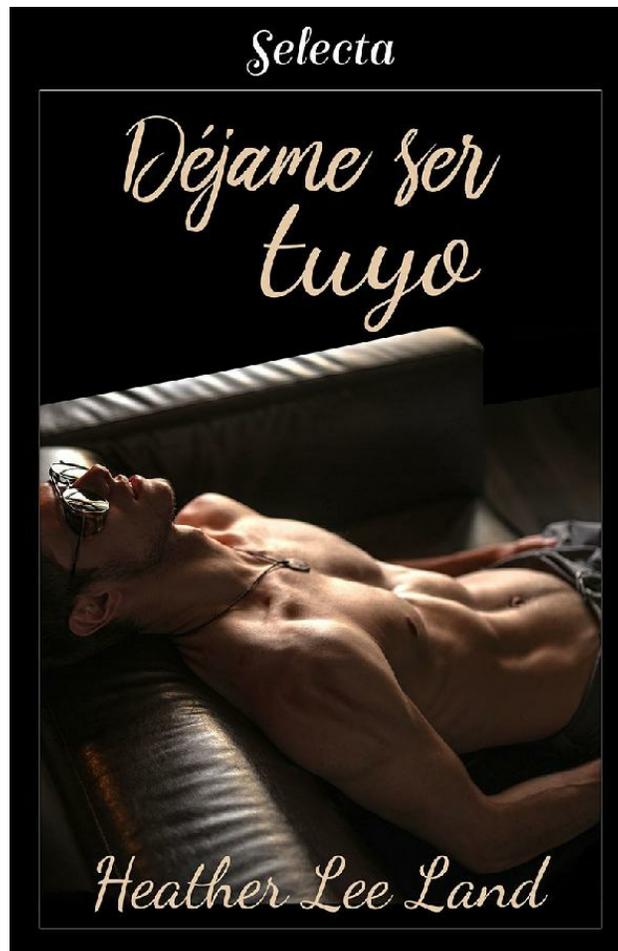
Si te ha gustado

Un lord acomodado

te recomendamos comenzar a leer

Déjame ser tuyo

de *Heather Lee Land*



1 de diciembre de 2017.

Derek se levantó a media mañana. Su profesor había suspendido las clases de ese día y él no tenía mejor plan que levantarse tarde, cuando ya no quedaba nadie en casa.

Abrió la puerta de su dormitorio y se quedó quieto. En el pasillo aún perduraba la colonia que Megan usaba todas las mañanas. Según su rutina diaria, la joven se había ido varias horas atrás, pero su olor seguía en el aire. Sospechaba que, aunque ese día no se hubiera perfumado, él podría olerla de igual modo.

Llegó casi a rastras a la cocina, donde se sirvió una taza de café. No debería de hacerlo porque luego le dolía el estómago y se le quitaban las ganas de comer a lo largo del día. El problema era que el café le daba la fuerza necesaria para activarse por las mañanas.

Llevaba así varias semanas. Se podría decir que todas las mujeres que lo rodeaban estaban en guerra con él; su madre seguía enfadada por un cotilleo absurdo que le habían contado y que era mentira, Nora estaba desaparecida en combate y Megan lo ignoraba por toda la casa como si no existiera. Al menos le quedaba el consuelo de la pequeña Lizzie. Hacer de canguro por las tardes se había convertido en lo mejor que tenía en ese momento. Triste, pero cierto.

El teléfono móvil vibró sobre la mesa y el joven pensó si respondía de inmediato o pasaba de él. Total, a esa hora solía estar en la universidad. Quien quiera que fuera podía esperar.

Entonces vibró otra vez. Con curiosidad, acercó el aparato y miró la pantalla.

Su madre.

Jane no solía interrumpirlo cuando estaba en clase. ¿Qué podía haber pasado para que le mandara varios mensajes a media mañana? Eso lo preocupó porque, conociendo como conocía a su madre, si lo molestaba en horas de clase, era porque algo no iba bien.

Desbloqueó el teléfono y leyó el mensaje. Tras hacerlo se quedó algo más tranquilo porque no parecía ser nada catastrófico. Su madre quería hablar con él esa tarde y le preguntaba si estaría en casa del tío Nick después de comer.

Su tío Nick y Jamie se habían portado fenomenal con él al invitarlo a quedarse con ellos cuando su madre, enfadadísima por las habladurías que le habían llegado y en un arrebato, lo había echado de casa. Eso fue varias semanas atrás. Jamás la había visto tan cabreada, pero tampoco podía echarle la culpa porque varias de las conocidas de su madre le habían ido con el cuento y le habían dicho que su hijo mantenía una relación íntima con una señora que le duplicaba, o más, la edad.

Pobre Nora, la cara que se le había quedado cuando su madre entró y comenzó a decir

barbaridades. Todas inventadas, por supuesto. Aunque lo hablaron y lo aclararon, Nora se había despedido de él. Iba a estar una temporada fuera y desconectada para todo el mundo. No podía culparla. Ojalá él pudiera hacer lo mismo.

El otro frente abierto, por si no fuera suficiente, era Megan. Jamás se hubiera imaginado que fuera la hija mayor de Jamie. Se había fijado en ella en la universidad y habían tonteado bastante, tanto que había comenzado a sentir algo más que una simple amistad, pero, de nuevo, tenía que haberlo mirado un tonto porque no comprendía cómo podía tener tan mala suerte, ya que la chica apareció tras él cuando Will le estaba dando un beso en los labios. Para colmo, en ese momento llegó Nora, que iba a recogerlo en el coche. ¿Por qué diablos Megan no había querido pararse a hablar con él? ¿Por qué diablos no había podido pensar que Nora era su madre o su tía? ¿Y por qué cojones le costaba tanto aceptar que pudiera ser bisexual? No eran novios. No habían hablado de nada serio y exclusivo, y lo que tuviera con Will no era asunto de nadie.

Tras hacer un recorrido por su patética existencia, respondió al mensaje de su madre con un simple «de acuerdo» y bloqueó de nuevo el teléfono. No tenía tan claro que fuera a ir en son de paz y él no tenía ganas de discutir ese día. Quería volver a la cama y dormir varios meses seguidos. No era mucho pedir, ¿verdad?

Kate llegó a la habitación del hospital tras haberse dado una ducha reparadora. Estaba muy cansada y le dolían todos los músculos del cuerpo, pero no iba a dejar a Keith solo.

Cuando Veli le lanzó aquella bola de energía tan potente, Keith entró en parada cardiorrespiratoria. Entre Logan y Kane lo habían mantenido con vida practicándole reanimación cardiopulmonar hasta que llegó la ambulancia. Había estado ingresado desde entonces y mejoraba cada día a pasos agigantados, pero para Kate eso no era suficiente y se había mantenido a su lado en todo momento.

Esa mañana Kate llegaba de muy buen humor porque había hablado con el doctor que llevaba el caso y este le había asegurado que Keith pronto volvería a casa, que estaba completamente recuperado y que podría hacer una vida normal.

Menos mal que Veli había muerto porque, después de ese susto tan grande, lo hubiera matado ella misma con sus propias manos.

Encubrir el cadáver y buscar una coartada no fue tan complicado a pesar del boquete enorme que el viejo brujo tenía en el pecho. Emerald le había arrancado el corazón sin pestañear y se había largado con él. Desde entonces no lo habían vuelto a ver, y le preocupaba porque Keith le había dicho que, una vez que los vampiros se dejaban llevar por su parte más animal, no todos volvían a recuperar su cordura ni su humanidad.

A ella le daba mucha pena Emerald. Era un buen hombre, que estaba atormentado por su pasado. Era curioso que pensara así de él cuando habían hablado muy poco, y esas pocas veces el

vampiro no había sido demasiado amable con ella, pero tampoco lo culpaba. Vivir determinadas cosas cambiaba a las personas, por mucho yoga que se practicase.

Para lo que no estaba preparada era para el duro golpe de Mike. Eso era lo que había provocado que Emerald perdiera el poco juicio que le quedaba. La relación entre ellos dos había sido espinosa, interrumpida por un pasado que les impedía no tener un futuro. La caída de Mike del caballo y su coma fueron como una jarra de agua fría para todos, sobre todo, después de que los médicos pudieran confirmar casi con total seguridad que Mike no iba a despertar jamás.

—Hey. —Kate entró en la habitación de Keith y cerró la puerta tras ella. Caminó hasta la cama y le dio un beso en la frente—. ¿Cómo te encuentras?

Lejos de hacerse el mártir, Keith resopló.

—Cansado de estar aquí todo el día. Ya os lo he dicho a todos: estoy bien, me siento bien y quiero irme a casa.

Kate se mostró impasible ante sus palabras.

—Cariño, se te paró el corazón y tuvieron que reanimarte durante varios minutos. Eso no es un simple resfriado. Si Kane y Logan no hubieran estado allí, ahora mismo no lo estarías contando.

—Por favor, no me recuerdes que Logan plantó sus morros gatunos en los míos. ¿No podía haberlo hecho Kane? Me llevo mejor con él.

Kate se rio.

—Vais a estar siempre igual, ¿no? Aunque te haya salvado la vida, jamás enterraréis el hacha de guerra.

—No. —La respuesta llegó desde la puerta. Logan, que era el que había respondido, y Kane acababan de llegar y habían escuchado la parte final de la conversación—. Desde ese día hago enjuagues bucales con lejía.

Kane le palmeó la espalda al pasar por su lado y llegó hasta la cama. Ya se había acostumbrado a la animosidad que había entre esos dos y no le echaba ni cuenta.

—No le hagas caso. ¿Cómo te encuentras hoy?

—Deseando salir de aquí. Sé que estáis muy liados, pero ¿os habéis pasado por el almacén? Juanjo me llamó y no sé si era urgente.

—Juanjo se equivocó de teléfono. Era a mí al que quería llamar. Ya hemos ido. Todo está en orden. No te preocupes.

Keith no podía evitar preocuparse porque no había delegado en la vida. No sabía lo que significaba esa palabra. Jamás había confiado en nadie tanto como para poder hacerlo. Ahora tenía a Kane y a Logan; porque, por mucho que se quejara del gato, sabía que podía contar con él

de manera incondicional.

—Kane, ¿no tenías que enseñarle a tu hermana las fotos?

Kane asintió y sacó el teléfono móvil.

—Argh, pero no tengo cobertura aquí dentro y no las he descargado de la nube. ¿Salimos fuera y te enseño lo bien que está quedando el santuario?

Entusiasmada, Kate siguió a su hermano sin sospechar nada. La perrera que había sido de Veli ahora le pertenecía. Iban a convertir las instalaciones en un santuario para animales maltratados, además de añadirle su propio hospital veterinario y refugio. Era una inversión muy grande, no solo económica, sino también personal. Le habría gustado llevarlo a cabo ella misma, pero no quería dejar a Keith solo en el hospital. Su hermano y Logan se estaban encargando de todo y no parecía irles mal.

Cuando la mujer salió, Keith miró a Logan con cara de pez.

—Kane miente fatal. ¿No se os ha ocurrido algo mejor?

Logan le devolvió la mirada sin pestañear.

—Se lo ha tragado, ¿no?

—Ya. Bueno, cuéntame. —Le metió prisa porque no creía que tuvieran demasiado tiempo.

—Menos mal que, cuando llegamos a la perrera, Kate no venía con nosotros porque aquello era... era... no sé cómo describirlo. Tampoco te lo quiero narrar a ti. Tú conocías lo cabrón que era tu padre, así que imagínate en qué estado tenía a esos pobres animales.

El rostro de Keith se ensombreció. Por desgracia, no tenían que recordarle cómo era su padre, que no dudó en intentar matarlo sin apenas pestañear. Si le hacía eso a su propio hijo, no quería ni imaginar lo que podía hacerle a los demás.

—¿Algún híbrido?

Habían acordado llamar así a las personas que habían pasado por las manos de su padre y con quienes este había experimentado de una u otra manera. Eran mitad humanos, mitad animal, como Logan.

—Varios. Todos muertos. —Logan estaba más serio que antes. Era imposible sacarse ciertas escenas de la cabeza—. Y no solo eran perros o gatos, sino toda clase de animales. Algunos tan inverosímiles que no entiendo en qué cojones quería tu padre al intentar semejante cambio. —Negó con la cabeza al imaginar el horror de esas pobres personas—. No quiero ni pensar en la agonía que sufrieron al transformarse, el miedo, el dolor, el no saber qué les estaba pasando...

Keith estiró el brazo y le apesó la mano bajo la suya. Eso provocó que Logan lo mirara y apartara la mente de esa situación tan traumática.

—No te he agradecido que te estés encargando de todo, ni que me hayas salvado la vida. Si no es por ti...

Logan no lo dejó terminar.

—Tú te arriesgaste por todos. Podías haber aprovechado que tu padre me tenía para haberte librado de mí, pero luchaste contra él, ya no solo para salvarme, o salvar a Kane, o a Kate, sino para salvar a todos los que tuvieron la mala suerte de caer en sus garras.

—Nunca te he odiado, de verdad, Logan. Sé que por mi culpa él se encaprichó contigo porque buscaba al hijo que no encontró en mí, y entiendo que sigas aborreciéndome...

De nuevo, Logan lo interrumpió.

—No te aborrezco, pero me gusta llevarme mal contigo. —El hombre se quedó mirando unos segundos la mano de Keith encima de la suya mientras su mente viajaba muchos años atrás—. Nunca te lo he dicho, pero me recuerdas a un amigo que tenía en el colegio. Desde pequeños estuvimos juntos. Éramos inseparables y no sabía por qué, porque estábamos todo el día peleándonos; pero, si alguien se metía con alguno de nosotros en el colegio, el otro siempre salía en su defensa. Sin importar nada más. Éramos como dos hermanos. —Levantó la vista y miró a Keith a los ojos—. Creo que siempre te he considerado como el hermano que nunca tuve y el amigo que perdí.

Logan levantó con la mano la de Keith que estaba aún sobre la suya y se la acercó a los labios para darle un beso. Era un gesto que significa mucho más y que sirvió para unirlos para siempre.

La puerta se abrió de pronto y Kate se los quedó mirando. Su hermano, tras ella, fue incapaz de quedarse callado.

—¿Escondiendo al fin el hacha de guerra?

Lo lógico habría sido que Logan apartara la mano con brusquedad y disimulara ante los recién llegados, pero ¿para qué si ya los habían pillado? Ese era un buen momento para dejar las cosas claras.

—Keith y yo hemos hecho las paces, al menos hoy, pero no soñéis con que ahora nos vayamos los cuatro a cenar juntos por ahí, o de vacaciones en parejas de crucero ni nada por el estilo. El soplagaitas este sigue siendo un memo. Un capullo con un par de huevos, pero capullo, al fin y al cabo.

Los tres se rieron por sus palabras. Logan era genio y figura, y no iba a ablandarse así como así.

—¿Has visto las fotos? —Keith se acomodó en la cama y se dirigió a Kate. Odiaba estar allí enclaustrado cuando se sentía totalmente recuperado.

Kate llegó a su lado, apartó a Logan con suavidad y le acarició el pelo a su chico para colocarle un mechón rebelde en su sitio.

—Sí. No son muchas, pero tiene muy buena pinta. Estoy deseando que todo esté listo ya.

—Ve y así te despejas. Si yo pudiera, ya me habría escapado de aquí.

—Iremos juntos. En un par de días te darán el alta. Puedo esperar.

Keith asintió. No quería ser pesado. Gracias a Logan y Kane, que se habían encargado de la peor parte, Kate podía ir sin temor a encontrarse con algo que sin duda la hubiera traumatizado para toda la vida.

—Nosotros nos vamos. —Kane le palmeó el hombro a Keith y luego caminó hacia la puerta—. Tenemos trabajo en el almacén.

—Sí. —Logan lo siguió sin despedirse de nadie—. Tenemos un jefe que nos explota día y noche. —La puerta se cerró tras él, pero desde el otro lado levantó la voz para que se lo escuchara bien—. Menudo mamón.

Kate no pudo evitar estallar en carcajadas. Le dio un beso en la frente a Keith y lo miró.

—No vas a conseguir que cambie en la vida.

—Y no lo pretendo. —Se dejó mimar por ella—. Me gusta tal y como es.

Una vez fuera, en el ascensor, Kane miró de reojo a Logan, que acababa de apagar la pantalla de su teléfono.

—No le has dicho lo que sabemos, ¿no?

Logan negó con la cabeza. Kane se refería a la información que les había llegado por fuentes fiables; la mano derecha de Veli había escapado y estaba en paradero desconocido. Eso solo podía significar una cosa: que nadie estaba aún a salvo.

Derek lanzó el mando de la consola a un lado y se quedó tirado en el sofá, con la pantalla donde se leía «Derrota» y donde un montón de cáscaras parecían reírse de él.

—Esta misión del Fortnite es una mierda. —Miró al techo y no se movió a pesar de que escuchó a lo lejos el sonido del motor de un coche. No podía ser su madre porque era solo media mañana. ¿Habría terminado Jamie su turno antes de tiempo?

La duda dejó de serlo cuando segundos más tarde la puerta de la entrada se abrió y Megan apareció tras ella. La joven traía muy mala cara y su aspecto no era mucho mejor. Preocupado, Derek se levantó y caminó rápido hacia ella.

—Megan, ¿estás bien?

Ella asintió y negó con la cabeza, sin tener muy claro qué responder.

Derek se imaginó lo peor.

—¿Le ha pasado algo a tu padre o a tu hermana?

—No —pudo responder al fin a duras penas. El dolor la estaba matando. Abrir la boca no había sido buena idea porque una arcada le subió por el esófago, aunque dudaba que le quedase algo dentro para vomitar ya que lo había echado todo de camino a casa. Había tenido que pararse en una cuneta para no poner el coche perdido. Con un acto reflejo, se llevó la mano derecha al estómago como si con ese gesto pudiera parar las ganas de vomitar.

—Has comido algo que te ha sentado mal, entonces.

Exasperada, Megan lo apartó no de muy buenas maneras y comenzó a subir las escaleras poco a poco. ¿Por qué tenía que hablarle y dirigirle la palabra precisamente en ese momento, cuando se sentía tan mal? Llevaban días sin hablarse. ¿No podían seguir así?

—Padezco de dismenorrea —logró decir al fin.

—¿Dis...qué?

Megan siguió subiendo y no le respondió. No podía. Tenía calambres en todo el cuerpo y dudaba mucho de que pudiera controlarse para no vomitar otra vez.

Derek la vio desaparecer en la planta alta. Sacó su teléfono del bolsillo y buscó en Internet. Bendito autocompletado del buscador que lo ayudó a encontrar la palabra que había dicho Megan y a saber qué era lo que le pasaba. Cuando leyó lo comprendió todo y no pudo evitar sentirse un inútil. Recordaba una conversación que había tenido con Nora respecto al periodo de las mujeres y lo poco sensibilizados que estaban muchos hombres respecto a eso. A él le interesó el tema y no supo por qué.

Siguió buscando por Internet hasta que dio con un foro que tenía un hilo activo sobre ese tema. Ávido por tener respuesta, leyó mientras caminaba hacia la cocina. Quizás sí que pudiera hacer algo.

En la planta de arriba, Megan se había quitado los vaqueros que llevaba y se había puesto un pantalón deportivo y un jersey enorme de lana. Estaba helada y tenía escalofríos por todo el cuerpo. Caminó hacia la cama y la destapó. Se acurrucó despacio mientras se echaba hacia un lado y se hizo un ovillo. ¿Era ella o la cama estaba más fría de lo normal?

Entonces, sintió un peso tras ella que la obligó a girar la cabeza. Lo último que hubiera esperado era encontrarse a Derek metido en su cama.

—¿Qué diablos estás haciendo? —Le costó la misma vida hablar sin que le castañearan los dientes.

—Resulta que me he informado sobre lo que te pasa y he venido a ofrecerte mi ayuda.

Megan le habría dado una paliza si hubiera podido porque no estaba para tonterías.

—Deja de sentirte como si fueras la última Coca Cola del desierto. Todo lo que me vayas a decir lo he probado ya, y no hay nada que me ayude a aliviar el dolor a excepción de las pastillas, que no quiero tomar porque me dejan medio drogada.

Derek ya sabía que iba a responderle algo así. La conocía más de lo que ella pensaba.

—Es posible, pero nunca antes has probado mis maravillosos masajes, unidos a mi calor corporal.

—Derek... —lo amenazó.

—No, en serio. Soy una estufa. Ya verás. —El joven colocó bien las sábanas y el edredón que los tapaba y se pegó un poco a ella, no del todo porque antes quería su permiso—. Puedo acercarme, ¿verdad? Soy inofensivo y mi interés en ti ahora mismo es puramente médico.

Megan cerró los ojos al oírlo y negó con la cabeza. ¿Es que no podía dejarla tranquila? Ella solo quería quedarse allí tumbada y morirse poco a poco.

—¿Si te digo que sí, hará que te vayas antes?

—Sí —respondió rápido mientras se acoplaba a la espalda de ella—. Pero ya verás que no vas a querer que me marche.

—No estés tan seguro. —Megan lo dejó acomodarse tras ella. Debía reconocer que sentía cierta calidez por la espalda, lo que la ayudó a dejar de temblar. No pudo evitar quedarse inmóvil cuando sintió el brazo de Derek rodearle la cintura. Había bajado la mano unos centímetros más y había comenzado a acariciarle el abdomen. Pensó que le repelería el contacto porque seguía enfadada con él, pero no fue para nada eso lo que sintió, sino todo lo contrario; la enorme mano de Derek tuvo un efecto inesperado en ella, la tranquilizó e hizo que los calambres remitieran bastante. No podía decir que hubieran desaparecido del todo porque no sería cierto, pero se sentía mucho más tranquila que antes. Tenía que ser algo psicológico o algo así, al igual que una pena compartida era menos pena. Los dolores quizás también tuvieran la misma lógica.

No se escuchó nada más en la habitación. Megan había entrado en una especie de trance hipnótico. Los dedos de Derek la acariciaban con suavidad, despacio, y la relajaron hasta que, irremediablemente, se le fueron cerrando los ojos.

Derek supo el momento exacto en el que Megan se había quedado dormida. La joven había estado tensa en la cama, evitando rozarse con él, hasta que se relajó contra su pecho.

No entendía qué le estaba pasando, pero a Derek se le llenaron los ojos de lágrimas. Cuando tuvo a Megan entre sus brazos, un instinto más fuerte que su propia vida lo golpeó de lleno en la cara. Quería protegerla de todo mal, de todo sufrimiento y dolor. Quería hacerla reír, hacerle el amor y hacerla feliz, y ojalá ella lo dejara hacer todo eso. La habría abrazado y espachurrado

contra su pecho de haber podido. De momento se limitó a quedarse así, con su mano puesta en su abdomen y la espalda de ella sobre su pecho. Habría estado así todo el día, pero el sueño pudo más que todos esos sentimientos y lo arrastró con él.

La vibración del teléfono lo espabiló. Entrecerró los ojos y tuvo que parpadear varias veces para recordar que estaba en la cama abrazado a Megan, con la chica dormida aún entre sus brazos.

Se incorporó despacio para no despertarla y miró el teléfono. Su madre le había mandado un mensaje donde le decía que había salido tarde del trabajo y que iba con cinco minutos de retraso, pero que ya estaba en camino y a punto de llegar. Eso hizo que se incorporara. ¿Había pasado parte de la mañana durmiendo? Ya casi era mediodía y su madre estaría ahí en cuestión de minutos.

Bajó a la planta de abajo y se sentó en el sofá a esperarla. No podía evitar estar algo nervioso. No quería seguir enfadado con ella, pero tampoco iba a dejar que la mujer pensara lo que quisiera, sobre todo cuando no era verdad.

El timbre de la puerta lo sacó de sus cavilaciones. Un escalofrío le recorrió el cuerpo mientras se levantaba para abrir. Su madre apareció ante sus ojos. Igual que siempre, con una media sonrisa en el rostro y el abrigo a medio abrochar.

—Pasa. —Derek se hizo a un lado y la invitó a entrar—. ¿Te guardo el abrigo?

—Gracias. —Ella se lo quitó y se lo tendió—. ¿No está tu tío?

—No. —Colgó la prenda en el perchero que había al lado de la entrada y juntos caminaron hacia el sofá del salón, donde se sentaron—. Dependiendo del turno de Jamie, suelen comer juntos o no. Hoy no regresan a casa hasta por la noche.

—Ah. Veo que lo tenéis todo muy bien organizado. —A Jane se la veía algo tensa, como si quisiera decir algo, pero no encontrara las palabras correctas.

—Sí. Tenemos un cuadrante en la cocina para saber quién recoge a Lizzie o quién hace la cena.

Jane sonrió. Se alegraba de que su hijo estuviera colaborando y de que se hubiera adaptado tan bien. Tomó aire para infundirse valor y decidió coger al toro por los cuernos.

—He venido para disculparme, Derek. Todas estas semanas he estado dándole vueltas y me ha costado trabajo verlo.

—¿Ver el qué?

—Hola. No sabía que teníamos visita. —Megan terminó de bajar la escalera y se acercó a ellos. Conocía a la madre de Derek. La había visto un par de veces y la consideraba una mujer muy interesante—. Me alegro de volver a verla.

Jane se levantó y le dio dos besos a la joven. Luego se sentaron a la vez juntas en el sofá.

—Gracias. Yo también me alegro de volver a verte, Megan. He venido para hablar con Derek.

—Oh. En ese caso me iré a la cocina.

—No. —La negativa sonó por partida doble, en boca de Jane y del joven.

Megan sonrió algo confundida.

—No quiero interrumpir nada.

—Quédate, por favor. —Las palabras de Derek, unidas al tono de voz que usó para pedirlo, provocó que ella asintiera y volviera a tomar asiento donde estaba.

Jane retomó la conversación por donde se habían quedado.

—He venido para disculparme, Derek. Contigo y con Nora. No me he portado bien, ni cuando os vi en la cafetería, ni durante estos días mientras estaba enfadada contigo. Tendría que haberme sentado a hablar con vosotros, pero no lo hice. Me dejé llevar por todo lo que me habían ido contando, por el miedo que sentí al imaginar que esa mujer podía haber abusado de ti.

—Mamá. —El joven hizo una pausa hasta que logró tener toda la atención de su madre—. Entiendo que te preocupes por mí y te lo agradezco, de verdad. Me pongo en tu situación y es posible que hubiera actuado igual, no lo sé, pero lo que más me duele es que no hayas confiado en mí. Si me hubiera pasado algo, tú habrías sido la primera en enterarte, pero ya no soy un niño, y hemos hablado de este tema antes. Sé que te da vergüenza tratar ciertas cuestiones y lo comprendo, pero Nora no ha hecho nada malo. Hemos hablado como amigos. Nada más.

Jane asintió, pero no dijo nada. Se la veía realmente abochornada. Derek aprovechó para mirar a Megan, que estaba en silencio sin perder detalle de nada.

—Nora me ha ayudado a comprender muchas cosas, pero jamás hemos tenido nada físico. Y con respecto a Will... es un amigo especial. Soy bisexual y jamás lo he ocultado. He estado durante un tiempo confundido sobre mis gustos, pero no porque dudara de mí, sino de la confianza que yo tenía en mí mismo.

—Pensaba que eras gay. —Jane lo miró algo perpleja porque no se esperaba esa revelación—. Me lo dijiste hace mucho tiempo.

—Lo sé, pero con el tiempo me he dado cuenta de que me gustan también las chicas —volvió a insistir para dejárselo claro a Megan, aunque la joven no había abierto la boca aún—. Somos amigos. Hemos tonteado, sí, pero nada más.

Megan no sabía cómo sentirse. Ella también le había hecho el vacío a Derek. Ahora se había puesto en su lugar y se sintió mal por él porque debía de haberse sentido muy solo.

—Me parece bien. —Jane asintió a las palabras de su hijo—. Si te apetece traerlo a casa en

calidad de amigo, para conocerlo, puedes hacerlo cuando quieras.

Derek la miró serio.

—Ahora vivo aquí, mamá.

—Ya, bueno... De eso quería hablarte. Quería preguntarte si te gustaría volver a casa.

El corazón de Megan comenzó a latir desbocado. ¿Iba Derek a marcharse? ¡No podía hacerlo ahora que sabía la verdad sobre él! Se sentía culpable por cómo lo había tratado, ignorándolo día tras día y, a pesar de todo eso, él se había portado esa mañana más que bien con ella. No. No podía irse.

—Mamá...

—Derek. —Jane siguió insistiendo—. Tu padre te echa de menos, y tus hermanos. Este año, Acción de Gracias ha sido muy triste sin ti en casa. Yo también te echo mucho de menos.

Derek la miró con pena. Conocía a su madre y sabía que estaba a un suspiro de echarse a llorar de un momento a otro.

—Yo también os echo de menos —susurró. Quizás había llegado el momento de volver a casa.

Megan había permanecido callada todo el rato mientras miraba a uno y a otra. Ella también se sentía mal porque lo había prejuzgado y sentenciado. Había pasado de él, se había portado fatal cuando en realidad el pobre Derek no era culpable de nada. La culpa empezó a carcomerla por dentro y tenía que sacarla fuera como fuera. Derek no podía marcharse. No ahora que sabía la verdad.

—Yo también quiero pedirte disculpas, Derek. —La voz de la chica captó enseguida la atención de ambos—. No me he portado bien contigo y lo lamento. Tú has sido siempre tan amable conmigo y yo ni siquiera te he escuchado cuando intentaste explicarme la verdad. Espero que puedas perdonarme alguna vez.

La cara de confusión de Jane era diametralmente opuesta a la cara de completa felicidad del joven.

—Está bien, Megan. Hablaremos en otra ocasión. —Lo dijo sonriendo, lo que presagiaba un buen augurio.

—¿Vuelves a casa, entonces? —Jane no se había dado cuenta de que las palabras de Megan lo habían cambiado completamente todo.

—No puedo, mamá. —Derek se sentó junto a ella y la abrazó. Sintió el abrazo cálido y reconfortante de su madre alrededor de él y se resguardó ahí varios segundos, como cuando era pequeño y el mundo le daba mucho miedo. Terminó por separarse y la miró a los ojos—. Nick y Jamie cuentan conmigo. Tienen turnos a veces incompatibles para cuidar a Lizzie, y Megan no

puede estar todas las horas disponible para hacer de niñera. Además, esta casa me pilla mucho más cerca de las dos universidades.

—Y en mi coche se tarda mucho menos que en bus.

Derek miró a Megan, que acababa de hacer ese comentario. Nunca lo había invitado a llevarlo en su coche, pero deducía que, a partir de ese momento, eso iba a cambiar.

Jane sonrió, pero sin poder evitar cierta tristeza porque sabía que Derek no iba a volver a casa. Se consoló al ver que allí estaba muy bien y era también muy querido.

—Bueno, creo que está todo dicho. —La mujer palmeó la mano de Derek y lo miró orgullosa de él—. Cuando puedas, llama a Nora para poder quedar los tres. Me gustaría disculparme con ella.

Derek asintió y tanteó para buscar el teléfono, que había dejado atrás en algún punto del sofá. Él también quería verla. La echaba de menos y seguro que a la mujer le gustaría escuchar las disculpas de su madre, no por vanidad, sino porque siempre reconfortaba saber que no pensaban mal de uno mismo.

—Tengo varias llamadas perdidas de un número que no conozco. —Derek habló en voz alta sin percatarse de que lo había hecho. Desbloqueó la pantalla para acceder al registro de llamadas entrantes y ver de quién se trataba. El teléfono había vibrado, pero no lo suficiente para hacerse notar desde detrás de un cojín.

—Devuelve la llamada. —Fue Megan la que habló—. ¿No estabas esperando respuesta de aquel curso de pintura en el que te inscribiste con Faby? A lo mejor son ellos.

Derek asintió. Fue a devolver la llamada cuando el teléfono comenzó a vibrar sobre su mano. Era el mismo número de antes. De inmediato, respondió antes de que volvieran a colgar.

—¿Sí? Sí, soy yo. —Hubo un pequeño silencio durante el cual Derek escuchó con atención lo que le decían al otro lado de la línea. Poco a poco, su semblante fue cambiando. Se tornó serio, con el ceño fruncido y la mirada perdida. Cuando colgó, apenas un par de minutos más tarde, tuvo que parpadear varias veces para reaccionar. Buscó la mirada de su madre, muerto de miedo—. Mamá. Ayúdame, por favor.

Él no sabía que su vida no tenía sentido, hasta que llegó ella para removerlo todo y conquistar su corazón.

Un marqués indolente.

Un secreto de nacimiento.

Una aventura peligrosa que despertará un amor apasionado en la Inglaterra de la Regencia.



James, Marqués de Blackbourne, es el mayor de los trillizos Marston y el heredero del ducado de Westmount. Ajeno a los intentos y amenazas de su padre por casarlo, se dedica a vivir una vida acomodada y sin sobresaltos entre caballos, cartas, bebida y mujeres.

Nadie en su familia le echa en cara su modo de vida mientras cumpla con sus responsabilidades, nadie excepto su atractiva prima Lady Victoria Cavendish que lo acusa de malgastar su vida, convirtiéndose así en una espina para su conciencia.

Lady Victoria siempre ha estado enamorada en secreto de James. Hija única, huérfana de madre a temprana edad y criada en un ambiente de lujo, Victoria ha sido mimada en exceso por su padre. El conde siempre la ha protegido de todo, especialmente del terrible secreto de su nacimiento. Cuando en un baile de máscaras un hombre enmascarado le entrega una carta en la que le revela el secreto de su bajo origen y amenaza con hacerlo público ante la alta sociedad si no cumple con sus exigencias, Victoria pierde toda esperanza de conseguir el amor de James, pero será precisamente esta aventura juntos lo que hará que James vea a Victoria tal como es, una hermosa mujer digna de ser amada.

Christine Cross es el seudónimo de esta autora que nació en una hermosa ciudad española en 1970, aunque vivió veinte años en países extranjeros como Italia y México. Amante de la lectura y de la escritura desde muy niña, publicó su primer libro en México mientras compaginaba la escritura con su labor docente. Amante de la novela romántica y de la novela de género fantástico, comenzó publicando en este último, aunque sin cortar las alas a la inspiración, y siempre al ritmo del corazón. Twitter: @martaljn; Blog: <https://martalujan.wordpress.com/>

Edición en formato digital: noviembre de 2019

© 2019, Christine Cross

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-17610-69-2

Composición digital: leerendigital.com

www.megustaleer.com

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Un lord acomodado

Prólogo

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Si te ha gustado esta novela

Sobre este libro

Sobre Christine Cross

Créditos